

VFDU1 1314

73

73

FONDO
PINEDA
647

16

L-16 73

647

Hista
IX / 17

REPUBLICA DE COLOMBIA
BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA	No. 8839
ANAQUEL	No. _____
ESTANTERIA	No. _____
SALA	No. 1 ^a
MATERIA	No. _____
ENTRO EL	No. _____
BOGOTA, _____	

Contenido

1— Viaje à Roma
y à Jerusalem 1871.

fondo pineda No 647

VIAJE
A
ROMA
Y A
JERUSALEN

1
VIAJE
A
ROMA
Y A
JERUSALEN

POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE PASTO

D. MANUEL C. RESTREPO



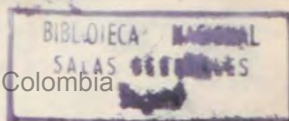
PARIS

IMPRENTA DE PAUL DUPONT Y COMP^{as}

RUE JEAN-JAQUES-ROUSEAU, 41.

1871

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



SR. D. MANUEL CANUTO RESTREPO.

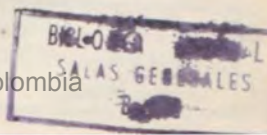
Medellin, Agosto 11 de 1863.

Mi apreciado amigo : ¿Conque se ha resuelto Vd. á no darme el gusto de publicar su viaje á la Tierra Santa? Yo no me puedo conformar con esa resolucion, y por lo mismo esta carta tiene por objeto, otra vez excitarlo, pues teniendo ahora Vd. que emprender su viaje á Europa, es la ocasion oportuna de hacerlo. Deme Vd. ese gusto, pues que esa clase de publicaciones aprovechan mucho al pueblo cristiano, y con especialidad al de Antioquia, tan distinguido por su piedad.

Deseo á Vd. salud y que mande lo que guste á este su affimo, amigo Q. B. S. M.

VALERIO ANTONIO,

OBISPO DE MEDELLIN Y ANTIOQUIA.



ILUSTRISIMO SEÑOR DOCTOR D. VALERIO ANTONIO JIMENEZ
DIGNÍSIMO OBISPO DE MEDELLIN Y ANTIOQUIA.

Abejorral, 15 de Agosto de 1869.

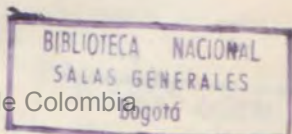
Mi muy respetado señor y mi distinguido amigo : mi contestacion á la amable carta de S. S. que antecede, será la publicacion que S. S. exige, de mis viajes.

Este humilde libro, que yo no pensaba publicar, sera un pequeño recuerdo que consagro á la amistad de tantas personas que se han interesado en esta publicacion; en la cual no busco otra cosa que la instruccion religiosa de mi prójimo.

Con sentimientos de consideracion me suscribo de S. S. Ilustrísima, muy atento servidor y amigo,

Q. B. S. M.

M. C. RESTREPO



VIAJE A ROMA Y A JERUSALEN

PROLOGO

Desde mi infancia alimentaba en mi corazon el deseo de visitar á Roma y á Jerusalem, para orar ante los sepulcros de los Santos Apóstoles y de los Mártires, y subir despues á la cumbre del Monte Calvario á derramar una lágrima de agradecimiento y de amor, sobre aquella Roca sacrosanta bañada con la Sangre adorable de Jesus, mi Dios y mi Redentor.

Vino la funesta revolucion de 1860 á inundar de lágrimas y sangre los campos de mi patria; á cambiar en doloroso llanto las inocentes alegrías del hogar doméstico, y á perseguir del modo mas bárbaro y cruel, y á nombre del progreso y de la libertad, la Iglesia católica á cuyos esfuerzos é in-

fluencia deben las naciones del nuevo, como las del antiguo mundo, su libertad, su civilización y su grandeza. Esta constancia en destruir es, y ha sido siempre y en todas partes, la obra de la revolución : demoler lo que la Iglesia ha edificado y pararse después sobre las ruinas amontonadas y decir orgullosa al mundo : « Ya veis como avanzan la civilización y el progreso protegidos por mi mano; » y el mundo la escucha, la cree y la sigue, cantando himnos de triunfo y marchando en tumultos de desorden por entre los torbellinos, que en pos de ella se forman del polvo de aquellas ruinas.

Durante aquella revolución, que consagrará en la historia una página de vergüenza y de ignominia, á la memoria de los que la hicieron y la patrocinaron, yo procuré cumplir mi deber lo mejor que pude en mi puesto de simple soldado en la milicia sacerdotal de Cristo. Á la voz del error contestaba yo con el acento de la verdad ; á las tendencias del cisma oponía el gran principio de la unidad ; y á los sacerdotes que por la fragilidad humana se inclinaban á separarse del camino de la justicia, yo les recordaba la firmeza de los Apóstoles, la fe de los Mártires, la

constancia de los Confesores, la conciencia de los primeros cristianos y el honor que debe caracterizar á todo hombre de bien.

Por esta circunstancia, no quise abandonar mi patria en los dias de peligro y de afliccion para la iglesia; y fué despues de que la revolucion armada se encontró triunfante, y cuando los verdugos echaban suerte sobre la túnica y se repartian entre sí los despojos de su víctima, que yo resolví llevar á efecto el pensamiento concebido en mis primeros años, de ir á visitar los Santos Lugares de Roma y de Jerusalem. Empecé, pues, mi viaje sin salud y sin recursos, porque todo lo habia perdido por causa de la revolucion.

Confiado en la divina Providencia y en la proteccion de la gran Madre de Dios, no dudé nunca que realizaria mi empresa y regresaria al seno de mi patria; y Dios y su divina Madre oyeron mi oracion.

No pensé publicar nada relativo á mi viaje, contentándome solamente con formar un libro privado que revelaria tan solo á la amistad; pero despues, las exigencias de muchos de mis amigos, de otras personas, y sobre todo de mi Prelado, que

manifestó grande interes en que hiciera esta publicacion, me han decidido á poner en limpio, coordinar mis apuntamientos, y dar á la luz pública este Libro que no tendrá otro mérito que el de la verdad y sinceridad de las relaciones que contiene.

No es, pues, mi objeto hablar detenidamente de las capitales que conocí, ni hacer descripciones de ciudades manufactureras y mercantiles, cuya tarea toca á los comerciantes; tampoco acompañaré á los que viajan por el mundo europeo y vuelven despues á su país, nó á plantear los sistemas de orden y de civilizacion que se desarrollan á la sombra de aquellos gobiernos, sino á ensayar en su desventurada patria las teorías absurdas é impías que aprenden de los revolucionarios y anarquistas del antiguo continente; no haré, en fin, el papel de muchos que ván á Paris, á Florencia y á otras capitales con el objeto de pasear por los *boulevares*, por el *bosque de Bologne* y por los *Campos Eliseos*, y regresar despues al seno de la patria, que espera con justicia algo de sus viajes, á contarle únicamente los nefandos secretos y terribles misterios descubiertos en las márgenes del Arno y del Sena; y que, creyén-

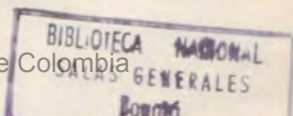
dose con esto sábios y despreocupados, dirigen sus invectivas y sus calumnias contra la Iglesia y la Religion en que nacieron.

No; mi objeto es puramente moral y religioso, y hablando muy de paso de las grandezas profanas, me contraeré á la relacion de los monumentos cristianos, que por tantos títulos dán á la Ciudad Eterna y á la Ciudad Santa, la primera y mas luminosa página en la historia del mundo y de la humanidad.

Teniendo, pues, en cuenta que no pensaba en hacer esta publicacion, y que solo me he decidido á hacerla á virtud de las razones ya espresadas, no debe estrañarse que la haya demorado cerca de dos años.

Pensando acerca del título que le daría á mi Libro y habiendo visto tantos escritos de viajeros con el mote de *Impresiones de viaje*, *Mis impresiones*, y otras cosas por este estilo, me decidí á llamarlo sencillamente, y correspondiendo á su objeto: VIAJE Á ROMA Y Á JERUSALEN.

EL AUTOR



PARTE I

DE ABEJORRAL A ROMA

Mi partida. — Permanencia en Medellín. Remolino y su montaña. — Nare. — Navegación del Magdalena. — Cartagena. — Colon. — Jamaica. — Santhomas. — Travesía del Atlántico. — Southampton. — El canal de la Mancha. — El Havre. — Paris. — Los Alpes. — Turin. — El palacio real. — Alejandría. — Génova. — Civita-Vechia. — Llegada á Roma.

El lunes 8 de agosto del año del Señor de 1864, salí de Abejorral, ciudad de mi nacimiento, á las seis de la mañana, con dirección á Europa, y con ánimo decidido de visitar principalmente á Roma y á Jerusalem. Sentia el alma llena de amargura y de pesar; porque mi corazón que no sabe aborrecer, si tiene una sensibilidad profunda y

se adhiere con fuerza y entusiasmo á los objetos que ama.

Y ¿cómo no estar triste en aquella partida que me separaba, tal vez para siempre, de tantos objetos que con preferencia amaba mi corazon? Dejaba la pila de mi bautismo, el templo en donde presenté mis primicias de adoracion al Señor por la primera vez; y el altar purísimo donde aprendí al lado de mi piadosa madre á pronunciar el dulce nombre de la Virgen, Madre de Dios; dejaba el hogar doméstico y los encantos que se gozan en la casa paterna por tantos títulos amable, y las delicias que se respiran en una vida retirada y en el seno de una familia que se quiere bien; dejaba tantos parientes y amigos que sentian sinceramente mi separacion, y cuyo afecto desinteresado inspiraba una pena secreta á mi pecho, abierto á todas las impresiones del sentimiento y del dolor; dejaba la Iglesia huérfana y sin pastores, saqueada y afligida por los verdugos que á fuer de libertadores habian convertido la patria en ruinas; dejaba, en fin, y frescas aun, las tumbas de mi padre y de mi madre, á las

cuales están unidos con estrechos vínculos todos los recuerdos de mi vida, y los afectos mas ardientes de mi corazon. Sí, con la patria dejaba todo lo que me era mas caro en la vida, y lo que esperaba me serviría de consuelo en la muerte; y solo reservaba para mi viaje la tristeza de los recuerdos y la amargura del corazon.

Tan misteriosos son los destinos del hombre sobre la tierra, que si puede señalar con el dedo el lugar donde se oyeron sus primeros sollozos al nacer, no puede por cierto imaginar siquiera bajo qué sol vagarán sus últimos suspiros, ni la region donde sus ojos verán por la postrera vez la luz del dia, ni la tierra que dará el polvo para cubrir su frente. Él conoce muy bien su cuna; pero su sepulcro es un misterioso secreto cuya guarda ha confiado Dios á los impenetrables velos de la muerte.

Yo no quería ver nada; pero mis ojos furtivamente lo miraban todo: los montes y las colinas que conocí desde la infancia; los árboles á cuya sombra me sentaba con placer muchas veces; la quebrada y el arroyo en que me bañaba, que me dieron á

beber sus aguas, y que alegraron mis oídos con el dulce murmurar de sus corrientes; la vaca que pacía en el campo; la tórtola que madrugaba á buscar el grano para sus polluelos; los pajarillos que cantaban con alegría los dulces trinos de la mañana; la brisa que agitaba mis cabellos, y hasta el polvo que levantaban mis piés; todo, todo lo miraba con interés y con ternura, y todo parecía tener una voz melancólica que me decía: Adios, adios! y habia en el fondo de mi corazón un eco de tristeza, que respondia: Adios, adios!....

En un alto que dista poco del poblado y que lo domina con sus alrededores, me detuve por unos momentos y fijé mis ojos en el cementerio que tenia á la vista; dirijí una oración á Dios por mis padres y por las almas de los que reposan allí; y echando una mirada rápida, pero dolorosa sobre los sepulcros cuyos techos descubria y sobre el pueblo y sus cercanías, partí acompañado de un hermano y de un amigo.

Aquel día á las cuatro de la tarde llegamos á la Ceja del Tambo, y al siguiente, á las ocho de la noche á Medellín, donde

debía encontrar al Señor Francisco A. Alvarez mi compañero de viaje hasta París.

Cinco dias permanecí en aquella ciudad; pero mi alma estaba en Abejorral. En estos dias de inquietud, yo me preguntaba alguna vez, ¿por qué tanta afliccion en aquella ciudad donde otras ocasiones me hallaba bien y contento? la respuesta no se hacía esperar : me ausentaba por la vez primera de mi patria, y en circunstancias dolorosas para ella y para mí.

El 14 por la tarde, víspera de nuestra marcha, unas señoras amigas, la esposa é hijas del Señor Eugenio M. Uribe, me presentaron una canastilla con multitud de boletas en que estaban escritos los nombres de Nuestro Señor, de la Virgen y de muchos santos, para que sacara abogados y protectores de mi viaje : saqué á la suerte una entre tantas boletas, y al leerla, decía : • La Asuncion gloriosa de Nuestra Señora al Cielo. • ¡ Qué tesoro tan rico de consuelos y de santas alegrías tiene la Religion, para los que creen y esperan! Cosa rara! Tenia alguna devocion á la Santisima Virgen en el misterio de su dichosisima muerte y su

triunfante subida al Cielo, y el dia de mi partida era el 15 de agosto!

Esta circunstancia que para algunos se llamará casualidad, era para mí un motivo de consuelo que despertó en mi alma las mas vivas emociones de gratitud y de amor á María Santísima, y fortaleció en mí la esperanza de hacer un viaje feliz. No moriré en ausencia de la familia y de la patria, dije; y en caso de morir, será dichosa mi muerte.

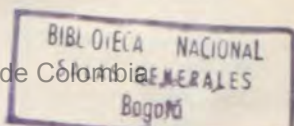
El 15 á las seis de la mañana celebré en un oratorio en la casa de las señoras Uribe, el santo sacrificio en culto y honor de la Santísima Virgen del Tránsito, mi abogada y protectora; y á las nueve del dia, seguí para Rionegro en compañía del Señor Alvarez y llegámos á esta ciudad á las cinco de la tarde. El 16 continuamos la marcha, y despues de una corta demora en Marinilla donde celebraban una fiesta á María Santísima en memoria de su gloriosa Asuncion, y tuve una corta conferencia con el Señor Vicario general presbítero Valerio Antonio Jimenez; y tomando de sus manos, como

Prelado, mis licencias manuscritas, seguimos á completar nuestra jornada de aquel dia, llegando á las ocho de la noche al punto llamado • Cucurucho. •

El 17 á las seis de la mañana partimos y á las 4 de la tarde llegamos al pueblo de San Cárlos, donde pasamos la noche; el 18 continuamos y á las cinco de la tarde estuvimos en el Caserío de Canoas; el 19 á las tres de la tarde de un bello dia, permanecemos en el alto de • Guadualejo • distante como una legua del puerto de Remolino.

En el tránsito de Medellin á Remolino tuve que sufrir mucho á consecuencia de una inflamacion en una pierna, resultado de un golpe que recibí durante la persecucion contra el Clero; por los ardores del sol y por lo fuerte del clima, que es cada dia mas ardiente á medida que el viajero se acerca al Magdalena.

El 20 por la mañana puse el agua á dos niños que no tenian el bautismo, y confesé á un anciano que deseaba los últimos consuelos de la Religion, que es lo único positivo en esta vida miserable. Seguimos, y á las diez del dia bajámos á la Bodega de Remolino donde permanecemos hasta las dos de la



tarde, hora en que subió la canoa en que bajámos á Nare, por el rio de este nombre.

El 21 de agosto era domingo y celebré en Nare el Santo Sacrificio de la Misa de que carecen por desgracia aquellos fieles, y que lo deseaban con ardor; administré la santa Eucaristía á dos enfermos que la pedian con ruegos, como el Viático seguro de su partida de este mundo á la vida eterna; y confesé cuatro niños que una caritativa anciana tenia suficientemente instruidos para la primera confesion.

El interes de aquellas gentes por oir misa y recibir los Santos Sacramentos cuando se les presenta la ocasion, me inspiró una reflexion muy consoladora por cierto: la idea de que son vanos los esfuerzos de los impíos para ahogar el sentimiento religioso en el corazon de estos pueblos amamantados al purisimo seno de la Religion Católica.

Permanecimos en el caserío de Nare hasta las cuatro de la tarde del 22, en que el vapor *Lopez* bajó de Honda y fondeó en la desembocadura del rio Nare. — Fuimos á él mi compañero y yo con otras personas; subimos á bordo, y habiendo navegado hasta las

seis de la tarde, amarraron el buque para comer y pasar la noche.

El 23 á las seis de la mañana seguimos hasta las diez del dia, hora en que llegamos á un paraje llamado « Morillo »; en aquel punto, y en la mitad del rio estuvo el buque barado tres dias hasta el 26 por la mañana en que una avenida lo hizo seguir, y no tuvimos ya mas demora. Ese dia pernoctamos en San Pablo, caserío insignificante y situado en la playa izquierda del rio.

El 27, el capitan á su pesar, tuvo que amarrar el buque á las 8 de la noche; y como á unas seis cuadras arriba del Banco; porque la noche era tenebrosa, amenazaba tempestad y comenzaba ya un fuerte huracan. — No podian dirigir el buque porque el viento apagó las lanternas, y no dejaba maniobrar los pilotos que fondeaban el rio á la luz de los relámpagos : estábamos casi barados y en peligro de perecer entre las mas espantosas tinieblas, cuando sentimos un fuerte estremecimiento del buque, que se estrelló contra un objeto que lo rechazó con violencia; creimos que habria chocado con alguna inmensa raíz ó con alguna piedra saliente, y esperábamos

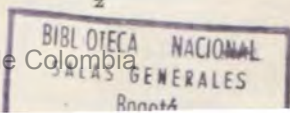
con horror el instante en que nos sintiéramos sumergir en las aguas. Pero no, aquel choque lo recibió el buque al costear en un alto barranco de la orilla; y los viajeros lo comprendimos así cuando oímos la alegre algazara de los hombres de tripulación que saltaban á tierra á amarrar los cables, de las encinas seculares de aquellas selvas solitarias.

El 28 muy de mañana tocámos en el Banco, pueblo de alguna significacion, y situado en la banda derecha del rio. Aquí hice tristes reflexiones; porque en este punto perecieron centenares de hombres en tiempo de las famosas *flotillas* del doctor Ospina y del General Posada. Despues de haber tomado leña, bajámos algunos kilometros y cojimos el brazo de *Loba*, que tiene mas agua que el de Monpox; y pasámos los nombrados remolinos de « Juana Sanchez » y el « Gallo », que consisten en piedras ó peñazcos salientes casi á la superficie del agua en ambos lados, y que encajonan el rio en un cauce estrecho por donde apénas pueden pasar las embarcaciones bien dirigidas. Como á las 12 del mismo día vimos el majestuoso é imponente encuentro del Cauca y el brazo de « Loba »: y seguimos por

aquel ancho y tranquilo rio hasta las cuatro de la tarde que nos detuvimos media hora frente á Magangué, pueblo importante por su concurrida feria que tiene lugar cuatro veces al año, y que lo hace ser uno de los mas nombrados y comerciales del Magdalena.

De este pueblo, que está en la ribera izquierda, bajámos á las cinco, al brazo de « Mompox », en donde reunen todo su caudal de aguas el Magdalena y el Cauca; y que es propiamente lo que se llama las bocas de « Tacaloa ». Seguimos sin dificultad de ninguna clase y á la una de la mañana del 29, llegámos á Calamar. Dormimos un rato y á las 7 de la mañana mi compañero y yo, dejamos el buque que seguía á Barranquilla, y en una canoa nos embarcamos por el dique de Cartagena; y á las 5 de la tarde desembarcamos en el pueblo del Arenillal ó san Estanislao.

El 30 tomamos caballos y tocando en un pueblo llamado Villanueva, donde nos detuvimos algunas horas, fuimos á pernoctar en otro pueblo llamado Santa Rosa; y el miércoles 31 á las diez de la mañana, entramos á Cartagena.



Durante esta navegacion, no ocurrió suceso digno de mencionarse con especialidad; y solo me ocupaba la triste reflexion de ver aquellos pueblos desgraciadamente muy atrasados; por que no puede permanecer allí con fuerza y vigor el elemento civilizador del Catolicismo; pues los gobiernos de mi patria en vez de procurar misioneros á aquellas comarcas, lo que hacen es perseguir y desterrar los Obispos, y destruir los seminarios para que no pueda haber en ellas ni siquiera eclesiásticos del país, que fomenten y trabajen por la cultura y prosperidad de aquellos habitantes.

La enfermedad de mi pierna, el cansancio del viaje, el poco tiempo disponible y la fuerza del sol en aquel ardiente clima, no me permitieron pasear con la detencion que deseaba la heróica ciudad de Cartagena, tan llena de grandes recuerdos, y que ha dado tan gloriosas páginas á nuestra historia. Apenas pude contemplar una parte de las fortalezas que la rodean; y, parado sobre aquellas altas y sólidas murallas, cubiertas ya de musgo y que comienzan á derruirse por la accion destructora del tiempo y por la incuria de los

hombres, fui asaltado por este doloroso pensamiento : ¡ Cuán dignos de compasion son los países que solo tienen fórmulas de gobierno y de civilizacion ; qué pequeños son y qué dignos de lástima los hijos que no saben producir nada grande, sino que dejan perder la grandeza de sus mayores vinculada en las obras que les legaron sus padres ! ¡ Infelices los pueblos que carecen de génio y de virtudes patrióticas para adquirir gloria en la sucesion de los tiempos ; y que no tienen talento ni gusto para conservar siquiera la que adquirieran por los esfuerzos de las generaciones que les precedieron !

Estas murallas, dije, se destruirán no muy tarde, por el descuido de los Gobiernos y por el abandono del pueblo ; ¿ y con qué reemplazará el espíritu republicano esta obra gigantesca del genio y del progreso de las monarquías ?

Sintiendo una mezcla de horror y de tristeza, me alejé de aquellas viejas murallas en cuya cima la yerba y las espinas se agitaban débilmente por un vientecillo abrasador ; de cuyas paredes, en partes carcomidas, colgaban tallos de pálido verdor ; á cuyo pié ge-

mian sordamente las olas del mar, y que de entre sus ángulos solitarios y silenciosos parecíame ver alzarse la sombra de sus obreros; los manes de valientes soldados muertos allí por defender la patria; el espectro aterrador de grandes crímenes cometidos á su sombra; y que oía un murmullo siniestro que me revelaba algun antiguo secreto de trágicos amores; que me hacía la relacion dolorosa de alguna desgracia, y me contaba la historia lamentable de muchos infortunios. Me marché precipitadamente solo y en silencio á mi hotel, y el ruido de mis pasos formaba compas con los latidos de mi corazon.

El 1º de setiembre madrugé y me di con placer un baño en el mar. ¡Qué impresion tan indefinible experimenté al sentir las aguas del Atlántico, que tanto deseaba conocer! Entré caminando como veinte pasos, y luego era suavemente llevado á la orilla por las olas del mar. Volví luego á mi hotel, que se llamaba de « Calamar », donde pasé el dia hasta las seis de la noche, hora en que tomamos una lancha para navegar como media legua hasta donde estaba fondeado el buque que se denominaba. *El Tema*, perte-

neciente á la compañía de vapores conocida con el nombre de « la Mala Real inglesa. » Este buque es grande y lujoso : tiene tres departamentos ; el mas bajo donde está la bodega de cargamentos, las máquinas de vapor, el comedor y tambien camarotes ; el segundo donde está la sala de señoras y los camarotes de primera clase, y donde es la habitacion ordinaria de los pasajeros que pagan mas ; y el último, que se llama la cubierta, que es donde funcionan los marineros, donde van muchas gentes pobres, y donde pueden estar y tomar distraccion todos los viajeros. Esta nave tiene 125 pasos de largo y 16 de ancho : no me pareció bueno el servicio de mesa, principalmente para los que no están acostumbrados á la comida inglesa ; pero me pareció excesivo el precio del pasaje.

El 2 á las siete de la mañana partió *El Tema* para Colon, pasando por entre los castillos de « Boccachica » y « Pastelillo. » Fué en estos castillos que el ilustre doctor Ospina y sus compañeros estuvieron presos y detenidos por la bárbara ferocidad del que, la revolucion les llama gran general. La marea estaba alta como lo es ordinariamente el mar

de las Antillas; pero sin haber tenido novedad llegamos el 3, á las nueve ó diez del dia, á Colon.

Este pueblo situado en el extremo norte del istmo de Panamá, es compuesto casi en su totalidad de *yankees*: se habla el inglés, mas que el español, y en vez de moralidad de costumbres y de religion, solo se encuentran allí el movimiento mercantil y el espíritu de materialismo que distinguen á aquella raza.

Hay allí una Iglesia protestante, que goza de toda seguridad y garantias por parte de un gobierno, que ha saqueado las Iglesias pertenecientes al Catolicismo en su propio país.

En Colon permanecimos cuatro dias, hasta que llegaron á aquel punto por el Pacífico y por el ferro-carril de Panamá, los viajeros de las repúblicas Sur americanas, y de California, que se dirigian á Europa. El 6 á las cuatro de la tarde reunidos todos los pasajeros, seguimos con direccion á Jamaica, y llevando siempre una mar agitada, entramos el jueves 8 en Puerto Real, vahía de Jamaica. Saltamos á tierra y á favor de la luna que era clarísima, paseamos gran parte de la

ciudad, que me pareció hermosa. Aquella isla es inglesa, y por lo mismo protestante; pero hay templos católicos servidos por sacerdotes de la misma religion, que gozan de entera seguridad y libertad en el ejercicio de su culto. Hasta los años de 1844, la ciudad de Jamáica era opulenta por ser el centro comun comercial de las repúblicas de Sur américa y de otros puntos; pero despues ha decaido mucho porque los mercadares se van directamente á las fábricas de Europa, consultando seguramente las mayores ventajas de su comercio.

El 9 á las siete de la mañana partimos de Jamáica para Santhómas, costeando la isla de Santo Domingo : en la parte francesa de esta isla, nos detuvimos media hora al frente de un pueblo nombrado Yacmel, para tomar la correspondencia que iba á Europa. Continuamos y á veces teníamos la tierra á la vista, y otras, la perdíamos por muchas horas. ¡Cuán indefinible es la alegría que siente el navegante cuando descubre á lo léjos algo que no sea el Océano; aunque sea una roca desnuda de vegetacion, lamida por las olas y solitaria en medio de las aguas!

El 12, cuando el sol en medio de las alegrías de la mañana salía del seno del mar, y se elevaba resplandeciente en un horizonte dilatado y azul, entrámos en la pintoresca vahía de Santhómas. Allí trasbordámos del *Tema* al *Atrato*, que es de la misma construcción y lujo que el primero, con la sola diferencia de ser algo mas grande. Pasée la ciudad, que no me pareció grande, pero hermosa; y contemplada desde el mar presenta una vista encantadora; semejante á aquellos altares en que la naturaleza y el arte reunidos, se esmeran en imitar el pesebre de Belen en las alegres fiestas de Navidad.

La isla de Santhómas, es de la Dinamarca, que mantiene allí una fuerza armada, cuyo cuartel es una gran casa ó fortaleza situada en una colina que queda fuera de la ciudad, y junto al mar. Esta casa es el mismo castillo habitado por el famoso pirata Morgan, que en otros tiempos era jefe de corsarios y dueño absoluto del mar de las Antillas. El pueblo queda en una pendiente inclinada que se alza de la ribera del mar; y en la parte superior está la grande y lujosa casa que habita el general Santana, presidente que fué de Mé-

jico; y que despues de haberse enriquecido con los tesoros de aquella nacion, fué á ocultar sus vicios en el seno de los mares. ¡Qué funesto ha sido para el nuevo mundo el gobierno del militarismo !

El 14 de setiembre á las 12 del dia partió el *Atrato* para las costas de Inglaterra. Durante aquella tarde tuve la tierra á la vista, mas ó ménos distante; pero siempre amable y consoladora para el navegante.

Al siguiente dia no volví á ver mas la tierra; y el eterno gemido de las olas, la soledad horrorosa del mar, y la imponente majestad del grande Océano, aumentaron la tristeza á mi espíritu habitualmente melancólico.

Eran las cuatro de la tarde de aquel dia, y ya estábamos en alta mar : un viento del norte soplabá réciamente; y, agitando las olas, las amontonaba en los costados de la nave, y silvaba lúgubrementé en los mástiles del buque. El cielo estaba encapotado, y nieblas de diversos colores surcaban en diferentes direcciones el horizonte : el sol perdió sus rayos y tomando un color rojo, se veía por entre girones de nubes cár-

denas y negras, hundirse lentamente entre las aguas ; como en un espacioso templo, se mira desde léjos, y por entre crespones de luto, una antorcha solitaria que se baja y se consume rodeada de oscuras sombras en un funeral nocturno. Al mismo tiempo, la luna que estaba en su plenilunio comenzaba á levantarse de las profundidades del mar en el oriente; y, pálida y sin luz, dibujaba una línea ancha y plateada sobre la negra superficie del mar. Un pájaro marino, negro, y grande como una águila, apareció revoloteando lentamente sobre el buque, como si fuera el mensajero de alguna desgracia; y parecia alegrarse de la compañía del hombre en medio de su eterna soledad. Acabó por posar su pié vacilante, y quedarse tranquilo sobre el crucero del palo mayor, de donde lo bajó un marinero entrada la noche.

Todos estos espectáculos llenaron mi alma de admiracion y de tristeza; y, vacilando entre la esperanza de una navegacion feliz, y el temor de una desgracia, bajé trabajosamente, por la enfermedad de mi pierna, y por la debilidad producida por el mareo, á mi carmarote á esperar lo que Dios quisiera hacer de mí.

No pude lograr ni un momento de sueño; pero el viento calmó, y al siguiente día la mar estaba tranquila, y el buque cruzaba las ondas sin novedad en sus máquinas, y sin encontrar dificultad en las aguas.

Así anduvimos catorce días sin descubrir otra cosa que agua, con escepcion de un gran peñon rodeado del mar, árido, solitario y sin vegetacion, que en vez de consuelo, me infundió tristeza y horror.

Pasaban los días, amargos como mi vida y las noches me parecían eternas; y yo no veía mas que las nubes girando sobre mi cabeza, y las ondas que bramaban bajo mis piés; hasta que el 27 como á las dos de la tarde, vi de repente el mar cubierto de naves, que giraban en diferentes direcciones; pero alejándose de un mismo punto, que eran mas de 200 entre vapores y buques de vela; y esto me hizo comprender que estaba cercano el puerto. Todos los pasajeros que eran como trescientos, entre hombres, mujeres y niños, fuera de la tripulacion del buque, se manifestaban alegres y placenteros. Mañana llegamos al puerto, se decían los unos á los otros; y los marineros

tomando parte en la comun alegria respondian : Sí, llegamos mañana al puerto ; y todas estas voces de los marinos y de los viajeros, llegaban á mis oidos con un acento de dulzura, superior á la de los mas melodiosos cantos de la tierra.

Durante la navegacion y á diferentes horas de la noche, subia yo á la cubierta para contemplar la salida de la luna, que estaba en su menguante ; que se alzaba del seno de las aguas iluminando el mar, rodeada de arreboles de carmin y rosa, y precedida de estrellas ; y, por entre nubecillas de diversos y admirables colores, se elevaba en el azul del cielo, en medio de una graciosa y magnifica decoracion celeste.

La noche del 27 de setiembre vino por fin, y como á la una de la mañana me retiré á mi camarote, débil y enfermo, y contra la costumbre, me dormí pronto en un dulce sueño.

Eran las 5 de la mañana del 28, dia hermoso y resplandeciente y en que se completaba casi un mes de navegacion ; al dirigir mi primera mirada sobre el mar, descubrí las costas cercanas de Inglaterra ; y ví que el

buque entraba con lentitud por junto á la punta del cabo Lizar, en la hermosa bahía de Southampton : pocos minutos despues desembarcamos en aquella ciudad que es sin duda una de las primeras ciudades marítimas de la Gran Bretaña.

Fuí á un hotel llamado « de los Españoles » sin duda por que habia en él una señora que maltrataba muy bien el rico idioma de Cervantes. Allí nos dieron un almuerzo bien servido y mejor pagado.

A pesar de lo mucho que sufría de la inflamacion de mi rodilla, estuve paseando todo aquel dia, ora á pié, y tambien en coche. La ciudad es grande y de mucho movimiento comercial, como ciudad de puerto ; pero triste por la altura de sus edificios que son de un exterior melancólico ; de color oscuro y amarillento, y presentan por lo mismo un aspecto tétrico y triste. Allí ví por primera vez hilos telegráficos, y tambien vias férreas ; pero esto último ya lo habia visto en Colon. Aunque el dia habia sido bello y luminoso en la mañana, á las diez ya habia cambiado y estaba opaco y nebuloso por el humo de las fábricas, que contribuyen mucho

á dar un aspecto desapacible y triste á las ciudades europeas en general, y con especialidad á las de Inglaterra.

A las ocho de la noche de aquel dia me fui á bordo del vapor que debia partir para el Havre, puerto de Francia. A las doce de la noche partió en efecto por el canal de la Mancha, tan temido por sus frecuentes tempestades; y al siguiente dia á las ocho de la mañana se cubrió el mar de una niebla densa, que ni el capitan sabia donde se hallaba, ni qué direccion debia dársele al buque. Estuvimos á punto de fracasar, en cuyo caso no habrian perecido los pasajeros por estar cerca la tierra; pero sí se habrian perdido el buque y los intereses, segun dijeron los que entienden de estas cosas. Estando en estos apuros, se sintió el roce de la quilla del buque con otro objeto, y hubo peligro de encallar en él; y todos, desde el capitan, creímos que se habia varado, cuando se oyó el sonido de una campana que repicaba cerca de nosotros: era la campana del puerto, que tocan siempre cuando el mar se cubre de niebla, para indicar á los navegantes el lugar á donde deben dirigirse. Llenos de

gozo el capitán y los marineros, guiaron el timón al punto donde sonaba la campana; y en pocos minutos entró el buque en la rada, donde todos nos tranquilizamos por estar ya fuera de peligro.

Desembarcamos y fui á un hotel con el señor Alvarez, á donde nos aguardaba el señor Eugenio M. Uribe. Permanecimos en aquella ciudad dos días en los cuales estuve paseándola, que es grande y hermosa, si se prescinde de ese carácter melancólico de casi todas las grandes ciudades. El 30 á las seis de la tarde, partí en el ferro-carril con el señor Uribe para París; porque el señor Alvarez regresó á Southampton á un negocio. Llegamos á París á las doce de la noche, á hospedarnos en el hotel de Lyon, donde se reunían casi todos los viajeros de la América española, que van á París.

Amaneció el día 1º de octubre y su luz me alumbró ya en París, en donde tuve que permanecer dos meses atendiendo á la curación de mi pierna, á cuyo objeto atendía mi compatriota el doctor Eloy Ordóñez, á quien debo gratitud por sus buenos oficios; pero no me vi restablecido de tan penosa en-

fermedad sino fué en Roma bajo los cuidados del doctor Aquiles Gavini, médico del Colegio latino-americano, quien igualmente merece mi agradecimiento. Durante mi permanencia en Paris, mi cuerpo padeció dolores crueles, y sufrió mi espíritu indecibles penas; porque estuve en un cuarto de un hotel, sin mas consuelo humano que el que me proporcionaba la visita del médico cada tres dias; y la del ilustre doctor Ignacio Gutierrez Vergara, que me visitaba diariamente. Yo contaba los minutos como dias, y los dias tenian para mí la duracion de los años.

El dia 5 de noviembre fueron las exequias en Nuestra Señora de Paris, de los preciosos restos del inmortal Arzobispo Mosquera, que estaban depositados en la Iglesia de la Magdalena. Despues de la funcion, que fué muy solemne, y á la que concurrí con mucho trabajo, invitado por el señor Manuel Maria, hermano del ilustre Confesor de la fé: aquellos preciosos restos fueron guardados definitivamente en la cripta de los Arzobispos de Paris y de los Nuncios Apostólicos, que mueren en aquella ciudad.

Al bajar el ataúd al subterráneo, lo rocié

con agua bendita, elevé en secreto una oración á Dios por su alma, y recordé con profunda amargura estas palabras del Evangelio, que el ilustre Prelado, viendo mi turbacion el dia solemne en que me impuso sus sagradas manos para ordenarme de sacerdote, me dijo: *No queráis temer, timida grey; por que ha agradado a vuestro Padre, daros su reyno.*

Me retiré de aquel lugar oprimido por esta reflexion. ¡Quién me hubiera dicho que al cabo de doce años, yo estaría en Paris, como desterrado, para asistir al entierro del ilustre proscrito; del Prelado que me ordenó y que allí mismo me daba, desde las frias cenizas del sepulcro, lecciones y ejemplos de cómo debe sufrir y morir un sacerdote por la causa de la Iglesia! ¡Decretos del Altísimo que no comprende el misero mortal! Aquel dia, y por aquel suceso, estuve mas triste que lo habia estado ántes; pero me resigné á la voluntad de Dios; hallé en esto un consuelo, y renové mis propósitos de aprender con su Divina gracia, á sufrir y morir por su nombre y por su amor.

Durante el mes de noviembre, y aunque con

trabajo, visité algunos lugares mas notables de Paris, acompañado de mi distinguido amigo el doctor Ignacio Gutierrez Vergara. Conocí la catedral ó sea Nuestra Señora de Paris, que es magnífica; San Sulpicio, San Estéban del Monte, donde está la tumba de Santa Genoveva, Patrona de Paris y Pastora de las márgenes del Sena; la Iglesia de los Inválidos, donde están casi todas las banderas que el ejército frances ha tomado á los enemigos en los campos de batalla y en diferentes épocas; y tambien en tiempos de paz, en que les gusta á los franceses recoger en otras partes, todo lo que puede darle importancia y gloria á Francia : la Magdalena que es mas bien edificio profano y un efecto de las ideas revolucionarias, que lo elevaron como templo á la gloria; pero Dios abatiendo el orgullo de sus enemigos, trastornó sus planes, hizo que aquel edificio, copia del Partenon de Aténas, viniera á servir á los triunfos del catolicismo sobre la falsa filosofía; y que se quemara incienso en honor de Jesucristo, en aquellos altares destinados á ofrecer sacrificios impuros al ídolo de la razon y de las pasiones.

Visité el Convento de los Jesuitas y su Iglesia, y un templo llamado de Nuestra Señora de las Victorias; porque se venera en él una imagen de la Virgen con este nombre, que es muy hermosa y á la que tiene mucha devocion el pueblo de Paris.

El Panteon, ó sea la Iglesia de Santa Genoveva, es á mi juicio una de los mejores de Paris. La forma una cruz griega y está dominada por una alta y hermosa cúpula. Es muy aseada y la adornan buenos cuadros, entre ellos el que representa á San Leon el grande impidiendo á Atila la entrada á Roma. Debajo en los subterráneos, están los sepulcros de Voltaire y de Rousseau; y en la fachada del templo está escrito con grandes letras: « La memoria de los grandes hombres, la patria agradecida. » La religion y la impiedad se han disputado aquella Iglesia, y alternativamente ha sido profanada y vuelta á restituir al culto católico. A hombres de las condiciones y de la escuela de Rousseau y de Voltaire, la patria y la humanidad no les deben mas que los males que sufren, y sus calamidades, sus infortunios y sus lágrimas. Desde la torre de dicha iglesia se ve la gran ciu-

dad, que por todos lados se esconde en el horizonte.

La capilla espiatoria donde están las tumbas de Luis XVI y de su esposa, victimas de la revolucion, es digna de visitarse; como tambien la Santa Capilla donde se conservan sagradas memorias de san Luis rey de Francia.

Visité el Cementerio del Padre Lachaise, que me pareció grande y suntuoso: es una verdadera ciudad de muertos; y ví varias tumbas que me llamaron la atencion especialmente. Dos sepulcros sencillos de dos esposos, edificado el uno al lado del otro, me hicieron grande impresion: de la fachada de ámbos salia un brazo de bronce negro y descarnado; y estas dos manos horribles estaban cojidas entre sí en el claro que divide las dos tumbas, y habia una inscripcion que decia: *Si no nos separamos en la vida, no nos separaremos tampoco en la muerte.*

Aquellos máusoleos tan fastuosos, y aquellas soberbias tumbas de literatos, de militares, de hombres de estado y de amantes como Abelardo y Eloysa, solo sirven para mostrar el orgullo, la vanidad y los placeres;

haciendo inútiles esfuerzos por levantarse de la postracion de la muerte; miéntras que el departamento donde están sepultados los pobres en la tierra, carece de inscripciones y de títulos de honor y de gloria; pero se vén multitud de cruces amarillas y negras, que son el signo de la verdadera gloria, y que inspiran la humildad cristiana, que tan bien armoniza con la muerte. Grandes y consoladoras ideas se conciben al ver entre la tierra el polvo del hombre cristiano, reposando tranquilo bajo el estandarte de su redencion.

Por lo demás, aquel cementerio, es un espacioso bosque de diversos árboles, plantados con simetría y formando calles largas y hermosas, que se cruzan unas á otras y están rodeadas de flores. En el centro hay una prominencia y en ella está la pequeña iglesia, que es muy sencilla.

La tumba de Napoleon en los Inválidos es magnífica á mi gusto; y la del general Bertran, compañero fiel en sus infortunios, me pareció buena. Muchas veces me detuve en la plaza de la Concordia, que es de las mas hermosas que he visto, para reflexionar sobre

las funestas consecuencias de las malas doctrinas que se enseñan á ciencia y paciencia de los Gobiernos; pues en aquella plaza se alzaron los cadalsos de la Revolucion de 1792, y tuvo lugar el sacrificio de Luis XVI.

Estuve en los palacios de Tullerias, de Luxemburgo y del Louvre; y en este último visité mas de una vez y con detenimiento el gran museo de artes, en que admiré muchas obras originales, principalmente una Conception de Murillo, un gran cuadro del Veronés representando las bodas de Canaá, el San Miguel de Rafael de Urbino y varias pinturas de pablo Rúbens.

Los Campos Elíseos son un paseo pintoresco y agradable, particularmente en el verano para tomar el fresco por la noche; en medio de sus bosques de árboles y de flores, al son de la música y de las melodías de los *Cafés Cantantes*.

El Jardin de plantas me pareció hermoso y conocí muchos animales raros: tigres de diferentes clases, grandes osos y leones. Muchas aves particulares y principalmente de la especie de rapiña. En el Jardin de aclimatacion no hay fieras y casi todos

los animales son domésticos : gallinas de todas las especies conocidas, palomas, patos, cisnes y otras muchas aves : garzas diferentes, pero mas que todo me pareció particular el avestruz. Cuadrúpedos de varias familias, pero la cebrá que es idéntica á una mula, con la piel como de tigre, es un hermoso animal.

El Sena, desde cada uno de los muchos puentes que lo cubren para poner en comunicacion las dos partes de la ciudad, presenta por la noche un espectáculo magnífico y variado, por la iluminacion de ambas riberas; por la multitud de coches que pasan con sus luces los puentes, y por los vapores que navegan el rio con lanternas de diversos colores.

Acabaría mi libro en Paris, si me detuviera á hablar de los paseos públicos, bosques, jardines y demás lugares de recreo en que abunda aquella hermosísima ciudad, que parece la gran feria de los placeres y de las vanidades del mundo. Sin duda que hay en ella mucho bueno; pero es difícil verlo al través del lujo y del brillo que decoran aquel gran teatro, en que no se interrumpe ja-

más la representacion de todos los deleites.

Aquel pueblo no piensa mas que en divertirse y en gozar del mundo; y, ufano con su preponderancia política y con la gloria de sus armas, está embriagado de soberbia y de orgullo; y se postra hoy, como en el siglo pasado, ante el ídolo de la razon y de la prostitucion, para ofrecerle sacrificios, ántes de entrar en el camino de sus infortunios.

Yo creo que en Paris hay mas justos que en Sodoma; pero no ménos vicios y escándalos; y de ella puede decirse lo mismo que dijo Marta á Jesucristo, cuando se acercaba al sepulcro de Lázaro para resucitarlo: « Señor, ya hiede, » y se necesita nada ménos que el poder de Dios, para levantar de la sepultura del vicio, el cadáver de esa sociedad en putrefaccion. (1)

Yo no mandaria por mi cuenta ningun jó-

(1) Si se atiende á los progresos que hace en Francia el ateismo, en cuyas escuelas hay ya mujeres que pronuncian discursos contra Dios; si se atiende á las doctrinas poco conformes con la religion católica, libremente propagadas por una prensa desenfrenada; y, si se atiende, enfín, á las humillaciones que está sufriendo la Francia por parte de Prusia, se comprenderá la justicia de las apreciaciones hechas á cerca de Paris, tres años ántes de que tuvieran lugar estos sucesos.

ven á educarse en Paris, á no ser en el seminario de San Sulpicio ó en los colejos dirigidos por los Jesuitas.

El 26 de noviembre á las nueve de la noche partí de Paris para Roma, por la vía que conduce á Turin, acompañado del estimable jóven mi compatriota, Inocencio Torres, hoy sacerdote; y, en aquella época, estudiante del *colegio latino americano* en Roma, quien me sirvió mucho por lo cual le estoy sumamente agradecido. Toda aquella noche y el domingo siguiente, anduvo el ferro-carril con velocidad y sin hacer mas paradas que las muy cortas que son de costumbre. A las tres de la tarde de aquel dia, despues de haber atravesado toda la Saboya, llegó el tren al pueblo de San Miguel que está al pié de los Alpes, á las orillas del Ródano. Allí todos los pasajeros tomamos carruajes tirados por mulas y caballos; y á las cuatro de la tarde emprendimos el ascenso á la gran cordillera, que desde su base hasta la cima, estaba plateada por la nieve, como si estuviera cubierta de sal ó de espuma de javon. Aquel resto de dia y toda la noche se emplearon en pasar los Alpes, y tuve que su-

frir los rigores del frio; porque principiaba el invierno y la lluvia que vino á las doce de la noche.

No puedo espresar la sensacion de pena que me causó ver á los conductores de los carruajes á todas horas de la noche, parados sobre el granizo ayudando á las ruedas á romper las masas de nieve.

El 28 á las cinco de la mañana terminamos el descenso de los Alpes, y llegamos á un pueblo que está al pié de la montaña, á la parte de Cerdeña, y que se llama Susa. Una hora permanecimos allí para descansar algo de los trabajos sufridos en aquella horrible noche; y á las seis de la mañana, marchó el ferro-carril por los campos de Cerdeña con direccion á Turin, á donde llegamos á las ocho del dia. Era hermosa la mañana, y apesar del insomnio de dos noches seguidas, del cansancio y del sufrimiento, sentí gran satisfaccion al ver por la vez primera el cielo tan afamado de Italia, y los rayos del sol naciente, que bajaban por las faldas de la montaña, como rios de luz que reflejaban sus resplandores sobre las hermosas campiñas del Piemonte.

Al Oriente del Pó, y sobre sus riveras, está situada la ciudad de Turin, que tenia para mí muchas simpatías por ser la cuna de Silvio Péllico; simpatías que se aumentaron por la semejanza que tiene á mis ojos con Medellin. No es tan grande como otras capitales de Italia; pero muy pintoresca: de calles aseadas en las cuales oí dulces cantos durante mis paseos. Poco tiempo tuve de permanecer allí; pero sí el suficiente para ir al Museo de armas, donde hay cosas muy notables, entre ellas, si se atiende al rótulo, la espada de san Mauricio, jefe de la Legion Tebea, que fué martirizado por Dioclesiano; porque no quiso obedecer el edicto que mandaba adorar los ídolos: la silla de montar de Cárlos V con su estribera de argolla, y la espada que llevaba Napoleon en la batalla de Marengo con los austríacos, y cuyo campo no está distante de Turin. Otras muchas cosas curiosas ví que sería largo de referir; pero no omitiré la vista del palacio real que pude conocer muy bien por estar el rey en Florencia. Hermoso y rico como todos los palacios de los reyes, es el de Turin; pero lo que me llamó mas la atencion, fué la capilla

real contigua al mismo palacio. Ví allí la estatua de la reina Adelaida, esposa que fué del rey Victor Manuel; un busto que representa á la reina Maria Cristina madre del mismo rey; retratos de Obispos, sacerdotes, monjas y otros personajes pertenecientes á aquella casa real, y que fueron de admirables virtudes; en tanto grado que se halla muy adelante el proceso para la beatificacion de algunos de ellos, particularmente el de la reina madre de Victor Manuel.

¡ Quién creyera que un príncipe de la casa de Saboya, que cuenta entre sus ascendientes tantos personajes distinguidos por sus virtudes, su santidad y su adhesion á la Iglesia; viniera hoy á romper los títulos de gloria de aquella heróica dinastía; y á hacer causa comun con los enemigos de Dios para llevar sus armas contra la silla de san Pedro, y hacer un botin comun de los Estados de la Iglesia! Así hay muchos soberanos, que dejándose arrastrar por los estímulos de las pasiones, y por la influencia de sus ministros, en vez de felicidad y de gloria, atraen sobre sus pueblos ignominia y baldon.

El 29 á las ocho del dia marché en el tren,

con mi compañero, de Turín para Génova, y llegué á esta ciudad á las dos de la tarde; despues de haber atravesado una multitud de pequeños pueblos, entre los cuales solo es notable la ciudad de Alejandria por ser una de las plazas militares mas fuertes de Italia; á causa de estar en el ángulo formado por la confluencia de dos rios, y circundada de sólidas murallas. Tomó su nombre de uno de los papas Alejandro que la protegió mucho.

A la entrada de Génova por la parte de Turín, se encuentra una plaza en cuyo centro hay una estatua de mármol, levantada á la memoria de Cristóbal Colon; de aquel hombre extraordinario que, dotado por Dios de génio, de valor, de resignacion y de perseverancia, se lanzó en la inmensidad de mares desconocidos para buscar en sus profundidades misteriosas, la sublime revelacion de un nuevo mundo. Génova con Colon y Venecia con Marco Polo, disfrutan la gloria comun de haber paseado con los génios del océano, llevados sobre las ondas por las regiones infinitas del mar.

Entre las Iglesias que conocí, me dejó

satisfecho la catedral consagrada á la Asuncion gloriosa de María Santísima mi protectora : es de forma redonda, y está enriquecida con variados y preciosos mármoles : hay allí un gran cuadro que representa la Asuncion de la Virgen al Cielo, y recordé al contemplarlo, que era la abogada de mi viaje, elegida á la suerte en Medellin.

Las calles son estrechas, tortuosas y pendientes; y la ciudad no es grande si se compara con otras capitales de Italia. Coronada por una cadena circular de hermosas colinas, Génova está situada en la costa oriental del Mediterráneo; y al levantarse el sol, baña con su luz, por entre los sauces y los cipreses, la parte posterior de tantos elevados palacios de riquísimo mármol; y dibuja sus imágenes colosales, sobre la superficie tranquila del mar. Tal fué el espectáculo que presentó á mi vista Génova cuando al partir á las cinco de la mañana de un dia resplandeciente, el buque cruzaba las olas con direccion á Civita-vechia; á donde llegamos despues de 26 horas de una navegacion feliz. Esta ciudad es muy antigua como lo indica su mismo nombre que significa *cuidad vieja*. Allí tenían

grandes palacios los antiguos romanos, para ir á pasar el verano y á tomar baños de mar, costumbre que se ha estendido hasta hoy.

A las diez de la mañana partió el tren de Civita-vechia para Roma, á donde llegamos á las dos de la tarde de un hermoso dia, 1º de diciembre de 1864. Al bajar del tren en la estacion, todos los viajeros se dispersaron, y yo seguí en union del estimable jóven Torres mi compañero.

La primera reflexion que se presentó á mi entendimiento al contemplar por la primera vez la ciudad eterna, fué la miseria y muerte del paganismo; representadas en las ruinas gigantescas de las Termas de Dioclesiano; y la vida, siempre creciente del Catolicismo, espresada en el Gran Palacio Quirinal, en otro tiempo residencia ordinaria de los Pontífices, y que hoy es su mansion en las épocas de verano.



PARTE II

ROMA (1)

El pueblo romano. — Situación topográfica. — Las siete colinas. — Tres calles principales. — Montes Mario y Vaticano. — San Onofre. — El Tasso. — Martirio de San Pedro. — San Alejo, San Pio V y Santo Domingo. — El Pincio. — El Anfiteatro. — Palacio de los Césares. — Prisiones mamertinas. — Basílica de San Pedro. — San Juan de Letran. — Santa Cruz. — Santa María la mayor. — San Pablo. — Plazas. — Fuentes. — Palacios. — Las Catacumbas.

Roma este nombre reúne en sí los recuerdos mas grandes de poder, de magnificencia, de gloria y de honor. Los siglos y las naciones responden al eco de este nombre; y al instante viene á la memoria la historia del

(1) Hablaré de Roma de un modo general, mientras que tengo la satisfacción de ofrecer á mis compatriotas un estudio mas completo de aquella célebre ciudad, que tengo ya principiado.

género humano, con sus momentos de felicidad y de grandeza, y con sus largos dolores é infortunios.

La ambicion, la vanidad, la sed de gloria, de oro, de placeres, de diversiones y de sangre; y el desenfreno mas absoluto de las pasiones con el culto del error; hé aquí lo que formaba el carácter de aquel pueblo romano que se llamaba á sí mismo señor del mundo, miéntras que era el esclavo abyecto y envilecido de cualquier tirano; miéntras que no se avergonzaba de tender su manto de púrpura ante el ídolo de la prostitucion; que deponia sin reparo su corona ante un simulacro ciego y mudo; y, abrumado bajo el peso de todos los vicios, se tendia en el polvo para dormir embriago por el incienso abominable, que quemaba sobre los inmundos altares del demonio.

¡Roma! Este nombre trae á la memoria la existencia y la mansion de un pueblo de muy remota antigüedad, que llegó á dominar todo el mundo conocido hasta entónces; y que por lo mismo no se le pueden disputar su primacia sobre los pueblos antiguos, y su derecho incontestable á los títulos de la his-

toria. Ya Roma era grande y poderosa cuando Júdas Macabeo mandó de Jerusalem embajadores á formar una liga con los romanos.

Y, sin embargo de tanto poder y de tanta magnificencia, que parece debieran elevar el carácter de un pueblo; colocarlo en una escala superior de grandeza, y ennoblecer su corazon con sentimientos de generosidad y de clemencia, aquel pueblo ocultaba bajo el pomposo título de « Pueblo-Rey », un corazon depravado, feroz y sanguinario.

Él estaba mas pronto para acudir al anfiteatro á divertirse al ver un gladiador espirando tendido en la arena; ó para deleitarse contemplando el espectáculo sangriento y doloroso de un cristiano despedazado por las fieras, que para ir al Capitolio á solemnizar la coronacion de sus héroes; y á ver la entrada en triunfo de algun general que, marchando al frente de las legiones del imperio, llegaba con los despojos de los pueblos vencidos, á poner á los piés del *divino* emperador, sus trofeos de gloria con el tributo de las naciones.

Este *pueblo rey* ahogaba los lamentos de los presos en las cárceles mamertinas, con

la algazara de aplausos que consagraba á la palabra vana y lisongera del orador, que arengaba sobre la tribuna en el foro romano.

Empero; en el trono del Eterno, del Rey de los reyes y Señor de los señores, habia un decreto que mandaba, que aquel pueblo fuese reemplazado por otro; y que, para que los Césares *divinos* se convenciesen de su miseria y de su nada, doce pescadores vendrian armados tan solamente de su palabra, y arrebatarian su corona; romperian su cetro; desgarrarian su púrpura; dejarian deshechas sus legiones; destruirian su imperio; libertarian al mundo, y verian á aquellos monstruos sanguinarios retorciéndose entre los brazos de la muerte; agitados por sus remordimientos estériles, cubrirse con un velo fúnebre y desaparecer con todo su poder y su grandeza de la faz de la tierra; sin dejar á la posteridad otra cosa que la historia de sus abominaciones y crueldades; una memoria de horror y los detestables recuerdos de su nombre.

La palabra de Dios se cumple : la soberbia será humillada, y todo lo que se ensalza á si mismo, será abatido. Llegó por fin el dia terrible del juicio del Señor para aquel

pueblo gigante, y quedó reducido á nada. Todo su poder y su esplendor, su gloria, sus vanidades y sus placeres, se disiparon como ligera niebla; desaparecieron como la hoja seca que arrebatada el viento; y el *Pueblo-Rey*, no se vió mas sobre la faz de la tierra.

Sobre las ruinas de la Roma pagana se levantó Roma cristiana : á los Césares sucedieron los Pontífices : al pueblo rey, vicioso y sanguinario, sucedió el pueblo de Dios educado en la escuela de las virtudes cristianas ; y, en una palabra, al culto sacrilego de las falsas divinidades, sucedieron la adoracion, el sacrificio y los cánticos de alabanza consagrados al único y verdadero Dios.

Los templos de los ídolos se desplomaron : sus altares se desmoronaron como el tronco carcomido de la encina secular ; y aquel coloso del imperio romano, con todo su poder y su grandeza, cayó hecho polvo al pié de la cruz del Redentor.

Hé hecho esta breve reseña de Roma pagana para que se pueda establecer comparacion con Roma cristiana; y se vean los beneficios del Catolicismo, que obra prodidigios en el mundo moral, como en el físico, en el

sentido del bien para las sociedades modernas.

Rodeada de colinas, está situada Roma de Norte á Sur Oeste, sobre las riberas del Tíver. Para poder con ménos dificultad describir su situacion topográfica, la recorreré partiendo de la plaza *del Pueblo* que está al Norte, y dirigiéndome por la calle del *Corso* al monte *Capitolino*, situado al Sud Oeste, en el extremo opuesto.

Se entra, pues, por la puerta del *Pueblo* á la plaza que tiene el mismo nombre : esta es grande y circular, y enlosada con piedra pequeña, muy compacta é igual. En el centro se eleva un obelisco rosado, que levantó allí el Papa Sisto V; y sus cuatro lados están llenos de geroglíficos egipcios. En la cúspide tiene una cruz de metal, como para significar que la cruz del Redentor debia cubrir con su sombra el poder del mundo antiguo y moderno : en su base hay cuatro grandes leones de mármol que arrojan por la boca gruesas cantidades de agua, que forman en derredor un estanque abundante y claro; pero que dá entrada al ancho y hermoso pedestal donde hay gradas al pié del obelisco,

para sentarse cómodamente á ver la multitud de gente que pasea, las carrozas que salen fuera de la ciudad, y atraviesan la plaza para subir al monte *Pincio*.

Tiene Roma tres calles principales de Norte á Sur: la central que se llama del *Corso*, la oriental que se llama del *Babuino*, nombre tomado de una estatua antigua y mutilada, que está sobre una fuente y que tiene este nombre; y la occidental que se llama *Via ripeta*, de la palabra italiana *ripa*, que quiere decir *ribera*; porque se extiende largamente por la márgen del río.

Partiendo, pues, de la plaza del *Pueblo* al monte *Capitolino*, por la calle del *Corso*, se deja á la derecha el monte *Mario*, llamado así, porque Mario se acampó en él con su ejército, cuando iba contra Roma. Esta colina es hermosa; dá sobre la ciudad una vista admirable, y está coronada por un espeso bosque de pinos y de cipreses: hay en su cima una casa hermosa y sus amenas pendientes están bien cultivadas, especialmente de viñas.

Siguiendo la cordillera coronada de precioso verdor por la abundancia de árboles,

se encuentra á poca distancia el monte *Vaticano*, donde está el gran palacio de este nombre, residencia ordinaria de los Papas, que está contiguo á la gran basilica de San Pedro. Este monte *Vaticano* es una de las siete colinas de Roma. En la misma amena cordillera se encuentra poco mas adelante el monte *Janiculo*, otra de las colinas, y donde está el convento de San Onofre : allí conocí el cuarto donde vivió el célebre poeta Torcuato Tasso los últimos dias de su vida en el dolor y en el infortunio ; y, desengañado seguramente de las vanidades del mundo. Hay en aquella pieza cuatro sillas, un espejo redondo, una taza de barro, un candelero de madera, dos pequeños armarios con diversos objetos y un crucifijo : todas estas cosas eran del uso diario del gran poeta. Están además su retrato y un manuscrito de su mano.

Esta pieza está muy bien conservada y venerada por los religiosos; porque siempre las ciencias y el mérito, han encontrado amparo, proteccion y consuelo, en aquel clero y aquellos conventos que la mentida filosofia del siglo desprecia y persigue.

Aquel convento tiene un gran huerto muy bien cultivado por los religiosos; y, en el punto mas elevado de aquel huerto, está una robusta y vieja encina carcomida ya por su base, y conocida con el nombre de *La encina del Tasso*; porque á su sombra se sentaba el poeta á contemplar á Roma. La vista lúgubre de aquella ciudad; el aspecto de sus antiguos monumentos; el recuerdo de su famosa historia; la situacion infortunada del grande hombre; la memoria de Sorrento su patria, y el amor de Leonor, es natural que entristecieran el alma del Tasso; y, como el dolor y la tristeza, forman el sublime de la poesía, es natural tambien, que no estuviera ocioso; y que ensayara allí algunos cantos dolorosos al son de la lira con que cantó á Jerusalem.

No léjos de este sitio está sobre el mismo monte Janículo la colina principal de este nombre: en ella hay una Iglesia y un convento de religiosos, y es allí el lugar donde martirizaron á san Pedro. Se vé el hoyo donde clavaron la cruz, y de él sacan los viajeros tierra para reliquia: está cubierto con una capilla, obra magnífica del arquitecto Bra-

mante; y enriquecida con pinturas y bajos relieves, relativos al martirio del Santo Apóstol.

A poca distancia de este lugar sagrado se descende por una pendiente inclinada al Tíber, y pasando al lado opuesto, se sube al monte *Aventino*. Esta colina es un poco elevada y ancha en su cima; y sobre ella hay un convento y una bonita Iglesia contigua. Está consagrada á san Alejo, y al lado izquierdo de la puerta, al entrar, está la escalera bajo la cual vivió y murió el santo: es una grande escala de madera que demuestra mucha antigüedad, y en aquel mismo punto, dicen las tradiciones, vivían los nobles romanos padres de aquel héroe cristiano, cuya vida parece una historia escrita por un ángel.

Vivir en la casa paterna junto á sus padres y cerca de una bella y virtuosa esposa, en una familia opulenta; vivir sin hablarles, sin gozar de los consuelos y de las dulzuras que experimentan al comunicarse las almas que se aman; vivir, repito, desconocido entre los suyos, en un lugar casi inmundo; sin gozar nada de sus riquezas ni participar de los contentos de la familia, y oyendo acaso

los suspiros que por él exhalaban su madre y su esposa: este es sin duda el heroismo de la virtud cristiana: es la grandeza del corazon, que, impulsado por la gracia de Dios é inflamado por su amor, se eleva sobre todas las cosas creadas á las mansiones celestiales: es en fin, la obra del Catolicismo; porque solo él sabe dar tanta magnanimidad y valor, é inspirar al hombre tan elevado espíritu de abnegacion y de sacrificio. En el centro de la Iglesia hay un pozo de agua muy buena, que dicen estaba en el patio de la casa, y que se llama « El pozo de san Alejo. » Los restos del santo están bajo el altar mayor, que es de hermosa construccion; y yo dije misa en un precioso altar que está bajo la escalera, y que conserva algunas de sus reliquias.

A pocos pasos de esta famosa Iglesia, está el convento de Santo Domingo, fundado por él mismo. Se vé allí la misma pieza donde habitó este Santo Patriarca, y á un lado hay un naranjo, que dice la tradicion romana, fué plantado por él: es pequeño y un poco deshojado; pero aparenta mucha antigüedad, y se conserva á beneficio de los religiosos dominicanos. Muy aseada y venerada mantienen

aquellos padres la misma pieza donde vivió san Pio V., que fué religioso de aquel convento ántes de ser Papa : hay en ella un pequeño y modesto altar, y en él un crucifijo de marfil que tiene los piés separados. Se dice que siempre que el Santo oraba al pié del Cristo, besaba los piés de la sagrada imagen. Sus enemigos envenenaron los piés, y cuando el santo fué á besarlos, el Santo Cristo los desclavó y los separó. Hay sobre el altar un gran cuadro que representa al santo Pontífice, cuando tuvo la revelacion de haber triunfado las armas cristianas en la batalla de Lepanto ; cuando añadió á las letanías de la Santísima Virgen, las palabras : *Auxilium cristianorum*. Hay en la misma pieza una urna de cristal rodeada de flores, que está llena de huesos, y entre ellos hay una mandíbula con un diente bien conservado ; son los huesos de san Vincente mártir. En otra urna están los de un Santo, pero es desconocido para mí su nombre.

Cerca de este lugar está la Iglesia de santa Sabina que no tiene nada de particular, sino su mucha antigüedad y los restos de la santa ; y tambien una Capilla casi arruinada con un

castillo al lado, que pertenecen á los caballeros de la órden de Malta.

Este monte Aventino, que puedo llamarlo sagrado; porque vivieron en él cuatro santos; santo Domingo, san Pio V, san Alejo y santa Sabina, noble vírgen romana, tiene sus huertos de árboles y flores y pequeñas fuentes : dá sobre Roma una hermosa vista, y á su pié se vé correr mansamente el Tíver, lleno de pequeños buques y de barcas, que suben del Mediterráneo, cargados de diversos objetos y particularmente de mármoles de Génova y de Carara.

Dejando encerrada la ciudad por esta parte y volviendo por la banda oriental del rio al punto de donde partí, se vá por la misma cordillera al monte *Celio*. De allí pasando por san Juan de Letran, se sube al *Esquilino*, donde está la basilica de Santa María la mayor. Partiendo de este punto por una calle prolongada y recta, se pasa por el monte Quirinal, donde está el gran palacio pontificio; y se llega á la *Trinidad de los montes*, colina que domina la plaza de España, á la cual se baja por dos escalinatas primorosas. Sobre este monte hay un convento de monjas

francesas, consagradas al culto del santo Corazon de Jesus : en su Iglesia oí cantar una tarde, con el Santísimo espuesto, las letanías de la Virgen; y fué aquel, sin duda, uno de los cantos sagrados mas tierno y mas melodioso que oyera jamás en mi vida : era un coro de jóvenes romanas que vivian en el convento; porque aquellas monjas se emplean en la educacion de las niñas, y reciben muchas internas.

De este hermoso sitio se anda por una calle amena y rodeada por hileras de árboles compuestos con arte; y pasando por frente de una alta casa, museo frances de escultura, que tiene grandes y hermosos huertos, se llega al monte *Pincio*, que es el paseo público de Roma; bella y deliciosa planicie cubierta toda de árboles grandes y de pequeños arbustos de diversas clases; pero plantados con orden y simetría, y en cuyo centro hay jardines de variadas y vistosas flores, y fuentes abundantes de agua. En el centro de este jardin se eleva un obelisco de granito levantado por Pio VII. Por un lado tiene el jardin, agradable vista á un estenso bosque que hace parte de la *Vila borques*: todas las tardes

sube allí una banda de música para divertir la multitud que pasea en aquel sitio, y alternan las bandas francesa y romana. A este monte concurren una multitud de gentes de todas clases, ménos los mendigos : extranjeros de todas las naciones y de todas categorías : jóvenes de todas edades y de ámbos sexos : mujeres que muestran todas las invenciones de las modas : militares ricamente vestidos que llevan sus armas y sus medallas al pecho, y por último, los príncipes y los magnates de Roma, que ostentan su poder y grandeza recorriendo aquellos jardines en magnificas carrozas.

Estoy, pues, en el Pincio, sobre la plaza del Pueblo, y al frente del monte Mario y del Vaticano, de donde partí. De este lugar contemplé á Roma muchas veces en el verano al caer de la tarde. Aislado entre tanta gente, recorría con la vista á Roma y sus colinas, y me llenaba de recuerdos terribles. Se agolpaban á mi imaginacion pensamientos lúgubres y se conmovía profundamente mi corazon. Débiles y amarillentos, bañaban á Roma los últimos rayos del sol, que lentamente se escondia por entre dos

altos cipreses en el monte Mario. Los diversos é indefinibles colores que se dibujaban en el cielo, inspiraban á mi alma una deleitacion llena de tristeza; una niebla ó vapor lijero, se estendia sobre la ciudad al traves del cual, se veían confusamente las altas torres, los restos de algunos monumentos antiguos, y aquellos elevados palacios de color oscuro y de aspecto melancólico. Las sombras de la noche que se alzaban sobre el monte Janículo, y caían sobre Roma para cubrirla con velos de luto; el sonido entrañable de las campanas que tocaban para anunciar la noche y llamar á los fieles al reposo y á la oracion; todo esto traía á mi mente, grandes y dolorosos recuerdos; exhaltaba mi imaginacion y parecíame que vagaban delante de mis ojos los expectros de Neron y de Dioclesiano, seguidos de la inmensa turba de tiranos que persiguieron la naciente Iglesia, y llenaron de terror el mundo para saciarse de oro y de sangre. Creía oír el eco de la voz de Ciceron que hablaba en el foro ánte aquel senado romano, no ménos fanático, corrompido y cruel, que sus Césares y su pueblo-rey. Pensaba descubrir las sombras de los Camilos, de los

Escipiones y de los Gracos; y que escuchaba á lo léjos el rumor de las alegrías de un gran festin en el palacio de los emperadores; que llegaban á mis oídos los apláusos de alguna fiesta triunfal en el Capitolio; que percibía el olor del incienso en los sacrificios de los idolos; que escuchaba la algazara espantosa del Pueblo-rey, pidiendo diversiones y juegos públicos; y que á todo esto se mezclaban los lamentos de los mártires en las prisiones mamertinas; y que veía correr su sangre preciosa é inocente en las arenas del anfiteatro.

Abrumado de terror y de tristeza me decia á mí mismo: ¿Dónde está Roma la dominadora del mundo, la señora de las naciones, que imponía la cautividad á todos los pueblos? Ha desaparecido con toda su magnificencia, su poder y su gloria, como el impio sentado soberbiamente sobre los cedros del Líbano, que pasando el viajero vuelve á mirar y no lo vé ni encuentra siquiera el lugar que ocupaba. Dios castiga la soberbia y el orgullo, y los pueblos y los individuos que en su depravacion y su demencia se vuelven contra él, experimentan tarde ó temprano el rigor de su justicia; y no queda de su grandeza mas que un puñado

de polvo que todos pisan; y un nombre y una historia para servir de lección terrible á la posteridad.

A estas reflexiones venia á unirse un recuerdo de la Iglesia perseguida en mi patria, y una lágrima secreta corria de mis ojos : exhalaba un suspiro de lo mas hondo de mi pecho, y bajaba del monte para encaminarme á mi posada entre las sombras de la primera hora de la noche.

Habiendo hecho un paseo en derredor de Roma, entraré en ella, para hablar de sus monumentos antiguos y modernos. Entre todos los que se han conservado disputando su ecsistencia á los siglos para dar testimonio al mundo de la grandeza y del poder del Imperio Romano, es de lo mas notable el anfiteatro construido por el emperador Flavio Vespasiano, para dar juegos al pueblo y divertirlo con la matanza de los cristianos.

Este soberbio edificio consiste en series de elevados y gruesos paredones, sostenidos por arcos magníficos sobre robustas columnas, que forman un círculo grande y perfecto. Esta plaza ó círculo está cubierta con una capa de arena menuda regada allí, para no

pisar el suelo impregnado con la sagrada sangre de los mártires. En las paredes hay seis órdenes de palcos que eran ocupados por los espectadores; y al pié están las jaulas donde encerraban las fieras. Hay cruces dispuestas para hacer las estaciones todas las tardes; é imágenes de Jesus y de Maria colocadas en sencillos altares bajo los arcos del edificio. En el centro se eleva una cruz negra, y al lado hay una cátedra donde se predica frecuentemente. Atraviesa el circo un cáuce subterráneo que conducia una corriente de aguas del Tíver, para que destilara en ella la Sangre de los mártires. Se entra al circo por dos anchas puertas custodiadas por soldados, que no impiden á nadie la entrada.

De todos los monumentos y los sitios que conocí en Roma, este fué el que me causó una impresion mas dolorosa y profunda. Al entrar, me sentí sobrecogido de un terror sagrado, y me quedé suspenso involuntariamente : todo mi cuerpo se estremeció; un frio íntimo penetró hasta mis huesos, y sentí palpar mi corazon. Mis ojos no cesaban de dirigir miradas en derredor de aquellas grandes y majestuosas ruinas; y parecíame oír

el rugido de los leones y el sordo gruñir de todas las fieras, que se savoreaban viendo las víctimas que se les presentaban por pasto sobre la arena.

Entre tantos nombres inmortales que se recuerdan en aquel lugar, dos vinieron repentinamente á mi memoria : el del grande Ignacio, Obispo de Antioquía, y el de Pancracio noble jóven romano. Allí venian de todas partes la vejez, la juventud y la belleza á mezclar su sangre para ofrecerla en sacrificio al verdadero Dios; preciosa sangre cuyo vapor se elevaba al Cielo como un perfume delicioso en la presencia del Señor. En aquellos dos ilustres mártires, se ven representados los dos extremos de la vida humana : en la juventud lozana de Pancracio, (1) se vé el lirio que se abre en la mañana del dia ; y en la ancianidad augusta de Ignacio, el viejo cipres que inclina sus ramas marchitas sobre el altar del Señor, en el crepúsculo de la noche.

(1) San Pancracio no fué martirizado en el anfiteatro ; pero su nombre vino á mi memoria en aquel momento. El lugar de su martirio está cerca de allí y fuera de las puertas de Roma, donde hay una basílica consagrada á su culto.

Reina en aquel lugar un silencio pavoroso y santo, que solo es interrumpido por el graznido desapacible de diversos pájaros, que anidan en los huecos de aquellos paredones; que revolotean sobre aquellas ruinas solitarias, y forman con su canto melancólico un concierto digno de aquel lugar, donde reinaron por tanto tiempo el dolor y la muerte.

¡Oh filosofía vana y mentida del siglo! Vos que tanto despreciais la religion del Crucificado, venid á contemplar los millares de víctimas que en este lugar se sacrificaron por Él. Vos que haceis tanto alarde de la ciencia de vuestros discípulos, porque saben vivir y morir como los brutos, venid á este sitio á evocar las sombras venerandas de los discípulos de la religion, que tuvieron la sabiduría de vivir como cristianos, y conquistar con la palma del martirio, la corona de la vida; vos, en fin, que alabais tanto las hazañas de los sectarios y de los impios por escarnecer á los católicos, presentad algo que se parezca á la intrepidez de los confesores y al heróico valor de los mártires!

A poca distancia del anfiteatro está el *monte Palatino*, donde estaba el palacio de los

Césares. Sus gigantescas murallas están cubiertas de tierra, porque este es el fin destinado á todas las grandezas humanas.

En el espacio que media entre el palatino y el circo, está el arco de Trajano, ó de Constantino, magnífica arquitectura antigua; y se ven en él muchos altos y bajos relieves, que representan batallas y otras escenas. Por debajo de este arco pasa la *Via Appia*, que se dirige al Capitolio: consiste en una ancha calle enlosada con piedras grandes, planchas, y de un color muy oscuro. Aquellas piedras son las mismas que pusieron allí los antiguos romanos.

Como á distancia de una cuadra del arco de Trajano, está sobre la *Via Appia*, el de Tito, tambien con sus figuras diversas y sus relieves, que representan antiguos pasajes. Por debajo de este arco pasó el emperador Tito cuando venia de la conquista de Jerusalem; ciudad que dejó convertida en escombros y ruinas, para que se cumpliera la palabra de Dios de que no quedaria en ella piedra sobre piedra; y para que no fuesen estériles las lágrimas que derramó Jeremías sobre sus desgracias, y los lamentos con que muchos

siglos ántes, hiciera el Prefeta los funerales de Sion. Los judíos de Roma no pasan nunca por debajo de este arco.

Al frente del Palatino se vén las ruinas magestuosas de un templo dedicado á la Paz, y se comprende bien, que aquel era un edificio colosal. Allí junto está una Iglesia dedicada á Santa Francisca, mátrona romana, donde se venera su cuerpo. En la pared se vé guardada por una reja de hierro, una piedra bastante grande y negra, sobre la cual oró san Pedro para que cayera Simón Mago, á quien el diablo llevaba por los aires, para probar que hacía milagros, como el Apóstol.

Del arco de Tito caminando por la Viá Appia, y dejando á ambos lados restos de edificios antiguos que han sido reemplazados por Iglesias; se llega al célebre foro romano, donde se reunia el Senado á tratar los negocios del Estado, y donde hacian resonar su elocuente palabra los oradores. Este foro es grande: tiene todas las piedras antiguas de su pavimento; hay en él restos de grandes columnas, y en uno de sus extremos, está el arco de Septimio Severo, grande y soberbio edificio en el cual cada una de sus piedras

parece que habla en favor de su antigüedad.

A cuatro pasos y á su lado, están las cárceles mamertinas, hechas por el emperador Servio Tulio ; pero se ignora por qué se les puso este nombre. Consisten en dos subterráneos de forma circular, el uno sobre el otro, abiertos en la roca. Se baja á ellos por unas escaleras de mármol, y es preciso llevar luces por la densa oscuridad que hay en ellas. Allí encerraban los reos de Estado y los criminales.

En la mas profunda de estas horrorosas mazmorras estuvieron presos los santos Apóstoles Pedro y Pablo. Junto á la pared está una columna de piedra redonda y negra como de vara y media de alta, y defendida por una verja de hierro : á esta columna estuvo por muchos meses atado san Pedro, con una gruesa y pesada cadena, que tuvo la gloria de ver y besar; y que se conserva con toda veneracion en la Iglesia de San Pedro Advincula, que quiere decir *San Pedro en las cadenas*. Junto á esta columna está un pozo de agua pura y agradable, que hizo brotar San Pedro para bautizar á Proceso y Martiniano, con treinta y siete soldados que

eran los custodios en aquella cárcel; y que se convirtieron con la palabra de los Apóstoles y despues fueron mártires todos.

El Pueblo-rey que edificaba magníficos monumentos para colocar sus inmundos ídolos y rendirles adoracion, no vacilaba en encerrar los hombres en aquellas cavernas tenebrosas donde se suicidaban unos, otros eran asesinados y perecian casi todos victimas del hambre y de la desesperacion. Allí sufrían tambien por la fé de Jesucristo y esperaban con resignacion y con amor, el dia feliz de su triunfo y de su gloria, los Apóstoles y los mártires.

¡ Bendita sea la Santa Religion del Dios crucificado, que nos inspira los tiernos sentimientos de la caridad, que los paganos no conocieron; y que se compadece de todos los estravíos y las miserias del hombre! ¡ Santa Religion que nos enseña la celestial doctrina de la fraternidad cristiana, por la cual el hermano llora por las desgracias del hermano; el hombre se compadece del hombre, y llega hasta dar su vida por el amor del prójimo! ¡ Qué diferencia entre la religion cristiana y la religion pagana; en

tre el pueblo idólatra y el pueblo de Jesucristo! Las sectas impio-filosóficas hablan mucho de la fraternidad para engañar á los pueblos; pero su palabra es estéril como las almas que no tienen fé : planta parásita sin flores y sin fruto, marchita por el aliento de la boca, sin haber echado raíces en el corazon.

Del foro romano y las prisiones mamertinas se sube al monte Capitolino, alta y hermosa colina en cuya cumbre hay una plaza grande y bella : en la mitad se alza una estatua colosal y ecuestre de bronce dorado de Corinto, encontrada en una escavacion, que dicen representar á Marco Aurelio y ser una de las mas famosas obras de la antigüedad, que se han encontrado hasta ahora. Está puesta allí por el Papa Pablo III. A un extremo de la plaza hay una Iglesia y un Convento de franciscanos, que ofrecen una vista encantadora sobre Roma, desde una pieza en que vivió por algun tiempo el Papa Pio VI, y que ahora está habitada por el general de la órden. En aquella Iglesia, que es antigua, hay treinta y siete altares, y está la tumba de Santa Helena madre de Constantino.

Al lado opuesto está la famosa roca Tarpeya, por donde arrojaban los reos de Estado y los criminales al Tiver : hoy solo se vé un abismo cubierto de árboles y de malezas.

A poca distancia de los lugares que he mencionado, está el gran *foro trajano* con su multitud de gruesas y redondas columnas; unas elevadas sobre su base y otras yacen destrozadas en el suelo. En un extremo se eleva majestuosamente una gran columna que se llama *trajana*, y tiene una estatua de San Pedro sobre la cúspide.

En el centro mismo de Roma está el Panteon de Agripa : allí no hay ruinas, porque está perfectamente bien conservado y es de todos los monumentos antiguos el único que se encuentra integro. Es un edificio de figura redonda, y por esto lo llaman los romanos *La rotonda*. Su pavimento es circular, y su techumbre de la misma forma. Fué construido para reunir en él los ídolos, y están á la vista los órdenes de nichos que ocupaban. Hoy es una basílica de segundo orden dedicada á Santa María de los Mártires. ¿Quién hubiera dicho á Agripa que vendrian tiempos en que,

aquel magnífico edificio levantado para reunir el conciliábulo de sus dioses, vendría á servir para celebrar la santidad y la gloria de los que se sacrificaron por no adorar los? ¿Quién hubiera dicho á aquellos fanáticos, sectarios del error, tan confiados en el poder de sus divinidades; que la palabra de un hombre que agonizó en un patíbulo entre afrentas y dolores, habia de hacer estremecer todos sus dioses, y caer al suelo bajo las ruinas de sus altares? Dios se burla de los consejos de los impíos, y confunde sus vanas previsiones. Aquel hermoso templo levantado al culto de los ídolos, es hoy la basílica de los mártires; y aquellas falsas divinidades, cuyo miserable polvo no existe ya, cedieron su lugar, el incienso y la adoración, á sus víctimas. En una capilla pequeña de aquella Iglesia y junto á un altar de la Virgen, se vé en la pared una losa de mármol, que señala el sepulcro del célebre artista Rafael.

A poca distancia del anfiteatro flaviano, se alza solitaria una gran torre que descuella sobre los palacios, negra como un estandarte funerario. Se dice que á aquella torre subió

Neron para contemplar mejor el incendio de Roma.

Todos los lugares que he mencionado están vecinos entre sí, y á bastante distancia de ellos están en diversos puntos, las termas ó baños de Dioclesiano y de Caracala. Estas ruinas se conservan bien, y se comprende que eran bellos y magníficos palacios : se ven aun sus grandes salones enlosados de precioso mosaico.

Muy dispersos se encuentran otros escombros de edificios antiguos, como el templo de las Vestales, el teatro Marcelo, que se conserva bien, el mausoleo de Augusto que está situado en el antiguo campo de marte, y las columnas y una pared de un templo de Vé-nus, y una alta construccion de figura cónica que dicen ser el sepulcro de Cayo Sexto. En varios lugares se conoce que hay edificios y monumentos enterrados ; porque alcanzan á salir sus testeros sobre la superficie de la tierra.

Estas colosales ruinas resistiendo á la accion devoradora del tiempo y calentadas por el sol de tantos siglos, parece que se conservan para dar testimonio á las generaciones

presentes y á la posteridad ; de que en aquellos lugares ecsistió un gran pueblo de una civilizacion gigantesca y de un poder extraordinario ; que se verificaron grandes y multiplicados sucesos, que embellecen y manchan sucesivamente las páginas de la historia; y que habitaron millones de generaciones que, arrastradas por la corriente de los siglos, se sepultaron en las regiones infinitas de la eternidad, dejando en pos de sí, una historia terrible encerrada en el polvo de su grandeza.

El viajero se detiene absorto y contemplativo delante de aquellas ruinas, que parece murmuran con una elocuencia aterradora estas palabras : * Las obras del hombre son débiles é inestables, y toda su grandeza vanidad y miseria. Dios solamente es eterno é infinitamente poderoso y grande ; y solo á Él se deben el culto y el incienso, la adoracion y la alabanza, el honor y la gloria. *

Aquellos lugares que el demonio escogió para fijar su trono y reinar sobre el mundo, son precisamente los mismos elegidos por Dios en su Sabiduria infinita para colocar, por decirlo así, su reinado y poblarlos de

magníficos templos ; levantar sus altares y sus tabernáculos preciosos y perfumados por los aromas de todos los climas ; reunir en derredor de ellos la adoracion de todas las naciones ; y, en una palabra, para pronunciar sus oráculos desde la cátedra de Pedro á los oídos atentos de dos mundos.

No se puede encontrar en ninguna ciudad tantos y tan magníficos templos como en Roma. Es preciso decirlo para honor del pueblo romano, y muy particularmente de las Corporaciones de la Iglesia y de las órdenes religiosas ; que tienen el mayor interes y el mas grande esmero en edificar nuevos templos y refaccionar los antiguos ; y todo lo hacen con un arte y una hermosura dignas por cierto de alabanza y de elogio.

La basílica de San Pedro es una maravilla extraordinaria que mi pluma no puede describir ni mi lengua contar. Solamente el espíritu del Catolicismo ha podido inspirar tan sublimes concepciones al génio del hombre ; y solo el Pontificado católico con su perseverancia en el bien, con la conciencia de su perpetuidad, con su fé en Dios y con su deseo de darle un culto digno en cuanto sea posible á

la débil criatura, ha podido llevar á cabo tan portentosa obra. Parece que las ciencias y las artes se combinaron para reunir en ella todo lo mas sublime de sus ideas y lo mas delicado de sus pensamientos; porque allí se admiran la grandeza y la armonía, la magnificencia y la belleza.

De cualquier punto de vista que se mire el interior de aquel templo majestuoso, el observador se queda como en un éxtasis; porque sus ojos lo miran embelesados y su espíritu queda lleno de admiracion y encanto. Yo por mí sé decir, que puesto de pié en la mitad de la nave mayor; al contemplar la proporcion de todas las partes entre sí, y su perfecta conformidad con el todo; al ver su grande extension y sus soberbias columnas; al mirar los dorados de su techo y su pavimento enlosado de ricos mármoles; al observar sus grandes capillas laterales que frente unas de otras y miradas de sus extremos, forman basílicas y dibujan cruces sobre la nave mayor; al contemplar sus estatuas, sus cuadros, sus altos y bajos relieves y sus riquezas de todo género; al elevar la vista á la alta y magnífica bóveda que sostiene su gigantesca cúpula, en

derredor de la cual con grandes letras en latin está escrito : « Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; » al fijar los ojos en el rico monumento en que está guardada en alto la sagrada silla del príncipe de los Apóstoles, sostenida por cuatro estatuas que representan los cuatro grandes doctores de las Iglesias latina y griega; Ambrosio y Agustin, Atanasio y Crisóstomo; al contemplar todas estas cosas, repito, y mil maravillas mas, yo caí postrado ante el sagrado altar de la Confesion, que guarda los preciosos restos del Pescador de Galilea, y en derredor del cual arden constantemente una multitud de lámparas.

Entre otros muchos objetos que admiran, me llamaron particularmente la atencion, una grande estatua de mármol puesta de rodillas con las manos juntas al pecho en actitud de orar, que está ante el altar de la Confesion; y que representa al Papa Pio VI. Este Santo Pontífice tenia la costumbre de bajar todas las tardes del Vaticano á postrarse á meditar en aquel sagrado lugar. El mausoleo del Papa Clemente XIII sostenido por dos grandes leones, es sin duda uno de los mejores mo-

numentos de la basílica. Un alto relieve que representa á San Leon el Grande deteniendo á Atila ante las puertas de Roma. El sublime cuadro de la transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo, obra maestra del inmortal Rafael. Un gran cuadro que representa la comunion de San Gerónimo al morir, obra del Dominiquino (1).

Subí á la mayor altura de la cúpula, y es inútil decir la vista que dá sobre Roma, las cordilleras, las campiñas y el curso del Tiver, hasta que se esconde en la sierra de la Sabina. Desde aquel punto contemplé detenidamente, á la márgen del rio, el sitio donde dieron la batalla Constantino y Magencio, disputándose el trono de los Césares; y durante la cual, el primero vió la cruz luminosa en los aires, que le anunció la victoria; que fué el signo de su conversion, y que se llama el Lábaro de Constantino.

Grandes y magníficos eran ciertamente los monumentos y los templos de Roma pagana; pero no podrian igualar ni con mucho á la catedral de San Pedro. Las

1 Para describir las maravillas de la basílica de San Pedro, tengo que hacer un trabajo á parte.

que se llaman hoy sectas cristianas, ó mejor dicho, los sectarios del error y de la apostasía, pretenden en vano igualar sus templos con aquella basilica. Tan admirables maravillas están reservadas solamente al génio católico.

La basílica de San Juan de Letran en cuya fachada está escrito con grandes letras en latin : « Cabeza y madre de todas las Iglesias, » es espaciosa y bella : el altar mayor está sombreado por cuatro columnas preciosas, sobre las cuales está sostenido un solio ó baldaquino, que guarda las cabezas de Pedro y Pablo. En las columnas que sostienen los arcos de la nave mayor, y frente una de otra, hay doce grandes estátuas de mármol de los doce Apóstoles; y estas obras de un gusto artístico esmerado, llevan en las manos los signos de su ministerio y que indican el género de martirio que sufrieron. Así es que los Evangelistas llevan grandes libros en que parece que escriben; San Bartolomé tiene sobre el brazo su descarnada piel; San Andres está cargado con la cruz en que fué martirizado, y así de los demás.

En una capilla está la mesa en que fué

instituido el Santísimo Sacramento; parece ser de cedro, es negra y en partes carcomida, y al verla se convence uno de su grande antigüedad.

Anexo á la basilica, está un gran palacio donde residian antiguamente los Papas; y por él entran el Pontífice y los cardenales cuando van á la basilica.

Santa Cruz de Jerusalem, llamada así porque fué la Iglesia que edificó Constantino para guardar las reliquias, que Santa Helena su madre trajo de Jerusalem, es ménos grande que las otras : está en los muros de Roma, un poco fuera de la ciudad. Es hermosa y tiene un pequeño coro donde están parte de la verdadera cruz, un clavo, dos espinas de la corona, una cuerda y otras santas reliquias de la Pasion; que se muestran al pueblo cada año en la Semana Santa, ó en cualquier dia con permiso especial del encargado de la custodia de las reliquias. Yo tuve la dicha de subir á este coro dos veces, ver de cerca tan santos objetos, besar la urna preciosa que los encierra, y recibir la bendicion que con ellos dá el sacerdote que los espone. Hay en dicha basilica una capilla cuyo suelo

es de tierra traída por Santa Helena de Jerusalén.

Santa María la Mayor, que se llama así por ser la primera Iglesia en dignidad, de las consagradas á María Santísima; está situada sobre el monte *Esquilino*, y es grande y muy hermosa. Hay en ella la tumba ó cripta que se ha hecho construir para su sepulcro el gran Pio IX: este monumento es de preciosos mármoles de diversos colores. A su lado, en una capilla rica de pintura y escultura, hay una humilde urna que contiene los sagrados restos de San Pio V, que se esponen al público todos los años el día en que la Iglesia celebra su bienaventurada muerte. Dos veces tuve la satisfaccion de ver aquel venerable cuerpo, que conserva el anillo en el dedo enjuto, y su larga barba blanca. Hay además un hermoso nacimiento, obra preciosa de arte, que se espone también cada año en el tiempo de la navidad. Al lado opuesto, al frente, hay otra capilla muy rica y magnífica, que dicen ser la mejor de Roma; y en ella se venera una imagen de María Santísima, que la tradicion atribuye al Evangelista San Lucas. En esta basilica está la

cuna de Jesus en Belen, que se muestra cada año el dia 25 de diciembre.

Como á tres millas de la ciudad, y parece que en el centro mismo de la antigua Roma, se descubre solitaria entre los árboles de la campiña y las cabañas de los labradores, la majestuosa basílica del Apóstol de las Naciones : es estensa, y forma una gran cruz con las capillas que en ambos lados están frente por frente.

El altar mayor que encierra los restos del Apóstol, es una obra rica y preciosa, cubierta por un baldaquino sostenido por cuatro columnas de alabastro oriental. Tiene cinco anchas y grandes naves, y ochenta columnas de granito sostienen aquel edificio, que cubre un pavimento luciente, que parece enlosado de clarísimo espejo. En la pared, en derredor, están los retratos de todos los Papas desde San Pedro hasta Pio IX, hechos de mosaico. Hay dos altares de *malaquita*, piedra oriental de mucho valor, y verde como la esmeralda.

Esta basílica indescriptible por su riqueza, esplendor y magnificencia, es la Iglesia de Pablo; de aquel implacable perseguidor de

la Iglesia; de aquel que vió con placer en Jerusalem, siendo jóven aun, la lapidacion y martirio del Diácono Estéban; y que pidió despues órdenes á los tiranos, para ir á atormentar á los cristianos en Damasco. Discípulo del fariseo Gamaliel, parece que imitaba las obras de los fariseos.

Mas, ¡cuán precioso es el arrepentimiento en la presencia del Señor! ¡Cuán grandes son los portentos de su misericordia y de su gracia, que al pecador que oye su voz y la obedece, lo levanta en breve de las moradas sucias y tenebrosas del error, para elevarle templos y colocarlo en la magnificencia de los altares!

San Pablo es el Apóstol de las Naciones, y uno de los que mas sufrieron por el nombre y por el amor de su Divino Maestro; y á pesar de sus grandes y admirables trabajos en el apostolado, parece que siempre recordaba con arrepentimiento y amargura los extravíos de su juventud; porque hace mencion de ellos en sus inmortales Epístolas á las Iglesias, y en alguna de ellas, dice: * Yo Pablo Apóstol, que no soy digno de ser contado entre los Apóstoles; porque perseguí la Igle-

sia de Dios. ¡Loor y gloria eterna, pues, al grande Apóstol, que convirtió á los gentiles!

Como á dos millas de este lugar, están dos capillas : la una era la estrecha y horrible prision de San Pablo, y en la otra están las tres fuentes que brotaron en los tres puntos donde saltó la sagrada cabeza del Apóstol, cuando la cortaron sus verdugos. Yo bebí con mucho gusto el agua de todas tres. Junto está la columna á la cual estaba atado al tiempo de su martirio.

La basílica de San Lorenzo está fuera de los muros, y á poca distancia de la ciudad : es de una construccion muy antigua, aunque tiene algunas partes restauradas; tiene varias pinturas antiguas; el púlpito es precioso, de mosaico antiguo, y en el altar de la Confesion hay reliquias de los diáconos mártires, San Estéban y San Lorenzo. A su lado está el cementerio público de Roma.

Estas, con la basílica de San Sebastian, de que hablaré mas adelante, son las siete basílicas mayores de Roma; pero hay una multitud de Iglesias que sin llevar este título merecerian una descripcion particular; porque son grandes, ricas y magnificas; y casi

todas conservan preciosas reliquias de santos. La Iglesia de Santa Maria de la Minerva, así llamada, porque está en el mismo sitio donde habia un templo consagrado á Minerva, es una hermosa catedral; y bajo su altar mayor está el cuerpo de Santa Catalina de Sena. La de San Felipe Neri, recién restaurada, sobre el mismo lugar donde vivió el santo, y donde se veneran sus restos. La de San Ignacio, donde está el cuerpo de san Luis Gonzaga. La del *Jesus*, donde están los restos de San Ignacio de Loyola. La de San Carlos Borromeo, donde está el corazon del santo cardenal, y que queda en la calle del Corso. Todas las Iglesias parroquiales que son muchas y que cada una podria servir de hermosa catedral á cualquier diócesis; y en fin, una multitud de templos y de capillas que se encuentran en Roma á cada paso, y que están llenas de riquezas artísticas, de buen gusto, y de belleza. De las muchas colinas que forma la cordillera que circunda á Roma, no hay una sola que no esté coronada por un templo, y algunas por dos ó mas.

En el tránsito de Roma á la basilica de San Pablo, se encuentran várias; pero dos

muy notables por las historias que recuerdan.

La primera señala el lugar donde, habiendo salido San Pedro de las prisiones marmertinas, á instancias de los cristianos, con el objeto de irse de Roma, se encontró con un desconocido á quien preguntó para donde iba, y el desconocido le contestó : *Voy á Roma á que me vuelvan á crucificar*. El Santo Apóstol comprendió con quien hablaba, y lo que significaban aquellas terribles palabras; é inmediatamente regresó á Roma á ponerse á disposicion de sus verdugos.

La otra indica el lugar donde se separaron los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el dia de su gloriosa muerte, para ir cada uno al lugar de su respectivo martirio.

Junto á San Juan de Letran, está la capilla llamada de la *Escala Santa*; porque se venera en ella la escalera por donde Nuestro Señor Jesucristo subia al balcon de Pilato á responder ante sus jueces; y que fué traída de Jerusalem á Roma por santa Helena. A todas horas del dia se encuentran allí centenares de personas, que suben de rodillas aquella escalera sagrada, que tiene veintidos gradas; es de mármol, y está cubierta por

otra escalera de pino colocada allí por el Santo Pontífice Pio IX, con el objeto de que no se pise la escalera misma por donde subía y bajaba el Redentor. Despues, vuelven á bajar las gentes por dos escaleras colocadas en los costados.

En la rejon antiguamente llamada celimentina, esto es, al pié del monte Celio, está la antiquísima Iglesia de San Clemente Papa y martir; que fué edificada en el mismo lugar de su casa paterna y consagrada por él mismo. Esta, es, pues, una de las mas antiguas Iglesias de Roma donde primero se celebraron los misterios de la Religion cristiana. De ella, como muy célebre en su tiempo, hace mencion san Gerónimo en su libro de los hombres ilustres, donde habla de san Clemente y de su Iglesia. Hay tradicion que en ella recibió san Clemente al Apóstol san Bernabé cuando vino á Roma: en ella adjuró finjidamente su falso dogma Celestio compañero de Pelagio, en presencia del Papa Zosimo I. En ella fué electo Papa Pascual II, que era cardenal titular de la misma Iglesia. Bajo uno de sus antiguos pórticos, refiere san Gregorio, que pasó todo el tiempo de su vida con admirable

paciencia san Sérvolo, Paralítico; quien al fin de aquella trabajosa vida, mereció oír la voz de los Angeles, que lo invitaban á tomar posesion de la felicidad del paraíso : allí se le dedicó una capilla y Dios se complace en hacer milagros en torno del sepulcro de su Siervo.

Admirable es esta Iglesia por su antigüedad ; por las preciosas reliquias de santos y mártires que encierra, y por los trabajos artísticos que contiene. El antiguo presbiterio está en medio de la Iglesia, adornado de mosaicos, con dos púlpitos trabajados en piedra y con muchas pinturas de estilo muy antiguo. Es digna de observacion una tribuna hecha de mosaico admirablemente trabajada. De una vid que está plantada en el medio, sale una cruz con el Salvador clavado en ella ; de un lado está la santa Virgen, y del otro san Juan. De la raíz de la vid por ambos lados, se extienden sus ramos que dispersos y entretejidos, cubren todo el espacio de la tribuna. Entre aquellos ramos están los cuatro Doctores de la Iglesia, y varias especies de pájaros : todo en mosaico.

Antiguamente los templos eran edificados

de modo que la oracion se hacia mirando al Oriente, como se ve en muchísimas Iglesias de la cristiandad; y lo observan hoy los griegos y la Iglesia oriental, no siendo lícito á los cristianos hacer oracion, sino hácia la parte del sol naciente, por varias razones espuestas por los Padres griegos y latinos. La primera es; porque con tal rito adoramos el lugar donde se afirmaron los Piés de Cristo en el monte Olivete conforme al dicho del salmista : *adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus*. La segunda; porque se representa á Dios verdadera luz, como asegura san Atanasio; quien dice, que esta ceremonia se observa en la Iglesia por tradicion Apostólica. La tercera por mirar al paraíso terrenal, situado en el Oriente, de donde fué desterrado Adan.

La cuarta; por que el Oriente es la parte mas noble del mundo. La quinta, para adorar el Rostro de Cristo, quien fué crucificado con la cara vuelta hácia el Occidente; subió al cielo en la misma posicion y descenderá del mismo modo el dia del juicio final. La sesta, porque, en la mañana, cuando aun está el sol en el Oriente, descendió el Espiritu Santo sobre el colejio Apóstolico. La sétima, en

fin, para diferenciarnos de los judíos, que oran con la cara vuelta al ocaso.

Sin embargo, muchas Iglesias antiguas de Roma y de otras partes, aunque están vueltas al Occidente; con todo, tienen el altar en el medio, de manera que el sacerdote celebrante, tiene siempre la cara vuelta al Oriente, hácia el pueblo. Este rito duró hasta el pontificado de san León, quien, ordenó á los católicos, que no orasen hácia el Oriente, para no confundirse con los maniqueos, que adoraban el sol, en el cual creían que habitaba Cristo, neciamente fundados en aquellas palabras del salmo : *in sole posuit tabernaculum suum*.

Una de las mas antiguas y veneradas Iglesias de Roma, es la de Santa Pudenciana, fundada en la calle ó vículo antiguamente patriocio; en el mismo sitio donde estaba la casa del noble senador pudente, padre de las santas Pudenciana y Praxedes. En aquella casa de Pudente vivió san Pedro 7 años, desde el segundo hasta el noveno año del reinado de Claudio emperador. Desde aquella casa mandó san Pedro obispos á diversas partes del mundo para plantear la Cruz del Redentor, y convertir las naciones á la fé. A Capua, á Nápo-

les, á Luca, á Verona, á Padua, á Pavia, á Sicilia, á España, á Bretaña, á Escocia, á Francia y á otras partes; y casi todos aquellos santos obispos fueron mártires. Allí mismo ordenó san Pedro á sus tres inmediatos sucesores, san Lino, san Cleto y san Clemente Papas.

Desde aquella casa dirigió san Pedro su primera Epístola á los cristianos desterrados de Jerusalem; y dispersos por diferentes lugares, para consolarlos y animarlos á permanecer firmes en la fé, y á sufrir persecuciones por el nombre de Cristo.

A consecuencia de las disputas de los hebreos que habitaban del otro lado del Tiber, con los cristianos cuyo número crecía prodigiosamente; el emperador temiendo una sublevacion, desterró de Roma á los judíos, en los cuales estaba comprendido san Pedro. Al partir el santo Apóstol regaló á su generoso protector Pudente, el libro del Evangelio que habia mandado escribir á san Marcos, una imagen del Salvador, que se conserva en santa Praxedes y la mesa de madera en que el Apóstol celebraba el santo sacrificio de la Misa, á que asistian los cristianos.

Muerto Cláudio le sucedió Neron en el trono de los Césares, que fué protector de los judíos; y fué entónces que volvió San Pedro á Roma, acompañado de San Pablo, para socorrer y consolar á los cristianos residentes en aquella capital. Se cree que los Santos Apóstoles vinieron á habitar en el palacio de Pudente en Roma, como se deduce de una carta de San Pablo á Timoteo, en la que figura el nombre de Pudente, entre los de los fieles que saludan al obispo discípulo de San Pablo. Fué en el reinado de Neron, que los Santos Apóstoles fueron encarcelados en las prisiones mamertinas, y conducidos al martirio, que recibieron con alegría y con amor por el nombre de Jesus.

Servio Tulio dudando de la fidelidad de los nobles ciudadanos romanos, que eran Patricios, mandó que abandonasen sus casas y fuesen todos á vivir en la calle donde está la Iglesia de Santa Pudenciana; y por esto se llamó antiguamente, vículo Patricio.

En la mas alta cima del monte Quirinal, tan célebre en la historia de Roma, estaban reunidos casi los mas famosos templos y lugares públicos de Roma pagana. Allí habia

un templo de Quirino : allí eran los jardines de Salustio con un soberbio palacio, con huertos de tan amenas delicias, que servian de agradable paseo á los emperadores, que con frecuencia concurrían allí á recrearse. Muy cerca estaba el palacio de la familia Flavia, y los templos de Venus, de Apolo, de la fé, de la fortuna y de la salud. Allí estaba tambien el campo donde se daba sepultura á las vírgenes vestales, que habian cometido alguna falta.

En este sitio estaban antiguamente las casas de San Gavino padre de Santa Susana vírgen; y la de San Cayo, papa y mártir, hermano de San Gabino. Hoy existe en este lugar la antigua Iglesia de Santa Susana, pariente del emperador Dioclesiano; y en este mismo lugar fué martirizada y se venera su cuerpo con los de San Gavino, San Cayo y Santa Felicidad. Está famosa Iglesia posee el cuerpo de San Eleuterio, y la singular reliquia de un hueso de Miqueas, uno de los doce Profetas menores, que anunció con claras y admirables circunstancias, el nacimiento de Jesucristo.

En torno de la Iglesia está pintado en

grandes cuadros del Nogar y de Baltasar de la Cruz, el hecho heroico de la casta Susana y el juicio célebre de Daniel; y en el coro está representada en pinturas, la vida de san Gavino.

Al lado de está la Iglesia, de Santa María de las Victorias, antigua, hermosa y que tiene las banderas tomadas á los moros en la batalla naval de *Lepanto*. Hay en ella una estatua de mármol que representa la muerte de Santa Teresa de Jesus, que es una de las mejores estatuas que yo he visto. Casi al frente de la suntuosa fachada de estas Iglesias, construyó Sisto V una soberbia fábrica y una fuente á donde condujo un gran torrente, que se llama la *Agua feliz*; del nombre del Pontífice, ántes de ser Papa. Se coje aquella agua 20 millas distante de Roma y viene 13 millas por subterráneos, y siete por acueductos montados sobre arcos; desemboca ruidosamente por tres conductos, y sus raudales caen murmurando en grandes tazas que los reciben, para derramarlos en los canales subterráneos por donde se esparcen sus aguas en la ciudad. Hay en la fuente cuatro grandes leones de mármol, y su cúspide domi-

nada por una gigantesca estatua de Moises.

Portentosos vestigios del lujo y de la grandeza de los antiguos romanos; y del orgullo y soberbia de sus emperadores, son los restos de los termas de Dioclesiano, que se muestran allí como claros y eternos testimonios de la miseria y vanidad del mundo.

Tan grandes y bastas fueron aquellas termas construidas por Dioclesiano, que los antiguos escritores de las cosas de Roma, convienen en que aquel soberbio edificio comprendia parte de los tres montes Esquilino, Viminal y Quirinal. Ni el tiempo, ni el furor de los bárbaros, godos y bándolos; ni la rabia del pueblo obligado alguna vez por la desolacion de los mismos bárbaros á abandonar desesperado su querida Roma; ni el descuido de los hombres; nada ha bastado para echar á tierra aquellas inmensas moles y despojarlas de todos los restos que revelan su antigua magnificencia y esplendor. Sobre aquellos paredones colosales estiende sus alfombras el musgo, y florece la yerba en la primavera; bajo aquellos arcos magníficos han pasado mil generaciones aprendiendo á conocer que solo Dios es

grande y eterno; porque las mas portentosas obras del poder de los hombres, se van desmoronando lentamente bajo la accion del tiempo. En aquellos salones adornados de ricos mármoles y mosaicos; destinados á baños, orgías, músicas, cantos y voluptuosidad; solo se siente hoy la atmósfera helada de los sepulcros, el rumor siniestro producido por las alas de los murciélagos, y las quejas del buho solitario que vive entre las ruinas.

Un escritor gentil hablando de aquellas termas dejó escrito este concepto : *Las termas de Dioclesiano son tan eternas como su sagrado nombre.* Con razon aquel pagano, sin pensarlo, le dá el nombre de sagrado; porque aquellas fábricas tan admirables fueron hechas con las manos, las fatigas y el trabajo inmenso de cuarenta mil cristianos, que por muchos años trabajaron como esclavos en aquella obra. Unos eran condenados á cavar la tierra y sacar arena; otros á aserrar piedras; otros á preparar materiales y llevarlos al lugar del edificio; de modo que no hay en él arena, piedra, ni ladrillo, que no haya sido tocado con las manos ó bañado con el sudor de aquellos santos confesores

de Cristo. Tan grande era su celo y su ardor por la fé, que á pesar de la vigilancia de los gentiles, imprimian en los ladrillos que fabricaban, el signo de la Santa Cruz, como se ha descubierto despues.

Cuando cesó la persecucion de los gentiles y comenzó á respirar la Iglesia, los cristianos quitaron el nombre de aquel cruel emperador al edificio, y lo dedicaron á los santos Ciriaco y Cicinio, por la gran caridad que usaron con los otros cristianos, que trabajaban; porque aquellos dos ilustres santos no solo llevaban con paciencia su propia carga, sino que ayudaban á cargar las suyas á los otros que no podian hacerlo por vejez ó por debilidad; como sucedió con san Saturnino, quien siendo de ochenta años, y no pudiendo el santo viejo con el peso que aquellos impíos y crueles ministros le imponian, los dos santos Ciriaco y Cicinio se repartian la carga para impedir que aquellos bárbaros maltratasen al santo anciano. En estos mismos oficios de caridad se emplearon los santos Largo y Asmaraldo, quienes con los otros cristianos, construyeron con sus fatigas esta portentosa obra del poder romano.

Aquella Iglesia antigua dedicada á San Ciriaco, se destruyó con el trascurso del tiempo, hasta que el Papa Pio IV con un diseño de Miguelangel, hizo levantar en medio de las termas un magnífico templo que consagró á la Reina de los Angeles.

Miguelangel encargado de esta grande obra, formó la iglesia en una gran sala de las termas, empleando en ella las columnas de granito oriental que existian alli. Él hizo cuatro grandes capillas, como otras tantas pequeñas iglesias, que reunidas forman una cruz griega. El mismo Pontífice Pio IV está sepultado alli delante del altar mayor : Hay en esta iglesia diversos cuadros famosos, pintados por Romanelli, el Dominiquino, el Maratta y Roncelli. Hay en la misma iglesia dos preciosos monumentos de marmol, el uno contiene los restos de Salvador Rosa, y el otro los de Carlos Maratta, célebres por las obras de su primoroso pincel.

La grande y antigua iglesia de San Pedro Advincula, fué edificada por la emperatriz Eudisia hija de Teodosio emperador de Oriente, y mujer de Valentiniano, de Occidente.

Muchas opiniones diversas esponen los anticuarios sobre el nombre de Esquilino, que se da al monte en que está la iglesia; pero la mas probable es, que viene de *Esquilide*, palabra que significaba los campos en donde antiguamente se quemaban los cuerpos de los muertos, despues de un decreto del senado prohibiendo enterrar en la ciudad; para que recojidas las cenizas en urnas de barro se sepultasen. Hay en esta iglesia cosas muy notables, como el depósito de Julio II, cuyo cuerpo está en el Vaticano; la admirable estatua de Moises, y hermosísimos diseños, escelentes figuras que la adornan; es de marmol finisimo. El altar y la custodia con las dos puertas de metal, donde están las dos santas cadenas. Eudisia habiendo echo viaje á Jerusalem, recibió de los cristianos dos cadenas de hierro, adornadas de oro y de joyas, las cuales le dijeron ser las cadenas con que ataron á san Pedro en Jerusalem por órden de Herodos.

Eudisia tomándolas con amor y respeto, llevó la una á Constantinopla, y la otra la mandó á Roma á su hija. Esta princesa presentó la cadena á san Leon I, y el santo Pontifice

mostró entónces otra cadena con que san Pedro estuvo atado en la cárcel mamertina.

Acercaron la una á la otra, y se unieron y entrelazaron las dos cadenas, como si hubieren sido la obra de un solo artista. Muchos milagros se han verificado en diversos tiempos, al contacto de estas cadenas, y la emperatriz Eudisia llena de admiracion al presenciar el milagroso enlace de las dos cadenas, edificó con aprobacion del Papa, la iglesia llamada despues San Pedro *Advincula*. San Pelagio Papa colocó con sus propias manos bajo el altar mayor de aquella iglesia, los cuerpos de los 7 hermanos Macabeos mártires.

En la calle principal de Roma llamada el Corso, y que antiguamente se llamó *Flaminia* está la Iglesia denominada Santa María *in via latea*. Es de tradicion muy antigua que esta iglesia fué edificada por Constantino y consagrada por san Silvestre Papa; y todos los escritores de las antiguas memorias de Roma, convienen en que en este sitio estuvo san Pablo por dos años preso, en compañía de san Lucas, cuando vino la primera vez á Roma.

Despues que san Pablo habia predicado en Antioquia, en el Asia menor, en Macedonia, en Tesalónica, en Atenas y en Corinto, volvió á Jerusalem; y los judíos que conservaban odio por su conversion, y porque les predicaba, que renunciaran á Moises, para abrazar la fe de Jesucristo, quisieron vengarse de él quitándole la vida. Un coronel que estaba en Jerusalem al mando de tropas, le avisó secretamente á san Pablo el designio de los judios; y para evitarse una acusacion y algun motin popular, aquel coronel tomó preso al Apostol y lo remitió á Cesarea, consignándolo al gobernador de aquella provincia, que se llamaba Feliz, á quien sucedió otro llamado Festo. Aquellos jueces nada hacian en favor de la causa de san Pablo; porque siendo él natural de Tarso, gozaba el privilegio de ser ciudadano romano, segun la gracia de los emperadores. San Pablo apeló al Cesar, y Festo lo remitió á Roma bajo la custodia de un Capitan llamado Julio, que tenia á sus órdenes un rejimiento de 500 soldados llamados *Augustales* porque servian inmediatamente al emperador.

En aquel venerable lugar fué donde san

Lucas, bajo la inspiracion del Espíritu Santo, los Hechos Apostólicos, y san Pablo las multas que escribió á los Hebreos, á los Efesinos, á los Filipenses, á Filemon, y la segunda á Timoteo; y en todas hace mencion de esta su carcel. Hay en aquella iglesia un pozo ó sisterna, en que segun antigua y probable opinion, bautizó san Pedro á muchos jentiles, entre ellos á su protector el senador Pudente y á sus hijas Pudenciana y Pracedes con toda la demas familia, y á san Marcial, compañero de san Pablo y de san Lucas en aquella carcel.

Todas aquellas Iglesias y particularmente las basilicas, están todo el año llenas de la multitud de viajeros de todas las naciones, que van á visitar á Roma, principalmente en tiempo de Semana Santa. Sí, llenos están de viajeros y de gentes de toda clase y condicion, aquellos templos y aquellas admirables basilicas; porque parece que los sábios buscan en aquellos lugares el punto de sus meditaciones; los literatos la fecundidad, elegancia y dulzura de su pluma; los oradores la elocuencia de su palabra; los poetas las armonias de su lira y la inspiracion de sus cantos;

y los arquitectos, pintores y todos los artistas, concurren mas que nadie á enriquecer su génio de felices ideas y á inspirarse en aquellas escuelas de lo grande y de lo sublime. Allí se ven tambien los ignorantes y los pobres; el pastor de ganados y el labrador de la campiña, que admiran en secreto, y á su modo, aquellas obras del génio inspirado por la religion; y sin hacer discursos, elevan su pensamiento y su alabanza al Cielo, que suben como una aroma al trono del Señor.

La plaza de San Pedro corresponde por su estension y primorosa belleza, á la basilica que le dá su nombre, y á la cual sirve, por decirlo así, de átrio. Es un gran círculo, plano como una mesa y formado por dos órdenes de soberbias columnatas, que la rodean, dejando libre la entrada por una ancha plazuela, á la cual se sale por dos calles que parten del puente de San Angelo en el Tíver. Sobre aquellos dos arcos de columnas hay una série de estatuas que representan los hombres mas ilustres de Italia, así eclesiásticos como seglares. En los dos extremos de la plaza junto al altozano, están elevadas sobre sus pedestales dos estatuas erigidas allí por el Pontífice

Pio IX, á los santos Apóstoles Pedro y Pablo. A cada extremo del átrio hay una estatua; la una representando á Carlo Magno, y la otra á Constantino. En los dos lados de la plaza, están las dos fuentes tan copiosas y bellas, que con razon han llegado á hacerse históricas. El centro lo ocupa un obelisco de granito coronado como los demás con el sagrado signo de la redencion.

La plaza *Nabana* es muy larga, pero angosta, y en ella se reúne el mercado los jueves : en el centro hay un obelisco levantado sobre cuatro colosales estatuas que representan rios, y rodeado al pie por un estanque de abundantes aguas. La plaza de la *Rotonda* ó panteon de Agripa, es pequeña, y cuadrada, y tiene en la mitad su obelisco levantado sobre una fuente. Inmediata á esta está la de la Minerva, cuadrada tambien, pero mas pequeña : tiene su obelisco sostenido por un elefante de mármol, y su fuente en derredor. La de *Monte Citorio*, cuadrada y pequeña en una suave pendiente : en su centro un alto obelisco egipcio, pero no tiene fuente.

Inmediata está la plaza *Colonna* : es cuadrada, grande y hermosa. Se alza en ella

una columna majestuosa que le dá su nombre, y que tiene en la cúspide una estatua de san Pablo : á un extremo está la abundante fuente en que están muy bien imitadas unas tortugas.

San Lorenzo *in lucina*. Esta plaza es larga y angosta : no tiene fuente ni obelisco ; pero en uno de sus costados está la bella Iglesia de San Lorenzo, en el sitio mismo donde vivió la matrona romana Lucina ; y por eso lleva este nombre la plaza. En este templo se veneran algunas reliquias del ilustre mártir san Lorenzo ; como son algunos huesos, un diente, sangre y grasa en algodones : yo tuve la gloria de ver y besar estas reliquias. En otra Iglesia consagrada al mismo mártir, está el horno y las parrillas donde lo martirizaron ; y en una capilla del palacio Quirinal, se tiene con gran veneracion el cráneo que se espone el 10 de agosto, dia en que la Iglesia celebra la festividad de este intrépido campeón de la fé.

La plaza de San Juan de Letran es muy grande y hermosa ; y forma un semicírculo que rodea la basilica y la separa de la capilla de la Escala Santa : en su centro se alza el

obelisco sobre una bella fuente ; y á un lado un edificio antiguo que se dice ser allí el lugar donde fué bautizado Constantino.

La plaza de Santa María la mayor es semicircular, ó mejor dicho, dos plazas unidas : la del frente es pequeña y plana, con su grande columna coronada por la estatua de la Virgen ; y la de la parte posterior mas pequeña aun, desigual y pendiente y con obelisco.

La plaza del Quirinal es pequeña, pero hermosa : tiene un obelisco sostenido por cuatro caballos de marmol ; y debajo su fuente y su estanque en torno del pedestal. Allí se reúne el pueblo romano cuando hay eleccion de Pontífice para esperar que desde la ventana se le dé el anuncio de *Papam habemus*. La plaza Barberina, llamada así por estar al lado de un gran palacio que fué del cardenal Barberini, es pendiente y desigual, pero de agradable vista. Tiene una fuente que arroja el agua á mucha altura, pero no tiene obelisco.

La plaza de España, que tiene este nombre de un gran palacio del Gobierno español, donde habitan sus embajadores en Roma, es muy larga, bastante ancha y hermosísima : en

el medio tiene una fuente muy copiosa : un grande estanque de piedra mármol, que tiene la figura perfecta de una barca, recibe sus abundantes y cristalinas aguas, que se derraman luego en otro estanque mas bajo fabricado en la tierra. De esta fuente parte la hermosa calle llamada *Via condotti*, que conduce al Vaticano atravesando toda la ciudad, y pasando por el puente de San Angelo sobre el Tíver. Esta calle es muy comercial, principalmente en objetos artísticos. La plaza no tiene obelisco, pero en uno de sus extremos se alza en los aires una columna, sobre la cual está la estatua de la Inmaculada Concepcion, elevada en aquel lugar por el Papa Pio IX, despues que declaró solemnemente aquel dogma. En las gradas de su pedestal están sentadas las estatuas de mármol de los cuatro grandes Profetas que hablaron muchos siglos ántes, de aquel privilegio de la Augusta Virgen Madre de Dios. De la plaza del Pueblo hablé al comenzar esta descripcion.

Hay otras muchas, que en Roma se llaman plazas, pero que no son mas que calles un poco mas anchas que las otras, y por esto no hago mencion de ellas. Al frente de la

Iglesia de la Trinidad del Monte, y sobre las bellas escalinatas de que ya hé hablado, que dominan la plaza de España, hay un obelisco levantado por Pío VI, pero sin fuente.

La plaza de Venecia no tiene cosa particular que mencionar, y se llama así por estar al lado de un gran palacio que pertenecía á la República de Venecia : hablé al principio de la plaza del Capitolio con su colosal estatua ecuestre de Marco Aurelio.

La célebre fuente de *Trevi*, brota de los cimientos de un palacio; y sobre pequeñas rocas artificiales que imitan muy bien la naturaleza; forma varias cascadas muy graciosas, que derrama sus copiosos raudales sobre el estenso y hermoso estanque que recibe sus agradables y purísimas aguas. La fuente *Paulina* que está junto al monte Janículo, es poco inferior á la de *Trevi*; aunque mas pequeña, y dicen que son de inferior calidad sus aguas.

Es muy difícil encontrar en el mundo una fuente tan bella como la de *Trevi*; como lo es igualmente hallar una ciudad tan abundante de aguas como Roma. Hay fuentes abundantes en las casas, en todas las plazas,

en las calles, en los paseos, sobre todas las colinas y hasta en muchas Iglesias ví pequeñas fuentes de agua viva.

Hay en Roma muchos palacios de particulares, que son grandes y ricos edificios; y casi todos tienen sus museos de pintura y de escultura. Pudiera decirse con propiedad que Roma es una ciudad de templos y de palacios.

No es mi objeto hablar de estos palacios particulares, sino decir cuatro palabras sobre aquellos magníficos pontificios. Del nivel de la plaza de San Pedro parten las escaleras de luciente y riquísimo mármol; que, dando sus vueltas, y teniendo descansos, conducen á las altas mansiones donde el Vicario de Jesucristo habita elevado sobre Roma y sobre el mundo, como su Divino Maestro mora en los Cielos, elevado sobre toda la creacion, para reinar sobre el universo por siglos infinitos.

Subiendo aquellas preciosas escaleras y en sus descansos, se van encontrando sucesivamente, á uno y otro lado, las puertas de las habitaciones de los diversos empleados del Papa. En la mitad están interrumpidas por un grande y hermoso patio á cuyo lado se pasa

por un magnífico claustro, y se emprende de nuevo la ascension de las escaleras.

Cuando se ha terminado aquella larga escala, se encuentra á la derecha la habitacion del Ministro de Estado, Cardenal Antonelli; y cerca, pero en el piso inferior, el hermoso salon adornado con pinturas, que es el primero de los nueve ó diez que es preciso pasar para llegar á la mansion del Sumo Pontífice. Esta es una pieza muy proporcionada, y un poco mas larga que ancha, bella y ricamente adornada; pero con cierta sencillez que dá bien á conocer el desprendimiento de las cosas del mundo; y aquella humildad cristiana que hace al hombre, pobre en medio de la riqueza, y pequeño aunque esté elevado á la mayor altura de esplendor y grandeza.

En un extremo de la pieza está una silla forrada en terciopelo morado; y delante, una mesa con algunos libros de pergamino puestos unos encima de otros; papeles y recado de escribir. En la mitad un crucifijo de mármol, y al pié de él una imágen de la Inmaculada Concepcion. En aquella silla y al frente de la mesa está el Papa, con sotana blanca, cuello y solideo del mismo color; y zapatos

morados con una cruz bordada de oro. Así recibe á los católicos como Pontífice, pero usa de otro traje, en otra actitud, cuando recibe como Rey, á los soberanos y á los Embajadores de las naciones.

Aquel palacio es de una grandeza, estension y magnificencia asombrosas; y tiene diversas y admirables vistas sobre Roma y sus colinas, sobre las campiñas, los pueblos y las cordilleras vecinas.

Dudo mucho de que haya en el mundo un palacio igual, que superior estoy seguro de que no se encuentra; principalmente si se atiende á las riquezas artísticas antiguas y modernas que contiene. El museo de escultura y pintura del Vaticano es una cosa tan extraordinaria, que yo no emprendo ahora la tarea de hablar de él. El entendimiento se abruma, la imaginacion se confunde, y la vista se cansa al contemplar aquella profusion asombrosa de bellos y variados objetos. Allí se encuentran todas las bellezas que el pontificado católico ha podido reunir en muchos siglos; sacadas de las entrañas de la tierra, trabajadas por los primeros génios antiguos y modernos y regaladas á los Papas

por los grandes y príncipes de las naciones.

Las bellas artes han buscado en las Santas Escrituras su norma y su modelo; y la religion Católica les ha inspirado toda la ternura de sus sentimientos, la delicadeza de su gusto, la hermosura y gracia de sus formas, la abundancia y elevacion de sus ideas, y la sublime majestad de sus pensamientos.

No hay pasaje religioso ni personaje bíblico, que no se encuentren en Roma, representados bajo diversas formas por el buril ó el pincel de algun génio de primer orden. Parece que las artes reunidas en Roma oyeron atentamente la palabra de Dios, y se inspiraron con las celestiales melodias de su divino acento.

Las obras que me admiraron mas y dejaron satisfechos mi espiritu y mi corazon, fueron las pinturas que representan la Transfiguracion del Señor, por Rafael; la Virgen por el Ticiano; la Comunión de san Gerónimo por el Dominiquino y la estatua colosal que representa á Moisés, majestuosamente sentado con las tablas de la ley en la mano y en actitud de mirar con indignacion al pueblo cuando idolatraba al pié de la montaña Santa;

obra de Miguel Angel, que se encuentra en la Iglesia de San Pedro Advíncula, al pié del mausoleo que aquel génio sublime comenzaba á levantar para tumba de Julio II, cuando murió aquel gran Papa, y que no la concluyó, ignoro porqué.

Tiene el Vaticano su bosque hermoso y su gran jardin de variadas plantas y flores, y diversas fuentes : en él pasean con frecuencia los Papas, por la tarde.

El Quirinal sobre el monte *Caballo*, es un estenso y admirable palacio : al entrar á él se encuentra, rodeada por sus claustros, una gran plaza que es de lo mas bello que puede verse en esa materia. Habitan este palacio muchos empleados del Papa : tiene un gran jardín que dá vista á Roma, y son muy hermosas las alamedas de árboles formando calles, las variadas plantas y flores y las fuentes artificiales. Una gran jaula de alambres contiene allí diversos pájaros pequeños y algunas aves grandes. En este palacio se hace la eleccion de los Papas ; y en él, en la misma pieza, estaban Pio VII cuando fué apriisionado por Napoleon I, y Pio IX cuando estuvo sitiado por los revolucionarios del 48.

Mucho medité en aquella sala acerca del Pontificado de los Pios; y la conducta de la revolucion hecha ó prohibida por los Soberanos católicos.

Hay sobre el Tíver varios puentes que ponen en comunicacion la ciudad situada en ambas riberas. El principal, por donde se pasa para ir al Vaticano y junto al cual, á orillas del rio, está el castillo ó fortaleza de San Angelo; grande y alto edificio de forma redonda, y sobre el cual está la grande estatua que representa al Arcangel san Miguel, y que dá el nombre al castillo y al puente.

Hay en Roma multitud de catacumbas, y á dos ó tres millas de la ciudad, andando por la *Via Apia* de los antiguos romanos, se camina á las de San Calisto y San Sebastian. Hablaré de las últimas solamente; por que todas son iguales. A la distancia dicha y al lado de la *Via Apia*, hay una hermosa basilica consagrada al culto y á la gloria de San Sebastian; de aquel heróico capitan de la guardia de Dioclesiano, y egregio soldado de las legiones romanas. Al lado izquierdo, al entrar, está tendida al pié de un rico altar, la estatua en mármol que representa el marti-

rio del valeroso santo : es obra del Vernini.

Al frente de este altar se baja por unas escaleras de mármol, y con antorchas, á unos largos y complicados subterráneos, por donde puede apénas andar un hombre sin tropezar. En ambos lados se ven en la pared dos ó tres séries de sepulcros donde ponian los sagrados cuerpos de los confesores y los mártires. A cortas distancias se encuentran unas salas redondas, que eran las capillas destinadas al sacrificio de la Santa Misa y á la reunion comun de los cristianos á la oracion.

Se ven allí las urnas de mármol en que estaba depositado el Santísimo Sacramento : varias cajas tambien de mármol que contienen las cenizas de los confesores, con inscripciones en latin, que indican los nombres de los mismos confesores ; el género de martirio, si fueron mártires y la época en que murieron, y el tirano bajo cuyo reinado se les dió la muerte. Muchas de esas inscripciones se dice, ser compuestas por san Dámaso Papa, que era poeta, y empleaba parte del tiempo en hacer estos elogios fúnebres de los confesores y de los mártires. El mismo fué mártir,

y tuvo por secretario, en su Pontificado, al Gran Doctor San Geronimo.

Es imposible describir las impresiones de terror y de ánimo, de alegría y de tristeza, de desaliento y de esperanza, que se experimentan en aquellas tenebrosas mazmorras : allí es donde se comprende cuán poderosa era la fé de los primeros cristianos : multitud de familias de toda clase, condicion y estado, se sepultaban vivas en aquellos húmedos calabozos, ántes que renegar de Nuestro Señor Jesucristo bajo cuya bandera se habian alistado.

A vista de aquellos lugares, monumentos eternos que acreditan la virtud y la constancia en la fé, de nuestros antepasados, ¿qué podremos decir de la fé tibia de los cristianos de hoy ; de tantas apostasias que vemos cada dia en tantos millares de personas que, llamándose discípulos de Jesucristo reniegan de su nombre y de su doctrina á la primera amenaza de cualquier tirano, al primer brillo de gloria que pasa por sus ojos, y al ruido de lo que encanta sus oídos ? Al hacer estas reflexiones, transido de pavor y de frio en las catacumbas, recordaba á un mismo tiempo el Cielo y el infierno.

PARTE III

DE ROMA A JERUSALEN

Nápoles. — El Vesubio. — Pompeya. — Fusoles. — Los lagos Averno y Fúsaro. — Catedral de San Genaro. — Santo Tomas de Aquino. — El palacio real. — Hospitales. — Alejandria. — Cementerios. — Desembarque en Jaffa. — Jaffa. — Rambla. — Llanura y cordillera de la Judea. — Vista de Jerusalem.

Despues de catorce meses de estar en Roma, partí en la mañana del 25 de febrero de 1866, para Nápoles con direccion á Jerusalem. Iba acompañado por el estimable jóven sacerdote, doctor Pedro Gonzalez, natural de Quito, quien bondadosamente me sirvió mucho ; porque mi salud estaba deteriorada. Andando el ferro-carril desde las diez de la mañana, llegó á las seis de la tarde á Nápoles. Esta ciudad que yo habia visitado ántes, parece ser la tercera capital de Europa, y tiene mas de medio millon de habitantes.

En el tránsito de Roma á esta bella capital, no hay cosa muy notable de referirse, si se esceptúan varios pueblos situados en el fondo de aquellas hermosas campiñas, y algunas colinas desnudas de vegetacion que se alzan en medio de ellas.

Grande y magnífica está situada la hermosa Nápoles sobre la costa del golfo que lleva su nombre; y que está siempre cubierto de buques de todas clases, cuyos mástiles forman como un bosque en el otoño, en que los árboles están despojados de sus hojas. A poca distancia se eleva el Vesubio, de cuya cima se alza constantemente una columna de humo, ya blanco, ya rojo, y á veces negro, que se pierde en las nubes. Por sobre la cumbre de este cerro tan célebre, vi salir la luna llena á la primera hora de una noche despejada; y por entre la multitud de mástiles que se movian con lentitud imponente por el balanceo de las naves ancladas; la vi levantarse con indescriptible majestad en un horizonte de fondo oscuro, derramar torrentes de luz sobre las faldas del Vesubio; iluminar las almenas del castillo de San Telmo que corona á Nápoles; platear las rocas que do-

minan á Castelamar y Sorrento; y dorar con sus resplandores de oro la superficie tranquila del mar.

La contemplacion de este sublime espectáculo al tiempo mismo en que se veían brillar por todas partes la inmensa multitud de antorchas que iluminaban la ciudad; los faros que resplandecian elevados en los puertos á todas distancias; las lanternas de todos los buques y las hogueras de los pescadores en sus barcas: al oir las canciones de los marineros; el murmullo del viento en los mástiles amontonados, y el sordo ruido de las olas que, al estrellarse contra los diques se rompian y quedaban convertidas en grandes masas de espuma blanca como la nieve; la contemplacion, repito, de tan magnifico espectáculo, me produjo un placer grande mezclado de profunda tristeza. Adoré en el silencio y en la humildad de mi alma la Majestad inmensa de Dios, y me retiré á mi hotel repitiendo en voz baja algunos versículos del sagrado cántico: *Benedicid todas las obras del Señor, al Señor; bendecidlo y alabadlo por los siglos.*

Hay varios pueblos situados á la orilla del

mar; y al pié de la cadena de colinas, que, á manera de un semicírculo forman el pintoresco golfo y pueden considerarse como una continuacion de la ciudad. De estos pueblos son los mas notables la Asuncion, Castelamar y Sorrento, célebre por ser la patria del Tasso.

·Visité las ruinas de Pompeya, que quedan al pié del Vesubio y algunos esqueletos ó cuerpos humanos calcinados; y vi tambien estampados en las grandes piedras que servian de enlosado á las calles, los surcos de las ruedas de los carros en que hace mas de 2,000 años ostentaban su orgullo los habitantes de aquella ciudad.

Tendida en una grande y bellísima esplanada al pié del Vesubio, aquella opulenta ciudad hizo subir hasta el Cielo el grito de su soberbia envuelto en el humo de sus abominaciones : Dios aceptó aquel desafío y lanzó una chispa de su ira sobre la cumbre de aquel monte; é, inflamando sus entrañas, lo hizo derramar fuego, lava y arena sobre su rival, y la redujo á escombros, que desaparecieron de la faz de la tierra. Muchos siglos despues, aquellas colosales ruinas han

ido apareciendo como testigos inmortales del poder y grandeza de Dios, y de la miseria y vana ostentacion del hombre.

Pasé por la colina donde se dice fué sepultado Virgilio, el inmortal poeta latino : si esto es cierto, su sepulcro está sombreado por un hermoso laurel, que parece haber sido plantado allí como corona del talento y del mérito. Por ahí cerca hay una pequeña ciudad llamada Fusoles que está á la orilla del mar : tiene una multitud de grandes ruinas, siendo las mas notables las de una casa que se dice, fué de Ciceron. Visité el lago Averno tan célebre; porque en él puso Virgilio la bajada de Eneas á los infiernos; y tambien ví el lago Fúsaro distinguido por sus esquisitos pescados. Ví, en fin, la gruta de la Sibila de Cume tan consultada de los antiguos romanos; la sulfatara ó volcan de azufre en actividad, y el pequeño cuanto hermoso lago de San Genaro. Por la multitud de escombres aglomerados unos cerca de otros, que se encuentran en muchísima estension en aquella hermosa costa, se comprende muy bien que, el poder de Roma se estendía á aquellos lugares; y que los antiguos romanos tenian allí

sus casas de campo y sus paseos de recreo.

Despues de haber visitado las Iglesias de Roma, no llaman la atencion monumentos de este género. Sin embargo, entre la multitud de templos que hay en Nápoles, se distinguen la catedral de San Genaro Obispo, que es el patrono, y tiene una hermosa y grande capilla á la derecha, al entrar, donde se conserva una ampolleta con la sangre del santo mártir. Cada año el dia de San Genaro se repite el milagro de liquidarse aquella sangre: yo no ví este milagro; porque no estuve en Nápoles en dicho dia, pero es una cosa auténtica. La Iglesia del Jesus, la de Santa Clara, donde hay una multitud de sepulcros de las personas reales de Nápoles, y de otros personajes distinguidos. La de San José, una *rotonda* consagrada á la Virgen; San Jorge, Santo Domingo; en cuyo convento que está contiguo, se conserva la celda donde vivió Santo Tomas de Aquino, que visité detenidamente, y cuyas paredes están desmoronadas porque no pueden defenderlas de los viajeros, que quieren llevar tierra por recuerdo de aquel hombre tan extraordinario en las ciencias, en el saber y en la virtud.

A lo largo de Nápoles y dominando enteramente la ciudad, hay una ancha calle nuevas llamada el *Corso*; y abierta en la roca de la alta y pintoresca colina de San Telmo. Este bellissimo paseo público tiene mil variados y encantadores puntos de vista sobre la ciudad y el golfo; sobre el Vesubio y toda la cordillera semicircular que forma la vahía, y sobre la multitud de pequeños pueblos que la rodean.

Si el observador vuelve la vista en rededor de sí, experimenta una impresion de indefinible encanto, al ver por todas partes variados y sorprendentes espectáculos; efectos de maravillosa hermosura y contrastes que producen singulares bellezas por sus relaciones de orden y de armonía. Tendida á sus pies contempla la gran ciudad como una encantadora Sirena salida de entre las ondas para dormir tranquila en un lecho de flores sobre la ribera. Mas allá se vé la superficie azul del mar, sobre la cual revolotean blancas aves marinas; cuyas olas se dilatan desde el centro á las playas. y se rompen como grandes masas de cristal, al pié de las colinas. En lontananza se divisan los pueblos, como una

larga faja que ciñe la cordillera, y en las pendientes y cerros, se vén brillar edificios aislados; y al recoger la vista ; qué panorama se admira! Casas y palacios como entallados en las rocas de San Telmo; jardines y huertos trabajados con arte, en la pendiente; pequeños bosques de parras, de limoneros y de naranjos cubiertos de frutos y rodeando una hermosa Iglesia de San Pascual. Todas estas bellezas están coronadas por un Convento de Cartujos y por la magnífica Iglesia de San Martin, situada en la fortaleza de San Telmo; porque la religion es el mas precioso esmalte de la belleza, la inspiradora de las sublimes poesías y la diadema que debe ceñir la frente de la grandeza y de la hermosura.

Despues de haber visitado el palacio real que es magnífico, y que tiene entre otras cosas de gran valor multitud de vasos orientales de diversas dimensiones, formas y colores; cuadros religiosos á mi parecer de gran mérito, entre los cuales se distinguen el que representa la *Caridad* dando pan á los niños; el sueño de san José cuando al abandonar á su sagrada esposa, el Angel le reveló el misterio de la Encarnacion; y el que

representa al hijo pródigo que vuelve desengañado del mundo á la casa paterna : despues de haber visitado el hospital que se llama de *Incurables*, con 1,400 enfermos de ambos sexos; la casa del *Serrallo* que contiene hasta 2,000 personas de todas edades, sexos y condiciones, destinada á dar abrigo y alimento, á los ancianos pobres, que no pueden trabajar; educacion y amparo á las jóvenes que no tienen familia, ó que no pueden sostenerlas; y educacion literaria y artística á los niños huérfanos. Despues de haber visto, de fuera, un grande y hermoso edificio llamado *De San Francisco de Sales*, en el cual las monjas tienen bajo su direccion y enseñanza hasta 1,700 jóvenes pobres para educarlas; y despues, en fin, de haber visitado el museo de pintura y escultura y una multitud de antigüedades sacadas de las excavaciones que se han hecho en Pompeya y Herculano, partí el martes 6 de mayo á las 5 de la tarde de Nápoles para Alejandria de Egipto, en el vapor llamado *Danubio*, con direccion á Jerusalem.

Toda aquella noche navegamos por el estrecho de Palermo, sin encontrar dificultades ;

pero el siguiente dia se presentó alarmante; porque desde la mañana apareció una nube negra á manera de una ancha faja rodeando todo el horizonte : soplabá el viento con fuerza y encrespando las olas, las alzó dos veces sobre el buque, como notificando un temporal. Mas, á las once del dia, comenzó á despejarse la atmósfera y calmó el huracan; y mi alegría fué completa por la ausencia del peligro que parecía próximo, y porque al mismo tiempo descubrí la tierra por ambos lados : era que entrábamos en el estrecho formado por la punta de las islas Calabrias á la izquierda; y á la derecha las costas de Sicilia, que estrechando el mar, hacen de él como un ancho rio, y cuyo punto creo que es lo que se llama Sila y Caribdis.

Mediodia era y el horizonte claro anunciaba una hermosa tarde y un cambio favorable de tiempo, cuando se presentó á mi vista la hermosa ciudad de Messina en la costa de Sicilia ; bastante grande y que sirve de escala á los buques que navegan el Mediterráneo. Aquella tarde fué para mí de muy gratas impresiones; porque las costas muy cercanas tanto de Sicilia como de las Calabrias, están

llenas de pueblos situados en ambas riberas, y que ofrecen variados y encantadores paisajes mirados desde el mar.

Con buen tiempo y viento favorable continuó el buque navegando á oriente por entre la isla de Malta á la derecha y á izquierda la de Candía, pero que no las ví por ser de noche al pasar por frente de la parte visible. Al cabo de seis dias de navegacion sin ningun contratiempo, tuve la satisfaccion de descubrir el fanal que anuncia el puerto de Alejandría; el domingo 11 de marzo á las 10 de la noche. Apénas se descubrió el faro cuando el capitan paró el buque; porque no se puede llegar al puerto de noche á causa de los muchos escollos.

El lunes á las cinco de la mañana continuó lentamente su navegacion para recorrer el espacio de unas tres leguas, poco mas, que faltaban; y á poco rato llegó al costado del buque una barca que conducia al práctico, que era un turco cuyo tipo, idioma y particularmente el vestido, fijaron mucho mi atencion. Traía en la cabeza un turbante de color encarnado, pero rico y con una gran borla de seda; y en toda la faja que ceñía la frente y

las sienes estaba guarnecido de cordones como de una piel blanca, muy fina, que formaba un contraste muy bello con el color del turbante. En el cuello llevaba una bufanda de pelo de camello, de color amarillo, encarnado y blanco, con preciosas borlas; chaleco grande blanco y todo abrochado; y un pantalon ancho, azul prendido abajo. Todos los turcos visten lo mismo, pero se vén desde los trajes mas elegantes, hasta los harapos mas asquerosos.

A las diez de la mañana del 12, desembarcamos en Alejandria; y al instante, una inmensa multitud de turcos nos rodeó en la aduana á todos los pasajeros, para llevarnos los equipajes y conducirnos á los hoteles. En mi vida me hé visto en tantos apuros como aquel dia; porque atendiendo á los empleados de aduana que *visaran* el pasaporte y le pusieran el *pase*; al mismo tiempo que tenia que tirar del extremo de mis baules para que no se los llevara la multitud de turcos aficionados á ganar alguna cosa por el trasporte; todo esto entre gritos y algazara en una lengua que yo no entendia: pasé muchos trabajos, y por ese momento me arre-

penti de ser viajero. Al fin fué necesaria la intervencion de la policía, para despejar aquella nube de langosta de hombres, que nos asediaba por todas partes.

Como dos horas duró esta faena en aquella playa de ardientes arenas, bajo el sol abrasador de Egipto; cuando se me presentó un hombre de alta estatura y color renegrado, que maltrataba como yo el frances y el italiano; y hablándome en la primera de estas lenguas, ofreció conducirme al punto y á la posada que yo eligiera, prometiéndome al mismo tiempo que me daria un asno para recorrer en él las largas calles, que median entre el puerto y el convento de religiosos franciscanos donde yo iba á hospedarme. Marchamos al instante, yo en mi sabrosa cabalgadura, y mi conductor con mi equipaje en una carreta: al cabo de una hora de recorrer calles anchas, y estrechas callejuelas, llegamos á la portería del convento; toqué la campana y al instante se presentó un religioso que me recibió con cortés amabilidad, á quien entregué una carta de recomendacion que llevaba de Roma para el superior de aquel convento.

Allí hubo un segundo combate con mi con-

ductor que al pagarle, me pidió un exceso sobre el justo precio del servicio prestado; pero los buenos religiosos, puestos en aquellos lugares, como una providencia para favorecer en todo á los viajeros, tomaron por su cuenta la cuestion, y la arreglaron bajo las bases de la justicia.

Dos dias permanecí en aquella ciudad sin perder un momento de pasear en ella. Muchos recuerdos tuve de los grandes personajes que en antiguos tiempos habitaron allí : patria del gran Cirilo llamado *Alejandrino*, para distinguirlo del otro gran padre del mismo nombre, que era de Jerusalem : sede patriarcal de san Atanasio, patria de santa Catalina, y de donde era pecadora pública santa María Egipciaca, que se convirtió despues en un viaje que hizo á Jerusalem, y se metió en los desiertos del Jordan á hacer penitencia.

Alejandro es una estensa ciudad; pero muy desaseada como la son en general todas las ciudades de Oriente. No hay enlosados en las calles ni aceras en las casas; y por todas partes se ven depósitos de agua detenida y con lama verde; y las calles en tiempo de invierno son fangales, circunstancias que,

unidas al clima, hacen que reinen allí las enfermedades epidémicas, especialmente el cólera de que no faltan casos. Hay muchos bosques hermosos, casi todos de palmeras. Todo es carísimo, tanto los víveres como las habitaciones.

Al día siguiente de mi llegada tomé un asno, que es allí la cabalgadura comun, para conocer la ciudad y los cementerios; la columna de Pompeyo y la de Cleopatra, que son las únicas cosas notables que hay que ver.

El cementerio de los turcos es un gran campo fuera de la ciudad, cubierto de sepulcros de mármol puestos en desórden y sin gusto artístico, ni cercos de ninguna clase; de modo que, por entre ellos pasean los hombres y las bestias. A la hora que yo visité aquel lugar comenzaba á levantarse el sol en el Oriente, é iluminaba aquel lugar de incomparable tristeza. Ví un espectáculo que me causó una impresion terrible y desoladora. Un perro negro estaba sentado sobre una tumba con la cabeza levantada hacia sol, y aullando tan tristemente, como si fuera un pregonero de dolores eternos.

El Cementerio de los católicos está bien

cercado y tiene sus árboles y flores. ¡ Ah, que diferentes impresiones recibí allí al ver sobre cada sepulcro la cruz del Redentor; y en cada lápida de mármol ó en una tabla de madera; una inscripcion tomada de la sagrada Biblia, ó algunas palabras piadosas, que daban bien á comprender el consuelo que encierran las esperanzas de la vida eterna!

Ví por la primera vez el Nilo, en su desembocadura al mar en Alejandria. Los dias 13 y 14 de marzo permanecí en aquella gran ciudad; y el 15 á las seis de la mañana seguí para Jaffa en un vapor austriaco, y todo aquel dia fué de feliz navegacion. Es imposible describir las impresiones recibidas á vista de aquella multitud de pasajeros de todos sexos, edades, condiciones y pueblos de la tierra, que iban en peregrinacion á Jerusalem. El buque era muy grande; y sin embargo, todo estaba ocupado inclusive los comedores en donde era preciso acomodar la gente por la noche. La cubierta estaba llena de gente, en términos de que casi no podian maniobrar los marineros. Llevaban diversos instrumentos músicos, y pasaban las horas cantando en diferentes lenguas, dulcissimas canciones

que comprendí eran relativas al alegre nacimiento de Jesus en Belen, y á las escenas dolorosas de su muerte en el calvario. Aquella noche cambió el tiempo y el viérnes dia de la preciosa sangre de Cristo, estaba el mar furioso. A las cuatro de la tarde llegamos á vista de Jaffa, cuyo puerto es peligrosísimo por estar erizado de escollos; y fué preciso anclar el buque en un punto mas distante del acostumbrado, para impedir que las olas lo arrojáran contra los esquifes; y para hacer desembarcar los pasajeros en lanchas; porque la tripulacion debia dirigirse con el buque al puerto de Caifa. Cuando divisaron de Jaffa el buque anclado, era tanta la bravura del mar, que aquellos árabes, apesar de que no tienen mas Dios que el interes, no se atrevian á echarse en sus lanchas para ir hácia nosotros.

Como una hora despues comenzaron á bostarse en sus barcas que se perdian entre las ondas; y al fin arribaban á los costados del buque, en el cual habia la confusion mas grande que puede imaginarse, por el llanto de las mujeres y de los niños; los gritos de los hombres; la algazara de los marineros y la

turbacion general á vista del gran peligro.

Puesta á los lados del vapor aquella multitud de barqueros con sus barcas; gritaban, se insultaban puñal en mano ó con el palo para disputarse entre sí la mayor aproximacion, y el medio de proporcionarse mas número de pasajeros. Entre tanto el mar se agitaba cada vez mas; y las olas estrellaban las barcas unas contra otras, y todas en masa contra el buque. A poco rato comenzaron á partir los viajeros hácia tierra; pero no es posible pintar el horror y tribulacion que se apoderaron de los que quedamos todavía en el buque, al ver que los que navegaban se perdian á nuestra vista; porque las barcas se hundian en los abismos y reaparecian despues de un rato elevadas sobre las ondas, para perderse de nuevo en aquellos torbellinos sucesivos.

La noche se acercaba : la lluvia crecia : el viento arreciaba, y el mar se enfurecia mas y mas á cada instante, y era preciso tomar una resolucion. Pero, ¿cuál podia ser esta? La de arrojarnos á un peligro inminente. Entramos, pues, en una barca que se llenó de católicos, griegos cismáticos, armenios y turcos; cada cual con sus equipajes ; pero mién-

tras que embarcaban todo esto, se agrupaban en los costados del buque multitud de lanchas á recibir pasajeros; lanchas que las ondas elevaban y sumergian sin cesar. Todas estas circunstancias concurrían á agravar el peligro, á empeorar la situacion y á aumentar la turbacion y el dolor general que se pintaba en los semblantes de todos. Partió al fin la barca en que yo iba que sobre estar muy cargada, era rota, no sé si por ser vieja ó á consecuencia de los golpes recibidos, y habia recogido ya mucha agua. No tengo palabras para espresar la angustia que sufrí por mas de una hora, que anduvo aquella frágil embarcacion envuelta entre torvellinos de bramadoras aguas, que alzadas en derredor de ella, se veían amarillas y fosforescentes al traves de las primeras sombras de la noche; y tan solo dejaban campo para elevar los ojos al Cielo, y cambiar las miradas de angustia y de dolor por la mirada misericordiosa del Dios consolador de los afligidos.

En medio de estos apuros y congojas se rompió el punto de apoyo de un remo y quedó la barca abandonada á los esfuerzos de dos solos pilotos. Llevábamos el agua arriba

del tobillo, y muchos se ocupaban en sacarla con unas totumas ó tazas de madera.

En aquella ocasion mas que nunca me convencí de que el hombre es naturalmente religioso, y que su único consuelo en las desgracias y tribulaciones de esta vida, es ocurrir á la misericordia divina por medio de la religion. En otras circunstancias habria sido la cosa mas curiosa ver aquella multitud de personas de diferentes razas, lenguas y condiciones, alzar las manos al Cielo é invocar el auxilio de Dios en sus lenguas respectivas. Yo de mí sé decir, que no ayudé á nada; y que me ocupaba tan solamente de prepararme á la muerte rezando sin cesar la célebre oracion de San Bernardo á María Santísima, que comienza : « *Memorare o piissima Virgo Maria, non esce auditun* » etc. Acordaos ó piadosísima Virgen María, que no se ha oido jamas decir. »

Una hora duraria aquella angustia cuando entró la barca en un remance defendido por una cadena de escollos; y el peligro fué ya un poco remoto, aunque no desapareció completamente. Era ya de noche y solo podíamos ver que estábamos libres de la violencia de las

olas y cerca del puerto, á favor de la claridad de los relámpagos; cuando los turcos pararon la barca para cobrar á los pasajeros. Diez francos por cada persona por lo que vale uno en tiempo ordinario, exigieron aquellos discípulos de Mahoma, so pena de no desembarcarnos.

Algunos pasajeros se resistieron al injusto pago y comenzaron los alegatos y amenazas que son naturales en semejantes casos; pero yo les hice advertir á mis compañeros, que se trataba de comprar la vida por unos francos, y que si empleábamos aquellos momentos preciosos en inútiles contiendas, despues tendríamos que pagarles mas por el pretesto de que navegaban de noche; y que no era imposible que aquellos bárbaros unidos con otros de la misma clase que por allí estaban, nos robaran á favor de una noche tenebrosa; y, salvándose ellos en otra barca ó á nado, por que la tierra estaba cerca, nos dejaran perecer impunemente.

Esta reflexion fué poderosa en el mayor número de los viajeros, y pagando todos lo que se nos exigia, pocos momentos despues, estuvo la barca en el muelle; habiendo per-

dido muchos objetos los pasajeros, y yo perdí un breviario, un saco de noche, mi baston y el sombrero. Saltamos á tierra en tinieblas y nos dirigimos todos á una media cuadra de distancia al convento de franciscanos que está situado en las murállas, y dá una vista completa sobre el mar.

Aquellos caritativos religiosos que eran todos españoles, nos recibieron con amabilidad verdaderamente cristiana, compadecidos porque habian contemplado desde las ventanas de sus celdas, el peligro en que nos habíamos visto, y de que, por misericordia de Dios, habíamos escapado. Inmediatamente nos presentaron una buena cena, despues de habernos dado hábitos religiosos para vestirnos; porque no teníamos nada seco ni en el cuerpo ni en los equipajes. Durante la cena el Padre Prior, que allá se llama Presidente, y que era un venerable y antiguo misionero, nos dijo estas palabras : « Desde mi ventana estaba viendo el peligro en que se encontraban, y rogando á Dios que los favoreciera ; pues hace tres meses que, á la misma hora y estando el mar ménos fuerte, perecieron al desembarcar dos religiosos de este convento,

varios pasajeros y el capitan del buque, que salian en lanchas; y durante la noche el mar arrojó el buque sobre estos escollos, cuyos restos verán ustedes mañana. »

Apesar de ser el convento grande y construido para el efecto de recibir carabanas de peregrinos, no cupimos todos los pasajeros en él; y fué preciso que los buenos padres buscaran alojamiento en otra parte para muchos. Al siguiente dia muy temprano, me lavanté y al abrir la ventana de la pieza, que daba sobre el mar, el primer objeto que ví, fué los restos del buque de que nos habia hablado el padre, montados sobre un peñasco. El nuestro, habia seguido esa noche su rumbo.

Todo aquel dia, que fué brillante, lo pasaron los padres secando nuestros equipajes y papeles; y el siguiente lo empleamos en conocer á Jaffa, ciudad muy antigua, que es el joppe de que hablan los Santos Evangelios, y en donde el Apóstol san Pedro tuvo aquella vision misteriosa de la gran sábana cubierta de animales inmundos, que representaba la vocacion de los gentiles. Conoci ese lugar que se conserva aun, pero en ruinas, y donde ví por la primera vez á un ma-

hometano haciendo su oracion, que consiste en arrodillarse y levantarse sucesivamente, y hacerse cruces de la frente á los pechos; pero en desórden, besar la tierra y los objetos que tienen á su lado. Para hacer esta oracion no es preciso que estén en sus mezquitas, y la hacen en cualquier parte, aunque sea en la calle ó en la plaza.

En compañía de un religioso y de otros peregrinos europeos, visité la única Iglesia de griegos cismáticos que se encuentra allí; y que es como una sala bien lujosa; sin altares, ni imágenes, ni nada que se parezca á los templos católicos. El sacerdote, griego cismático por supuesto, que la asiste, nos recibió obsequioso y urbano; nos hizo conocer todos los lugares de su pertenencia, y al tiempo de irnos nos hizo servir muy buen café en pequeñas tazas de porcelena y nos brindó pipas para fumar.

Está Jaffa situada sobre una colina á la orilla del mar : sus calles son estrechas, tortuosas y desaseadas; pero su puerto es sin duda el mas célebre del mundo. Millares de personajes, en todos los siglos cristianos, han embarcado y desembarcado allí peregrini-

nando á Jerusalem. Allí se embarcaron los Santos Apóstoles cuando se repartieron la conquista de las naciones y la dominacion espiritual del mundo, cuya empresa extraordinaria y sobrenatural, debia concluir para todos ellos con la gloriosa é inmortal corona del martirio. Antes llegaban allí las naves del rey Profeta cargadas con las riquezas y la púrpura de Tiro y de Sidon, y con las maderas del Líbano que mandaba el rey Irán al rey Salomon, para construir el templo de Jerusalem.

Al tercero dia á las siete de la mañana, los Padres nos presentaron asnos, caballos y camellos para continuar el viaje por tierra á Jerusalem; y marchamos para Rambla, pequeño pueblo de turcos, donde hay un hospicio ó Convento servido por los Padres de Tierra Santa. Ya me habia relacionado con un marsellés y un italiano, que haciamos el mismo viaje con mi compañero desde Roma el señor Gonzalez, y con el mismo objeto; de modo que los cuatro formábamos una caravana católica y de raza latina. Muy penoso fué el viaje de aquel dia; porque las cabalgaduras eran las peores que hé visto, y

9.

las monturas unas angarillas cuyos estribos eran dos lazos, y tan cortos que yo quedaba como parado sobre aquel infernal fuste con nombre de silla; pues los lazos estaban llenos de nudos indisolubles y por consiguiente no se podian alargar; sin embargo, todas aquellas penas y trabajos estaban compensados por el dulce recuerdo de que era peregrino á Jerusalem, y que pisaba la tierra sagrada donde anduvieron los Santos Apóstoles y tantos Confesores y Mártires; y sobre todo, que escuchó los gemidos, y vió las lágrimas del Redentor.

Como á las cuatro de la tarde tocamos á la puerta de aquellos buenos religiosos, que son casi todos españoles, y que nos recibieron con bondad y nos acomodaron lo mejor que se pudo; atendiendo á que el convento es ménos capaz que el de Jaffa, y que era muy crecido el número de peregrinos. Nos sirvieron una mesa modesta; pero abundante, y despues de haber comido, nos pasearon por los alrededores del pueblo, que es tan triste y desaseado como todos los que conocí en Oriente. Está situado Rambla en medio de la grande esplanada que se estiende

desde el mar de Jaffa hasta el pié de la alta montaña de la Judea. Toda aquella llanura está sin cultivo de ninguna clase, sin ganados y cubierta de arbustos de olivo, de sicómoros, y de una planta muy semejante al trigo. Tiene lomas ó colinas con mucha piedra; y aunque el terreno parece fértil, es muy escaso de aguas y reina por todas partes, á mis ojos, una melancolía mezclada de horror.

Hay una tradicion de que en ese pueblo de Rambla vivia Nicodemus miembro del Sane-drin de Jerusalem; pero discípulo secreto del Salvador; y al efecto, tiene una capilla en la Iglesia, que es la única que hay en el pueblo, y que está edificada en el mismo lugar donde estaba la casa de aquel ilustre israelita. Es de advertir que en Oriente son venerados y tienen culto como santos, varios personajes, como Constantino, José de Arimatea y Nicodemus.

El 19 de marzo, despues de haber dicho la misa del Señor San José en la capilla de San Nicodemus, y de haber tomado un desayuno, marché con mis compañeros para Jerusalem; provistos de huevos, pan y vino que nos dieron los padres; porque no se encuentra nin-

gun recurso en el camino. Diez leguas debíamos recorrer aquel día, y á pesar de lo mucho que yo sufría por la mala cabalgadura y por algun deterioro en la salud, aquel día experimenté impresiones raras por la tristeza de los espectáculos. Hay algunos pueblos junto al camino; pero si el viajero no se fija bien, no se apercibe de que sean habitaciones de hombres; porque las casas tienen la misma forma y son poco mas altas, que un horno de quemar ladrillo, y son de una greda negra. Son lo mismo todos los pequeños pueblos que ví en la Judea y en Egipto.

En frente de cada uno de esos pueblos, nos salia al encuentro una gran multitud de muchachos casi desnudos, macilentos y horribles; formando dos filas por los dos lados del camino, con las manos estendidas en ademan suplicante, y haciendo de tanta multitud de voces lastimeras, una algazara que inspiraba compasion y horror. Era que pedian limosna.

Aquella clase de pueblos con semejantes habitantes en medio de unos campos despo-
blados y sin cultivo, ni animales; cruzados

solo por algunos árabes que, envueltos de piés á cabeza en una gerga blanca ó parda, van conduciendo el camello ó el jumento, y fumando pipa, son el espectáculo mas triste y desolador para uno que va de América y de Europa; y son tambien la espresion mas elocuente de la barbarie en que yacen aquellos pueblos.

En medio de estas escenas de horror y desconsuelo ofrecíase á mi vista un contraste, que al paso que, distraía, mis ojos y mi pensamiento, de aquellos repugnantes cuadros, inspiraba á mi alma ideas muy elevadas sobre la Religion, é inundaba mi corazon de alegría y de amor.

Las carabanas que, de diversas naciones de Oriente y de Occidente, habian desembarcado en Jaffa para ir á pasar la Semana Santa en Jerusalem, estaban en marcha á veces reunidas y otras, diseminadas y poblaban como un ejército el camino. Ancianos, niños, mujeres, y de toda clase de gentes, andaban en camellos, mulas, asnos y caballos, y otros á pié con la maleta á la espalda y en la mano su baston de peregrino. Cada bestia llevaba una campanilla, y como eran

muchas, formaban un repique constante. Al ver tanta gente de todas las naciones que acudia á Jerusalem, recordaba los tiempos bíblicos en que por todas partes poblaban los caminos de Sion.

Las once del dia serian cuando llegamos al pié de la montaña, y comenzamos á subir por un camino estrecho, cubierto de piedra suelta y rodeado de rocas áridas, sin mas vegetacion que algunos olivos dispersos. Al terminar la llanura encontramos una nube de langostas que talaba la yerba de aquellos campos. A la izquierda, y á bastante distancia, nos señalaron unas palmas que se alzaban tristemente en un pequeño valle, y que señalan, segun la tradicion unánime y constante, el sitio donde vivía el buen ladron.

Como á la una de la tarde, llenos de fatiga y devorados por el calor y la sed, nos sentamos á la sombra de unos sicómoros y comenzamos á tomar con buena disposicion el almuerzo que nos habian preparado, en una cesta de juncos, los caritativos padres de Rambla. De repente oí un murmullo de voces que venia en direccion á nosotros, y era

un ejército de muchachos que traía agua en unos cántaros de barro cocido muy pequeños, para vender á los peregrinos. Yo á pesar de la sed ardiente que me devoraba, no tomé por que me daba mucho asco; pero sí quise saber de dónde salían tantos muchachos, y retirándome un poco hácia el lado de donde venían, subí á una alta piedra y descubrí cerca, en una cañada, un pequeño pueblo cuyas casas se confundían con las piedras.

A vista de todas estas cosas mi pensamiento dominante era el de los inmensos beneficios, que debe la sociedad moderna á la Religión cristiana. Concluido el almuerzo continuamos la marcha y pronto coronamos la primera rama de la cordillera; y comenzamos á atravesar la cima para descender de nuevo á un valle y emprender segunda vez la ascension. Así pasamos cuatro ramas paralelas que forman la montaña de la Judea, sin ver ni casas, ni cultivo, ni ser viviente con escepcion de algunas cabras que se columpiaban en las alcenas formadas por las rocas. En el último valle, al concluir la travesía de la cordillera, ví un pequeño pueblo llamado La Aldea de Jeremías con algunos árboles, flores, y unas

vacas tan flacas, que me recordaron las siete que vió salir Faraon, en su sueño, del Nilo. Eran las tres de la tarde de un hermoso día cuando subimos á la última cima de la montaña; y hé aquí que á distancia de unas diez cuabras, se presentó á mi vista la ciudad de David, sombreada por los elevados y frondosos cipreses del monte Sion.

Al ver á Jerusalem mi alma se conmovió profundamente : mi pecho se llenó de sentimientos de ternura : jamas fué mi corazón tan fecundo en suspiros : dos lágrimas salieron de mis ojos y mi lengua, sin pensarlo yo, prorumpió en estas palabras del sagrado cántico : * *Lauda Jerusalem Dominum, lauda Deum tum Sion etc.* * « Alaba, Jerusalem, al Señor; alaba á tu Dios, Sion, etc. »

Continué á pié, y á paso lento, sobre un camino de roca, viendo á la derecha un valle cubierto de verde y tupido bosque, donde se asegura por las tradiciones de Jerusalem, haber sido cortado el árbol de la sagrada cruz del Redentor. A la izquierda, un grande edificio sin concluirse, obra del gobierno ruso para hospedar á los cismáticos que vienen de

su nacion á profanar los sagrados lugares de nuestra redencion.

A pocos minutos llegamos á la puerta principal de Jerusalem, que se llama de Belen y de Jaffa; porque por ella se entra de aquellos lugares á la ciudad santa. Despues de un ligero registro de aduana, pasamos la puerta, grande y de antigua construccion, que por su semejanza con las de Roma, da bien á conocer que fué construida cuando el Imperio romano comprendia en sus dominios la ciudad régia de Salmon.



PARTE IV

JERUSALEN

Vista de Jerusalem — Torre de David. — Convento de San Salvador. — Calle de la Amargura. — Casa de la Flagelacion. — Sueño. — Encuentro de la Virgen con su divino Hijo. — Monte Sion. — Huerto de Gezsamani. — Monte Olivete. — Templo de Salomon. — El torrente Cedron. — Monte Calvario. — El Santo Sepulcro. — Funciones de Semana Santa en la iglesia del Santo Sepulcro. — Una Meditacion sobre Jerusalem al silencio de la noche y la claridad de la luna.

Deseo que mis lectores hagan una peregrinacion espiritual. Que pidan como el Profeta, alas de paloma para volar al desierto de la meditacion, y que me sigan con el espíritu á las regiones donde nace el sol.

Estámos á vista de Jerusalem; y ¿qué vemos? Escombros fúnebres y dolorosas ruinas. Ya no oireis resonar los aires con los dulces

cánticos del Rey Profeta, ni escuchareis tampoco las admirables sentencias de Salomon, sentado en su trono de oro y de marfil, y vestido con la rica púrpura de Sidon : no presenciareis el magnífico espectáculo de un gran pueblo reunido para asistir á la dedicacion del templo, ó para ofrecer holocaustos y sacrificios sobre el altar del Señor : no contemplareis la pompa marcial de aquellos batallones que, saliendo de las murallas marchaban alegres al compas de las armonías del arpa de su Rey, para ir á pelear en las batallas del Señor; y, volver coronados por la victoria y cargados con los despojos de los enemigos de Dios, á entrar de nuevo en Jerusalem entre himnos de alegría y de triunfo cantados por las vírgenes de Sion. No aspirareis, en fin, aquella admósfera embalsamada con las maderas del Líbano y del Carmelo, con los aromas de la Iduméa, de la Arabia y de la Persia, ni respirareis los perfumes traídos por las brisas del valle de Saaron.

Nó. Todo ha desaparecido por el soplo de ira de Dios : aquel gran pueblo pidió que la sangre de Jesus, cayera sobre él y sobre sus hijos; y cayó ciertamente para borrarlo del

catálogo de las naciones y reducir á polvo toda su grandeza. Sus fértiles campos cubiertos de mieses y de ganados; sus jardines deliciosos, sus soberbias murallas, sus torres, sus fortalezas, su templo maravilloso y sus magníficos palacios; donde resplandecian con asombrosa profusion la plata, el oro y las piedras preciosas con todo el lujo y la pompa de las riquezas orientales: sí, todo se ha cambiado en esterilidad, miseria y lepra; todo ha sido reemplazado por montones de ruinas que inspiran tristeza y horror; y que si no han desaparecido tambien, es quizá porque un decreto providencial las conserva para que en todo tiempo enseñen á los pueblos y á las generaciones, cuánto puede la justicia de Dios.

Una cosa, sin embargo, existe en Jerusalem, tan viva como en los antiguos tiempos: una voz cuyos ecos en vez de ser arrebatados por el tiempo para sepultarlos en el silencio profundo de un pasado remoto, parece que se avivan mas y mas cada dia, á proporcion que pasan los siglos. Es porque esos ecos son repetidos por la piedra en que se apoya el baston del peregrino; por el murmullo de

los torrentes ; por el canto de las aves ; por el rumor de los arbustos batidos por el viento, y por la planta parásita pegada de las ruinas. Son los ecos de la voz del Profeta Jeremías, que, muchos siglos ántes de que viniera al mundo el Redentor de les hombres , profetizaba con lúgubres lamentaciones la completa ruina de Jerusalem, y el castigo del pueblo ingrato y deicida. *Quomodo sedet sola Civitas plena populo*, etc ; « Como está sentada solitaria y triste la ciudad llena de pueblo ; ha sido hecha como viuda la señora de las naciones y la reina de las provincias está sometida á tributos ! Los caminos de Sion lloran porque no hay quién venga por ellos á las festividades de Sion : todas sus puertas están destruidas ; sus sacerdotes gimiendo, sus vírgenes pálidas de tristeza, y toda la ciudad está llena de amargura. »

Sí. La sangre de Jesus cayó sobre Jerusalem para no dejaren ella piedra sobre piedra ; y sobre el pueblo judío para dispersar sus restos en los cuatro vientos de la tierra. La espada de Tito puso término al esplendor de aquella gran ciudad ; convirtió su gloria en ignominia, y redujo á miseria su grandeza.

Las águilas romanas desplegaron con orgullo sus alas sobre las murallas de Sion; las legiones del imperio se enriquecieron con sus despojos; y, el resto de sus hijos abatidos y atribulados en presencia de su nuevo Señor, empaparon con doloroso llanto las cenizas del Templo; se despidieron con amargura y para siempre de su amada Sion; y, arrastrados por el carro del vencedor, subieron cautivos á la cima del Capitolio.

He echado una rápida ojeada á la Jerusalem de los reyes de Judá para contemplar su grandeza y su gloria, formando un contraste con el abatimiento y miseria de la Jerusalem cautiva de hoy. Entro, pues, en Jerusalem.

Lo primero que se encuentra al entrar por la puerta de Jaffa, es la fortaleza de David cuya antigüedad se revela por sí misma. Es grande, de forma redonda y tiene ventanas que dán sobre Jerusalem una vista estensa y melancólica; y en la cual componia salmos bajo la inspiracion celestial que daba tanta ternura y melodia á sus divinos cantos. Creo que es á esta fortaleza que alude la Iglesia cuando en las letanías de la Virgen, la com-

para á la Torre de David. A la izquierda y á poca distancia, se vén los cimientos de un grande y antiguo edificio que se dice haber sido la casa de Urias, en donde se bañaba Betzabé su esposa, cuando fué vista por el rey desde su fortaleza de Sion. Es preciso de tenerme un momento á describir la situacion de Jerusalem antigua para facilitarme la narracion y ausiliar la inteligencia del lector, que desea poseerse bien de lo que refiero. Por lo que comprendí á vista del lugar y me esplicaron personas muy competentes, la antigua Jerusalem estaba situada en una pendiente amena, formada entre el monte Sion y el valle de Getsemani. Así lo acreditan las ruinas de un palacio de Herodes; los restos del palacio de Pilato con el Pretorio; la ventana en donde el Señor fué presentado al pueblo; la casa de Simon el leproso, donde estuvo Maria Magdalena lavando los piés al Salvador; la piscina probática; el monte Mória donde están los átrios del Templo de Salomon, y otros lugares de antigüedad bíblica.

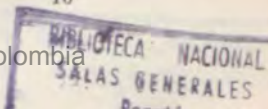
La Jerusalem moderna ocupando estos mismos lugares, se ha extendido hasta la cima de la cordillera, que es la continuacion

del monte Sion donde estaban los palacios de los reyes de Judá, y que se llamaba la ciudad de David ó de Sion.

Es por esto que el Monte Calvario, que en tiempo de Jesucristo quedaba fuera de la ciudad, hoy está entre la nueva Jerusalem, que comienza en la puerta judiciaria; punto hasta donde llegaba la antigua, dejando fuera el monte Calvario, conforme en todo á las relaciones del Santo Evangelio.

Dirigíme por esta nueva ciudad al convento de san Salvador, que es el primer hospicio de Tierra Santa, y que está situado en la cima de la cordillera á cinco ó seis cuadras mas arriba del Calvario. Las cuatro de la tarde eran, cuando penetrada mi alma por impresiones de tristeza y de horror; cansados todos los miembros, y atormentado de dolor de cabeza por el ardiente sol de todo el dia; y por el calor que arrojaban de ambos lados del camino aquellas rocas calcáreas, toqué con mi baston de peregrino á la puerta del convento.

— Un religioso lego, natural de Nápoles, estaba en una pieza junto á la puerta, para recibir los peregrinos. Yo le saludé en español, y él me contestó amablemente en



italiano, en cuyo idioma seguimos conversando; porque yo comprendía lo suficiente para entender y ser entendido. Él mismo tomó mi maleta y mi pobre equipaje, y entrándolo á su pieza, me mandó con bondad que pasara adelante y me sentara á reposar en un canapé que allí estaba; cuya orden cumplí inmediatamente, porque resonó en mis oídos con la mas dulce melodía, tal era la fatiga y el cansancio que me abrumaban.

Recostado yo en el sofá, y el religioso sentado en una silla, seguimos con este diálogo.

— ¿De dónde es V. ? me preguntó con interés.

— Yo soy de la América meridional, le respondí.

— ¡ Oh ! qué léjos está V. de su patria !

A estas palabras se estremeció todo mi cuerpo, y palpitó mi corazón; y procurando disimular el dolor producido por aquel recuerdo de la patria, le contesté:

— Es cierto, Señor, que estoy muy léjos de mi patria terrenal, pero Jerusalem es la patria comun de los cristianos; porque aquí adquirimos derecho á la salvacion, y

aquí nos reuniremos para subir al Cielo.

Despues de haber descansado mas de una hora, el religioso me presentó al padre Comisario de Tierra Santa, hombre amable y bueno, que hablaba bien el castellano; porque era español, y él me presentó al padre Presidente. Este religioso, natural de Génova, hombre de estimables prendas, me recibió con placer, y leyó una carta de recomendacion que me habia dado el Padre General de la Orden de Franciscanos, residente en Roma; pero me dijo que era imposible, por el momento, alojarme en aquella casa; porque las plazas estaban ya destinadas; que se me prepararia inmediatamente una pieza en el nuevo convento de la Flagelacion, llamado así; porque está edificado en el pretorio de Pilato, donde azotaron al Redentor.

Despues de comer á las siete de la noche, marché conducido por un religioso, natural de Sevilla, en España, á mi alojamiento; bajando por una calle angosta cubierta de piedras desiguales. De repente se paró el religioso que me acompañaba, con dos sirvientes del Convento árabes convertidos, y me dijo:

— Aquí es la puerta Judiciaria, límite de la antigua Jerusalem, por donde salió nuestro divino Redentor, para ir al Calvario; llevando sobre sus hombros el suplicio de su muerte.

Allí comencé, pues, á caminar por la via dolorosa ó calle de la amargura: la oscuridad de la noche, la estrechez de la calle con su empedrado desigual y cortante; el rumor melancólico que se alzaba de todos lados, y los dolores físicos y morales que yo sentia; pero mas que todo, la consideracion de que recorria la misma calle que anduvo Jesus con la cruz á cuestas; y que pisaba la misma tierra bendita que consagraron las divinas plantas del Mesías, y que fué rociada por la sangre del Hombre-Dios; todo esto, repito, predispuso mi alma á la meditacion, y un recuerdo de gratitud hizo brotar de mis ojos algunas lágrimas de fé y de amor, que solo Dios vió caer por entre las tinieblas de la noche en aquel polvo sagrado.

Y, ¿quién puede decir que en aquella jornada no diera yo algun paso en el mismo punto donde pusiera sus divinos piés el Hombre-Dios? Ojalá que mis piés que recorrieron varias veces aquella calle, y tuvie-

ron contacto con su polvo sagrado, adquirieran agilidad para llevar á todas partes con el nombre de Jesus, la luz de la fé, los consuelos de la esperanza y las santas alegrías de la caridad. Ojalá que yo aprendiera, á ejemplo del Divino Maestro, á caminar con firmeza por el sendero del deber; y, siguiendo sus pasos, aprendiera á sostener hasta el suplicio la causa de Dios, y á morir por el bien de los hombres.

Al fin llegamos al Convento de la Flagelacion, cuya puerta se abrió delante de nosotros al primer toque : subimos una escalera y otra puerta se abrió para darme alojamiento. Un cuarto limpio y cómodo con una cama aseada y una silla junto á una mesa de cedro sin carpeta y con recado de escribir, hé aquí mi estancia tal como yo la deseaba en Jerusalem, durante aquellos preciosos dias de estudio y de meditacion. En aquel mismo convento habia muchos peregrinos alojados, entre los cuales estaban mis tres compañeros desde Jaffa; pero yo estaba solo en la pieza de que hé hablado. El padre que me habia conducido, despues de preguntarme con una humildad semejante á la de san Francisco

si necesitaba alguna cosa, se despidió con amor hasta la mañana siguiente.

Entre los fúnebres escombros de un palacio de Heródes al norte, y al sur los restos colosales del palacio de Pilato, está situado el convento de la Flagelacion. Mi pieza alta daba sobre el techo de la pequeña iglesia edificada en el patio ó pretorio donde azotaron al Señor, y lo coronaron de espinas. A las diez de la noche, despues de rezar visperas y completas, me acosté para descansar algunas horas y buscar el reposo de que tanto necesitaba, despues de un dia pasado entre grandes agitaci6nes físicas y morales; entre los ardores del sol y de la sed que atormentaban el cuerpo, y los pensamientos tristes y los dolores secretos que devoraban el corazon.

Una tierna madre sentada al lado de la cama esperando, á la claridad de una lámpara, recoger el último suspiro de su hijo moribundo, no sentiria en su espíritu mas fuertes emociones, ni estaria mejor dispuesta á velar, que yo en aquella primera noche, pasada en Jerusalem; que ha dejado tan indelebles recuerdos y sentimientos en mi me-

moria y en mi corazón. Un buho que habitara en las ruinas de un monumento cercano; las quejas de las palomas que anidaban en los techos de la iglesia contigua; el canto de los gallos que me traía á la memoria la historia de san Pedro, con toda la belleza del sentimiento y de una poesía llena de tristeza y de amor; el viento que, bajando de la fortaleza de David gemía en las rejas de mi ventana, como para revelarme tantos misterios dolorosos guardados por tres mil años en las cumbres del monte Sion; el ahullido prolongado y melancólico de los perros y mil rumores mas, que se alzaban en confusión entre las densas sombras de la noche, de la ciudad mas antigua y célebre del mundo; todo este conjunto de desgarradoras armonías, de pensamientos serios, de reflexiones tristes, y desentimientos de horror y de amargura, exaltó de tal modo mi imaginación, que se abrió ante mis ojos como un gran libro que registraba en una sola página la historia trágica y dolorosa del género humano.

En un instante contemplé en aquella página misteriosa, la felicidad del primer hom-

bre espresada por una sonrisa de inefable encanto, al salir inocente de las manos de Dios; pero ví con la misma mirada, y en el instante mismo, las lágrimas de su descendencia formando un solo lago cuya fuente es el pecado; ancho y profundo mar de desventuras y de miserias en que navega la humanidad. Ví un puerto de refugio y un faro de luz y de esperanza elevados entre Belen y el Calvario. Una senténcia de misericordia y de perdon escrita con el llanto amoroso del pesebre, y promulgada con la última queja exhalada por los sublimés dolores de la Cruz.

Recostado en mi cama y en medio de la oscuridad, me preparaba con estas reflexiones para visitar á Jerusalem, y asistir á las funciones de la Semana Santa en los mismos sitios donde tuvieron lugar las escenas dolorosas de la [Pasion. De todas las meditaciones y lecturas de mi vida, relativas á los tormentos del Redentor, ninguna idea me habia impresionado tanto como la consideracion de haber sido azotado; porque yo comprendo que un hombre pueda morir en un suplicio, cualquiera que sea, conservando su

dignidad personal; pero no alcanzo á medir el abatimiento y la humillacion á quien se le azota por esbiros degradados y sin corazon. Esos son sin embargo los medios que se emplean en algunos países, dizque para realzar la dignidad del hombre, y fundar la civilizacion y la libertad.

Al fin logré dormirme, rendido por el cansancio y la fatiga; y con el adormecimiento de la materia mi espíritu adquirió, por decirlo así, mas libertad en sus facultades y mas fuerza, claridad y sentimiento en el orden de las ideas y de los pensamientos. La idea de la flagelacion, que toda la vida me habia trabajado, unida á la circunstancia rara de estar en el mismo sitio donde se verificó, me produjo un sueño, mezcla confusa de placer y de dolor; porque tenia toda la amargura del cáliz de la muerte, con la suavidad inefable de la vida eterna. Soñé que presenciaba de cerca la escena de la Flagelacion, y que oía la algazara de los verdugos y las quejas de la víctima. A cada golpe de vara que desgarraba las inocentes carnes de Jesus, saltaban gotas de sangre que el Angel de la Justicia recogía en una copa de espiacion.

Cada gemido del Redentor subia al trono de su Padre, como un argumento de elocuencia divina en favor del hombre; y la Iglesia latente en su costado lleno de amor, enviaba tambien al cielo suspiros tiernos y conmove-dores, como las amorosas quejas de la esposa de los cantares. Aquellos gemidos y suspiros interrumpieron por un momento los cánticos y las alegrías del Cielo; y, durante el silencio y la quietud del universo, una mirada de compasion, una palabra de misericordia y una bendicion de paz, descendieron del trono de Dios, sobre la faz enlutada de la tierra.

Las gotas de sudor que brotaban de mi frente y los saltos que daba mi corazon, semejantes á los de un pájaro cautivo, por escaparse de la jaula, me despertaron en medio de una agitacion terrible. Al instante me puse en pié para esperar el dia que se acercaba ya; y á la luz moribunda de una lámpara casi sin aceite, copié de un libro sellado en el fondo de mi corazon, este sueño terrible que refiero aqui.

El 20 de abril muy de mañana salí acompañado de un venerable religioso español,

natural de Vich, y compatriota del célebre Balmes. Nuevo cáliz para mi corazón que se agitaba aun con las impresiones de aquella noche; porque el primer sitio que visité, fué la iglesia contigua, edificada, como he dicho ya, en el mismo lugar donde azotaron al Señor y le coronaron de espinas. Aquellos dos sagrados puntos están señalados por dos altares. Oí misa y comencé á recorrer, conducido por el padre y á la luz del día, toda la calle de la Amargura, por donde habia andado la noche anterior en tinieblas, comenzando desde el Pretorio á la puerta Judiciaria. Pocos pasos habia dado, cuando se detuvo mi conductor, y señalóme con la mano los restos negros y llenos de musgo de una antigua construccion. «Aquí tiene, me dijo, la ventana del *Ecce Homo*, presentado por Pilato al pueblo. » Es un arco de calicanto, que atraviesa una calle, robusto y magnífico como las construcciones romanas á cuyo estilo y época corresponde. Por los escombros de edificios que se notan allí, se comprende sin dificultad, que aquel arco formaba un todo con el palacio y el pretorio de Pilato; cuyos gigantescos paredones se

conservan aun como fiscales, que denuncian al universo el crimen de los magistrados, que prostituyen á la Justicia y formulan sentencias contra el inocente; pesando mas en su conciencia, los estímulos humanos, que las íntimas convicciones de la justicia y de la inocencia.

Mas adelante, en una encrucijada, mi conductor me señaló la calle por donde la Santísima Virgen salió al encuentro de su divino Hijo, cuando cargado con la cruz, caminaba al lugar de su muerte. Para fijar la memoria de aquel punto, el mas célebre en la historia de los dolores maternales, santa Helena levantó en él una columna de granito con su inscription respectiva; pero segun me dijo mi respetable guia, un bajá de Jerusalem la mandó arrancar, y hoy se vé tendida en el suelo. Avanzamos un poco, y concluido el terreno plano, comenzamos á subir una calle recta y pendiente: ocho ó diez pasos subimos, cuando encontramos una piedra ancha incrustada en la pared izquierda, con una inscripcion antigua y casi borrada. Aquella piedra puesta allí, probablemente por la misma órden y con el mismo fin que la columna

de granito oriental, señala el punto donde el Señor abrumado por el peso de la Cruz, cayó en tierra por la primera vez, y necesitó de auxilio para continuar su dolorosa marcha; á cuyo efecto le dieron á Simon Cirineo, no por un sentimiento de humanidad, sino por no perder el placer de verle morir crucificado. Así hây corazones depravados que muestran caridad á los que aborrecen, cuando esa caridad mentida, conduce á prolongar los tormentos y la ignominia de las víctimas de su odio y envidia.

Basta observar aquellos lugares á la luz de la razon recta é imparcial, para ver la evidencia divina de las relaciones del Evangelio. Del pretorio donde estaba la prision del Salvador, no hay menos de trescientos pasos hasta llegar por tierra llana al sitio donde cayó la vez primera, que el terreno se levanta en una pendiente bastante inclinada. Ahora bien: la fuerza que basta á un hombre para trasportar con dificultad un peso cualquiera por una planicie, no le bastará, de seguro, para subir con el mismo peso una cuesta. El adorable Redentor de los hombres debilitado por la falta de alimento y de sueño,

abatido por profundos dolores físicos y morales y perdida la fuerza con la pérdida de su sangre, era natural que al comenzar á subir desfalleciera ; y en efecto, al adelantar ocho ó diez pasos, cayó en tierra aquel nuevo Isaac, rendido por el peso de la leña que debia servir para su sacrificio. La autenticidad de aquellos lugares solo puede ponerse en duda por los necios que, echándola de sábios, pecan contra el sentido comun, y van á buscar en aquellos lugares memorables, la triste gloria de desacreditarse ante la verdadera filosofía, y de ser silbados por la humanidad.

Continuando la marcha por aquella calle larga y penosa, y viendo al paso el sitio donde salió la Verónica á enjugar el sudor y la sangre, que inundaban el rostro de Jesus, salimos por la puerta judiciaria; y, dejando allí el camino del Calvario, subimos rectamente al convento de san Salvador donde los religiosos tenian preparado un desayuno, que consistia en pan y café negro ; porque era tiempo de ayunos.

Hecha la colacion, dejó allí al religioso que me habia acompañado, y me dirigí á la casa del patriarca á ponerme á sus órdenes, y á

solicitar licencias para celebrar la sagrada misa en los santos lugares. Poco tuve que caminar para llegar á una casa de exterior modesto, cuya puerta toqué y me fué abierta pronto por un sirviente árabe y católico, vestido al uso de su país, con zapatos de tafilete colorado, semejantes á las sandalias orientales; pantalon largo y ancho, saco de paño azul sobre su chaleco abrochado, y en la cabeza un gorro de lana roja del cual colgaba una borla sobre la espalda. Lo saludé en mal frances, y contestóme en no muy buen italiano, pero con esquisita urbanidad y cortesía: me condujo á un salon donde me señaló para sentarme, la mejor silla despues de la del patriarca, que á la sazón estaba dando gracias, despues de haber dicho misa en su oratorio. Preguntóme si necesitaba alguna cosa, y respondiéndole que nó, hizo su despedida con una amable y respetuosa inclinacion, y se retiró.

Ocho minutos pasarían, cuando se presentó el patriarca. De alta y esbelta talla, en su serena y elevada frente, se reflejaban mezclados la luz de la inteligencia y los rayos de la meditacion: en su venerable

semblante, vagaban las sombras de una santa tristeza inspirada sin duda, por la vista frecuente y la contemplacion de aquellos lugares: su barba larga, poblada y blanca descansaba sobre su pecho, como ancha madeja de hilos de plata.

Como el Patriarca era italiano, natural de Génova, antiguo misionero en oriente, le hablé en italiano y le dí á conocer mi religion, haciéndole una reverencia profunda y besando el anillo que llevaba en el dedo. Cuando supo mi patria se alegró, me hizo algunas preguntas relativas á ella, y luego añadió: « al principio de mi carrera, yo tuve deseo de irme á las misiones de América; pero Dios quiso destinarme á estas regiones. »

Si el patriarca de Jerusalem hubiera ido á mi patria, habria terminado bien pronto su carrera en la cárcel ó en el destierro, que son las recompensas destinadas para pagar al clero sus grandes servicios á la civilizacion, en un país donde se habla tanto de libertad y tolerancia; miéntras que aquí vive tranquilo y respetado bajo lo que llaman los republicanos de Colombia, el despotismo de la puerta otomana. Esta respuesta se me

ocurrió pronto; pero no me atreví á darla al patriarca, por honor de mi patria. Me espidió licencias para celebrar en todos los santos lugares, y hasta en altar portátil si yo lo tenia á bien; y ofreciéndome sus servicios, y yo mis sentimientos de respeto y de gratitud, me despedí para volver al convento de san Salvador.

Ya el padre presidente habia destinado un religioso, belga de nacion, muy entendido en las antigüedades de Jerusalem, para que fuese mi conductor y de otros cuatro individuos, en el paseo de la ciudad y sus contornos, y en la visita y conocimiento de los lugares santos. Los dias eran ardientes, y el calor del sol mezclado con el que despedia aquel suelo cubierto de piedras y de rocas y desnudo de vegetacion, formaba en derredor nuestro una atmósfera inflamada.

Partimos, pues, los cinco con el religioso nuestro guia, del convento para la iglesia del santo Sepulcro; y despues de orar en el Calvario y besar la losa de mármol blanco, que cubre la sepultura abierta en la roca, que encerró por tres dias el adorable Cuerpo del Redentor, salimos para atravesar la

ciudad de occidente á oriente, pasando por el pretorio donde se vé el lugar que ocupaba la *escala santa*, que está en Roma y de que ya he hablado; y por la piscina probática, tan milagrosa en tiempo del Salvador, y que hoy es un grande estanque seco, cuyo fondo, lleno de ruinas y basura, está cubierto por una planta tupida muy semejante á la cebada, cuando comienzan á madurar las espigas.

Salimos de la ciudad por la puerta de san Estéban, que tiene este nombre por estar allí cerca un tablon de peña en donde aquel diácono recibió por amor de Jesucristo, la espantosa muerte que, á pedradas le dieron los judios, y que lleva la primera palma en el resplandeciente coro de los mártires. A pocos pasos, se baja al pequeño valle de Getsemaní ó huerto de las olivas, donde el señor Jesus estaba retirado en oracion, cuando lo prendieron los soldados pretorianos. Este célebre lugar lo visité despues, varias veces yo solo, y volveré á hablar de él. Seguimos el valle de norte á sur, andando por la orilla del torrente cedron, que es hoy una madre seca; porque sus aguas se perdieron para no borrar las huellas im-

presas en el polvo, por los divinos piés del Redentor. Sus arenas cuentan al viajero rasgos sublimes de la mas terrible y dolorosa historia, que oyeran jamás los siglos y la humanidad.

Se conserva el puente, restaurado, en donde los soldados maltrataron al inocente Jesus, cogiéndolo con cuerdas para echarlo de arriba á abajo y volverlo á subir. Créo que á este pasaje aludía el profeta David, cuando hablando en espíritu de las humillaciones y de las glorias del Mesias, en el *salmo* 109, dijo: « Del torrente bebió en su camino, y por esto elevó despues su cabeza. » Sí, en las márgenes de aquel torrente, se oyeron los gemidos del Redentor; y desde entónces no volvió á dejar murmurar sus raudales, y se perdió de la superficie de la tierra; por temor de que fuera á mezclarse en sus aguas, alguna lágrima de su Criador.

Allí cerca hay un sepulcro que dicen ser de Absalón hijo de David, que se reveló contra su padre, y además la magnífica tumba del rey Josafat. Hay tambien una gran gruta, bajo una roca, donde se dice fué sepultado un profeta, y donde se ocultó el Apóstol San-

tiago la noche que prendierom al divino Maestro. Mas adelante hay una abundante fuente cuyo arroyo atraviesa por un subterráneo natural una cuchilla; y lo recibe un grande estanque ó piscina en donde, segun la tradicion, hizo muchos milagros el Salvador, y entre otros, curó á un ciego de nacimiento. Allí estaban varias mujeres lavando ropa. Aquella fuente es llamada por los del país, *la fuente de la Señora Maria*; porque la mas antigua tradicion asegura, que en aquel sitio estaba la casa del santo sacerdote y profeta Siméon, cuando la santísima Virgen vino á Jerusalem, á presentar el Niño en el templo para la ceremonia de la circuncision; y que en aquella fuente cogia el agua para el servicio de casa y lavaba la ropa.

A poca distancia de aquel sitio hay un pequeño huerto en cuyo centro se eleva un árbol de sicómoro, que señala el punto donde el profeta Isaías, recibió la mas bárbara muerte, por orden de Manasés rey de Jerusalem, contra cuyos crímenes resonaba en los valles y las colinas de Sion, la palabra aterradora del profeta. Siempre los hombres

depravados, favorecidos por la fuerza bruta, la emplean en oprimir con la persecucion y la muerte, á los hombres de Dios, que condenan sus malas obras, y les sirven de obstáculo en la senda tenebrosa de sus delitos.

Allí cerca hay un pequeño edificio que cubre el pozo donde el profeta Jeremías enterró el fuego sagrado, que ardía en el templo, cuando el pueblo judío era llevado en cautividad á Babilonia; y allá en las márgenes de sus rios colgó de las ramas de los sáuces sus instrumentos musicales, por no cantar jamas en extranjera tierra los cánticos de Sion.

Cerca de aquel lugar hay un monumento levantado en el campo adquirido con las monedas, que Judas recibió por la venta de su divino Maestro, y que fué destinado para sepultura de los extranjeros; y en efecto, allí sepultaron algunos soldados de los ejércitos cristianos, que fueron á la conquista de Jerusalem.

No distante de aquel lugar hay una gran cueva formada por una piedra, donde se dice que se escondieron los Apóstoles la noche de la prision del Señor ; y á poca distancia

11.

hay una gruta en la cual dice la tradicion, que estuvo san Pedro llorando la negacion de su Maestro: hoy sirve de albergue á las cabras, que pacen en aquellas campiñas.

A las tres de la tarde volvimos hácia el convento por el monte Sion donde vimos el cenáculo, el lugar donde se dice estuvieron las tumbas de David y Salomon; una hermosa iglesia de los armenios donde se muestra con veneracion una antigua silla de mármol, que fué la del Apóstol Santiago primer obispo de Jerusalem. Mas adelante se ve otro lugar en donde estaban reunidos los Apóstoles y discípulos, cuando se les presentó san Pedro, que acababa de salir de la cárcel donde lo habia aprisionado Herodes, y de donde lo sacó el Angel. Otros lugares hay allí de tiernos y maravillosos recuerdos como son; el punto donde estaba san Pedro cuando negó al Señor la primera vez á la voz de una criada; y aquel en que se hallaba cuando cantó el gallo, que era la señal que le habia dado el divino Maestro, de que en aquel instante le habria negado tres veces. Todos aquellos lugares están señalados por alguna capilla ó monumento, que los viajeros visitan

con veneracion. Por alli se ven gruesos y elevados cipreses, que se dice, y es natural que sean renuevos de los antiguos cipreses del monte Sion, tan dulcemente cantados en la Biblia.

A las cuatro entramos al convento donde se nos sirvió por los mismos religiosos una comida pobre, pero abundante; y despues yo me retiré á mi casa ó convento de la flajelacion. Al siguiente dia volvimos á reunirnos con el mismo padre por director y estuvimos visitando diversos lugares fuera de la ciudad, y algunos monumentos que se tienen por sepulcros de los profetas. Un monumento levantado en una cordillera, se le asigna por sepulcro al profeta Samuel; y ví algunas grutas abiertas en la roca viva en cuyas paredes hay inscripciones en hebreo. Yo no dudo que aquellos monumentos sepulcrales fuesen contruidos con tal fin; porque nuestro Señor Jesucristo en el capítulo XXIII del Evangelio de san Mateo dice: « Hay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, que edificais los sepulcros de los profetas y adornais los monumentos de los justos, y decís: si vivieramos en los dias de nuestros padres,

no seríamos participantes con ellos de la sangre de los profetas. » Estas palabras prueban, que los judíos tenían costumbre de edificar sepulcros y adornarlos para sepultar en ellos los profetas del Señor, á quienes daban la muerte.

Muy inmediata á Jerusalem saliendo por la puerta de damasco, está la famosa gruta formada por una gran piedra ó peñazco, desde donde el profeta Jeremías vaticinaba con sublimes y dolorosas lamentaciones las desdichas de Sion. En la pared hay como una cama natural erizada con puntas del peñon, que era el sitio donde reposaba el profeta; digno lecho de aquel grande hombre que, como Job, recibió el privilegio de sentir todo el peso de las miserias, toda la vehemencia de las tristezas y toda la intensidad de los dolores humanos ; con la diferencia de que, solamente Job ha podido arrancar al corazon humano sus mas amargas y dolorosas quejas; y á Jeremías ha sido dado espresar en sentidos lamentos los acervos dolores de la pasion y las ignominias de la cruz. Job cantó con un language inspirado las inmensas miserias del hombre en su caída; y Jeremias cantaba con

una lengua divina los profundos dolores del Hombre Dios, en las manifestaciones de su amor infinito á los hombres.

Al oriente y cerca de la ciudad está el monte olivete en cuya sima, que es ancha y plana hay un minarete, especie de torre á donde se sube por una escalera de piedra; y desde cuya altura se disfruta de una vista admirable sobre Jerusalem, el valle de Josafát, el mar muerto y los desiertos del Jordan. Desde aquel sitio contemplé varias veces á Jerusalem al caer de la tarde y veía su soledad, su silencio y el aspecto conmovedor de su vejez miserable; y, parecíame oír la voz misericordiosa de Jesus, que desde la cumbre de aquel monte la reconvenia por su ingratitude, le echaba en cara su ceguedad, lamentaba con ternura divina sus infortunios y lloraba sobre sus futuras desgracias, sus dolores y sus ruinas. Esto mismo hace Dios con los pueblos y los individuos ingratos á sus beneficios, que resisten á la voz de su misericordia y no se conmueven con las lágrimas de su amor: al llanto de padre es preciso que suceda la justicia inexorable del juez.

Hay en el monte olivete una piedra grande

en que está estampada la huella de un pié humano; y por mas que se ecsamine no se comprende intervencion de la mano del hombre. Se dice que en ella se paró el Señor para subir al cielo, y le imprimió la marca indeleble de su divino pié.

Mas abajo se ve el sitio donde el Señor enseñó el *Padre nuestro* á los Apóstoles, y aquel en que estos se reunieron á componer el *Credo* ó simbolo de nuestra fe, y la gruta de santa Pelagia. Esta era una mujer pecadora en Antioquía, que fué convertida con la predicacion de un santo obispo llamado Nono; y abandonando el lujo, los placeres y las vanidades del mundo, que habian formado el ídolo y los encantos de su vida, se vistió con traje de hombre y con el carácter de un desconocido, se sepultó en una gruta que está en la pendiente del monte olivete; y allí bajo las apariencias de un hermitaño, acabó su vida entre los rigores de la mas austera penitencia.

En los diversos idiomas que hablan las naciones, no es posible encontrar una palabra mas dulce, ni que inspire mas intimidad y confianza al que la pronuncia, que la pa-

labra *Padre*; y por eso la escogió el Señor para enseñarnos á orar. Convencidos los Apóstoles de la necesidad que tenemos todos los hombres de la oracion, le pidieron al divino Maestro que les enseñase á orar, y Él les dijo : Cuando orareis direis así : « Padre nuestro que estas en los Cielos. »

¡ Oh ! que fuente tan inagotable de consuelos y de esperanzas encuentra el desgraciado, cuando desde el abismo de sus miserias y tribulaciones, puede levantar al cielo sus ojos y su corazon, para llamar á Dios en su socorro con el dulce nombre de Padre. Los hombres inventan títulos que los lisonjean, al mismo tiempo que humillan al que tiene necesidad de pronunciarlos; pero Dios ha querido darse un título que nos llena de santo orgullo y nos eleva al pronunciarlo; título comun para todos ; porque con él le llaman el monarca y el vasallo, el rico y el pobre, el que emplea sus años en las alegrías del mundo, y aquel que ve pasar lentamente los dias de su vida, en la amargura de su corazon.

Junto al huerto de las olivas hay una iglesia subterránea á cuyo pavimento se

baja por una antigua y ancha escalera de cuarenta y ocho gradas, y en la mitad tiene en cada lado un altar : en el de la izquierda se venera el sepulcro de san José, y en el del lado opuesto los de san Joaquin y santa Ana. En el fondo hay un sepulcro colocado en alto en una gruta ó capilla muy aseada ; este monumento, muy rico por cierto , está siempre custodiado por un ministro griego ó armenio á quienes pertenece el santuario. Este es, segun la tradicion, el sepulcro de la Virgen ; pues allí colocaron su santo y purísimo cuerpo los Apóstoles, que lo trajeron del monte Sionen donde estaba junto al cenáculo la casa de san Juan, donde murió la inmaculada Virgen Madre de Dios. Refiere la tradicion que la Virgen quiso ser sepultada en aquel lugar ; y que cuando llevaron el Cuerpo los Apóstoles, muchos judíos quisieron acercarse á profanar el sagrado cadáver, y de repente quedaron todos ciegos : rogaron á los Apóstoles que les restituyesen la vista, y habiéndolo conseguido, se convirtieron todos.

Un armenio custodiaba el sepulcro cuando lo visité. Me dió una vela encendida con

la cual di muchas vueltas en derredor de aquel monumento tan grato y tan amable para mí, al que besé muchas veces con toda la ternura de mi corazon; le dije muchas penas secretas de mi vida, y le consagré en silencio una plegaria y una lágrima, como tributo filial ofrecido á la mas pura, á la mas santa de todas las madres; á la Criatura que ha sufrido mas en el mundo por el amor de Dios, y á la que mas ama Dios en el universo.

Al pié del monte Sion está el monte moria donde Salomon edificó el templo, cuyos átrios se conservan hoy, y en el centro está la gran mezquita de Omar. Este sitio pertenece á los mahometanos, está custodiado por soldados turcos, y no puede ser visitado, sino pagando una contribucion por el permiso de entrada. Yo pagué diez francos por visitarlo, y escogí para hacerlo el viernes, dia en que los judios pagan por ir á llorar sus desgracias en aquel lugar. Yo habia leído en san Gerónimo, que la infelicidad de los judios llegaba hasta el extremo inaudito de tener que pagar á precio de oro, el permiso para llorar sus desdichas é infortunios; y allí me convencí de esta verdad; porque vi á algu-

nos judíos que , con la cara pegada á los antiguos muros y á las viejas losas de los átrios del templo , derramaban amargo y doloroso llanto. Me sentí tan profundamente conmovido con estos espectáculos de tristeza y de horror, que supliqué al padre que me conducía y á mis compañeros , nos separásemos de aquel sitio, despues de haber visto la mezquita, que no tiene de particular sino el terrible cumplimiento del vaticinio de un profeta, que habia dicho : « La abominacion de la desolacion , estará sentada sobre las ruinas del lugar santo. »

Es preciso que yo me acerque ya á la capilla del santo Sepulcro. El emperador Adriano quitó el nombre á Jerusalem y le puso el de *Elia Capitolina*. Cuando santa Elena fué á Jerusalem con el santo pensamiento de buscar la Cruz del Redentor , encontró en el Calvario una estatua de mármol representando á Venus , que los gentiles habian levantado en aquel sacrosanto lugar, para borrar la memoria de la pasion de Jesucristo. En el santo Sepulcro habian erigido otra estatua á Jupiter , y en Belen en el Pesebre , una tercera á Adonis. Todos

aquellos sacrilegos é impíos simulacros fueron arrancados de aquellos santos lugares por órden de la emperatriz.

Grandes trabajos y escabaciones hizo practicar santa Elena en el Calvario, hasta que encontró tres cruces sin título ni diferencia de ningun género entre sí; pero san Macario obispo de Jerusalem en aquel tiempo, despues de haber hecho oracion á Dios, acercó cada una de las cruces á un enfermo á quien la ciencia habia abandonado, y cuando tuvo contacto con la santa Cruz, quedó de repente sano. Repitió lo mismo con un muerto, y al punto resucitó.

Reconocido el santo madero de nuestra redencion, que fué bañado con la sangre del Hijo de Dios, santa Elena procedió á edificar en el Calvario una suntuosa iglesia, en donde en una caja de plata dejó parte de la santa Cruz, y la otra la trajo á Roma á su hijo Constantino; la cual se encuentra hoy en la basílica de santa Cruz de Jerusalem, construida al efecto por el mismo emperador. Trajo tambien á su hijo los clavos con que fué crucificado Jesucristo. Fué entonces que Constantino publicó un edicto

mandando que en adelante la Cruz no sirviese para suplicio de los malhechores. Todo esto se ve representado en pinturas en la tribuna que guarda las reliquias de la passion, en santa Cruz de Jerusalem en Roma.

Sí : La Cruz que por tantos siglos habia sido un instrumento de vergüenza y de ignominia á los ojos del mundo, comenzó en tiempo de Constantino, á ser el objeto de la veneracion del universo ; el título mas glorioso de las naciones ; el mas precioso símbolo de la corona de los reyes ; el signo de la civilizacion y de la libertad de los pueblos ; el estandarte seguro de las victorias y el árbol á cuya sombra reposa la humanidad, derrama suspiros y lágrimas ; y adquiere fuerzas para continuar su peregrinacion por el mundo. ¡ Ah ! cuantos ojos arrasados de lágrimas se elevan á cada instante del polvo de la tierra, para buscar esperanzas y consuelos en las alturas de la Cruz. ¡ Quién pudiera ver las lágrimas que derraman los justos en la presencia del Señor, oprimidos por las injusticias del mundo ! Como la fuente comprimida levanta sus aguas y las derrama en alto murmurando, así los

corazones atormentados, alzan al cielo el llanto que brota en abundancia por sus ojos: el mundo no tiene noticia de esas lágrimas, que corren en la oscuridad y en el silencio; pero Dios las ve y las cuenta, y el Angel de la misericordia las recoge con respeto en el cáliz de todos los dolores, ofrendados por la virtud, en las aras de su divino amor.

Aquel magnífico templo que la piedad de santa Elena hizo edificar sobre el Calvario, fué destruido en 614 por Cosroes II, y el califa Hahan arruinó el que edificaron despues. En tiempo de las cruzadas lo volvieron á reedificar, y hoy existe refaccionado, despues de un incendio que sufrió en el año de 1810.

Aquel Cosroes rey de los persas habia robado la parte de la Cruz que santa Elena dejó en Jerusalem; y el emperador Heraclio habiendo vencido y dado la muerte en una batalla al hijo de Cosroes, recuperó el precioso madero de la Cruz, y lo llevó á santa Sofía en Constantinopla. En aquella Iglesia se hacia la adoracion de la verdadera Cruz, espuesta solemnemente por tres dias de la semana santa. En el primer dia adoraban el

emperador y todos los seglares: en el segundo la emperatriz y las mujeres, y en el tercero el patriarca y el clero. Mientras estaba espuesto en este tiempo el sagrado leño, todo el templo se llenaba del suavísimo olor, que despedia un líquido, que salia de los nudos de la Cruz, y que curaba diversas enfermedades. San Gregorio hace mencion de ese suceso en una carta escrita á Lionso, patriarca de Constantinopla.

El emperador Heraclio llevó sobre sus propios hombros aquella parte de la santa Cruz á Jerusalem; pero mientras subia al Calvario, adornado de oro y de joyas, fué detenido por una fuerza invisible. Zacarias, patriarca de Jerusalem le advirtió, que dejase los ornamentos imperiales, é imitando con los pies descalzos y un vestido pobre, la humildad de Jesucristo, subió sin dificultad á la cima del sagrado monte, y colocó la Cruz en el lugar en que la habia puesto santa Elena, y de donde la habian tomado los persas 14 años ántes. Esta parte de la Cruz con todas las reliquias de la pasion, se llevaron despues á Roma.

La Iglesia del santo Sepulcro se encuen-

tra hoy en estado de ruina, pero encierra los lugares mas memorables de la pasion, como son el Calvario y el Sepulcro. Formada de tres naves, se estiende del este al oeste, y la rotonda está en la parte occidental, y ro tiene la puerta en el costado que dá vista al sur. De doce á diez y seis varas tendrá el altosano en que hay siempre una multitud de árabes; hombres, mujeres y niños, que tienen cruces, rosarios y otros objetos de devocion para vender á los peregrinos. De un antiguo pórtico que fué demolido, quedan allí para memoria algunos fragmentos de columnas; y de dos puertas cercanas entre sí, que daban entrada al templo, solo hay la una, porque los turcos cerraron la otra. Al frente, hay una vieja mezquita en que se dice, que hizo oracion Omar, cuando entró triunfante en Jerusalem.

Al entrar se ven á la izquierda grupos de turcos que se llaman centinelas del templo, que están sentados en el suelo con las piernas cruzadas y fumando tranquilamente sus pipas. Como á diez pasos, al frente, se encuentra en el suelo una piedra de mármol medio rojo, de algo mas de dos varas de lar-

go, que se llama la piedra de *la uncion*; porque en ella colocaron el cuerpo de nuestro Señor para rociarlo con bálsamos, ántes de ponerlo en el santo Sepulcro. Varias lámparas arden sobre este sitio, cuyo número se disminuye ó se aumenta, segun las solemnidades.

A la derecha de este lugar hay una capilla alta á donde se sube por una escala que tiene 18 gradas. Es esta la capilla del monte Calvario. Hay allí dos altares: el uno que pertenece á los católicos, donde tendieron al Señor sobre la Cruz para clavarlo en ella, y cuyo punto está señalado por una piedra de mármol negro. A la derecha está el otro altar que es de los griegos, y hay una grande imagen de Jesucristo pendiente de la Cruz: se ve el hoyo donde estuvo elevado el suplicio sacrosanto, que dió la salud al mundo; pero no se ve ningun vestigio que indique el punto que ocupaban los dos ladrones. El Señor murió con la espalda vuelta á Jerusalem, mirando al occidente; como para llamar á los gentiles á tomar posesion de la herencia, que con ingratitud deshecharon los Judíos. Y á la verdad, en mas de 18 siglos,

¿cuántos corazones de todas las partes del mundo se han reunido en derredor de aquel santo monte, para depositar sus gemidos y sus lágrimas en el hoyo de la Cruz? Yo también, desde las rejiones lejanas del nuevo mundo, fui á llevar mi tributo de fe y de agradecimiento, de esperanza y de amor.

A la izquierda hay una capilla dedicada á los Dolores; porque en aquel punto estuvo la santa Madre contemplando la crucifixion de su divino Hijo. ¿Quién pudiera cantar tu congoja y tu afliccion, ó Virgen, Madre del divino Amor: la lengua del hombre enmudece al hablar de tus penas; porque no hay en el mundo dolor y tristeza, que puedan compararse con tu tristeza y tu dolor!

Bajando de la capilla del Calvario se pasa junto á la piedra de la uncion por la izquierda, para entrar á la rotonda que está en estado de ruina, hasta el punto de que cuando llueve se aniega el pavimento en cuyo centro está el santo Sepulcro. La rotonda tiene como 25 varas de diámetro, elevada sobre 18 arcos que sostienen una galeria alta con varios nichos, y todo está dominado por la cúpula. Una capilla de madera y de mármol que está

en la mitad de la rotonda, encierra el santo Sepulcro, que no tiene mas que una puerta por el lado del oriente, y por la cual se entra á una pequeña sala en que hay una columna, y sobre ella la piedra en que estaba el Angel en figura de hortelano, cuando anunció á las piadosas mujeres la resurreccion de Jesus; cuyo sagrado cuerpo buscaban en el Sepulcro, con los mas tiernos anhelos de su corazon. Para entrar á la capilla se quita uno el calzado, besa la piedra del Angel y se inclina al entrar por una puerta angosta y baja, al lugar del Sepulcro. Este sagrado monumento está abierto en la roca viva, de oriente á occidente y da vista al sur: sobre él hay un altar de mármol igual de grande y con la misma formade una caja ó ataúd, que contenga el cuerpo de un hombre. Sobre el altar y cubriendo el Sepulcro, hay una gran losa de mármol que sirve de mesa al altar, y es la misma conque cubrieron el Sepulcro, cuando depositaron en él, el sagrado cuerpo del Redentor.

Esta losa está rota al traves, pero la hendidura no pasa al lado opuesto, aunque por encima se ve partida. La historia de este su-

ceso es la siguiente : Hace muchos siglos que un califa fué á Jerusalem, y habiéndole gustado mucho aquella piedra, mandó que la llevasen á su palacio de Constantinopla ; pero uno de los religiosos que guardaban el santo Sepulcro, tuvo la feliz ocurrencia de tomar un martillo y al silencio de la noche rompió la piedra, dejándola inútil para el gusto del califa ; mas no, para el objeto á que ha estado siempre destinada.

Cerca del templete al occidente, hay varios sepulcros, y entre ellos uno hermoso y bien conservado, abierto en la roca viva, que hizo construir José de arimatea, despues que cedió el suyo para sepultar al Señor. Dos sepulcros edificó para sí aquel santo varon, y ninguno sirvió á su cuerpo ; porque segun la tradicion, él se fué con Lázaro y sus hermanas Marta y María á Europa, donde murió, y creo que no hay memoria del lugar que guarda las cenizas de aquel grande hombre.

Al norte está indicado con una losa de mármol el lugar donde el Señor resucitado apareció á la Magdalena ; y hay allí un altar consagrado al culto de aquella pecadora

arrepentida, á quien el amor á Jesucristo hizo tan feliz, que el mismo Señor prometió á su nombre una celebridad eterna diciendo: que el nombre de María Magdalena sería conocido con gloria y con honor, donde quiera que fuera predicado en el mundo, el Evangelio de Jesus.

Mas adelante está guardada por una reja de hierro la columna en que azotaron al Redentor, y al lado una capilla con su hermoso altar, en donde el Hijo resucitado se presentó á su aflijida Madre.

Al oriente del santo Sepulcro se baja por una escala ancha que tendrá 30 gradas, á una capilla subterránea de forma circular, donde está el altar del buen ladron: allí hacia santa Elena oracion á Dios para que le reparase la santa Cruz; cuando habiendo ahondado hasta tal profundidad, no encontraba vestijios de ella. De aquel punto se baja por catorce escalones mas, á una sala circular cuya bóveda está formada por el peñasco. En aquel sitio encontró la gran princesa la Cruz que con tanto anhelo buscaba, como el tesoro mas precioso y amado de su corazon. Como memoria de aquel suceso tan

glorioso en la historia de la Iglesia, colocaron en aquel sitio una estatua de mármol, que representa á la famosa emperatriz y una cruz al lado. Hay en la santa basílica otros sepulcros memorables y entre ellos el del gran Godofredo, jefe de las primeras cruzadas, y primer rey de Jerusalem.

Yo prometí volver con mis lectores al huerto de Jetsemaní; porque quiero que ellos participen conmigo de los espectáculos que contemplé, y de las impresiones que sentí en aquel sagrado lugar, que guarda los recuerdos mas terribles, sin duda, del drama sangriento de la Redencion.

Junto á la iglesia que encierra el sepulcro de la santísima Virgen, de que ya he hablado, está la gruta de *la agonía* á la cual se baja por una escalera de pocas gradas : es clara y tiene un bellissimo altar en que se dice misa con mucha frecuencia, y que es propiedad de los católicos. Hay un cuadro admirable y conmovedor, que representa muy á lo vivo el desmayo del Redentor y el Angel que lo conforta. Al lado está el huerto, que consiste en altas paredes blanqueadas, encerrando un jardin en cuyo centro hay ocho olivos

elevados y gruesos : son sin duda, los renuevos de los olivos bajo cuya sombra oró el Redentor ; que oyeron sus gemidos y fueron testigos de sus mortales agonias. A este jardín, de 25 á 30 varas de longitud sobre la mitad de latitud, se entra por una puerta que está en uno de sus ángulos á la parte del sur. Aquella puerta está siempre cerrada y al golpear en ella la abre un religioso que cuida durante el dia, aquel sagrado sitio. Allí cerca, pero fuera de las paredes, está señalado el punto donde Judas entregó con beso sacrílego á su divino Maestro.

Por dentro colgadas de la pared están las viacrucis, y delante de ellas hice las estaciones.

Es preciso que nos detengamos á meditar seriamente en esta escena de la oracion de Jesus en el huerto, la mas terrible y dolorosa de la pasion; porque ella es como un compendio de los infinitos dolores y sufrimientos que llenaron de penas y de amargura la vida del Mesias. Es en esta oracion que Jesus acepta el sublime encargo de Redentor del mundo, y se hace responsable de los pecados de los hombres : es en ella que ofrece á

su eterno Padre, los tormentos de su martirio y el sacrificio de su vida por el rescate del hombre; y apura hasta el fondo el cáliz de la muerte : en ella es que se celebra el gran juicio de la humanidad, y el Redentor hace la defensa de la causa del hombre en el tribunal de la eterna justicia; es en ella, en fin, que se firma el testamento de reconciliacion y de paz, entre el cielo y la tierra; y se pronuncia para el género humano una sentencia de misericordia y de perdon, que poco despues debe promulgarse á la faz del universo, desde la cátedra sangrienta de la Cruz, en las alturas del Calvario.

La creacion á vuelta á entrar por algunos momentos en el silencio de la nada : la noche está serena, lúgubre y pavorosa ; ni las fuentes murmullan, ni silva el viento, ni soplan las brisas, ni las aves nocturnas exhalan sus quejas dolorosas ; ni se oye palpar el gran corazon de la humanidad, que duerme profundamente un sueño sensual, embriagada por sus pasiones y deleites, al pié de los altares de sus ídolos. Parece que la muerte ha estendido su negro manto desde el uno al otro confin del universo, para ahogar con él, todo

aliento de vida, que pudiera interrumpir la oracion del Redendor.

El cielo ha suspendido sus conciertos de alegría y de amor, y la última melodía de sus cánticos, se ha estinguido en el silencio de la eternidad: los Anjeles han depuesto sus instrumentos al pié del trono del Altísimo, como los Israelitas cautivos en Babilonia, suspendian de los sauces sus harpas destempladas, en testimonio de su dolor.

Los moradores del infierno están sobrecojidos de terror y de espanto; y, agrupados en tumulto, pero ahogando en sus gargantas los gemidos de sus eternas penas, escuchan en silencio, junto al cerrojo de su maldita puerta sellada por la mano de Dios. Un ruido solamente altera este silencio profundo y universal; el ronco murmullo del torrente cedron, como para imprimir un caracter de solemnidad estraña á esta escena de espanto y de horror.

A la vaga claridad de algunas estrellas y por entre las sombras de la noche, que cuelgan como velos fúnebres de aquel bosque sagrado, yo miro al Mesias, contemplo al Redendor postrado en tierra; solo, abandonado de Dios

y de los hombres, sumergido en un mar de congojas y de afliccion, y agitándose dolorosamente con la presencia de una muerte atroz. Todos los horrores del universo rodean en este momento su sacrosanta humanidad : el cielo con su justicia implacable, el mundo con su monstruosa ingratitud y el infierno con sus eternos dolores : *Dolores inferni*. Sus ojos marchitos bajo su frente oscurecida por la sombra de todas las tristezas : *tristis est*; echan en derredor de sí, lánguidas miradas, buscando algun consuelo y no lo hallan : *Consolantem me cuesivit et non invenit*. Abrumado por el peso de todos los pecados y las miserias de la humanidad, cae y se levanta; vuelve á caer y á levantarse alternativamente : no parece hombre sino un gusanillo de la tierra, que se retuerce entre el polvo inflamado por la accion abrasadora del sol : *ego sum vermis, et non homo*.

Todos los sufrimientos fisicos y morales pesan en este instante sobre su Santo Corazon; porque todo lo ve, lo oye y lo siente á la luz de la meditacion.

Sí : perdurable será en mi alma la memoria de las tardes que pasé sentado á la som-

bra de los olivos del huerto. Una leve brisa soplabá del oriente, y, agitando las ramas de aquellos árboles sagrados, suspiraba con melancólica ternura, como imitando los gemidos de la oracion de Jesus. Dibujadas tengo en mi mente y en mi corazon las diversas flores, hermosas y perfumadas, sí; pero llenas de dulce y encantadora tristeza, que crecen y se abren en aquella tierra bendita, bañada con el sudor de sange del Retendor.

Desde aquel sagrado lugar contemplaba yo el sol escondiéndose lentoy sin rayos, por entre los sáuces de las colinas de Sion; dejando sombras sobre Jerusalem, que parecia una viuda inconsolable, cubierta con su manto de luto llorando su dolor, y postrada en su soledad al pié del monte Calvario.

Jamás se borrarán de mi memoria y de mi corazon los recuerdos y las impresiones de un espectáculo de majestad sublime, que contemplé en Jerusalem, solo y en el silencio de la noche.

Era el amanecer del dia 23 de marzo, viernes de dolores, y yo me preparaba para celebrar: ¡qué pensamiento! decir la misa de los dolores de la Virgen en su mismo dia,

en el monte Calvario y en el lugar que ocupaba la afligida Madre, presenciando el martirio de su divino Hijo, es una poesia de dolor y de amor sublimes, que no pertenece á este mundo, y que solo podran ensayar su canto, los Angeles en el cielo.

El hombre solo puede repetir las palabras con que la dolorosa Madre espresaba sus penas, y esas palabras dan una idea aunque imperfecta de sus congojas. ¡ Oh vosotros todos los que pasais por el camino, atended y ved, si hay dolor que pueda compararse con mi dolor ! »

A las tres de la mañana yo estaba en pié esperando á que abrieran la puerta del convento; y entre tanto subí á una azotea que dominaba a Jerusalem y sus cercanías, y daba una vista estensa y completa al oriente, al norte y al sur. Era la noche serena, el cielo estaba claro, y reinaba un silencio aterrador y profundo.

Unas nieblas blancas como armiño y lentamente impelidas por las brisas de la noche, flotaban de las montañas de Engadi hácia Belen, como navecillas que el oriente mandaba cargadas de perfumes para ofrecer

en el pesebre de Jesus. Algunos momentos despues, aparecieron multitud de nuvecillas de variados colores, formando en el azul del cielo filas, como de figuras humanas; parecia que eran los Angeles que se asomaban en el cielo para adorar, mientras que los hombres dormian, el sepulcro del Redentor.

Al mismo tiempo comenzaba á reverberar la aurora como un incendio lejano en el oriente; bañaba con un resplandor confuso las montañas del Jordan; y, enviando rayos por encima del monte olivete, doraba con sus reflejos los fúnebres cipreses del monte Sion. En el fondo de aquel magnífico cuadro brillaba la estrella de la mañana, como un cirio suspendido en medio del templo de la creacion, para alumbrar en el silencio de la noche, la Cruz que se elevaba enlutada y solitaria, sobre la cumbre del Calvario.

Entre tanto Jerusalem dormia en el silencio de sus ruinas; y sus torres, sus minaretes, y sus mezquitas, parecian espectros colocados por la mano de Dios entre las sombras, para que no dejasen levantar jamás de su dolorosa postracion, la ciudad desventurada.

Al frente y muy cerca de mí veía el monte olivete, y á mi derecha el valle de Josafat. Pensaba ver el Mesías descendiendo del cielo, rodeado de gloria y magestad, sobre aquel monte para juzgar al mundo ; y que la humanidad sorprendida en el sueño de la tumba por el sonido de la trompeta final, se congregaba en aquel valle para oír su sentencia. Sí ; todo lo ví y lo sentí, parte en realidad y parte en imágen ; el Calvario y el monte olivete ; el lugar de la redencion y el del juicio ; el eco de la trompeta, la resurreccion de los muertos, su reunion en el valle, la procesion del cielo y la magestad indescriptible del supremo juez. La meditacion de aquel cuadro en medio de la soledad, del silencio y de las tinieblas ; y los silvidos lamentables del viento, que parecia imitar los gemidos de dolor de los réprobos en su desesperacion eterna, penetraron todo mi cuerpo con el yelo de la muerte, y se erizaron mis cabellos.

Ya estaba cerca el dia y á su luz desperataba la naturaleza de su profundo sueño : los gallos cantaban, arrullaban las palomas, las tórtolas gemian en los prados vecinos, los

pájaros dejaban oír por todas partes sus variados cantos, y la campana del santo Sepulcro llamaba con lentos y entrañables sonidos á los peregrinos, á congregarse en el Calvario á la oracion.

Solamente el huerto de Jetsemaní era indiferente á las alegrías de la mañana: defendido de la luz de la aurora por el monte olivete, estaba sumido en el silencio y en la soledad; y rechazando los espectáculos de gozo del mundo, parece que queria permanecer para siempre envuelto en las sombras de su eterna tristeza.

Unos instantes mas y el espectáculo habia cambiado enteramente. Nieblas oscuras impedían ver el azul del cielo, y giraban en diferentes direcciones por el horizonte. Una nube negra como una cortina de luto, se habia estendido en el lugar de la aurora. Era que se acercaba el viernes santo, y el sol no se atrevia á salir y dejarse ver en el mundo, por temor de perder su luz á vista del Calvario.

La puerta del convento se abrió é inmediatamente me dirigí á la iglesia del santo Sepulcro, que aun estaba cerrada, y diez ó

doce personas esperaban allí sentadas. A pocos momentos un religioso abrió la puerta por dentro y entramos ; pero como no estaba bien de día y la iglesia es de suyo muy oscura, me encontré en tinieblas y solo ; porque no supe á donde se fueron, ni el padre ni los que entraron conmigo. Avancé paso á paso y me postré ante la piedra de la unción para besarla ; y, despues de haber orado brevemente, me levanté para ir á hacer lo mismo en el santo Sepulcro.

¿Cómo seguir adelante si no veía nada, ni era práctico de la iglesia ? Encontré una columna y me recosté á ella, cuando ví á distancia de algunos pasos una claridad vaga é incierta, que se dilataba en el suelo, como el resplandor de una antorcha moribunda. Busqué la causa de aquella luz, y ví que era una lámpara suspendida en el aire, y cuyo aceite agotado ya, apenas permitía un reflejo deficiente, que se apagaba y reaparecía de cuando en cuando, para volver á perderse en la oscuridad.

Aquella luz pálida y solitaria que se esforzaba por alumbrar en medio de una atmósfera tenebrosa, se parecía á la vela que

acompaña á un muerto abandonado en la oscuridad de un pantéon. Sí: era un pantéon y habia en él una tumba; no habia cadáver, porque se habia levantado de ella, resucitado por su propia virtud. Aquella lámpara era la única que se veia desde el punto que yo ocupaba, de las muchas que arden junto al sepulcro del Redentor.

Me dirigí poco á poco y poseído por un pavor misterioso y secreto, hácia la luz que me servia de guia, cuando oí por todas partes y sin ver á nadie, suspiros y sollozos que daban miedo y enternecian al mismo tiempo mi corazon. Era multitud de personas que gemian y lloraban junto á la sepultura de Jesus. Mi corazon se conmovió con aquellos ejemplos, y yo me postré é hice lo mismo.

Después de un cuarto de hora la iglesia estaba clara, y comenzamos á entrar al templete ó capilla para adorar el santo Sepulcro y besar su bendita losa. Yo me apresuré á ser de los primeros para salir á observar lo que pasaba; pero cuanta dificultad por la estrechez del sitio, y mas aun, por la muchedumbre y fervor de los peregrinos.

Yo ví muchas personas que lloraban, porque no podían entrar pronto y adorar el santísimo Sepulcro; y pensé que el Señor aceptaba aquellos deseos y miraba desde el cielo, con compasión y con amor aquellas lágrimas.

No pude olvidar á vista del santo Sepulcro la imagen de una colmena por cuya estrecha puerta se cruzan constantemente dos hileras de abejas, una que entra y otra que sale. Las abejas recojen en el campo el jugo de las flores y la resina de los árboles; y estos materiales insípidos ó amargos, los convierten en la colmena en dulcísimos panales. Así también los cristianos van al santo Sepulcro cargados con los pesares y tormentos que recogen en el mundo; y aquellas amarguras se convierten sobre la lápida sagrada, en no sé qué suavidad, que participa de las inefables dulzuras de la vida eterna. Después de mi breve oración en el santo Sepulcro, pasé á besar la columna en que azotaron al Señor, y me puse de rodillas en la capilla de la Virgen dolorosa con ánimo de hacer media hora de meditación, antes de celebrar la santa misa: pero confieso que

los dolores de María no entraron para nada en mi oracion mental ; porque otros pensamientos vinieron de improviso á ocupar mi mente y mi corazon. ¿A donde voy ? ¿Qué voy á hacer ? Hé aquí los dos puntos de mi meditacion.

Hay un monte sagrado entre todos los montes del mundo : mas célebre que el líbano y el carmelo ; mas famoso que los montes de gelboé y de ascalon ; mas venerable que oreb y el sinaí ; y mas sagrado, en fin, que la colina del tavor y la santa montaña de Sion. Es verdad que aquellas montañas vieron la majestad del Dios de Jacob, ó temblaron bajo los pasos de Jehova, ó escucharon el trueno de su voz, ó recibieron lo sangre de los guerreros de su pueblo, ó resonaron con el igno de sus victorias, ó resplandecieron con la gloria del Mesias, ó escucharon las melodias producidas por el harpa de sus profetas. Empero, ninguno fué testigo como el monte Calvario del abatimiento y las humillaciones del Hombre Dios ; ninguno como él, escuchó los gemidos y los dolores de Jesus ; ninguno presenció sus mortales agonías, ni sintió su roca bañada

con la sangre divina del Redentor. En los decretos del eterno estaba ordenado, que la vida del hombre dependiese de la muerte de su Criador; y por eso fué para la humanidad, como un cántico de alegría y de felicidad, el último gemido de su Dios. Al bajar al sepulcro el sacrosanto Cuerpo de Jesus, el género humano resucitó de los abismos de la muerte eterna, en que lo habia sepultado la maldicion de Dios. El Calvario fué testigo de estas escenas en que se disputaban la palma, la justicia y la caridad eternas; y en que á pesar de los infinitos dolores del Redentor, triunfaron los excesos de su misericordia y de su amor.

A este santo monte iba yo á subir para ofrecer el sacrificio de la misma víctima, y en el mismo altar: sí, yo iba á derramar de nuevo sobre aquella roca sagrada la sangre adorable del Cordero de Dios que salvó al mundo. Yo sabia que el Redentor moribundo sobre la Cruz, pidió á su eterno Padre el perdon de sus enemigos, y pensé que yo agradaria al Señor olvidándome de mí mismo; y ofricí el santo sacrificio por mis parientes y amigos; pero muy principalmente por mis enemigos, por

los enemigos de la iglesia, por los enemigos de Dios.

Despues de decir la santa misa y hacer una breve oracion, en accion de gracias, en el mismo altar donde habia tenido la dicha de celebrar, salí al convento á tomar un café negro; porque era tiempo de aguno, y volví inmediatamente á asistir á los oficios solemnes. Celebró la misa cantada un religioso anciano de barba blanca, antiguo misionero, y diaconaron otros dos religiosos de tierra santa. A poca distancia del altar y en el mismo Calvario, un religioso dirijia el canto de un coro de niños muy bien ensayado para todas aquellas funciones, y el órgano estaba distante. Cuando celebré misa sentí profundas emociones; pero confieso que mis ojos no dieron paso al llanto de mi corazon. Mas, al oir entonar el igno *Stabat justa crucem Mater ejus dolorosa* estaba junto á la cruz su madre llena de dolor; y respondió el órgano con unos acentos de tristeza, que parecian los gemidos lejanos de un corazon atribulado; entonces sí, lloré; lloré mucho; dulces lágrimas de compasion y de ternura, que consagré á los dolores de María, que hubiera querido enjugar

en su maternal y amoroso manto ; y le rogué que no las olvidara en las aflicciones de mi muerte; y que me diera un consuelo de madre, en cambio de aquellas lágrimas de mi filial amor.

El domingo de ramos me levanté muy temprano y dije misa en el altar de santa María Magdalena; y salí á tomar el desayuno para volver á los oficios de aquel memorable dia. Bendijo las palmas el patriarca y pontificó en medio de un gran concurso en que estaban presentes todas las naciones del mundo, representadas por algun individuo. Despues de la bendicion solemne se hizo la mas augusta y tierna procesion con los ramos en torno de la capilla; y se pusieron todas las palmas sobre el santo Sepulcro donde permanecieron durante la funcion.

No es posible comunicar las impresiones que se experimentan al oir cantar la pasion junto al Calvario y el Sepulcro ; es decir, en los mismos lugares donde se verificaron las escenas dolorosas de la muerte y sepultura del Redentor. Terminada la funcion, el patriarca repartió á los peregrinos los ramos; y yo recibí de su mano una palma que traje á mi país

con dificultad ; pero con interes y afecto, como un precioso y eterno recuerdo de aquella fiesta que no olvidaré jamas.

El lunes santo entré á ejercicios en el convento que está contiguo á la iglesia, para disponerme al cumplimiento del precepto anual de la confesion, y para decir misa en el santo Sepulcro. Dos dias de retiro tuve en aquel sitio donde pasé las dos noches en vela, y visitando los varios lugares sagrados que en cierra aquel templo.

Al amanecer el martes santo dije la misa de resurreccion; porque el santo Sepulcro tiene ese privilegio, que en cualquier dia que se celebra en él, la misa es la del domingo de Pascua ; Que impresion tan profunda siente el alma, al pronunciar las primeras palabras del *introito* ! *Resucitó como lo habia dicho*. Le parece al celebrante que siente mover la losa que le sirve de altar; y que ve los resplandores de Jesuscristo, que se levanta glorioso del sepulcro.

El miércoles se dió principio á las funciones con la misa solemne por la mañana y con las tinieblas, que se cantaron ántes de anocheecer.

Cuando el patriarca ocupó una silla forrada de terciopelo negro, revestido de alba, capa y mitra; pero sin sόlio que no lo hay en la iglesia, todo el clero del pais y el extranjero y los innumerables peregrinos de todas las naciones, se colocaron en derredor del venerable pontifice. Despues de haber cantado los salmos del primer nocturno, hubo unos momentos de suspension en que no se oía mas ruido que el canto de las golondrinas, que revoloteaban bajo la cúpula; no se veían mas que semblantes meditabundos, que daban bien á conocer la tristeza que enlutaba interiormente los espíritus.

Un religioso español de admirable voz, pero ciego; porque habia perdido completamente la vista en la persecucion que sufrieron los frailes en España, rompió el silencio entonando las lamentaciones de Jeremias, con una voz tan melancólica, que produjo un estremecimiento unánime en aquella concurrencia silenciosa. Aquel padre, á quien la carencia absoluta de la luz hacia concebir las ideas mas tristes y recoger en su corazon los sentimientos mas lúgubres, arrancaba á su pecho acentos tan dolorosos, que verdadera-

mente parecia la voz del profeta que, atravesaba la noche eterna de los siglos; y, resonando por entre las tumbas de mil y mil generaciones, venia á espirar con agonía en los oídos de Jerusalem desgraciada, y de la humanidad afligida al pié del Calvario.

Ciertamente que no es posible dar idea de las impresiones recibidas al oír la voz de aquel padre, confesor de Cristo; cantando las lamentaciones de Jeremías en medio de Jerusalem desolada, entre el Sepulcro y el Calvario, en la semana santa y no lejos de la cueva en que el profeta cantaba con sentidas quejas, los tormentos de Jesucristo y las desgracias de Jerusalem.

El jueves santo pertenece esclusivamente á los católicos; y se hace el depósito sirviendo de monumento el santo Sepulcro. En aquel día no funcionan allí las sectas, y yo ví muchas veces las fuerzas del sultan colocadas en la puerta del templo, con el fin no solo de mantener el órden, sino de dar proteccion á los católicos contra toda agresion, que pudieran hacer los otros individuos de diferentes religiones. Sí, yo fui testigo presencial de los hechos que refiero; yo ví du-

rante la semana y particularmente el jueves santo, ir el bajá de Jerusalem, al santo Sepulcro, para ver que no se inquietare á los católicos en el ejercicio de su culto. Confieso sin embargo, que me daba un pesar profundo ver aquella conducta de parte de los gobiernos despóticos y no católicos; y compararla con la de otros que se llaman republicanos, liberales, civilizados, progresistas y tolerantes. Sí, yo pensé que son mas libres y felices los que viven bajo el resplandor de la media luna, y con la cabeza inclinada bajo el cetro de la sublime puerta, que los que viven en medio de las farsas despreciables, que se llaman repúblicas.

El jueves por la tarde estando yo en la sacristia revistiéndome para asistir á la funcion del lavatorio, me llamó el maestro de ceremonias, de parte del patriarca, que estaba ya en la iglesia; fuí con prontitud, pero sin imaginarme el objeto de aquella órden: llegué y me colocó en medio de once sacerdotes que estaban ya preparados para representar á los Apóstoles, en aquella funcion la mas tierna sin duda de la pasion, por encerrar el mas sublime ejemplo de humildad, de amor,

y de fraternidad, que nos dejara el divino Maestro á sus discípulos en el mundo.

Nuevas impresiones de gratitud y de ternura para mí, que llegaba de las remotas regiones de América á representar el clero de mi país, en el Apostolado de Jerusalem. Concluida la funcion, el patriarca me dió una hermosa cruz que contenia muchas reliquias de la pasion; y lo mismo hizo con los otros, que eran todos sacerdotes de diferentes naciones, que habian ido, como yo, en peregrinacion á Jerusalem.

Aquella cruz recibida en el Calvario, retocada en el santo Sepulcro, llena de reliquias de los santos lugares y traída por mi mismo de Jerusalem; es un objeto muy caro é interesante á mi corazon : ella me acompañará todos los dias de mi vida; en ella fijarán mis ojos moribundos sus últimas miradas; recogerá el postrer surpiro de mi corazon; descansará sobre mi pecho despues de mi muerte, y bajará conmigo al sepulcro para custodiar mis cenizas y reanimarlas, cuando resuene la voz de Dios, en el último gran dia de la resurreccion.

Despues hubo el canto de tinieblas como

el día anterior, y la función terminó á las siete de la noche; hora en que todos los asistentes nos retiramos, quedando los religiosos solamente encargados de la custodia y adoración del santísimo Sacramento, á puerta cerrada.

El viernes se colocó al frente del Sepulcro el altar portatil donde celebró el patriarca, y se hizo la procesion solemne con la sagrada Ostia, para poner fin á los oficios de la mañana.

Apenas puedo dar una idea muy imperfecta, de las sensaciones experimentadas por mi alma, durante la semana santa en Jerusalem. El pensamiento de que está uno en la ciudad santa, sobre el monte Calvario, entre el suplicio y la sepultura del Redentor, en los mismos días y lugares de su pasión: el aspecto ruinoso del templo y sus galerías oscuras: el ruido lejano y confuso de los tambores de los soldados otomanos, que se relevan en guardia, y que parece que vienen con Jesús por la calle de la Amargura: los arrullos de las palomas, que anidan en el lecho: la voz de los cantores repitiendo los lamentos de los profetas, y el órgano exhalando acentos de do-

lor y de agonía ; los vestidos estraños y tantas caras diferentes; pero todas silenciosas y tristes y los sollosos y gemidos que se oyen por todas partes. Sí, todo se reúne para formar un concierto doloroso de indefinibles y misteriosas armonías.

Por la tarde se cantó el oficio de tineblas como los dias anteriores, y ya entrada la noche se dió principio á la procesion mas imponente, solemne y aterradora que pueda imaginarse. El *via crucis* para llevar al Señor al monte Calvario y levantarlo en la Cruz; enseguida la ceremonia del descendimiento y conduccion del sagrado Cuerpo al lugar de la uncion, y pasar de allí á encerrarlo en la sepultura.

El patriarca dirigía la procesion y rezaba las estaciones, y el coro respondia con melodias lúgubres. Todo el clero formado en dos filas llevaba antorchas encendidas, y seguía el inmenso concurso en profundo silencio. Al frente iba un religioso vestido de luto que conducia en alto un gran crucifijo, cuyo aspecto inspiraba compasion y terror.

Comenzó la procesion en la capilla donde el Señor opareció á su santa Madre, ya resu-

citado ; y allí tuvo lugar el primer sermón en italiano , de los siete que se predicaron en diferentes lenguas aquella noche. En seguida predicó en griego un misionero, en la capilla donde los verdugos echaron suertes sobre la túnica del Redentor. El texto fueron estas palabras del profeta real : « *Se dividieron mis vestiduras y sobre mi túnica echaron suertes.* » Yo no se griego ; pero por el texto latino, por las citas que hizo durante el discurso y por las emociones, que se notaban en los griegos, tanto católicos como cismáticos, comprendí, que aquel intrépido y elocuente predicador de la verdad, dirigió su sermón á la iglesia griega cismática en presencia de mil y mil de sus sacerdotes y sectarios, que estaban presentes. Decía en latin que san Atanasio y san Juan Crisóstomo , padres griegos y grandes doctores, jamas pensaron en separarse de la iglesia romana, única iglesia católica y Apostólica que hay en el mundo, madre y maestra de todas las iglesias; y que por consiguiente, la iglesia griega cismática, era ese verdugo que sin piedad habia despedazado la vestidura y echado suerte sobre la túnica de Jesus. El tercer sermón se

predicó en la capilla donde Lonjino se retiró á llorar su pecado, cuando recibió la vista del cuerpo y del alma, por virtud de la sangre que saltó á sus ojos, al dar la lanzada en el costado del Señor. El cuarto en siriaco en la columna del improperio, donde sentaron al Señor, ántes de crucificarlo. El quinto en frances en el Calvario; el sexto en árabe en la piedra de la uncion, y el sétimo en el santo Sepulcro por un misionero, cura de san Juan, en lengua castellana. El sábado se celebraron los oficios de la mañana frente al santo Sepulcro; y el domingo fué preciso cantar la misa solemne de resurreccion en el mismo lugar; porque llovía y el agua penetraba por la cúpula destruida sobre el santo Sepulcro; pero el lunes de pascua comenzaron á trabajar los obreros puestos por los gobiernos frances y ruso, para reconstruir la cúpula y las partes deterioradas de aquel santísimo templo.

No pude separarme del Calvario sin hacer algunas reflexiones, que me inspiraron naturalmente la presencia de los sitios en que me hallaba; y que me parece oportuno escribirlas, por la tristeza de los tiempos en que vivi-

mos. Los ingratos enemigos de Jesucristo desafiaban al clero y á los católicos, para que desciendan de las altas rejiones de la teología al terreno de la razon y de la lógica, y en este campo los esperamos.

Esos desgraciados creen, ó no, en la divinidad de los libros proféticos; si creen en ellos y los aplican á Jesucristo, se encuentran á su pesar con el Mesias prometido por Dios á la humanidad para repararla en su caída, y esperado por todos los siglos y las naciones; y si no creen, se echan encima el ódio y el desprecio del único pueblo en quien pudieran encontrar apoyo en el mundo: el pueblo judío, que sostiene con un derecho incontestable, la verdad y autenticidad de las profecías. Tenemos, pues, á los ingratos enemigos de Jesus, aislados; ó, mejor dicho, luchando en vergonzosa derrota con la historia y la humanidad.

Yo he visitado algunos lugares, que se dice ser los sepulcros de varios hombres de esos que el mundo llama grandes; y he visto en ellos multitud de viajeros paseando, riendo y conversando para divertir la curiosidad; y los he visto separarse frios é indiferentes,

sin hacer una reverencia siquiera, ni dejar un suspiro, ni una lágrima.

Ahorabien: hace 19 siglos que un judío nació en una cueva en Belen de Judá, como lo habian anunciado los profetas: Su madre y el varon que se reputaba su padre, por la grande virtud y humildad de su vida, eran oscuros y desconocidos para el mundo, que no tiene ojos mas que para ver la riqueza, las vanidades y la soberbia. Creció en la mas grande pobreza, y pasó su vida en medió de las contradicciones del mundo, y acabó por morir en un suplicio afrentoso.

He conocido tambien el sepulcro de aquel Hombre, y he visto en él individuos de todas las naciones; pero no conversaban ni reían, ni paseaban como simples curiosos: se prostaban de rodillas, y besaban la tierra y bañaban con sus lágrimas la losa de aquel Sepulcro. Es verdad que no se dirijian la palabra los unos á los otros; pero todos estaban animados por un mismo deseo, y poseidos de un solo pensamiento de fe y de amor: parecian hermanos venidos de diferentes partes en un mismo dia, para recibir la última benedicion de su padre moribundo, y llorar despues reunidos, junto al féretro de su muerte.

Sí; yo he visto la humanidad peregrina, tocando con su baston en aquel Sepulcro para pedirle consuelos y esperanzas; y depositar en él los profundos gemidos de su grande y lacerado carazon.

De todos los hombres, que han llenado el mundo con su fama, la inmensa mayoría del género humano ignora la historia, no sabe el dia ni el lugar de su muerte, y ni siquiera conoce sus nombres; pero, ¿quién es el que no sabe la historia de Jesucristo, ignora el sitio y el dia de su muerte, y no conoce su nombre para invocarlo con fé y con amor?

Si buscamos los retratos de los grandes hombres los encontramos tan solo en los palacios y en los museos de los ricos y poderosos; pero si buscamos la imágen de Jesucristo, sin faltar en aquellos lugares, la encontramos tambien en la cabaña del pobre, en la choza del indigente, junto á la estera del mendigo y en el lecho del moribundo; porque Jesus es el único confidente de las penas secretas del corazon; el único testigo del llanto que vierte la desgracia en el abandono del mundo, y en el silencio de su infortunio y de su dolor.

No es extraño el ver millares de viajeros en Paris, en Florencia, en Nápoles y en Roma; porque en aquellas ciudades hay comercio, monumentos, museos, palacios, jardines, bibliotecas, ciencias, artes, teatros y placeres; pero Jerusalem, que carece de todo esto y tiene en su lugar, no muy buen clima y escasos y malos alimentos; Jerusalem, ¿qué tiene de atractivos, de secreto encanto, de mágico prestigio, para atraer hacia sí las naciones y hacerlas postrarse reverentes y mudas sobre sus colinas tristes y solitarias?

Junto á las frias losas que guardan el polvo de los grandes del mundo, ningun hombre se ha convertido de malo en bueno, de soberbio en humilde, y de adorador del mundo, en discípulo de Jesus. Este secreto poder está reservado al Sepulcro del Redentor, cuya sagrada lápida tiene la maravillosa virtud de transformar los corazones y hacerlos renunciar los placeres y las vanidades, para aceptar gustosos la abnegacion de sí mismos y el sacrificio de la Cruz.

Yo conocí en Jerusalem muchos individuos de diferentes sectas, que junto al Sepul-

cro habian renunciado sus creencias para abrazar el cristianismo y hacerse católicos. Arabes, griegos, armenios, maronitas, caldeos, sirios y hasta dos judíos. Traté tambien á tres protestantes, uno sacerdote y dos seglares, que se convirtieron en un viage á Jerusalem; y desde entonces van cada año en peregrinacion á los santos lugares. Los padres me aseguraron que no hay año en que no se verifiquen conversiones en Jerusalem, despues de haber visitado el Calvario y el Sepulcro; porqué no tienen el mismo poder é influencia sobre los corazones las tumbas de los grandes hombres? Esas tumbas, si es que puede averiguarse con certeza donde ecsisten, nada dicen al viajero, que se retira con la misma frialdad é indiferencia con que llegó á ellas; y cuando mas le inspiran un pensamiento sobre la miseria de las grandezas humanas, la brevedad de los dias del hombre y la necia vanidad de su vida.

Ojalá Jafa, la antigua Joep, pudiera hablar para que nos contara, en diez y nueve siglos, cuantas naves de todas las naciones han anclado en su puerto, entre el torbellino de las borrascas; llenas de santos, de sabios, de

monarcas, de literatos, de guerreros y tambien de pobres y desgraciados.

Todas aquellas gentes no iban seducidas por la ganancia de dinero, sino mas bien á gastarlo: no iban á buscar salud, sino la muerte en las costas de Egipto: no podian solicitar diversiones y placeres en aquellos países desolados donde reinan la aridez, la tristeza, la soledad y la muerte.

¿A dónde, pues, y á qué iban tantos millones de hombres congregados en Jafa, venidos de los cuatro polos del mundo y hablando todos los idiomas de la tierra? Iban á Jerusalem á postrarse de rodillas sobre el Calvario, y á derramar suspiros y lágrimas en el Sepulcro del Hombre Dios, su Redentor.

Yo quisiera que los ingratos enemigos de Jesucristo, conformándose á las reglas de la recta razon y de la sana lógica, esplicaran esa inmensa serie de hechos rigurosamente históricos, y que los esplicaran de un modo satisfactorio, prescindiendo de la dīvinidad de Jesucristo. Curioso sería entonces el resultado de sus estudios é investigaciones; porque abandonando el terreno de la mala fe, del sofisma y del absurdo, se encontrarian

con la verdad, y acabarían por confesar que la vida y la muerte de Jesucristo, son la vida y la muerte de un Dios; y el Calvario y el Sepulcro, los monumentos eternos que acreditan al mundo su divinidad.

¿ En dónde tendrá Renan el criterio ? ¿ Será que su entendimiento y su corazon no están sanos ? ¿ Será que pretende sobreponer su ciencia á la ciencia y conciencia del género humano ?

Pobre hombre, que solo ha encontrado tinieblas en el Calvario de donde irradia la luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo ; solo para él son amargas las aguas de la vida, que brotan en las fuentes del Salvador.

Si el juicio de Dios será terrible para todos los que desconocen á su Hijo, enviado al mundo para la salvacion de los hombres ; ¿ cómo será para Renan que ha hecho viajes á Jerusalem con el único fin de insultar á Jesucristo, de blasfemar su sagrado nombre y de burlarse de la divina Víctima en los mismos lugares de sus tormentos y de su muerte ?

Oré por este desgraciado en Jerusalem, y

oraré siempre por él y por los que le siguen, y ruego á mis lectores que hagan lo mismo, y que impidan á sus familias y á sus prójimos, en cuanto sea posible, la lectura del libro de Renan, titulado: *La vida de Jesus*.



PARTE V

BELEN

Belen. — San Juan. — El huerto de Salemon. — Betania. —
El Jordan.

Cuando una ciudad se distingue por haber nacido en ella algun hombre ilustre, los historiadores la ensalzan, la cantan los poetas y pregonan su gloria los oradores. Yo voy á visitar á Belem ciudad pequeña entre las de Judá; pero célebre y grande sobre todas las ciudades grandes y célebres del mundo; porque fué la cuna del Hijo de Dios, Redentor y salvador de los hombres.

Eran las tres de la tarde de un bello día, cuando salí de Jerusalem por la puerta de Jafa acompañado de dos peregrinos uno frances y otro aleman; de un religioso que nos conducía y de un turco que nos habia alquilado unos burros, que es la cabalgadura comun en oriente : el religioso y el turco iban á pié.

Nos dirijimos hácia el sudoeste para ir á Belen por los campos de Rafidin tan célebres en la sagrada Biblia, por haber sido el teatro de muchas batallas de Saul y de David con los filisteos.

Algunos olivos y cicómoros dispersos son el único follaje que da sombra á la paja, que crece entre las piedras de aquellas campiñas en otro tiempo tan fecundas, que manaban leche y miel, segun la espresion de la santa Escritura; y que hoy solo dan hambre y sed al viajero que las ve sin cultivo, áridas é infecundas bajo la maldicion de Dios.

El camino cubierto de piedra suelta atraviesa pequeñas colinas y ballesitos, sin encontrar cerros ni hondas simas. A poca distancia se ve un monumento que se dice ser el sepulcro de Raquel: yo le visité y no encontré nada particular, sino el tesoro de

recuerdos que encierra, que hacen latir de ternura el corazón. Allí es la famosa *ramma* tan dolorosamente cantada por el profeta Jeremías, que anticipadamente espresó el lamento de las madres por la muerte de sus tiernos hijos; pues en aquellas comarcas fué que hizo mas lamentables estragos de crueldad, la cuchilla de los verdugos de Herodes, en la degollacion de los inocentes.

Poco mas adelante está un grande y antiguo estanque seco, que se muestra como la cisterna llamada de Belen, cuyas aguas deseaba con ansia el rey David, cuando acampado con su ejército cerca de aquel sitio, para librar batalla contra los filisteos, en el ardor de la sed exclamó: «quien mediera á beber de las aguas de la sisterna que está en Belen!» Tres de sus valientes soldados que oyeron aquellas palabras, se marcharon con prontitud, y burlando la vijilancia del ejército enemigo, en cuyo campamento estaba la sisterna, cojieron las aguas y volvieron á presentarlas á su soberano. David admiró el heroismo y abnegacion de aquellos hombres; pero no quiso tomar el agua adquirida con tan inminente peligro de la vida de sus soldados,

y la derramó en el suelo haciendo un sacrificio á Dios.

¡ Felices los ejércitos que tienen jefes semejantes, y los pueblos que ponen sus destinos en las manos de reyes como David! Empero ¡ que diferencia entre David y los otros reyes de las naciones, los cuales, no con agua, sino con el sudor y la sangre de sus ejércitos y de sus pueblos, quieren saciar la sed devoradora de su ambicion!

Las cinco y media de la tarde eran, cuando al trasmontar una colina por entre arbustos y viñedos, y rodeada de unos vallecitos pintorescos y bien cultivados, se presentó á mis ojos Belen, cuya vista despertó en mi alma tantos recuerdos dulces y encantadores de mi infancia, con las costumbres inocentes y fraternales de mi pais en los tiempos de Navidad; con aquellos cánticos y músicas de alegría, con que los pueblos en masa saludan al niño Dios, y le dan la bienvenida en los alegres dias de noche buena.

El sol se escondia detras de una cordillera lejana y oscura para hundirse en las ondas del Mediterráneo, y sus últimos rayos reflejaban en el cristal de la iglesia de Belen, que

parecía la estrella de los magos suspendida en los aires, brillando sobre el pesebre del niño Dios. En medio de las prosperidades y de las desgracias que vengan á mi encuentro en los caminos de mi vida, siempre será una memoria consoladora la de aquella tarde que ví por la vez primera á Belen. Bendito dia que me dió su luz para ver la ciudad donde nació mi Redentor; el sol eterno de justicia y de misericordia, que comenzó á brillar sobre el mundo, para dissipar las tinieblas de la muerte, en que estaba envuelta la humanidad.

Los religiosos me recibieron en el convento con aquella hospitalidad que distingue á los padres de tierra santa, y me señalaron una sala para mi habitacion en los dias que permaneciera en aquel sacratísimo lugar. Era ya entrada la noche cuando yo rogué al padre superior, me hiciese la gracia de hacerme conducir al sitio del nacimiento ó sea á la cueva de Belen; porque me era imposible dormir sin haber visitado tan santo lugar, y rendido mis homenajes de adoracion y de gratitud al Dios; que por amor de los hombres escogió para nacer aquel pesebre.

El buen padre accedió sin dificultad á mi súplica, y el mismo me condujo á la cueva sagrada de Belen, que está en la iglesia construida por santa Elena, y rodeada de los conventos latino, armenio y griego. Aquel templo tiene cinco naves y está sostenido por columnas redondas de granito, en número de cuarenta poco mas ó ménos. De la iglesia se baja por una escalera á un subterráneo, que es la cueva donde nació el Señor; pues de la iglesia griega, rica y hermosa, que está á un lado de la iglesia latina, puede tambien descenderse á la misma gruta por una escalera mas ancha, cómoda y clara, que la primera. Es la cueva, un salon de doce ó catorce varas de largo, seis ó siete de ancho, y poco mas de tres de alto, formado por una roca. El pavimento en su mayor parte está enlosado de mármol, y el sitio preciso donde nació el Retendor, está indicado por una grande estrella de plata incrustada en una losa blanca, defendida por una reja de hierro; y sobre la cual están gravadas en latin estas palabras. *• Aquí Jesucristo nacio de la Virgen Maria. •* Con cuánto respeto y amor me puse de rodillas é incliné mi cabeza para besar aquella piedra sagrada !

¡ con cuánta fé puse sobre ella los rosarios y demas objetos que habia llevado de Jerusalem retocados ya, en los otros lugares santísimos ! A pocos pasos hay dos altares casi unidos entre sí, en donde la Virgen puso al niño en la cuna, donde recibió la adoracion de los pastores y de los reyes; y donde hay dos hermosos cuadros antiguos, que representan aquellas escenas de inefable ternura y amor. Yo tuve la dicha de decir misa en aquellos altares y besar todos los objetos que los adornan, sin escluir la roca que les sirve de pavellon. Hay muchas lámparas preciosas que arden siempre en mayor ó menor número, segun las solemnidades, y que han sido regaladas, como las del santo Sepulcro, por princesas y reinas que han visitado aquellos adorables sitios.

Yo no puedo ni mencionar siquiera las reflexiones, los pensamientos, las ideas y las impresiones que ecsitaron Belen y el pesebre en mi mente y en mi corazon. Los enemigos de la divinidad de Jesucristo, que no reconocen en Él mas que un simple hombre, ¿cómo explicarán este echo histórico? Los reyes, los conquistadores, los sabios y los grandes de la

tierra, vienen al mundo sin producir alarma en la sociedad; sin inquietar á nadie y sin que la humanidad se aperciba siquiera de que nacieron.

Y bien, Jesus nace de una madre oscura y despreciada del mundo, no en palacio, en lecho de plumas y bajo un pavellon de púrpura: nó, nace en una cueva, en medio de la mas grande indigencia, abandonado de los hombres y teniendo por cortejo un buey y un asno; y esto cuando el mundo habia llegado al apojeio de su poder y de su grandeza. Y el nacimiento de Jesus en estas deplorables condiciones, pone sin embargo, en movimiento el cielo y la tierra y alarma el universo. Los Angeles anuncian su nacimiento, como un suceso que dá gloria á Dios en las alturas del cielo, y trae la paz á los hombres sobre la tierra: los pastores de aquellas comarcas, abandonan sus cabañas y sus ganados, y van á ver con religiosa admiracion al recién nacido en su gruta: un nuevo astro brilla en el firmamento, y á su resplandor los reyes vienen de lejanas regiones á presentar sus homenajes de respeto y adoracion á aquel Niño admirable, y á ofrecerle dones misteriosos que indicaban

su triple carácter de Dios, de hombre y de rey. Aun todavía mas, el rey Herodes se llena de alarma, y cuando ve burladas sus esperanzas de descubrir el Niño, decreta el infanticidio mas cruel é inhumano, y hace degollar todos los niños nacidos en aquellos dias en Belen y sus contornos : los sabios y los doctores de Jerusalem se reunen á estudiar en los libros proféticos, para buscar en ellos algo que pudiera explicarles aquel fenómeno tan extraordinario; el nombre de Jesus resuena poco despues en los oidos de los césares en el capitolio; y los emperadores quieren colocarlo en el rango de sus dioses.

¿ Se ve algo semejante á esto en los anales del mundo ; ó refieren las historias sucesos parecidos en el nacimiento de los grandes hombres ? No. Pues es preciso concluir entónces, que Jesucristo no era un puro hombre, y que en su sagrada persona reunia la naturaleza divina á la naturaleza humana.

Contigua á la gruta de Belen hay una galeria subterránea en forma de catacumba, que contiene monumentos y recuerdos que escitan en el alma sentimientos de piedad y de admiracion cristiana. Un altar en el sitio

donde el Angel le reveló á san José la voluntad de Dios, de que partiese de aquel sitio con el Niño y la Madre, y se dirigiese á la tierra de Egipto : á pocos pasos el altar llamado de los inocentes, por estar allí reunidas, segun la venerable tradicion, las cenizas de muchísimos inocentes mártires, que cayeron bajo la cuchilla de Herodes, elevando al cielo el aroma de su preciosa sangre, como flores que corta la hoz del segador, y al caer derraman en la tierra el néctar de su caliz, y esparcen por el aire la fragancia de sus perfumes.

Tuve la satisfaccion de decir misa en aquellos altares; pero sentí las mas profundas emociones de tristeza, de ternura y de horror. Las velas dilataban un resplandor dudoso por aquellos subterráneos, y alumbraban á media luz las paredes húmedas que sostenian aquellas bóvedas sepulcrales. Las voces de encima bajaban sordamente y por gradaciones, á anunciar en aquellos lugares de silencio y de paz, las crueldades y las injusticias del mundo. Parecíame que oía las quejas y los ayes de dolor de las madres, que batallaban por defender sus tiernos niños de las manos de los verdugos, que los arrancaban de su

pecho para degollarlos en su presencia.

Empero, que bellas y encantadoras se presentaban á mis ojos las imágenes de aquellos niños que veía desfilar tan risueños, llevando en copas de oro su sangre mezclada con las lágrimas de sus madres; y al llegar al Pesebre, decian con cánticos de inefable amor : Señor Dios, los Angeles, los reyes y los pastores han venido á presentar sus ofrendas al pié de tu primer altar; pero nosotros aun no conocemos el mundo, ni se han abierto nuestros ojos para ver sus riquezas y su lujo, ni han tocado sus flores nuestras manos. Aquí traemos como ofrenda la única prueba que podemos dar de nuestro amor á tí; y al decir esto rociaban con su sangre la cuna de Jesús. Parecíame que Jesus les respondia : amigos míos, compañeros míos, inocentes niños como yo : acepto vuestra sangre que el mundo ha hecho correr por odio á mí; pero las iniquidades del mundo son tantas y tan grandes, que vuestra sangre y la de los millones de mártires que vendrán despues, no las pueden lavar y es preciso que el mundo sea purificado y santificado con la sangre de Dios. Entre tanto, subid al cielo y sentaos junto al trono

destinado al Cordero ; porque sereis sus intimos cortesanos y reinareis con Él, participando eternamente de su felicidad y de su gloria. Un concierto de deleitable y embelesadora armonía se elevaba al cielo : era una misa que celebraban en la iglesia superior ; y el canto y el órgano oídos del subterráneo, me hacian pensar que eran los santos inocentes, que gozosos y triunfantes subian al trono del Cordero, dejando á Jesús reclinado en su lecho de pajas bajo la mirada de la Virgen María.

Continuando aquella galeria se encuentra un altar en donde estuvo sepultado, dicen unos que, Eusebio de Cesarea padre de san Jerónimo, y otros que un santo obispo de los primeros siglos, llamado Eusebio, y esta última será la opinion segura. En seguida están los sitios donde sepultaron los restos de santa Paula y santa Eustaquia nobilísimas matronas romanas, que con otras ilustres señoras de Roma, fueron á acabar su vida en Belen y precisamente junto al establo en qué nació el Señor.

Aquí tengo que detenerme un momento ante la sombra augusta de uno de los mas

grandes hombres y de los mas grandes santos, que el mundo admirará jamás. Es el gran doctor san Jerónimo, que se presenta á mi vista en su cueva labrada en la roca, donde vivió cuarenta años bajo los rigores de la mas severa penitencia. Está postrado de rodillas sobre la tabla desigual de un peñasco : tiene en su mano la piedra con que hiere su pecho al hacer sus actos de contricion : sus ojos de miradas penetrantes contemplan dolorosamente una calavera descarnada : es un esqueleto cubierto con la piel, y su cráneo desnudo blanquea, porque los pensamientos de la muerte hicieron caer el pelo de su cabeza. Sin embargo, tiene el oido atento al sonido de aquella trompeta final que le atormentaba sin cesar, y que le hacia preferir el infierno durante el juicio, á ver la majestad de Dios juzgando al mundo en el último dia de los tiempos. En su cabeza calva y blanquecina y en su alta y arrugada frente, se ven brillar el genio y la inteligencia, como el sol cuando corona la cresta nevada de una montaña.

De esta manera se presentó á mi imaginacion san Jerónimo en su gruta de Belen donde

tradujo la Vulgata, compuso tan admirables comentarios sobre la sagrada Escritura, refutó en inmortales obras á los herejes de su siglo, y escribió tan elocuentes cartas á muchas personas de rango y distincion.

Al fin de la ciudad por el oriente hay una cueva llamada de la *leche*, que dicen tomó este nombre del suceso siguiente: las antiguas historias de Belen guardadas y trasmitidas de generacion en generacion hasta hoy dicen que, á consecuencia de las crueldades de Herodes y de su empeño en descubrir el niño, á la Virgen se le escaseó la leche en sus virginales y purísimos pechos, y se retiró á esa cueva, como por medida de seguridad, y ahí le volvió la suficiente. Con tal motivo y movidas por la fe de esta tradicion, ocurren con frecuencia las madres que sufren aquella pena, á tomar tierra que deslien en agua pura, y aquella bebida les produce abundancia de leche para criar sin dificultad á sus niños. Esta cueva es una capilla de los católicos muy venerada y clara, y en las paredes que son de una peña floja, se ven las escavaciones que han hecho las mujeres tomando polvo para sus bebidas, cuya operacion le vi hacer á una mujer maronita.

Descendiendo de aquel sitio y caminando media hora se llega al valle de los pastores, donde hay una aldea que tiene ese nombre, por ser aquel el punto principal donde apacentaban sus rebaños, cuando nació el Señor; pero mas adelante se encuentra una caverna en que dormian cuando los Angeles les dieron el aviso celestial la noche de navidad: no recuerdo si son los griegos ó los armenios, los que tienen una capilla en ese sitio.

En aquella aldea, como en todas las de tierra santa, hay escuelas de niños que dirijen los religiosos, y la de los pastores estaba en aquellos dias encargada á un misionero italiano, alumno de la propaganda de la fe en Roma, que hacia once años habia partido de su patria para ir á ejercer su santo ministerio en los diversos puntos de Palestina. Yo tuve la fortuna de relacionarme pronto con aquel sacerdote, y comprendiendo su instruccion, comprendí tambien la utilidad que me resultaba de asociarlo á mi, para hacer con provecho mi correria por los contornos de Belen. Supliquéle me hiciera aquel favor, y él se prestó muy gustoso, contándome varias historias curiosas relativas á la vida y

costumbres de aquellos pueblos. Me dijo que no era posible desarraigar del corazon de aquellas pobres gentes ciertas preocupaciones, como esta: cuando muere un niño, al tercero dia van la madre y hermanas, si las tiene, á la sepultura, para hacer una plegaria de lamentos; la riegan con ramas de olivo y dejan á su lado una mesa ó barbacoa cubierta de flores, y en el centro una taza de leche; porque dicen que el alma del niño viene al silencio de la noche á buscar aquel sustento.

Con profunda y venerable atencion oía yo aquellas relaciones y sacaba de ellas la moralidad é instruccion. En todos los países del globo se encuentra en el seno de los pueblos, sean civilizados ó bárbaros, la fe en otra vida despues de la presente, y la esperanza de la inmortalidad. La conciencia del género humano rechaza la idea de la nada, y no ve en el sepulcro el término absoluto de la existencia, sino una renovacion de la vida. El cuerpo se, encierra y pulveriza en una estrecha sepultura; pero el espíritu es muy grande para caber en el sepulcro: tiene la conciencia de su inmortalidad y busca luz y espacios infinitos.

Una mañana muy temprano celebramos la santa misa en Belen y partimos hácia el occidente con direccion á las famosas vascas de Salomon. Un camino incierto por entre grandes piedras, y pasando antiguos acueductos, era la via que llevabamos en aquella peregrinacion, que yo deseaba tan vivamente hacer; porque iba á visitar unos lugares cuya historia, significacion y recuerdos, ensayarán en vano los poetas cantar dignamente al son de su lira. Ya el sabio rey Salomon habia pedido á los Angeles sus melodias para cantar con acentos celestiales aquellos sitios, que tanto figuran en el sagrado libro de los cánticos. Iba yo á conocer la fuente sellada y el huerto cerrado de Salomon. La *fuenta sellada* brota en la cima de una colina, en una caverna profunda á donde se entra por una puerta baja y estrecha, y se descende por una gradacion de 24 á 30 escalones: una bóveda de calicanto cubre y sombréa aquel pozo tan antiguo, misterioso y célebre en la santa Escritura. No brota de roca, sino que salta de la superficie de la tierra; y me parece difícil encontrar otro manantial, que en su mismo origen tenga tanta abundancia de

aguas. Aquellas son cristalinas, frescas y corren con dulcísimo murmullo por caños de ladrillo bien trabajados.

Aquella fuente era una figura ó alegoría de la inmaculada concepcion y de la virginidad perpétua de Maria Santísima, de cuya almabrotaban las gracias y las virtudes, como las aguas de una fuente; y de su seno purísimo salieron las aguas que dieron al mundo la salud, la gracia y la vida eterna.

Esas aguas de que yo bebí con tanto placer, corren de occidente á oriente y se derraman sucesivamente en las vascas, que así las llaman, ó estanques de Salomon: son tres que están contruidos en línea recta uno despues de otro. El menor recibe primero las aguas y las derrama en el segundo, de donde vierten en forma de cascada en el último que es el mayor. Aquellos grandes estanques son de forma cuadrada y tienen de 100 á 200 metros de largo, con una anchura y profundidad proporcionadas respectivamente.

Dicen que son del tiempo de Salomon y que Herodes y Pilato les hicieron reparos porque son el depósito de las aguas que desde

remota antigüedad han surtido á Belen y á Jerusalem.

Sí, aquellas aguas son las mismas que cantaban con dulce murmullo la pureza y las glorias de Maria ; pasaban por Belen para refrigerar la sed de la sacra Familia; iban á purificar las víctimas ofrecidas en sacrificios en el templo; llenaban la piscina probática en que el Señor curaba tantos paralíticos y enfermos, y se derramaban despues en el huerto de las olivas, para repetir con ronco fragor los gemidos y los dolores de Jesús en su amargüísima oración.

Parece que aquellas aguas acompañaban siempre á su criador y siguieron los pasos de su vida : en el seno materno, en su cuna, en el templo de su culto, en la acción de su misericordia y en las congojas precursoras de su muerte. Por ahí cerca hay un valle angosto y hondo, pero fertil y hermoso : este era el famoso huerto cerrado del sabio rey Salomon, donde solo él se recreaba con la belleza de sus plantas, con el verdor de su ramaje, con la frescura de su sombra, con la suavidad de sus brisas, con la delicia

de sus frutos y con el perfume de sus flores.

Jesucristo el verdadero Salomon, hizo de su santísima Madre como un huerto cerrado al demonio y al mundo, y donde solo él tenía entrada para ver toda la fecundidad de virtudes, de gracias, de santidad, de hermosura y perfumes de suavidad y de gloria, producidos en aquel admirable huerto, que el mismo Dios plantó y cultivó, para que diese para el mundo frutos de vida eterna. En el fondo de aquel valle serpenteaba un arroyuelo de puras aguas, que regaban varios arbustos adornados de flores, blancas como azucenas.

A medio día volvimos al convento de Belén, y después de comer nos marchamos á una ciudad que dista media hora, y que se llama Betyala, muy parecida á Belén, donde está el seminario conciliar del patriarca. Desde el terrado de aquel edificio estuve viendo los alrededores de Belén con sus colinas, sus ballecitos, sus cabañas pastoriles, algunos monumentos sepulcrales y sus antiguas cisternas. Todo, todo, era á mi vista dulce como la sonrisa de un niño; pero mas allá

la escena variaba y descubria por algunos lados, selvas sombrías que servian de base á oscuras cordilleras, que limitaban negros horizontes.

Belen tiene cerca de seis mil habitantes de los cuales el mayor número es de católicos, segun me lo dijo el misionero, su cura; pero es gente muy pobre y buena: hay un convento de monjas francesas é italianas, que se ocupan en enseñar las muchachas de aquellas pobres familias.

Visité á las monjas acompañado del cura y del misionero y nos recibieron con una cultura que sorprende en aquellos paises: nos hicieron preparar café exquisito que tomamos con agrado; y encomendándome á las oraciones de la comunidad, partí en compañía del misionero para la aldea de San Juan, dejando el cura en Belen.

Dos horas de camino, de Belen hácia el norte por unas rutas estrechas y penosas, bastan para trasportarse al lugar de la Visitation. Aquel pueblo es pequeño; pero católico exclusivamente. Hay en su magnífica Iglesia edificada en el punto que ocupaba la casa del profeta Zacarías, un bello altar le-

vantado en el sitio donde nació san Juan y consagrado al solemne culto de aquel hombre de quien Jesucristo dijo : que no solo era profeta, sino mas que profeta; porque entre los nacidos de mujer, no se levantó ninguno mayor que Juan Bautista. Cierto, que es el único hombre cuya grandeza ha ensalzado el mismo Dios, y de cuya gloria hizo Jesucristo grande elogio. Hay en aquel templo muchas bellezas artísticas de mármol, primorosos relieves y lienzos ó pinturas, todo con relacion á san Zacarías y santa Isabel, y al nacimiento y vida de su admirable hijo.

A un cuarto de legua está una capilla arruinada, que edificó santa Elena en el mismo lugar donde tuvo Maria Santísima la entrevista con su prima santa Isabel; la cual sintió saltar de gozo el hijo que llevaba en su vientre, á la presencia y á la voz de la Mujer bienaventurada, en cuyas entrañas habia encarnado el Hijo de Dios. ¡ Quien hubiera presenciado las escenas que pasaron entre aquellas dos señoras tan llenas de fé, de humildad y de amor de Dios; que llevaban respectivamente en sí, los dos hombres mas grandes que se han visto, ni se verán jamás ;

el Hombre Dios, y el que mereció ser santificado antes de nacer, para que le preparase sus caminos! ¡ De donde á mí tanta dicha que la Madre de mi Señor venga á visitarme, exclamó Isabel ilustrada por el Espíritu Santo, al ver á Maria! ¡ Que exclamacion tan lisonjera aquella para cualquiera persona, especialmente para una mujer, que no fuera la humildisima Maria! « Magnífica y engrandecé mi alma al Señor y mi espíritu se llenó de recocijo y de alegría en el Dios salvador mio; porque se dignó fijar sus ojos en la humildad y pequeñez de esta su esclava, por eso desde ahora me llamarán feliz todas las generaciones »

Con este cántico de la magnífica contestó la Virgen á su prima el saludo, y nosotros puestos de rodillas en el húmedo suelo de aquella ruinosa capilla; lo rezamos por tres veces.

A distancia de mas de una legua hay un lugar muy visitado á donde se va por un sendero escabroso y lleno de espinos y de peligros. Es la gruta donde pasó su niñez el Bautista preparándose para su mision, de modo que de allí salió para irse á los desier-

tos del Jordan, á predicar y á bautizar al Señor.

Es una cueva en la pared de una roca natural á donde se sube por escalas de la misma peña, pero con dificultad y con peligro de precipitarse. Se conoce en verdad, que aquella gruta fué antiguamente la mansion de ermitaños; hay al pié un pozo cristalino cuyas aguas beben los peregrinos, que concurren en crecido número; porque dicen que son muy saludables. Al lado están los monumentos ó tumbas de los padres de san Juan, que quisieron ser sepultados junto á la cueva donde vivió su hijo.

Hay en la aldea de san Juan un convento que tiene 18 religiosos, y uno de ellos es el cura de aquella pequeña poblacion; y un monasterio de religiosas que el padre Ratisbona edificó allí, como en Jerusalem y en Belen, con el objeto de orar por la conversion de los judios y de recoger y educar las niñas huérfanas y desvalidas. Es un bello edificio situado en una meseta alta, al estilo europeo y encerrado por murallas. Al lado del monasterio, pero sin comunicacion con él, tiene Ratisbona sus piezas para habitar durante los dias que mora allí.

Alfonso Ratisbona era un judío muy rico residente en Londres y que tenia negocios de comercio en Paris y en Roma, con cuyo motivo iba frecuentemente á esta última ciudad. Por los años de 1845 estaba en Roma donde se convirtió, en la Iglesia de Santa *Andrea de le frate*, á consecuencia de una aparicion de Maria Santísima, que se le presentó visiblemente en la misma forma en que se la pinta bajo el misterio de su inmaculada concepcion. Cuenta el mismo Ratisbona, que el era hombre muy malo y sin religion ninguna, ni aun la hebrea; pero un señor de Roma á quien él debia favores y respetaba mucho, y que tenia grande interés en su conversion, le exigió, que lleváse al pecho una medalla de la Virgen concebida sin mancha, á lo que él accedió por cortesia, y nada mas. A poco tiempo, una noche despues de haber estado en orgías y placeres mundanos, se acostó al amanecer y habiéndose dormido profundamente tuvo este sueño: vió una calle recta y muy larga cuyo extremo terminaba al pié de una colina, sobre la cual se elevaba una Cruz enlutada. Por aquella calle iba una procesion de innumerable gente, que subia sin dificultad á la

cumbre y llegaba hasta el pié de la Cruz; pero él, que seguía la procesion, llegó al fin de la calle y no pudo subir la pendiente; porque una fuerza invisible lo detuvo firme é inmóvil como una estatua.

Despertó sorprendido, y desde aquel momento dice, que comenzaron á entrar en su cabeza y en su corazon ideas y sentimientos de fe y de religion, que hasta entónces no habia tenido. Una tarde estaba visitando en la Iglesia de santa María de Araceli, en el Capitolio, los muchos altares y monumentos que hay en ella; y cuando fué á salir, se sintió detenido por la misma fuerza: la primera vez no le dejó llegar á la Cruz y la segunda le detenía en el templo. Forcejando, lleno de terror, logró al fin salir, pero aun, sin convertirse. Otro dia á las cinco de la tarde se hallaba en la iglesia de santa Andrea, esperando un amigo que habia entrado al convento contiguo para arreglar un negocio con los padres, cuando sintió la misma fuerza secreta, poderosa, invisible, que le detenía en todos los movimientos que pretendia hacer, hasta qué, de repente, densas tinieblas oscurecieron una capilla y en el fondo de esa oscuridad, se le

presentó Maria Santísima rodeada de luz y de hermosura. El pudo ver por un rato aquel divino espectáculo, y luego cayó desmayado en el punto que ocupaba; volvió en sí, y no vió mas aquella belleza. Salió entonces sin dificultad de la Iglesia, gritando que queria ser cristiano y pidiendo el bautismo. Trataron de someterlo al catecismo y la instruccion para conferirle el sacramento, y resultó que, con asombro de toda Roma, respondia admirablemente sobre fe y religion y sobre la doctrina, como si hubiese sido un teólogo. Preguntáronle cómo y en donde habia hecho aquellos estudios, y dijo que nunca habia hecho estudios de ese género; pero que, la que se le habia aparecido lo llenó de ilustracion interior.

Fué bautizado y recibió los demas sacramentos inclusive el del Orden, en la compañía de Jesús que fué la comunidad que eligió para vivir; pero poco tiempo despues dijo que la Virgen se le habia aparecido de nuevo, y le habia mandado, que se fuera á Jerusalem á trabajar en la conversion de sus hermanos los judíos. Lo hizo en efecto, y ha empleado su capital en tan santo objeto, fundando va-

rios monasterios en diversos puntos de Palestina, con el fin de educar las niñas huérfanas, prepararlas para la recepcion de los sacramentos, y orar por la conversion de los hebreos.

Hé aquí en resúmen la conversion de Ratisbona, que yo he oido predicar á diversos oradores por tres veces en la Iglesia de san Andrés en Roma, donde cada año se celebra un tríduo en honor de la Vírgen, costeadado por Ratisbona; y en el cual se predica á un inmenso concurso, la manera como trajo la Reina de los Angeles á aquel judío al cristianismo y al seno de la Iglesia católica. En la capilla donde se apareció la Vírgen, hizo poner el convertido, una hermosa imágen de la inmaculada concepcion en la misma forma en que se le presentó, y su propio retrato en la actitud en que cayó, ante la celestial aparicion. Volví, pues, á san Juan, dije misa en el altar donde nació el Bautista, y oí otra en el convento de las monjas en san Juan; y no puedo describir las impresiones que sentí, cuando al fin del santo sacrificio celebrado por el padre Alfonso Ratisbona, las monjas en coro, con una multitud

de niñas árabes, cantaron preces á Dios por la conversion de los judíos, y concluyeron la plegaria con aquella vehemente oracion del Señor al espirar en la Cruz. « Perdónalos Señor; porque no saben lo que se hacen. »

En esta breve historia de un judío ateo y materialista, convertido por la proteccion de María Santísima, en un apóstol de caridad, que lo sacrifica todo por la conversion de sus hermanos, debemos nosotros estudiar y aprender mucho para nuestro propio bien y la felicidad de nuestros hermanos. Sí, cuán intereresante es la amistad y la proteccion de nuestra señora la Virgen María, para la felicidad en esta vida, y para asegurar una muerte dichosa: el que lleva sobre su pecho la imájen de la Virgen y en su corazon la imitacion de sus virtudes: el que la invoca con fe y con amor y se abriga bajo su manto de ternura y maternal misericordia, no perecerá nunca; porque en el tribunal del supremo juez, no puede perderse ninguna causa que tenga por abogada á la gran Madre de Dios. Cuanto debemos los sacerdotes esforzar nuestra voz para pregonar en el mundo las grandezas y la gloria de María

Santísima, propagar por todas partes su devocion y su culto é infundir en el corazon de los pueblos la fe en su socorro, el amor á su nombre y la gratitud á sus beneficios.

Confieso que me sentia humillado, me avergonzaba y me llenaba de horror, al ver á un judío que ha sacrificado todo en el mundo, por llevar la luz de la verdad á los que no la conocen, y por traer á su nacion al conocimiento de Jesucristo. Y nosotros los cristianos, nosotros los católicos; tantos cristianos católicos ricos y poderosos, que viven en la indiferencia mas completa respecto á sus deberes religiosos, cuando no es en una vida brutal y escándolosa, que tienen nombre de católicos y viven como paganos; y que, si el mundo había de salvarse por un sacrificio que ellos hicieran y por una moneda ofrecida á la conversion de los infieles, su perdicion seria irremediable. Estas reflexiones se agolpaban á mi mente al ver al judío Ratisbona, celebrando la santa misa en la iglesia que él edificó, en el convento que fundó con sus propios fondos; y al oir el canto de las monjas y las huerfanitas que él ha recojido, y que sostiene con sus recursos, para que

pidan á Dios la conversion de tantas almas envueltas en las tinieblas del error y de la muerte. Terrible será, pensaba yo, la muerte de un judío y de un gentil; pero, ¿quien podrá medir el horror, la miseria, el llanto y la desesperacion que acompañaran la muerte de un mal cristiano, de un católico de nombre?

El Señor les repetirá aquellas espantosas palabras que dirigió á las ciudades ingratas á sus beneficios y rebeldes á la luz de sus portentosos milagros. * Ay de tí Corosain, ay de tí Betsáida; por que si en Tiro y en Sidon se hubieran hecho los portentos, que en vosotras han sido hechos, tiempo ha que habrían hecho penitencia en cilicio y en ayuno; pero en verdad os digo, que en el dia del juicio habrá para Tiro y Sidon, la misericordia que faltará para vosotras. * Tal vez habrá misericordia y perdon para los que no han conocido la luz del Evangelio, y faltará para los católicos, que viven en el seno de la Iglesia despreciando la luz de Dios, que ella irradia, y burlándose y profanando los sacramentos que ella dispensa á los hombres, como verdaderos manantiales de gracia, de salud y de vida.

Está la aldea de san Juan situada junto á un valle formado por dos ramas paralelas de la cordillera de la Judea, y aquel hermoso valle cubierto por bosques de ólivos, de sicó-moros y de terebintos y regado por un torrente, quese dice ser el punto donde estaban acampados los ejércitos de Saul al oriente, y los de los fitisteos al occidente, cuando se presentó David á batirse con el gigante á quien dió la muerte con una piedra cogida en aquel torrente. Yo lo que sé es, que aquel punto es la situacion bélica mas igual, y que se presta ventajosamente á los movimientos y manio-bras de dos ejércitos avistados para la batalla.

Encuentra uno en la carrera de la vida personas que le inspiran simpatías y amor, y de quienes tiene que separarse dolorosamente, con la conciencia de no volver á verlas jamás. Con íntimos abrazos y mutuas lágrimas, me despedí del misionero que me habia acompañado, y de los padres que con tanta caridad me recibieron en san Juan, como en todos los conventos en que toqué en tierra santa; y me despedí de ellos persuadido de no verlos mas en el mundo. ¡Qué

fuentes tan copiosa de dulcísimos consuelos encierra la religion con sus promesas de inmortalidad en una vida mejor! ¿ Conqué consuelos calmariamos las tristezas de la vida, y con qué bálsamos curariamos las llagas abiertas por el dolor y la desgracia en nuestro corazon, sino tuvieramos la fe y la esperanza de reunirnos pronto en una vida inmortal, con las personas que amamos en el mundo ?

Por un sendero penoso, caminando sobre camas de piedra, subiendo rocas y bajando con gran dificultad, volví á Jerusalem; pasando por el punto donde estaba la casa de Gedeon, en la cual estuvo algun tiempo el Arca santa. Antes de entrar á Jerusalem estuve descansando un rato sentado sobre una gran piedra, y meditando en el campo donde estaba el ejército de Senaquerib sitiando á Jerusalem, cuando al silencio de la noche el Angel del Señor destruyó á filo de espada mas de ochenta mil soldados, dejando impotente al soberbio rey de los asirios, para continuar el sitio y tomar la ciudad de David. Allí mismo está la antigua y memorable piscina donde Isaías con el acento de su voz profética como

una trompeta sonora, cuyos ecos resuenan en los siglos y los espacios, y repiten todas las generaciones, anunciaba en presencia de una gran multitud, el doble y sublime carácter de María santísima, de su virginidad y maternidad divinas, con estas palabras. : « Hé aquí una Virgen que concebirá y parirá un Hijo. »

Al siguiente dia marchaba para el Jordán una caravana de catorce personas, y yo estaba de antemano convenido para hacer el viaje con ella. Muy de mañana salimos de la ciudad, pasamos el huerto de las olivas y seguimos faldeando el monte de la Ascencion, hasta rodearlo por su base. En aquel rodeo me señalaron el sitio, especie de bella esplanada junto al camino, donde el Señor maldijo la higuera frondosa, que no tenia fruto; terrible emblema de los que ostentan un cristianismo florido en apariencias y palabras, pero estéril en obras.

Mas adelante llegamos á la famosa aldea de Betania tan célebre en el Evangelio; porque era uno de los sitios mas frecuentados por el Salvador, donde vivieron Marta y María con su hermano, y donde el Señor hizo uno de

los mas admirables milagros, resucitando á Lázaro, despues de tres días de estar en el sepulcro. Ahí se detuvo la caravana el tiempo necesario para visitar aquel lugar, muchas veces santificado con la adorable presencia del Hijo de Dios. Bajé al sepulcro de Lázaro á donde se desciende con dificultad, y hay un descanso donde se detuvo el Señor de pié á vista del cadáver, para mandarle se levántara del sepulcro. Es un hoyo profundo en forma de caja, cuyas paredes son de piedra y ladrillo bien compactos, por medio de una greda que se endurece como piedra. Muchos recuerdos tuve en aquel lugar acerca de la fe y el amor que aquella familia profesaba al Salvador, y los muchos beneficios, que El le hizo en recompensa de su virtud y fidelidad. La aldea está al pié del monte Olivete que da vista al oriente, y de allí salió el Señor el domingo de Ramos para entrar en triunfo á Jerusalem. No salí del sepulcro de Lázaro sin tomar una piedrita, como sagrada y dulce memoria, lo mismo que hice en todos los sitios sagrados y celebres que visité en mi viage.

Continuando la marcha de Betania hácia

el mar muerto, es preciso recorrer unas sendas cuyo piso es de piedra suelta y que hacen muy lenta la marcha, por la dificultad que tienen las bestias para caminar, y por el peligro de precipitarse en los abismos formados entre aquellas rocas áridas, donde nada hay que alhague los sentidos; por que reinan allí el silencio, la tristeza y la muerte. En todo aquel camino que solo puede andarse por tener la satisfaccion de ir al rio mas célebre del mundo, se sufre una sed ardiente y no se oye por ninguna parte el dulce clamor de algun arroyo, ni aquel ruido indefinible que producen algunos rios que, á distancia del caminante sediento, arrastran sus aguas por su profundo lecho cubierto por las sombras eternas del desierto. En todos aquellos paises volcanizados, áridos y secos, solamente se halla una fuente cuyas aguas son suavizadas por la memoria de los Apóstoles, cuyo nombre lleva. Por lo demas, no se hace otra cosa que avanzar con trabajo y peligro por filas de montañas, por entre riscos sin ninguna veetacion y coronando rocas rodeadas de desfiladeros y precipicios. Al fin se llega al

valle de Jericó, y se ve la montaña donde el Señor hizo el ayuno de cuarenta dias, para dejar al mundo este ejemplo divino, que nos enseña la necesidad y el deber de hacer penitencia, y de prepararnos por medio de la mortificacion de la carne, contra las tentaciones y los asaltos del demonio; dispuesto siempre á combatirnos, aun en medio del ayuno y de la oracion. En aquel monte hay muchas grutas que sirvieron de mansion á los antiguos solitarios de oriente, y escombros de edificios levantados en los siglos en que tuvieron lugar las cruzadas.

Háy en aquel paraje una fuente cuyo origen histórico se remonta á los tiempos proféticos, y lleva el nombre del profeta Eliseo; porque siendo sus aguas tan dañosas que producian enfermedades, y á veces causaban la muerte á quien las bebia, los habitantes de Jericó rogaron al profeta, comunicase virtud sanitaria á dichas aguas; y el hombre de Dios accediendo á la súplica, las convirtió en potables, y de mortíferas que eran, vinieron á ser dulces y conservadoras de la salud. Aquella fuente brota en una peña y reuniendo sus raudales, baja clamoreando

por entre arbustos y matorrales, á fertilizar un tanto aquel valle árido y seco, y á regar una que otra flor solitaria que crece en su márgen á vista del viajero, como para consolarlo de la profunda tristeza, que comunican á su corazon, la soledad y aridez de aquellos campos.

Mi caravana se acampó aquella noche en un caserio miserable, situado en el punto donde antiguamente se ostentaba la opulenta Jericó. Yo de mi sé decir que, el sueño ni una sola vez acarició mis ojos, y pasé toda la noche recogiendo en mi memoria los recuerdos históricos del lugar que ocupaba; y entregado á las reflexiones que me inspiraban la antigua celebridad, comparada con la miseria y soledad actuales, de aquellos sagrados sitios. Aquí yacen sepultadas decia, yo, en eterna soledad y en profundo y aterrador silencio, las ruinas de Jericó, una de las ciudades mas famosas y de las plazas mas fuertes, que tenian los Cananeos en su pais; cuando Israel peregrinaba en solicitud de las promesas hechas á sus padres por el Dios de Jacob. Aquí llegó Josué, el gran caudillo del Señor

al frente de los batallones de la Nacion santa, librando batallas, atropellando puertas, destruyendo baluartes, escalando murallas, tomando fortalezas y trayendo en el carro de sus triunfos los despojos de los pueblos vencidos; y portrofeo de sus victorias, los cetros y las coronas de veinte y dos reyes sometidos en los combates. Aquí, delante de las fortalezas de Jericó, hubiera desesperado el famoso capitan de Israel; pero obedeciendo la voz del Señor, mandó que resonasen á un tiempo todos los clarines de sus legiones; y las aguas del Jordán se dividieron para dar paso á los sacerdotes y á los levitas, que llevaban sobre sus hombros el Arca santa, y todo el pueblo vió con regocijo y admiracion que los soberbios muros de Jericó se desmoronaban, como el polvo de un tronco carcomido, en presencia del Arca del Señor y al fúnebre sonido de las trompetas de sus guerreros. Hasta el sol se detuvo en su carrera para oir el último grito de triunfo en aquellos combates, y para que sus rayos aumentáran con sus reflejos, el brillo de las armas victoriosas de aquel gran pueblo.

Aquí en esta llanura que se extiende en

16.

las riberas del Jordán, aquel pueblo reposó de su largo viaje por el desierto; celebró con cánticos de júbilo la fiesta del Cordero pascual en presencia del Arca milagrosa, que lo habia conducido por el desierto, y levantó con piedras sacadas del Jordán, un monumento que perpetuará la memoria de su amor y agradecimiento á Dios que, cumpliendo su promesa lo habia puesto en posesion de la tierra prometida.

En esta historia del antiguo pueblo de Dios, ¿quien no ve una imagen espresiva del nuevo pueblo de Jesucristo? Sí, Israel militando bajo las tiendas del Dios del Sinai, era la figura mas sublime de la Iglesia militante bajo los estandartes del Dios del Calvario. Aquella nacion para librarse de la esclavitud dura y oprobiosa á que la habian sometido los Faraones en Egipto, tuvo que pasar el mar rojo; y continuando su larga peregrinacion por arenales inflamados al través de los desiertos de la Arabia, sufrió hambre y fatigas; bebió aguas amargas, combatió con serpientes, tuvo que lidiar con diferentes enemigos que le salian al paso en su camino; batallar sin tregua con mil y mil pueblos belicosos que venian á su encuentro

formados en batalla; y, en una palabra, ver con dolor las apostasias, los cismas y las rebeliones que se levantaban en su mismo seno, y el descontento de los que preferian los groseros alimentos de Egipto, al dulce sustento del maná que descendia del cielo.

En estas inmediaciones de Jericó tuvo finalmente, que hacer los últimos esfuerzos de su heroismo para completar con la corona de la perseverancia sus victorias, y lograr la posesion de la tierra de Canaan prometida á sus padres por el Dios de Abraham.

Así tambien la Nacion cristiana saliendo, por los méritos de Jesucristo, de la víl y tenebrosa servidumbre del paganismo en que la tenian cautiva los Cesares señores del mundo, tuvo que pasar otro mar rojo y navegó por tres siglos en un océano de lágrimas y sangre, entre las tormentas del martirio. Su nave, sin embargo, cruzaba presurosa las ondas; porque llevaba á Pedro en su proa, y el huracan de la persecucion, en vez de hacerla zozobrar, hinchaba favorablemente sus velas formadas por el santo Sudario estendido en los brazos de la Cruz. Continuó su peregrinacion por el desierto del mundo, y

no suspenderá su marcha magestuosa hasta alcanzar la patria prometida; con todo que, sufre el hambre á que la someten los poderosos de la tierra, tiene que beber las aguas de la tribulacion y del dolor, luchar con las serpientes de la impiedad y del error, emboscadas en su camino para morderla y envenenar su corazon; tiene que batallar con tantos enemigos cuantas son las pasiones del corazon humano, las ambiciones de poder y de gloria y los intereses de la política : tiene que librar combates sangrientos con tantos reyes y tantos pueblos que vienen á su encuentro, pretendiendo que vuelva al abismo pagano de donde salió, ó que perezca en su camino. Si, todo esto lo ve y lo siente con acerbo dolor; pero mas acerbo es todavia, el dolor con que ve las apostasias, los cismas y las rebeliones que se levantan en su mismo seno, por tantos ingratos, cuya alma no tuvo jamás ó ha perdido el gusto del bien ; y prefieren los alimentos viles de las vanidades y de los placeres, al delicioso é inefable sustento, que la religion hace bajar del cielo, por la fuente de los sacramentos. Estenuada un tanto por las vijilias, el ayuno

y la oracion ; herida y con su túnica salpicada con su propia sangre, sin haber ofendido á su agresor, y limpiando de su noble frente el lodo formado por el polvo de los combates mezclado al copioso sudor de su divino rostro, la Iglesia se recuesta á reposar un instante á la sombra de la Cruz, y entonces el mundo que le debe todos los bienes que posee, y la civilizacion y grandeza de que se ostenta úfano, se acerca para brindarla con una compasion insultante, una copa de hiel y vinagre para refrijerar su sed. Empero, ella continuará imperturbable su marcha hasta salvar los límites del tiempo : vencerá las últimas resistencias : pasará el Jordán y escalará las últimas fortalezas, llevando á sus enemigos, reyes y pueblos, uncidos al carro de sus victorias ; y tomará tranquila y eterna posesion de la Jerusalem celestial, cantando con inefable alegria los cánticos de Sion, á que contestarán todos sus enemigos con un gemido de dolor eterno.

Hasta el canto de los pájaros al amanecer, que es tan dulce en todas partes, me pareció triste en los lugares donde me hallaba ; y muy temprano la caravana deshizó

sus tiendas y emprendió de nuevo su marcha, y á poco llegamos al Jordán. Por una caja ó cáuce bastante profundo formado por peñas, sombreado por bosques de cañaverales y otros árboles, arrastra sus aguas turbias y silenciosas el rio mas famoso del mundo. No es tan grande como yo me lo habia figurado, pero creo que no es vadeable y sus aguas vistas en masa, son de color de oro á consecuencia de la extraordinaria abundancia de arenillas, semejantes al oro de las vetas, despues que ha pasado por los molinos.

Casi todas las personas de la caravana se bañaron, pero yo no hice mas que tomar agua y mojarme la cabeza, la frente y las manos : el religioso que nos guiaba tampoco se bañó, y nos sentamos los dos en una sombra á conversar de aquellos sitios. A inmensas distancias se veian entre la oscuridad algunos penachos del monte Nebo, desde donde él Moisés, caudillo del pueblo de Dios echó una mirada al país de Canaan que no habia de poseer. Por ahí estaban unos árabes que tenían entre otras plantas curiosas del país, las celebradas rosas de Jericó, á las cuales les atribuyen la virtud de sanar de enfermeda-

des. Yo compré una para memoria, pero no me fué posible conservarla, y al fin tuve que arrojar hojas y flor, todo reducido á pavezas.

¡ Qué serie de reflexiones me inspiró el Jordán y sus desiertos ! En este sagrado rio fue bautizado el Señor Jesucristo para santificar sus aguas y comunicarlas la virtud de borrar el pecado : Aquí se reveló al mundo el dogma fundamental de la Religión; el gran misterio de la Trinidad augusta, en la voz del Padre, con la Persona del Hijo y con la presencia del Espíritu santo en forma de paloma : aquí nuestro Señor Jesucristo en el camino de Jericó, convirtió á Zaqueo, curó al leproso que lo invocaba diciendo : Jesús, hijo de David, si quieres puedes sanarme, ten misericordia de mí; aquí puso la famosa parábola del compasivo samaritano : aquí en estos desiertos oró con ayuno riguroso cuarenta dias; y permitió que el demonio lo tentara para prevenirnos contra el el espíritu de soberbia, que nos induce á envanecernos cuando obramos bien ; en estos desiertos hizo el profeta Eliseo maravillas, san Juan se preparó con austera penitencia antes de salir á predicar el Evangelio y á preparar los caminos al Se-

ñor; y, aqui en fin, fué arrebatado el Profeta Elías en un carro de fuego y llevado al paraiso. !Oh! qué multitud de sucesos admirables se han verificado en estas comarcas solitarias que yo ahora abarco con mi vista!

Cuando hubieron terminado de bañarse los compañeros, me acerqué otra vez al rio, tomé agua y me santigué con ella en la frente; di gracias al Señor por su infinita misericordia y por la caridad con qué se compadece de las miserias del género humano, y por haber instituido el sacramento del bautismo, por el cual entramos en el seno de la Iglesia, como miembros del cuerpo místico del Señor; somos inscritos en el libro de la vida y tomamos posesion de la herencia de su gloria y felicidad eternas. Tomé una bottella de agua, que lleve conmigo, y nos dirigimos al mar muerto.

Este mar tan memorable tiene segun unos quince leguas de largo y cinco de ancho, y segun otros, doce leguas de longitud sobre tres de latitud. Yo de esto nada sé, pero sus aguas son tránquilas é inalterables, como la muerte que le da su nombre, y tienen un color como de pizarra y una densidad extraordi-

naria. Dicen que su eterna calma es efecto natural de supesantez, que no puede mover el viento, y que se arrojan sobre su superficie cuerpos pesados y que no se sumergen. Yo no hice tal experimento, pero sé que aquellas aguas tienen una gran saturacion de sal, que se condensa en panes en la ribera, que es la que se consume en Jerasalen y todos sus pueblos, y de esquisito gusto y calidad. Este es el negocio de esos pobres árabes, sacar sal del mar Muerto, para vender en toda la Judea; así como los habitantes de las riberas del Magdalena viven de la pesca, que les proporciona el rio; y en algunas partes de las márgenes del canca, sus moradores viven del oro que le sacan en el verano.

El mar Muerto es el receptáculo del Jordán y de todas las aguas que se reunen en la hoya que forma. Ahí como en toda la naturaleza, se observa ese orden de relaciones en todas las cosas; ese equilibrio providencial que mantiene inalterable la harmonia del universo, y que publica la sabiduría y la bondad de su Autor, á todo el que no sea un insensato, ciego é infatuado por el orgullo de su vana cienecia, ó mejor dicho, por la ridícula

vanidad de su ignorancia. A proporcion de las aguas que le entran, es la cantidad de las que pierde por la evaporacion; pues no tiene otros desagues, al menos yo no lo sé, ni lo he oido decir.

Muchas y muy serias reflexiones tuve motivo de hacer en el mar Muerto, eterno y espantoso sepulcro abierto por la justicia de Dios, al hediondo cadáver de la grandeza y de la opulencia mundanas, fundadas en los vicios y en los delitos. Aquellas aguas tranquilas y mudas como la nada, y densas y oscuras, como los velos de la muerte, cubren con eterno silencio las ruinas de las ciudades de la Pentápolis, cuyas abominaciones llegaron hasta el cielo á desafiar la justicia de Dios. La ira del Señor irritada contra sus crímenes, hizo descender fuego del cielo y redujo á cenizas á Sódoma, Gomorra, Adamà y Seboin, dejando tan solamente á Segor, que quiere decir pequeña ciudad, para que fuese testigo de los estragos producidos por la cólera de Dios, provocada por los nefandos crímenes de los hombres.

Me parecia ver al patriarca Lot que se alejaba de aquellas ciudades con paso firme,

sin volver sus ojos atrás, para mirar siquiera las pavezas que la fuerza del incendio enviaba á los aires, envueltas entre los torbellinos de negro humo. El marchaba en cumplimiento de la órden de Dios, y poco le importaba que á sus espaldas se quemaran los campos y las ciudades. Lot, decia yo, debe ser el tipo y el modelo á que deben acomodar su conducta todos los hombres, principalmente los que están en el poder, y ejercen la autoridad de Dios en el mundo, tanto en lo espiritual, como en lo temporal. Pero no : en la boca de todos está la prudencia; pero falta saber si será tal vez la prudencia de la carne, que busca siempre sus comodidades temporales, con perjuicio de intereses de un órden superior.

Porque los ánimos no se agiten; porque no se murmure; ni se califique mal al superior; porque no vengan trastornos y persecuciones, se falta muchas veces á la justicia y al deber; sin pensar que aquel procedimiento es por sí solo, y en sus consecuencias, un mal mas grande, que todos los que se querian evitar. El hombre, y principalmente el magistrado de cualquier órden que sea, debe

estudiar mucho; debe orar en la presencia de Dios, pidiendo al Padre de las luces el acierto en sus resoluciones y la firmeza en sus pasos; debe consultar á los hombres sensatos y virtuosos sobre lo que se propone hacer en fuerza de sus obligaciones; y, una vez que ha formado la conciencia de su deber, que de seguro será contraria á todos los intereses del mundo, de la política y de la carne; no tiene que vacilar y debe ir adelante, como Lot, sin inclinarse á los lados para escuchar el grito de las pasiones burladas, y de los intereses chasqueados; ni volver sus ojos atrás para mirar el mundo, que á su espalda se desploma, se incendia, se consume y llena los horizontes con la espesa nube de sus cenizas.

Emprendimos el regreso, no sin haber visto las afamadas manzanas de Sódoma, que se parecen á nuestros higos en la forma, y que bajo una corteza hermosa encierran una carne podrida. Es un insecto que se introduce sin dejar huellas de su entrada, como sucede en Antioquia con algunos frutos: espresiva imagen de los hipócritas, que bajo las exterioridades de una vida justa, ocultan

un corazon lleno de vanidades y de amor por los intereses del mundo. Andaba la caravana por un camino diferente del que habia llevado; pero menos en lo malo del piso, en lo desigual del terreno, y en la aridez, soledad y tristeza de los campos.

Aquellas escursiones al Jordán son peligrosas; porque los beduinos cometen con frecuencia atentados contra los viajeros por robarlos; y pocos dias ántes de mi llegada á Jerusalem, habian asesinado dos y apaleado á otros. Es pues, conveniente hacer aquel viaje en caravana, y si se quiere conseguirla mas completa seguridad en las personas é intereses, se celebra un contrato con el jefe de los beduinos, que está en Jerusalem, para que, á virtud de una suma que se le paga, dé enteras garantías á los viajeros y responda de su seguridad. Cuando se hace esto, el caudillo de los beduinos da al individuo ó caravana, un conductor que lleva una trompeta, que hace resonar de cuando en cuando, principalmente al pasar algun bosque, atravesar un valle ó remontar una colina; y aquel sonido es la señal que se les da á los beduinos que hay en aquellos contornos, de que aquellas personas

son inviolables : los beduinos cumplen con la mayor fidelidad aquel aviso, que se les comunica por medio de la trompa.

A pesar de que mi caravana estaba asegurada, yo confieso que no me faltó miedo de aquellos árabes de los bosques, de color renegrido, talla gigantesca, ademanes feroces, mirada salvaje y vestidos haraposos y extraños. Es verdad que no nos trataron mal los muchos que encontramos en Jericó, la llanura de Gál-gala, las riberas del mar Muerto y en todo el camino de ida y vuelta. Yo procuraba siempre andar en medio de la caravana con el religioso que nos acompañaba, y con un sacerdote norteamericano, recién convertido del protestantismo á la religion católica ; porque es de advertir, que al miedo que yo tenia, se agregaba, que era el único de todos los compañeros, que andaba sin ninguna arma.

Por la tarde llegamos á un convento griego, cuyos religiosos en número de cuarenta en aquellos dias, nos recibieron muy bien, despues de que conferenciaron con el religioso que nos conducia, que era amigo de aquellos monjes. Aquel convento que se alza solitario en medio de aquellos sitios despoblados, silen-

ciosos y tristes, es un monumento que recuerda al viajero los tiempos de abnegacion y de sacrificios, en que los primeros cristianos huyendo de las persecuciones y buscando la perfeccion Evangélica, se sepultaban en los desiertos para entregarse, lejos del ruido del mundo, y de los incentivos de sus vanidades y placeres, á una vida penitente pasada, entre los rigores de la maceracion y de la penitencia.

En los primeros siglos de la Iglesia, todos esos desiertos del Jordán, como los del Egipto y de casi todo el oriente, se poblaron de solitarios y hermitaños, en cuya historia se encuentran tan admirables ejemplos de perfeccion y de santidad, y rasgos de virtud y de humildad tan sublimes y extraordinarios. Si no fué en aquel mismo convento fundado por san Sabas en el siglo cuarto, fué al menos por ahí cerca que vivió el célebre monje conocido con el nombre de Juan el silenciario; por la humildad y retiro de su vida y porque no se conocia su voz, pues nunca hablaba. Su superior lo propuso al Patriarca de Jerusalem para que fuese ordenado sacerdote; y fué entonces que habló en fuerza de la

necesidad y de la obediencia, revelando al obispo; que él no podia ordenarse; porque no solamente era un sacerdote, sino que era mas: era un obispo; y que se habia metido en aquella soledad para separarse del mundo y santificar su alma en la oscuridad y la penitencia. Aquellos lugares están llenos de grutas y de hermitas, de aquellos tiempos en que las selvas y las rocas eran ciudades habitadas por millares de cristianos, que vivian conforme en todo con los preceptos del Evangelio.

Horror causa ciertamente la vista de aquellos sitios y el recuerdo de los cristianos que moraron en ellos; pero ese horror toma una forma mas colosal y espantosa, cuando se comparan aquellos tiempos con los que hemos alcanzado, en que el lujo, la vanidad de las casas y de los vestidos, la delicadeza de las mesas, la suavidad de las camas, y en una palabra; la soberbia de la vida de los cristianos de hoy, contrastan tan escandalosamente con la de aquellos cristianos. Se ven ahí muchos cráneos y esqueletos de religiosos que fueron muertos, ya naturalmente, y ya tambien de un modo violento á manos de los turcos que los asesinaron. Los monjes que

habitan hoy aquel convento no son católicos, pero sí son hospitalarios y caritativos ; porque son cristianos.

Al siguiente dia, es decir, al tercero de haber salido de Jerusalem, volvió la caravana á aquella ciudad; y en el camino me refirió el religioso conductor varias historias relativas á los beduinos. Me dijo, que dos años antes él habia ido en compañía de otros dos religiosos misioneros, á internarse en los desiertos del Jordán arriba de Jericó; y que era incontable el número de árabes que habitan aquellos desiertos : que están divididos en tribus con sus respectivos caudillos; que son amables y obsequiosos con los que los visitan y muy sumisos á sus jefes : que son muy ricos y consiste su riqueza en camellos, caballos, ovejas y cabras, todo bien distribuido en inmensos rebaños : que habitan las tribus en tiendas de campaña, que se trasladan á proporcion que faltan los pastos para sus rebaños ; pero que cuando están en guerra, son feroces y no puede nadie entrar al desierto; porque perece infaliblemente, pues la guerra es á muerte y que á nadie se perdona. Al oir esta relacion que ya me la habia hecho,

aunque no con tantas circunstancias el cura de Belen, cuánto me acordé yo de los patriarcas habitando bajo sus tiendas desplegadas á la sombra de los terebintos y de las palmeras; de sus grandes rebaños, de sus guerras y de su hospitalidad con los peregrinos. Se conoce, le dije yo, que esos árabes son descendientes de los patriarcas.

Ellos son los descendientes de Ismael hijo del patriarca Abrahan y de su esclava Agar. Y parientes, me contestó él, de los Israelitas, cuya vida en el desierto era muy parecida en todo á la que llevan los árabes en esas selvas desconocidas. Si; añadí yo, el carácter, los ábitos y las costumbres se transmiten de generacion en generacion y de pueblo en pueblo, siendo imposible, por esta razon, que se pierda la memoria de un pueblo orijinario, por remoto que sea. Paece que la naturaleza se encarga de perpetuar en las razas los rasgos característicos de su orijen.

Por ejemplo de esta verdad, en Roma, al cabo de diez y nueve siglos, en medio de la piedad y el fervor de aquel pueblo, se encuentran restos de supersticiones en las masas, que indican haber ecsistido ahí el pueblo que con-

sultaba á las sibilas, á las entrañas de las víctimas, á los simulacros de sus falsos dioses : Al instante se conoce que el latin fué la lengua primitiva de aquel pueblo, y que la naturaleza lo ha trasmitido con la leche materna de edad en edad; pues dá gusto oir á las criadas y á los labradores rezar y cantaren latin las oraciones y los himnos relijiosos en los templos, sin haber estudiado. Fué que los Césares dieron sus órdenes al mundo en latin, en latin arengaban Ciceron y Hortensio en el foro romano , en latin cantaron Virgilio y Horacio y los himnos consagrados al dios de las victorias, resonaron en lengua latina, en la cima del Capitolio.

A las ocho de la noche llegamos á Jerusalem al convento donde fuimos bien recibidos. A pesar de mis deseos no pude visitar la Galilea; porque desgraciadamente los beduinos de aquel país estaban en guerra, y era muy peligroso el viaje segun nos lo indicaron los padres de Jerusalem, y el patriarca mismo. Ademas, lo que yo iba á ver era la casa de la Virgen en Nazaret, y aquella ecciste hoy en Loreto á donde fué trasportada por ministerio de los Angeles, y la cual podia visitar en mi

regreso á Italia. La misma caravana con que fuí al Jordán, regresaba á Jaffa con dirección á Europa, y yo determiné regresar con ella. No puedo abandonar á Jerusalem sin tributar un homenaje de gratitud y admiración á todos los religiosos que conocí en tierra santa; por la caridad con qué reciben á todos los peregrinos que tocan á sus puertas, aunque no sean católicos, ó vayan como el apóstata Renan, á blasfemar de N. S. Jesucristo.

Ciertamente es cosa de confundirse y avergonzarse un cristiano al ver á aquellos hombres, muchos de ellos jóvenes, instruidos, de buenas familias y herederos de rico patrimonio, dejarlas comodidades de Europa; abandonar padres y hermanos para ir á constituirse esclavos de diferentes viajeros á quienes sirven con humildad y con afecto, hasta el punto de ponerse de rodillas para lavarles los piés. ¿A qué viajeros? A muchos que son de diferentes religiones, que odian al clero católico particularmente á los frailes, y que por recompensa de aquella admirable caridad, les dedican escritos calumniosos é infamantes, y atizan contra ellos la hoguera de la persecución.

Es delante de estas escuelas prácticas de grandeza de alma, de abnegacion heróica, de caridad sublime; que deben presentarse los sectarios de la filosofia moderna, con la charla eterna de su filantropia. Y, que cosa son la fraternidad y filantropia de las escuelas político-regliosas enemigas del catolicismo? Que responda la historia de todos los paises y la esperiencia de todos los dias; y dirán que esa fraternidad y filantropia, son la miel con que dulcifican la copa de veneno, que debe producir la corrupcion y la muerte en el corazon de las familias y de la sociedad; son las llaves falsas con que esos apóstatas se enriquecen á sí mismos y á sus cómplices, saqueando las cajas individuales, los tesoros de las naciones, las arcas de los templos, y hasta la patena oculta bajo los velos del santuario.

Muy principalmente conocí y tuve la dicha de tratar en Jerusalem un religioso español de 80 años de edad, que hace cuarenta y cinco que está en los santos lugares sin haber vuelto, ni una sola vez, á pasar el mediterráneo para volver á su patria. Aquel religioso goza de la opinion de santo, no solo entre sus

hermanos, sino tambien en todas aquellas poblaciones que experimentan los efectos de su caridad y publican por todas partes y á todos los viajeros, sus grandes y admirables virtudes.

A pesar de su avanzada edad, todos los dias se levanta, si es que acaso se acuesta algunas horas de la noche, y cubierto con su habito oscuro, los piés descalzos y apoyado en un bordon, recorre todas las estancias de los peregrinos á saludarlos con voz dulce y con semblante amable y risueño, para ver si necesitan algun socorro ó tienen que mandarle alguna cosa. Enternece ver aquel venerable viejo recorriendo con frecuencia los lugares mas distinguidos por alguna escena de la vida del Salvador; y esto bajo los rigores del sol y de la lluvia, caminando con los piés descalzos sobre aquel terreno de piedras, con la cabeza desnuda, el cuerpo encorvado sobre su baston y entregado á alguna meditacion de la vida ó de la muerte del Redentor. A este santo anciano le pedí muchas ocasiones la benedicion y al despedirme de él quise postrarme para besarle la mano; pero él no me dejó,

y cuando me descuidé, arrodillóse y me besó los piés : conoció mi vergüenza y confusion y para disimular me dijo : que él siempre besaba los piés de los que habian subido al Calvario y entrado al santo Sepulcro.



PARTE VI

TURQUIA

Jaffa. — Las hermitas del bajá Egipto. — Alejandría. — El Cairo. — Viaje por las riberas del Nilo. — Huellas de la huida de la santa Familia. — El mar Muerto. — Recuerdos de la Pentápolis. — Los lugares santísimos.

Salimos de la ciudad santa á las seis de la mañana por el camino de Emaus con direccion á Rambla: el camino ó senda es lo mismo que todos los caminos de aquel país ; senderos confusos por sobre camas de piedra y por entre riscos y collados que jamas han tenido vegetacion. Ni sementeras, ni labradores, ni ganados, ni rebaños, ni pastores alegran á

aquellos campos que parece lloran todavia con silencioso llanto la muerte del Señor.

Mucho habiamos caminado por aquellas sendas, cuando descendimos á un vallecito hermoso y lleno de pequeños árboles en cuyos copos se oia el gorgéo de algunos pajarillos. Aquel es el punto donde el Señor despues de la resurreccion seunió, como un desconocido á los discípulos que iban á Emaus conversando de la muerte del Redentor. Avanzamos bastante trecho y llegamos á una loma aplanada y alegre en donde está un pequeño convento, y una antigua capilla en ruina edificados por Santa Elena; y el principio de una Iglesia que está levantando á su costa una señora de Francia, en el lugar donde fueron los discípulos á almorzar, y cuando el viajero desconocido partió el pan, conocieron que era el divino Maestro.

Allí nos dieron de comer y continuamos la marcha descendiendo cerros, atravesando valles y lomas sin agua, sin gente y sin animales de ninguna especie : solo á largas distancias encontrabamos unos caserios horribles y miserables habitados por árabes en desdicha que, como espec-

tros salidos de los sepulcros esforzaban su lánguida y doliente voz para pedir una limosna.

Entrada ya la noche acabamos de bajar de las montañas y entramos en una llanura espaciosa, que se dice ser el campo famoso donde Ricardo corazon de Leon, al frente de un ejército de cruzados, libró una batalla contra los musulmanes, y en el calor del combate aquel héroe, aquel gran capitan de las armas cristianas elevó al cielo sus ojos y le decía á Dios. « Señor permaneced indiferente, y la victoria es nuestra. » A la luz de la luna algunas palmas aisladas dibujaban la sombra en la llanura y unas rocas cristalizadas reflejaban, como espadas blandidas al resplandor del sol: algunos promontorios de piedra y árboles grandes y pequeños, se presentaban á lo lejos formando hileras, como escuadrones formados en batalla; y todo esto me recordaba el heroismo de los cristianos, lidiando con el poder de la media luna por liberar el Sepulcro del Redentor. A las ocho de la noche, despues de un dia de sed y de fatiga, llegamos á Rambla por un camino distinto del que habiamos llevado á Jeru-

salem , y fuimos bondadosamente recibidos por aquellos benditos padres, y pasamos la noche con ellos en su convento. Al siguiente día continuamos la marcha temprano, y á las once de la mañana tocamos en Jaffa. Ese día y el siguiente pasamos en aquel puerto, esperando el vapor que venia de Beirut y que debia conducirnos al puerto de Alejandria. Como á media legua de la ciudad tienen los padres un huerto que cultivan ellos mismos, y que los provée de legumbres para su propio sustento y el de los innumerables peregrinos que sin cesar desembarcan en Jaffa, para ir á Jerusalem.

Fuí al hermoso huerto en cuyo centro hay un casino con su azotea ó mirador, desde donde se ve la ciudad con su aspecto melancólico, y por sobre sus ruinosos techos se estiende la vista sobre la superficie inmensa del Mediterráneo. Por media hora estuve admirando con tristeza aquel grandioso espectáculo. El sol parecia un globo de carmin, y dilatando horizontalmente su luz roja sobre el mar, lo convertía á la vista en un lago de sangre. Junto al casino hay un grande estanque para procrear pescados,

que son esquisitos y abundantes; y un bosque de naranjos sembrados con graciosa simetría, y cuyas naranjas son tan dulces, que me parecieron superiores á las de Nápoles y de Palermo, tan afamadas, y con razon, por su esquisita suavidad.

En el camino para ir á aquel campo hay una plaza de mercado fuera del lugar, donde todos los dias se reúne un gran concurso á comprar y vender géneros alimenticios, particularmente naranjas y otras frutas en que abunda Jaffa. Hay tiendas de madera y toldos donde se meten los tratantes para defenderse del sol, que es muy ardiente; contribuyendo para ello la aridez del terreno cubierto de arena. Ví en aquellas tiendas muchos mahometanos que leían el libro del Alcoran, y los religiosos me dijeron, que aquella lectura es la ocupacion constante de aquellas gentes, víctimas de los engaños del falso profeta. Al ver aquellos hombres embebidos en la lectura de las mentiras del Coran, y reverenciando aquel libro que ha hecho su desgracia temporal y eterna; cuánto deseaba yo que en los cristianos hubiese igual zelo é interés por estudiar el libro sa-

crosoanto del Evangelio que, civilizando al mundo, y enseñando á los hombres las verdades sublimes de su origen y de sus destinos, ha hecho la felicidad de la humanidad en la vida presente, y le prepara su dicha en la eternidad.

A las ocho de la noche ancló en el puerto un vapor turco llamado *El Soliman*, que venía de Corfú con rumbo á Alejandria. A las nueve de la mañana siguiente me despedí de los padres con mucho pesar, y con profundo agradecimiento; y saltando á una barca con otras personas, comenzamos á navegar por entre aquellos peñascos á flor de agua, en donde poco tiempo ántes, me habia visto en el mas grande peligro de perecer.

Cuando llegué al *Soliman*, ya me habia mareado hasta el punto de no poder caminar en el buque, si no estaba apoyado en alguna cosa. Aquel dia no comí nada, ni pude dormir por la noche; pero al venirotro dia me sentí mejor, y á las cuatro de la tarde tocamos en Alejandria. Hasta aquel punto no se habia desmembrado la caravana que fué al Jordán; pero en Alejandria se disolvió y cada uno tomó diferente rumbo: unos se

embarcaron para las costas de Italia, otros para Grecia; algunos se quedaron en aquella ciudad, y yo me fuí hasta el Cairo con cuatro ó cinco que se dirigieron al Istmo de Suez.

Era la madrugada del 15 de Abril cuando me puse de pié, agitado alternativamente por sentimientos de alegría y de pesar, de contento y de horror. Fuí á la Iglesia á orar, y no pudiendo decir misa aquel dia, la oí, y me postré despues delante de una imágen de María que representaba la divina madre fugitiva en Egipto con el Niño y san José; me encomendé á su ámparo, y me puse bajo su proteccion en aquella romería, que yo iba á emprender para visitar el país sin duda mas celebre del mundo, por su antigua y gigantesca civilizacion; por sus columnas y sus obéliscos, que los Romanos en su poder y grandeza no tuvieron; y por sus pirámides que han sido testigos impasibles de la caida de tantas dinastias, de la ruina de tantos tronos, de las revoluciones de tantos pueblos, del nacimiento y la muerte de tantas generaciones, y de la gloria y decadencia de tantas opulentas ciudades; y cuyo origen se remonta tan alto en la serie de los siglos,

que puede decirse, que las Pirámides alcanzaron á conocer la infancia del Sol.

Un sacerdote aleman y otro francés y yo tomamos puesto en el ferro-carril, que partió á las siete de la mañana para el Cairo. Mi corazon palpitaba al sentir el tren que andaba velozmente sobre sus ruedas, subiendo la márgen izquierda del Nilo; de aquel rio, el mas famoso del mundo despues del Jordán, y cuyas deliciosas riberas, teatro de tantas historias maravillosas, habian formado el encanto de mi vida desde mi niñez.

El dia era claro y el sol reverberaba en las blancas y tránquilas aguas del Nilo ; que solo se agitaban en la parte en que se abrian paso los bajeles, que subian de Alejandria y bajaban del Cairo. La primavera comenzaba á derramar sus tesoros de abundancia y de bellezas en aquellos campos, cuya fertilidad suple al trabajo, que no le dan aquellos habitantes perezosos é indolentes, que no estienden la mano para remover la tierra y abrirle surcos, sino para coger sus frutos, y sus variadas y vistosas flores.

Me complacia con admiracion al ver las manadas de camellos que llevaban cargas,

uno tras otro, como las recuas de mulas en Antioquia y en los caminos que conducen del alto Magdalena á Bogotá. En una partida conté treinta y cuatro, entre grandes y pequeños, llevando tambien los últimos la carga. Aquellos animales son mansos y pacientes y de extraordinaria fuerza; pues Dios los crió para sufrir el calor, la sed y el hambre en aquellos climas secos y ardientes; y para soportar la barbarie de aquellos turcos que los maltratan y no les dan de comer; sin embargo de qué, en esa parte los arrieros de mi país, y creo, los de todo el mundo, no no son mas generosos y caritativos que los árabes y turcos. Cuando veo un animal flaco, sin alimento ni bebida, bajo una carga enorme en una cuesta, y que el conductor se le descarga á palos, á latigazos y á punzadas con hierro, no puedo sufrir la indignacion; y quisiera echarle la carga del animal y hacer con él lo que él hace con las pobres bestias; porque al menos el hombre tiene faltas y pecados que expiar. Detesto la gente cuya alma es estraña á los sentimientos de piedad y de compasion.

A las doce pasamos el Nilo de la izquierda

para subir por la banda derecha , y apenas atravesó el tren el grande y hermoso puente, cuando se detuvo , para que los viajeros bajasen á almorzar en un lujoso hotel francés. Todos corrieron, y con todos yo , en busca de aquel almuerzo que hacía rato que era el objeto de los pensamientos y de los deseos de todos; pero tuvo el fin que tienen todas las cosas que se desean y se adquieren por los estímulos de una pasión desordenada; pues aun no habíamos concluido la sopa, cuando dieron aviso que partía el tren.

A la voz de partida del tren hubo un movimiento unánime y desordenado en las mesas, donde habia mas de cien personas : las sillas caían, volaban las servilletas; unos renegaban, otros reconvenian al dueño del hotel; quienes al director del ferro-carril; pero lo cierto fué que todos volamos á nuestros puestos respectivos, dejando en manos del dueño de casa una contribucion de diez francos por persona, por una taza de caldo. Continuó su marcha el tren, subiendo una bellissima campiña por la banda derecha del Nilo, y encontrando á cortas distancias pequeños pueblos de aspecto miserable y triste, cuyas chozas se

alzaban bajo palmas que elevaban sus copas hasta confundirse en las nubes. Se veían hombres y mujeres trabajando la tierra en algunos puntos : sementeras de trigo que el viento mecía suavemente, y cuyas espigas comenzaban á madurar; cuadros sembrados de hortalizas y otras legumbres; plantaciones de mais madurando también, y cuyas matas no crecen mas de una vara, y el grano es pequeño como menudas perlas; se veían enfin, vacas, camellos y yeguas que pacían en la abundante y fértil yerba de aquellos campos; y, tendiendo la vista sobre aquellos risueños y variados cuadros que la naturaleza ha dibujado con su hábil mano, y embellecido con un tesoro de encantos, sin que la mano del hombre ni el arte hayan contribuido á formarlos; se veían levantarse del fondo de algunos bosquecillos, columnas de humo que indicaban la existencia de fábricas de ladrillos; y mas allá selvas de árboles y de palmeras que se elevaban hasta perderse de vista en el fondo de una oscuridad lejana.

A las cinco de la tarde se detuvo el ferrocarril en la estación del Cairo, y todos los viajeros bajamos á tomar cada uno su equi-

page, y caminar como doce cuadras para entrar al centro de la ciudad y dirigirse á los hoteles ó posadas. Es de advertir, que en todo el oriente es muy comun la cabalgata en burros, que por cierto, ademas de ser muy mansos, tienen suavísimo movimiento y siempre hay muchos en los puertos de mar y en la entrada de las ciudades, al servicio de los viajeros. Mis compañeros y yo tomamos cada uno un burro, y el dueño nos condujo al convento latino donde debíamos entregarle las bestias y el precio de su servicio.

Los padres nos recibieron con la caridad que distingue á aquellos dignos hijos de san Francisco y discípulos de Jesucristo. Les manifestamos lo que nos habia pasado en el punto donde pensamos almorzar, y les rogamos nos hicieran traer de alguna fonda que comer. Aquí comerán la sopita de nuestro padre san Francisco, nos dijeron, con una sonrisa, que espresaba ternura y amor; pero mientras que se prepara, será bueno que tomen por via de engañar el hambre, un bocado de pan y un sorbito de vino; y al instante tuvimos delante una canasta de grandes panes negros, y una ánfora de barro llena

de vino. Comimos y bebimos con alegría y convenimos de acuerdo en que aquel vino y aquel pan eran tan sabrosos, como el pan que bendijo el señor en el desierto, y como el vino que improvisó milagrosamente en las bodas de Caná. Tal era el hambre.

A las siete de la noche nos dieron una comida franciscana, pero abundante; de la que no comí sino sopa y café; porque habia quedado satisfecho con el pan y el vino. Conversamos agradablemente con aquellos benditos religiosos, que nos trazaron el itinerario de nuestra visita en el Cairo; y á las nueve nos acostamos convenidos en madrugar para dar principio á la correria.

No dormí, dominado por los recuerdos de las historias lúgubres que me habian contado en mi infancia con respecto al gran Caire, las que no carecian enteramente de verdad; pues al entrar á la ciudad habia visto su aspecto tétrico y ruinoso; su cielo cubierto de densa bruma; sus calles estrechas, oscuras, torcidas y llenas de rincones tenebrosos; sus volcanes negros y sus bancos de arena que la rodean por una parte; porque está situada en la boca del desierto.

Al dia siguiente me levanté á las cinco, y despues de celebrar el santo sacrificio, lo que hicieron tambien mis dos compañeros. tomamos café y nos dispusimos para ir á visitar el árbol y la fuente de la sacra familia, tan venerados en aquellos paises, que conservan la tradicion sagrada de aquellos sitios, cuya historia conocen todos los pueblos, por que hasta las nodrizas la refieren con ternura maternal á los niños, junto á la cuna en que duermen dulcemente su inocente sueño.

Como dije al principio de este libro y lo repito ahora, procuré tomar los informes de los lugares que visitaba, de personas competentes y que me dieran garantias, de veracidad; pues desconfio mucho de esos cicronesó dragomanes de plaza, que solo tienen interés en los francos que les pagan los viajeros, y no en transmitir les noticias ciertas y darles informes ecsactos de los lugares que desean conocer y estudiar. Fué, pues, en el Cairo que viajé la primera vez con dragoman; porque los padres no pudieron acompañarnos aquel dia, pero nos dieron un turco cristiano, y nos dijeron que aquel con-

ductor conocia los lugares que íbamos á ver, y que tuviéramos fe en sus relaciones, porque era entendido y verídico.

Montamos en los burros y comenzamos á atravesar calles llenas de recodos oscuros; á ver fisonomías, vestidos y objetos estraños, y á confundirnos cada vez mas en aquel laberinto de calles, plazas, bazares de comercio, pequeños bosques á manera de jardines, hasta que salimos de la ciudad. Estábamos ya en el campo y el sol se levantaba en oriente y comenzaban á inflamarse aquellos arenales en que se hundian los burros, como si caminaran por un terreno fangoso.

A la derecha habia un largo volcan de peñas negras como carbon, que bañadas por los rayos del sol daban un brillo siniestro, como el de una lámpara que arde detras de una cortina negra; ó como el reflejo de una lámina de acero agitada á media luz entre la claridad y las sombras. A la izquierda un espeso bosque de gigantescas palmas, contrastaba con la desnudez de aquel peñon sin un arbusto, ni una yerba, ni una paja seca siquiera, que se moviese para dar alguna señal de vida : su tristeza era como la tris-

teza de la muerte, y su silencio, como el silencio de la nada.

Continuamos por aquel arenal hasta que se terminaron por un lado la roca árida, y por el otro la selva frondosa y fresca; y entramos en una campiña cultivada y alegre por sus sementeras, sus árboles, sus matorrales de cañas elevadísimas é inclinadas formando arcos sobre el camino y algunas flores dispersas en las márgenes de un arroyo murmurador, que regaba la pradera. Al fin de aquel campo, imagen de la vida que se encuentra despues del sepulcro, pasamos un pequeño pueblo de calles estrechas y desaseadas, y donde salieron multitud de personas casi desnudas, á ofrecernos algunas frutas del desierto y huevos cocidos.

En todas las poblaciones de las riberas del Nilo, la gente del pueblo se alimenta con unos huevos lo mismo que de gallina, que deposita en abundancia cierta clase de aves en las selvas : yo no conocí las aves, pero sí los huevos, que los veia vender en los mercados y en las calles, desde Alejandria. Yo no comi nunca dichos huevos, pero compré unas frutas por no descontentar

á aquellas gentes, y despues las di al dragomán.

Ya comenzaba el sol á quemar como fuego y aquellas arenas á brillar, como espejos á los rayos de la luz, ofendiendo notablemente la vista, cuando llegamos á un bosquecito de arbustos muy coposos parecidos al arrayán: por debajo se andaba sin dificultad sobre un suelo ameno, sin malezas de ningun genero, cubierto de hojas secas, y que convidaba al viajero á descansar y dormir bajo su dulce sombra; y en sus ramas diversos pajarillos revoloteaban haciendo oír su dulce cancion. En el centro de aquel bosque se alza con majestad la famosa encina de la Virgen, como del fondo de un corazon solitario se alza, para consolar sus penas, un recuerdo de la vida eterna. A la sombra de aquel árbol sagrado dice la tradicion constante de aquellos pueblos, que se sentó á descansar la sagrada familia, cuando huyendo de la persecucion de Herodes, vino de la Judea á refugiarse á Egipto. Creo que el árbol sea un sícómoro, porque así me lo dijeron y porque se parece mucho á los que conocí con ese nombre en Jerusalem. No es elevado, pero

tiene muchos brazos, que se estienden á todos lados y forman una gran sombra circular, que cubre un patio sin mas basura que las hojas que caen de sus ramas. Estiende hasta mucha distancia y en diferentes direcciones sus gruesas raices, y en la base tiene bambas, como los corpulentos cedros en mi país, y como las seibas de las orillas del Magdalena y del Cáuca. En el pié hay una abertura en forma de nicho donde puede caber el cuerpo de un hombre sentado, pero no la cabeza, ni las piernas. No se comprende como se hizo aquella abertura en que no se ven vestigios del hacha, ni del fuego y que no está húmeda, ni seca, ni carcomida; sino que tiene la cáscara ó corteza verde como el resto del árbol.

Solo puedo decir que la vista de aquel árbol trajo á mi memoria la representacion de mis padres, de mis hermanos, de mis amigos y de mi patria, con todos los recuerdos de mi vida. Las mas tiernas y dulces memorias del hombre, son las que le recuerdan su infancia; y aquel árbol era el tema de las piadosas relaciones, que yo oía con suma atencion cuando era niño; que se grabaron inde-

leblemente en mi memoria y en mi corazón, y que se avivaron mas y mas en aquel momento en que me hallaba bajo su sombra, recostado á su tronco y oyendo el rumor de sus hojas mecidas por el viento; que parecia contarme por sí mismas aquella dulce historia, que llenó de encanto los primeros años de mi vida. Sí, muchas veces mis ojos derramaron lágrimas de compasión y de ternura al oír decir, que la Virgen y san José iban peregrinos huyendo de Herodes, que buscaba al niño Dios para quitarle la vida; que sedientos y fatigados de caminar por los arenales del desierto de Egipto, se sentaron á descansar bajo la sombra de un árbol; que pasaron allí la noche y habiendo visto algunos soldados, temieron por el niño; pero que el árbol abrió su tronco para esconder á Jesús. Todos esos recuerdos me conmovieron tanto, que á las lágrimas de niño agregué las de hombre, derramadas con placer bajo las ramas de la misma encina, objeto de la historia. Con alguna dificultad logré subir á sentarme en sus brazos robustos y estendidos, y cuando habia comenzado á coger algunas hojas y á desgajar pequeños

ramos para llevar conmigo, como dulce y sagrada memoria, se acercó un oficial bien vestido con su tragemilitar, y me dijo en francés, pero con amabilidad y cortesía, que no cogiera nada; porque era prohibido, y me dejó llevar lo que tenia ya en las manos: era el guardian de aquel árbol, que siempre está custodiado por el gobierno, para impedir que lo destruyan las muchas gentes del país y extranjeros que lo visitan. Yo obedecí al centinela y me bajé dándole gracias por su buen trato, y haciéndole entender la satisfaccion que yo sentia, al ver las personas que cumplen con celo su deber.

Por ahí cerca habia unas columnas muy elevadas, que parecian de granito con muchos geróglis, y cuya antigüedad se remonta segun dicen, al tiempo de los Faraones. Aquellas columnas competian en elevacion y majestad, con varias palmas que se destacaban en aquel mismo punto, como centindas colocados en la puerta del desierto. Yo quise avanzar é internarme mas; pero me dijo el dragoman que debiamos volvernos; porque de aquel punto no se podía pasar sin esponer se el viajero al peligro de ser atacado, por

salteadores; pues como hé dicho ahí comienza el desierto. Regresamos por el mismo camino envueltos en los torbellinos de arena que levantaba el viento, y abrasados por el sol; y á las doce del dia llegamos al convento donde los padres nos esperaban para comer.

Despues de la comida y de rezar vísperas, un padre nos acompañó á visitar un famoso santuario ó capilla levantada en el sitio, que ocupaba la casa donde vivieron san José y la Virgen con el Niño, durante su permanencia en Egipto. En aquel lugar habitan dos religiosos españoles, que celebran el culto y cuidan de aquel venerable santuario ;

La iglesia es pobre, pequeña y húmeda, edificada sobre un subterráneo á donde se baja por una serie de escalas de piedra, que se conoce ser muy antiguo. En aquel subterráneo no hay nada mas que la sagrada y dulce memoria de haber ecsistido ahí la casa donde se hospedó la santa Familia; y en la capilla superior hay varias pinturas relativas todas á la huida á Égipto. ¡ Oh ! cuán elocuentemente hablan al alma aquellas pinturas, vistas en aquellos sitios, que representan á la Virgen Maria montada en su borriquito, con el

divino Niño en los brazos, y al santo José apoyado en su baston de peregrino, caminando por aquellos arenales solitarios, y deteniéndose por instantes á respirar en las fajas de sombra, que proyectaban en la ardiente arena, los ramos de las palmeras.

Al ponerse el sol volvimos al convento y subimos á una azotea desde la cual, yo me entregué á la triste contemplacion del panorama que se presentaba á mi vista : mis ojos se paseaban por sobre los techos de aquella gran ciudad, cuya arquitectura y antigüedad le dan el aspecto lúgubre que caracteriza la vejez y las ruinas. Las sombras que dejaba el sol en su ausencia unidas á las de la selva cercana, se estendian sobre las llanuras del Nilo, y al través de una atmósfera densa y oscura, se veian las Pirámides en el confín del horizonte, como columnas gigantescas levantadas para sostener en las alturas, la inmensa cúpula del firmamento. La vista de la naturaleza y particularmente la de las ciudades, es aterradora despues de ponerse el sol. Parece que en la sucesion constante del dia y la noche, ha querido Dios darle al hombre una imágen de la vida y de la muerte. El silencio es siempre

aterrador; pero lo es mucho mas, cuando es interrumpido por ciertos ruidos ó voces indefinibles, que en vez de consolar, le imprimen un carácter mas imponente de espanto y de terror. Sí, el silencio que reinaba en derredor de mí, era mas melancólico y terrible por algunos golpes lentos que resonaban, por gritos que no sabia yo de donde salian, y por mil murmullos incomprensibles, que el viento traía de lejos para repetirlos en secreto á mis oídos.

Muy triste fué aquel momento para mí que estaba acostumbrado á gozar á la misma hora espectáculos de magnificencia y de alegría en mi país, principalmente en Antioquía. Muchas veces sentado en un banco á la puerta de la casa del labrador, ó recostado sobre la blanda yerba de alguna colina, admiraba yo con inefable gozo los arreboles de la tarde, jugando con las sombras de las montañas, como para imprimirles sus resplandores de púrpura y de nácar. El toro pitaba orgulloosamente para reunir el ganado en los prados de dormir, y escarbando en la tierra, alzaba sobre su erguida cornamenta nubes de polvo; mientras que el gallo, mas orgulloso que

Júpiter en el Olimpo, se paseaba en el gallinero, espresando con trescantos la órden de su absoluta dominacion. Las vacas con aquel instinto de madres, llamaban con afán á sus becerros para lamerlos con amor, mientras que los sustentaban con su tibia y dulce leche. Las aves se cruzaban en diferentes direcciones, anunciando con algun silbo melancólico ó con un canto tierno, que era la hora de retirarse á sus nidos; y, entretanto, gemian las páloras, cantaban los gorriones y revoloteaban las golondrinas, entrando y saliendo á sus casas, fabricadas bajo el techo de la habitacion campestre.

El sol descendia con lentitud en en el poniente, tiñendo de carmin y rosa las elevadas crestas de la cordillera occidental, al mismo tiempo que se levantaba con magestad la luna en el oriente: parecian los dos platos luminosos de la balanza en que el Señor pesaba el universo, desde el trono de su poder y de su gloria, colocado en el zenit del firmamento.

Unos momentos mas y se veía venir la fila de peónes con sus herramientas de labor al hombro, y trayendo en las manos, el uno un manojo de espigas ó de mazorcas, otro un

ramo de flores; este un madero con los panales de una colmena, y aquel un tercio de leña para soplar el fuego, en derredor del cual se sentaban presididos del patron de la familia, á rezar el rosario y á cantar la magnífica, el Ave María y otros alabados.

Despues de la cena resonaban los campos con dulces canciones acompañadas de la guitarra, la bándola y el tambor, encadenando unos en otros versos populares, verdadera poesia en que no hay nada forzado, ni fingido, ni aparente; porque es la imágen viva de los sentimientos del alma y la espresion mas sincera de los afectos ardientes del corazon. Despues todos saliamos á divertirnos viendo la larga fila de llamas, que devoraban los pajonales de una loma; el incendio que en la pampá de una cordillera distante consumia el viejo tronco de una encina; las hogueras de los hornos en las estancias vecinas, y el fogon á cuya luz blanqueaba la tolda de los arrieros acampados en la orilla de un camino.

Aquella inocente y encantadora vigilia terminaba por levantar todos, los ojos para ver la alegre y consoladora luz de innumerables estrellas, que brillaban en el azul del

cielo, como otras tantas miradas de misericordia, que Dios fijaba compasivo sobre las miserias del mundo.

Un recuerdo trajo de improviso á mi imaginacion aquellas encantadoras escenas de mi patria, que contrastaban tan tristemente con los cuadros que tenia á mi vista, y me hacian pensar que estaba muy distante de mi país: estaba en Egipto. Bajamos á la capilla para rezar el rosario y demas ejercicios devotos con los padres; y luego cada uno se retiró á su respectiva estancia, para visitar á la siguiente mañana las famosas pirámides. A las seis estaban en la puerta del convento los borricos preparados para partir la caravana acompañada de un religioso y de un dragoman.

Mas de 50 pirámides se han encontrado dispersas en Egipto; pero 6 son las principales, que forman un grupo y se denominan por antonomasia con el eterno nombre de «las pirámides de Egipto,» y que distan cuatro leguas de la ciudad. Comenzamos, pues, á caminar por una dilatada llanura para pasar el Nilo en una canoa, por la parte que forma una isla á cuyo extremo hay un pozo y una columna, en que están las medidas de lo que deben levantar-

tar las aguas, para que las cosechas sean fértiles y abundantes. A este monumento le dan los egipcios el nombre de « Nilómetro »

Caminábamos á veces bajo la sombra que daban algunos árboles, y otras al descubierto sobre un suelo fangoso de arena ; pero aquella planicie cruzada por canales, no terminaba nunca; y las deseadas pirámides parecían el fantasma engañador de la felicidad en el mundo : mientras mas caminábamos con gran fatiga, mas se alejaban de nosotros; pero halagándonos siempre. Al fin llegamos y nos detuvimos á reposar al pié del mayor de aquellos colosales monumentos. Empezamos despues de algunos instantes el difícil y penoso ascenso, hasta la mayor altura de aquella inmensa mole de peñascos hacinados unos encima de otros ; y su elevacion me habria sorprendido de un modo extraordinario, sino hubiera yo subido antes á la cruz que corona la cúpula de San Pedro. Cuando acabamos de subir á la plataforma ó meseta que domina, yo estaba tan fatigado que tuve que acostarme en una manta mientras pasaba un vértigo que me trastornaba la cabeza.

Luego cantamos el himno Magnificat y reza-

mos el salmo 113 que comienza : « En la salida de Israel de Egipto, la casa de Jacob de en medio del pueblo bárbaro. »

Miradas mas dolorosas no echara el gran caudillo del pueblo de Dios desde las cumbres del monte Nebo, sobre el país de Canaan, que las que yo dirigia desde la encumbrada cima de aquella pirámide, sobre el país de Egipto, que ha llenado de páginas admirables é interesantes los anales de la humanidad, y la historia del mundo. ¡ Ah ! con cuanta energía se despiertan los recuerdos de los sucesos á vista de los lugares donde se verificaron. Parece que todos los objetos hablan un idioma que no se oye, pero se comprende ; que todas las hojas de los árboles son páginas de una historia ; que todos los monumentos acreditan la verdad de las relaciones misteriosas, que zuzurra el viento, que repite el murmullo de las aguas, que pregonan los ecos del desierto, y canta con dolorosos gritos el ave de los bosques en su morada solitaria.

Acontecimientos extraordinarios se verificaron en el territorio que abrazaba con mi vista; y que parece lo escogió Dios para manifestar en él al universo, los portentos de su

sabiduría y de su poder; y dar principio al desarrollo de los planes maravillosos de su misericordia, con respecto á la humanidad y á sus destinos inmortales. Vivamente y con toda su ternura se presentó á mi imaginacion la historia de José, objeto del odio producido por la envidia de sus hermanos, y víctima despues, de las calumnias forjadas por la pasion desordenada de una mujer. Parecíame verle en la cárcel, esplicando los sueños funestos del copero y del panadero del rey, é interpretando con espíritu profético las visiones misteriosas de Faraon. Parecíame que veia salir del Nilo las espigas vacías y las fértiles, las vacas flacas y las gordas, que simbolizaban el hambre y la abundancia, que sucesivamente vendrian sobre la tierra de Egipto, y cuya circunstancia elevaba á José en la corte de los Faraones, y dió ocasion al establecimiento del pueblo de Jacob en aquel poderoso reino. Todas las voces, todos los acentos, todos los rumores y todos los murmullos venian á repetir en mis oidos aquella frase cuya profunda y sublime ternura ha conmovido en el mundo todos los corazones: Yo soy José, vuestro hermano, ¿ vive mi

padre aun ? » Y aquella otra que encierra una ternura mas sublime y mas profunda todavia : « Veré á mi hijo antes que yo muera : este es mi único consuelo y la única esperanza que reposa en mi corazon. »

En la orilla y á la sombra de los cañaverales veia flotar sobre las apacibles y tranquilas aguas del Nilo, la cestilla de juncos en que Moises fué salvado por la hija del mismo rey, que decretó su muerte, sin compasion de la infancia y la inocencia. Mucho hay que temer de los poderosos cuando no son guiados por el espíritu de Dios y por el sentimiento de la virtud ; porque todo lo sacrifican á su política y á su ambicion de poder y de mando. Dios obliga á los malos á trabajar, sin que ellos lo entiendan, en conformidad con los fines de su sabiduría y de su divina voluntad ; y cuando los impios en el delirio de su soberbia, piensan haber consumado sus obras de iniquidad, no han hecho mas que labrarse su propia ruina, preparar nuevos triunfos á la justicia y elevar eternos monumentos á la gloria de Dios.

Faraon viéndo que Israel se multiplicaba en su reino, tuvo recelo de su poder en el por-

venir, ó temió que se escapase de su servidumbre aquel pueblo, que tenia oprimido con su bárbaro despotismo en la mas oprobiosa esclavitud. Pero en vano : era preciso que en su mismo palacio y al abrigo de su púrpura fuese criado y recibiese educacion el hombre extraordinario, que habia de libertar la nacion escogida, y debia ser el ministro de la justicia divina ante un potentado, que desobedecia las órdenes de Dios, y pretendia burlarse de su poder. Moises es el mensajero de los mandatos de Dios al soberbio sucesor de Sesostris ; él es quien confunde la sabiduría de los magos y los vence; quien convierte en sangre las aguas del Nilo, y hace venir sucesivamente muchas y espantosas plagas sobre la tierra de Egipto, y la convierte en teatro de la cólera del Dios, con quien habló en el monte Oreb ; de aquel Egipto en que parece todavia, que se ve brillar por las noches, la espada del Angel exterminador.

Sí : seguramente yo tenia á la vista el punto mismo donde nació Moises y donde fué salvado de las ondas del Nilo : Moises, la figura mas gigantesca y noble que viera jamas la humanidad en sus anales : Moises, el histo-

riador de la Creacion, el que conversaba cara á cara con Dios, de cuyas divinas manos recibió el código mas santo y el único perfecto que han visto las naciones ; Moises, que vió el espíritu del Eterno paseando entre tinieblas sobre la superficie de las aguas; que oyó salir de la boca de Dios el « Hagase la luz » y contempló los primeros rayos que el sol, la luna y las estrellas derramaron sobre el universo para iluminar y desterrar sus eternas sombras ; Moises, en fin, que oyó al Eterno convocando á la augusta Trinidad, para hacer el hombre á su imagen y semejanza.

Si se esceptuan la Judea y el Jordán, no se encontrarán en el mundo un país y un rio tan célebres como el Egipto y el Nilo, por la multitud y diversidad de sucesos maravillosos que se verificaron en ellos ; pues tambien tenia á la vista los caminos que recorrieron, y el punto donde habitaron José y María con el Hijo de Dios, perseguido desde su infancia por los grandes de la tierra y por los gobiernos del mundo.

Y, Heliópolis, la ciudad del sol, y Tebas la famosa, rodeada de cien puertas, á dónde están ? Ni siquiera sus ruinas se conservan y solo

ha quedado la memoria de su grandeza en el mundo. Y Menfis, la célebre Menfis, la ciudad regia, la metrópoli del Egipto, la ruidosa y brillante corte de los Faraones, á dónde está ? cubiertas por alfombras de verde musgo, bajo la espesa sombra de mil palmeras, yacen sepultadas en eterno y aterrador silencio, las ruinas de la soberbia Menfis.

Así son todas las grandezas humanas : despues de haber brillado por algun tiempo y llenado el mundo con su fama, caen en la oscuridad y en el silencio de la nada, sin dejar mas que una memoria terrible que debe enseñar á las edades futuras ; pero sus terribles lecciones, la posteridad por desgracia, no sabe aprovechar.

Este país, añadia yo, encerraba en su seno todos los secretos del saber humano, y sus sacerdotes depositarios de las ciencias, debian enseñarlas á todas las naciones. A la sombra de estas pirámides estudiaron los griegos la sabiduría, que despues enseñaron á los romanos en las escuelas de Atenas. Yo no sé si Virgilio escucharía las armonias de la lira, que Tirteo pulsaba al frente de los batallones de Esparta ; y si los romanos asistirían

con los griegos à los cantos de Homero; però si sé, que el Capitolio se inspiraba del Olimpo, el Senado, del Areópago, y que en el foro romano resonaban los ecos de la elocuencia de Demóstenes y de Pericles. Mil veces felices los hombres si se entregaran seriamente al estudio de la historia y aprovecharan sus enseñanzas; si aplicaran al porvenir la experiencia, las lecciones y los ejemplos recogidos en las desgracias de las generaciones que pasarón; porque entonces se convencerian de que la grandeza verdadera consiste en la práctica de la virtud y que todo poder es debilidad, toda riqueza es miseria y toda ciencia vanidad, sino conducen á la posesion de Dios.

Despues de una hora de estar entregado á las reflexiones indicadas, descendimos mis compañeros y yo de la cumbre de la pirámide, que es la mayor de todas, y lleva el nombre del monarca que la levantó, Cheops; porque las pirámides eran los sepulcros de los reyes de Egipto, y cada uno durante su reinado construía su tumba, la cual quedaba en el estado que tenía á la muerte del Faraon. Por eso hay varias pequeñas, y no faltan algunas comenzadas apenas. Se comprende que hubo

un tiempo en que aquellos monumentos fueron mucho mas elevados de lo que aparecen hoy; porque los vientos durante tantos siglos se han ocupado en la tarea de traer las arenas del desierto para amontonarlas en derredor de aquellas magníficas y antiguas construcciones; ocultando sus fundamentos y su base á la vista del observador. La altura de la primera 140 metros y 10 la cima. La segunda 135 y la tercera 66. La puerta es cuadrada por donde entra un hombre sin dificultad, y lleva á un salon que ocupa el centro. Encima hay otra sala, y en una tercera superior á las otras está el mausoleo ó sea sarcófago de granito donde depositaban el esqueleto del rey.

En Egipto habia muchas divinidades entre las cuales era distinguida la « esfinge » que consistia en un gran leon con cabeza de hombre, ante el cual ofrecian sacrificios. Se conserva cerca de las pirámides, labrado en una roca natural; pero ya ha sufrido en la cabeza algun deterioro. Los egipcios adoraban el Nilo y los Caldeos el fuego, y disputaban los dos pueblos reclamando cada uno la superioridad para su divinidad respectiva. Resolvieron para terminar la contienda, echar

una riña de los dos Dioses para conocer por el triunfo, la deseada superioridad. Los egipcios construyeron una grande estatua de madera hueca y la llenaron con agua del Nilo; y el dia de la pelea, los caldeos le metieron fuego á la estatua, que ardia con primor; pero al romper los aposentos donde estaba el agua, comenzó á salir, y desapareció el Dios de los Caldeos.

Volvimos al Cairo por otro camino en que no noté diferencia alguna del primero : los mismos canales, bancos de arena, piso fangoso en partes, bosquecillos, palmeras aisladas, soledad, silencio, ruinas, recuerdos de grandeza, memorias de la muerte y el pensamiento de que solo Dios es grande.

Al oriente del Cairo y á una legua de distancia, hay un almacén ó depósito de maderas petrificadas; pero que conservan su organismo y se conoce que son troncos y ramas de árboles. Este sitio es llamado con el nombre de « selva petrificada. » La poblacion del Cairo hoy, baja poco de cuatrocientos mil habitantes, contando en este número la multitud de extranjeros, que residen ahí por motivos de comercio y por los trabajos que se es-

lán practicando para abrir el canal en el istmo de Suez. Es digno de atencion el movimiento y actividad que se notan en aquella gran ciudad, que va poco á poco dejando de ser de los moros, para pasar al dominio de la civilizacion cristiana ; pues se ve en el Cairo, como en todo el oriente, que la raza europea va ganando terreno en todo sentido : en la arquitectura, en las artes, en el idioma, en las costumbres y en todos los usos.

Como he dicho ya, las calles son estrechas, torcidas, oscuras, cubiertas en partes por tablados puestos en desórden, ó por esteras de hojas de palma. Hay coches ó carruages; pero el uso mas comun es el de andar en borricos, que abundan por todas partes, brindados con instancia al viajero para que los tome en alquiler; recuas de camellos y de asnos trasportando diversos objetos; muchachos y ancianos vendiendo frutas y otras cosas producidas en el país, principalmente objetos antiguos, como medallas, fragmentos de idolos, pedazos de madera medio palo y medio piedra, y otras curiosidades.

Las monturas, cuyo asiento es duro como un peñasco, y los estribos unas cuerdas

de lazo ó rejo llenas de nudos, y en la punta una tablilla, para apoyar los piés.

Las mujeres montan como los hombres; pero con las piernas encogidas, cubiertas siempre la cabeza y la espalda, con un manto grande, negro ó azul, y la cara con un velo de lo mismo, ménos los ojos; presentan una figura atroz y parecen, ó son en realidad, un espanto. El manto y el velo no lo abandonan nunca, ya sea que anden montadas ó que vayan á pié; y en las orejas, el cuello y las manos, llevan por adorno cadenas ó sartas de cobre.

Los hombres del pueblo visten por pantalon una larga y ancha túnica de género, por lo comun blanco ó azul, que atan abajo en los tobillos y forma bombas ó globos entre las piernas; chaleco y chaqueta y un gran pañuelo blanco ó amarillo retorcido y envuelto en derredor de la cabeza, en forma de turbante, y zapatos de tafilete rojo, con la punta levantada, como un cuerno. Este es el vestido comun en aquellos países, con la diferencia de que los ricos y las clases altas, lo llevan de seda, de otras telas preciosas, y las mujeres llevan oro y perlas en vez de cobre. Es

cosa curiosa y muy divertida andar por los bazares, las aceras y las tiendas cubiertas con esteras de hojas de palma, para ver aquella profusion asombrosa de riquísimas sedas, de alfombras y de mil objetos mas; y al lado los turcos sentados en el suelo con las piernas cruzadas, la cafetera al lado en su hornilla, las tazitas de hermosa porcelana, el canasto lleno de tabaco picado y la pipa siempre en actividad, que desde un gran frasco de cristal con agua, envia á la boca del fumador, bombas de fragante humo por un largo tubo flexible, de color de rosa ó de coral, hecho roscas ne partes, como los anillos de una serpiente.

Hay multitud de mezquitas entre las cuales se distingue la de Mahomet Ali, edificada sobre una colina y llena de molduras, alfombrada y con muchas lámparas y arañas; los muros y paredes son de mármol, y de alabastro las columnas que sostienen una gran cúpula, rodeada de otras cuatro mas pequeñas, y cubierta de seda; se veia el mausoleo del bajá, por entre una balaustrada de metal. Hay otras mezquitas notables; muchas capillas cristianas, pertenecientes á griegos, maro-

nitás, armenios y coptos; y tambien algunas de sirios y caldeos. Hay bellos jardines, alamedas de árboles imitando bulevares; multitud de fuentes de donde se provee la poblacion, sacando el agua en ollas de lata ó de otro metal, prendidas al extremo de una larga cuerda, que por lo comun es una cadena de hierro: hay muchas escuelas de niños y niñas, y tambien enseñanzas de clases mayores, entre ellas la de medicina. Hay en fin, un hospital, una imprenta y una fábrica de cañones.

Basta poner el pié en las regiones de Asia y Africa, y echar una mirada de comparacion entre aquellos desgraciados países y Europa, para ver la asombrosa diferencia entre la obra de Jesucristo y la de Mahoma; entre los progresos de la Cruz y los del coran, y entre las influencias respectivas del Evangelio y del alcoran, sobre la suerte de las naciones y los destinos de la humanidad.

Despues de tres dias de permanencia en el Cairo, regresé á la ciudad de Alejandro, la famosa corte de los Ptolemeos, tan poderosa por su comercio con todo el mundo y en particular con el oriente. Toda su grandeza cayó bajo la espada esterminadora de Omar,

y no quedaron siquiera vestigios de sus millares de soberbios palacios, de sus embelesadores jardines y de su biblioteca, que contaba setecientos mil volúmenes y era la mas numerosa y rica, que se conocia en aquellos tiempos.

Como ya habia visitado aquella ciudad y dió la buena suerte que al siguiente dia partia un vapor para Italia haciendo escala en Constantinopla, aproveché el momento de darse á la vela, aunque separado de los compañeros, que se quedaron esperando el buque que debia llevarlos á Marsella. La divina Providencia y la Reina del cielo que me protegian, proporcionaron que, un religioso español que habia ido á llevar limosnas á Jerusalem, y estaba ya de regreso, y un misionero que venia de Damasco con licencia, á ver á sus padres que vivian en Padúa, tomaron la misma ruta que yo, y nos embarcamos juntos esa misma noche, porque temiamos que el vapor partiera antes de amanecer.

A las seis de la mañana partió del puerto de Alejandria para Constantinopla el vapor llamado el *Califa* , dirigido por un capitan turco, y á las doce del dia ; ya

habia perdido de vista la tierra. El buque navegaba por un mar constantemente agitado, como lo son de ordinario los mares del levante, y aquel dia pasé en las agonias del mareo; pero al siguiente me sentí mejor y pude pasar en cubierta, para ver el espectáculo del cielo y del mar, y el sol plateando la superficie inmensa de las aguas.

Por la noche tuvo lugar un incidente que merece ser referido; porque encierra enseñanzas que debemos aprovechar, y ejemplos que todos debieramos imitar. El religioso español con quien me junté en Alejandria, se llamaba fray Juan, y habia estado algun tiempo en las repúblicas de Chile y del Perú, en los conventos de su órden; y conocia el valle del canca hasta Cali á donde lo habia mandado su superior. Era un hombre ilustrado, conocedor del mundo y de un genio festivo y alegre como es siempre el espíritu de los que se emplean en el servicio de Dios y en las obras de caridad para con los prójimos. Lo habian mandado á llevar á Roma y á Jerusalem las limosnas que se coleccionan en el Perú y en Chile, para socorrer al Santo Padre y ausiliar á los conventos de mi-

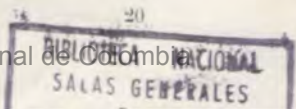
siones de la tierra santa, cosa que debiera hacerse tambien en mi patria y no se hace ; porque allá el gobierno en vez de dar á la Iglesia, la despoja de lo que tiene, y profesa el principio de que los gobiernos sean ateos.

Sí, aunque me sea doloroso, tengo que decirlo ; en mi patria se prescinde de los deberes que tenemos respecto del Padre comun, de la obligacion en que estamos de trabajar por la conversion de los infieles, como la primera obra de misericordia, como la mas grande virtud delante de Dios, y como el acto mas heróico de caridad para con el prójimo ; pero no se prescinde del charlatanismo que predica sin cesar civilizacion, progreso, libertad y tolerancia, cuando no somos mas que el escándalo de los pueblos católicos, el objeto del desprecio de las naciones cultas y el ridículo carnaval que divierte al mundo.

Eran las ocho de la noche y fray Juan y yo conversábamos de la situacion de las repúblicas ispano-americanas con respecto á la Iglesia. Yo noté que á nuestro lado estaba un hombre atento á lo que conversabamos, con la cabeza baja, pensativo y silencioso ; y al hacer nosotros una alusion al estado de opre-

sion en que se encuentran los católicos de Polonia, aquel hombre levantó la cabeza y nos dijo en buen castellano : señores, ¿ han estado VV. en Polonia? No, Señor; le contestamos; pero conocemos su historia. Pues yo soy polaco, añadió él, dando un suspiro que parecia arrancado de lo mas profundo de su corazon; sí, yo soy polaco católico, apostólico romano y víctima del odio de aquellos bárbaros cismáticos contra mi fe y mi religion. Hace diez años, continuó diciendo, que cien jóvenes y yo con ellos, tomamos las armas cansados de sufrir el mas horroroso despotismo impuesto á nuestra conciencia y á nuestra libertad; nos batimos con los esbirros de la tirania; nos vencieron porque eran muchos y nosotros pocos; la mayor parte de mis compañeros quedaron en el campo; y de los que escapamos, todos heridos, unos fueron á expiar el crimen de no querer apostatar de la religion, á los eternos hielos de la Siberia; y yo con unos pocos, no sé porque, no fuimos á Siberia, pero nos desterraron perpetuamente de Polonia. Yo me fui á Méjico donde estuve seis años, y hace cuatro que vine á Europa y pasé al Asia,

y ahora regreso á Europa ; porque las puertas de Polonia estarán siempre cerradas para mí ; yo no aspiraré nunca el aire de mi patria y mis ojos no volverán á ver jamas los objetos que mi corazon ama. A pesar de la civilizacion de Europa, á pesar de los pactos de los gobiernos : á pesar del derecho de gentes y de las ideas que están en voga en favor de la libertad, y de la libertad de concencia, nadie se acuerda de mi desventurada patria ; nadie echa una mirada de compasion sobre nuestra deplorable suerte ; solamente un hombre en el mundo se acuerda de nosotros, defiende nuestros derechos, reclama nuestra libertad y protesta contra el yugo que nos imponen : ese hombre es el Papa, y por consiguiente el Papa es el único soberano que merece mandar en el mundo, porque es el único que manda como padre, el único que defiende la dignidad humana, el único que reclama y sostiene los derechos y la libertad de los hombres y de los pueblos en cualquier region de la tierra donde moren. Cuando hubo concluido estas palabras, nos suplicó nos acercacémos con él á uno de los fároles del buque que estaba



cerca de nosotros ; y, desabrochándose el saco, abrió la camisa y nos dijo : hé aquí los testigos que acreditan mi amor á mi religion y á la libertad de mi patria, y nos mostró las grandes cicatrizes de cuatro heridas de bala y de sable, que tenia en el pecho y en los brazos. A la luz del farol ví dos lágrimas que brillaban inundando sus ojos; su larga cabellera bajaba hasta sus hombros, y su barba que comenzaba á emblanquecer, daba sombra á su corazon, que latia en su pecho.

Tanto el padre Juan como yo, tratamos de calmar la pena producida por la revolucion moral, que aquellos recuerdos habian obrado en un espíritu tan superior; y el religioso le citó algunas palabras del sublime sermon predicado por nuestro S. Jesucristo en la montaña . Bienaventurados los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia y padecen persecucion por ella ; porque es para ellos el reino de los Cielos. »

Muy autorizado era el religioso para predicar aquel sermon; porque era él, una de las victimas de la persecucion de España contra los re-

ligiosos, siendo lego y jóven todavía en qué le rompieron una pierna por añadidura de algunos bofetones.

Triste fui á mi camarote pensando en aquel hombre tan digno de otra suerte; pero mi tristeza no tardó en cambiarse en indignacion al hacer estas reflexiones : no es extraño que un gobierno déspota y cismático tenga aversion á los que profesan la religion de que él ha renegado ; que le echa en cara á cada momento su vergonzosa apostasia, y que él sabe bien que, propagándose en su imperio, acabará por derribar su trono ; porque es la religion que enseña y proclama la igualdad de todos los hombres ante su Padre comun, que está en los cielos ; la fraternidad universal, la dignidad humana y la libertad del hombre. Pero, que en mi patria una turba de hombres apóstatas en secreto, pero sin valor para ser apóstatas en público : una turba con menos dignidad, con menos lógica que el tirano de Rusia y de Polonia, insulte, calumnie, persiga, encarcele y destierre á los obispos, á los sacerdotes y á los hombres que han fundado la libertad, que han civilizado el país y han dado honor y gloria á la

patria; y que esto se haga á nombre de la república, de la libertad, de la fraternidad y de la tolerancia; esto es un delito, un crimen, una barbarie; pero no es nada de esto: es una cosa monstruosa, cuyo nombre propio no registra en sus páginas el diccionario de ninguna lengua. Y ¿para qué se han invocado tan dulces nombres y se han profanado tan santas palabras en mi querida patria? ¿Ha sido acaso para mejorar la condicion moral, religiosa, literaria é industrial del pueblo? ¿Ha sido para montar colegios y universidades, para establecer casas de misiones, para crear hospitales y asociaciones benéficas en favor de los pobres y desvalidos, para promover vias telegráficas, caminos de hierro y navegacion en nuestros rios? No. Ha sido, al contrario, para arruinar lo poco que habia de esto, y repartirse entre ellos, á nombre del patriotismo, los despojos de la Iglesia y entregar al saqueo de nacionales y extranjeros, los paños mortuorios que cubren aun el cadáver de la República.

Despues de cuatro dias de navegacion llegó el *Califa* á las siete de una hermosa mañana, al famoso golfo de Constantinopla,

tan justamente afamado por la encantadora belleza de sus vistas desde el mar, á las riberas, á la ciudad y á las colinas que la rodean. Dos horas despues saltamos á tierra y fuímos el religioso, el misionero y yo á hospedarnos en un pequeño convento de franciscanos, que hay en la ciudad, donde nos recibieron con aquella caridad que distingue á todos los conventos católicos de oriente.

Despues salimos á dar un paseo, comenzando por visitar la catedral de Santa Sofia, que me gustó mucho, aunque yo tenia de ella una idea superior; pues esto sucede siempre que uno ha oido alabar mucho alguna cosa, que cuando la conoce la encuentra inferior al ideal que se habia formado en la imaginacion. El primer recuerdo que trajo á mi memoria la vista de Santa Sofia, fué el de san Juan Crisóstomo, aquel grande Obispo, aquella magnifica trompeta del Espíritu Santo, que resonaba sin cesar en aquella misma Iglesia, contra los herejes protegidos por el emperador Arcadio y su esposa la emperatriz Eudocia; y cuyos ecos se repiten sonoramente, despues de tantos siglos, en aquella ciudad y el mundo entero.

Desde los Apóstoles hasta nosotros, y desde nuestros dias hasta el fin de los tiempos, siempre han tenido y tendrán que luchar los Obispos y los sacerdotes contra el poder del infierno representado muchas veces, y ausiliado siempre, por los gobiernos temporales; que ora con un pretexto, ora con otro, pretenden rennir á su cetro, el cayado de los pastores, y en vez de hijos de la Iglesia quieren constituirse en sus maestros y doctores. Terribles persecuciones tuvieron que sufrir Atanasio y Crisóstomo lanzados varias veces de sus sillas patriarcales de Constantinopla y de Alejandria; pero aquellos grandes doctores con mil y mil mas, dieron una leccion elocuente y severa á los gobiernos, y dejaron al clero y á los fieles, grandes ejemplos que imitar.

Constantinopla presenta desde el mar una vista pintoresca y embelesadora, por entre las hileras de árboles que rodean el Bósforo, circundada de pendientes amenas y cultivadas, de cerritos con hermosas casas, y coronada de colinas de primorosa belleza. Empero, en en el interior es como todas las ciudades de oriente; calles larguísimas, curvas, angostas,

oscuras y muy sucias ; callejuelas que dan entrada á laberintos sin salida ; multitud de edificios ó casas antiguas medio arruinadas ; innumerables mezquitas que alzan tristemente en los aires sus minaretes ; templos griegos, coptos, armenios, maronitas ; iglesias protestantes y algunas sinagogas de judíos ; todo como en el Cairo.

Hay muchos y muy buenos edificios al estilo europeo ; porque son muchísimas las familias de Europa, que viven en aquella gran ciudad, antigua sede imperial de Constantino. Hay gran multitud de perros sin dueño, vagando por todas partes, que á menudo se encuentran en manadas, que ostruyen el paso por las calles ; y dicen que de noche es preciso salir uno armado y con linterna ; porque lo atacan aquellas fieras devoradas por el hambre, pues se alimentan de los muladares ; yo no hice la esperiencia, porque no salia de noche en ninguna de las ciudades donde estuve en oriente. El palacio del sultan está en el Bósforo á la orilla del mar, es de un aspecto exterior muy hermoso, y me dijeron que interiormente es bellissimo y muy rico. Hay un patriarca armenio católico roma-

no, que reside en Constantinopla, y el patriarca latino vive en Roma.

No abandonaré el Oriente, ni diré mi último adios á las costas de Asia y Africa, para regresar con el favor de Dios á Europa y á mi querida América, sin presentar á las personas que lean este libro, tres reflexiones que creo de la mayor importancia; porque encierran grandes enseñanzas y abundancia de pensamientos en que debe meditarsemuy seriamente.

La primera se refiere á una gran peste que ha maleado los espíritus y está corrompiendo todos los corazones de una manera casi insensible; peste cuyo mortífero aliento se aspira por todos mas ó menos, y en todos los grados de la escala social; desde la choza del indigente, hasta la rica y lujosa morada de los opulentos, hasta los palacios de los poderosos y de los reyes. Esta epidemia universal que gangrena las entrañas de la sociedad moderna, y la tiene ya postrada en el lecho de la agonía, esperando una muerte segura, dolorosa y terrible, consiste en un diluvio de libros malos, de novelas, periódicos, comedias, fotografías y pinturas, que

circulan libremente y á bajo precio por todas partes, á favor de la libertad ilimitada de la imprenta, y de la tolerancia mal entendida de los gobiernos. Todos esos escritos tienen por objeto el insulto, la calumnia y el desprestigio de la autoridad divina y humana; y propagar la impiedad, para hacer á los pueblos incrédulos. Pero lo que aflige y espanta todavia mas, que la misma peste de que se trata, es la indiferencia con que los gobiernos ven y conocen el gran mal, que amenaza á la sociedad en todo lo que ella tiene de mas precioso y santo en el mundo, su religion, sus derechos y su libertad. Cuando esos escritos, fruto funesto de una prensa no liberal y libre, sino libertina y liberticida, ataca la autoridad de los gobiernos, ellos parece que se alarman; pero cuando lo que atacan es la ecsistencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, la autoridad divina de la Iglesia, los dogmas de fé, los preceptos de la moral evangélica y los derechos de la familia y de la propiedad; entónces esos gobiernos callan y dejan decir y hacer, y con su silencio é indiferencia manifiestan claramente su consentimiento y

aprobacion. Parece que Dios ha dejado caer los densos velos de la muerte sobre los ojos de los gobiernos, para que no vean el abismo abierto al pié de sus tronos, en medio de la sociedad.

Me contraeré ahora á mi país y haré la aplicacion de estas verdades tan terribles, á mi pobre patria ¿ Quien hay allá que ignore que la introduccion de esos libros funestos y la enseñanza dada por ellos en los colegios y universidades, pervirtió el entendimiento y el corazon de los que nos han precedido? ¿ Quien hay que no sepa que, esos mismos señores salieron de los colegios á propagar las malas doctrinas, que aprendieron en esos libros, y formulándolas en folletos, periódicos y hojas sueltas, las echaron á circular en el pueblo? ¿ Quien hay que no comprenda que esas teas de discordia lanzadas en medio de una sociedad pacífica, laboriosa é inocente, calentaron la cabeza é inflamaron el corazon de todos; y ese sonido de mil trompetas del infierno tocadas por hombres, despertaron todas las pasiones y las pusieron en órden de batalla, para ejercer sus instintos feroces y sanguinarios? ¿ Quien hay que

no haya visto devastados los campos de la patria, teñida con sangre inocente la yerba de los prados y cambiadas en lágrimas y luto, las dulces alegrías de la casa paterna? ¿Quién hay, en fin, que no haya presenciado con espanto y dolor, el carro fúnebre de la muerte paseándose victorioso por ciudades y pueblos, pulverizando bajo sus ruedas las ruinas de las instituciones religiosas y benéficas, creadas por la piedad de nuestros mayores, y por el celo y los sacrificios de la Iglesia y del clero?

Y, para llegar á este festin de vergüenza y de escándalo, para preparar al pueblo este espectáculo de dolor y de ignominia, era que se publicaban todos los días periódicos y folletos, se hacían reuniones y se pronunciaban discursos; todo para insultar y calumniar al Vicario de Jesucristo, y á la sagrada cátedra de san Pedro; sin respetar los Pontífices que la Iglesia ha inscrito en el libro de los santos, y ha elevado sobre los altares; todo para desprestigiar la autoridad divina de los Obispos, maestros y doctores puestos por el Espíritu Santo para enseñar y dirigir los pueblos por el camino de la ver-

dad, que conduce á la vida eterna; todo para referir anécdotas ridículas é inmorales aplicadas á los curas, que aun en el caso de ser ciertas, una pluma ilustrada, una lengua decente y una alma virtuosa las callarian por decencia y por caridad; todo, enfin para presentar al clero como un objeto de desprecio y de odio á los ojos del pueblo.

Recuerdo que leyendo yo los escritos que en abundancia producía la prensa de mi patria, despues de las columnas indispensablemente dedicadas á insultar al clero y á la Iglesia, se pasaba á hacer la apoteosis del progreso, de la libertad, de la tolerancia y de la dicha de que se goza en la república; y para que algun tonto nó fuese á dudar de que la república es el país de Arcadia, el olimpo de los Dioses, el paraíso de Adán, y algo mas todavía, algo parecido á la morada de los bienaventurados, ponian las delicias de su libertad y de sus garantías en parangon con la esclavitud, la intolerancia, la opresion y el despotismo de Turquía.

He sido testigo de lo que ha pasado en mi país desde 1851 hasta 1864, y he visitado con refleccion la Turquía, y por consiguiente, me

creo competente para juzgar en este negocio y decir lo que hay de verdad en él.

Yo fui perseguido en mi país, porque no quise aceptar condiciones, que el gobierno republicano me imponia contra la libertad de mi conciencia; se me impidió la profesion pública de mi relijion, y se me prohibió el ejercicio de mi ministerio: y esto mismo vi hacer con los obispos, con todo el clero y con los católicos. En Turquía, ante un gobierno déspota y no católico, he profesado publicamente mi relijion; he ejercido con plena libertad mi ministerio y hé visto hacer lo mismo á católicos, mahometanos, judíos, protestantes, griegos, coptos, rumenos, maronitas y armenios, sin que nadie les ecsigiese condiciones ni los molestase para nada. Y esto á la sombra del palacio del sultan en Constantinopla, junto al vizir en Alejandria, al lado del virey en el Cairo, y en presencia del bajá en Jerusalem. Ahora bien: ¿de qué lado, están la opresion, la esclavitud, la intolerancia, la carencia de libertad, la mala fe ó la ignorancia, la mentira, la burla y el engaño? ¿Están en la Turquía ó en la Republica? ¡Pobre patria mia en manos de go-

biernos republicanos, en que las cosas públicas son de unos pocos; alternativos en que alternan esos pocos y los que están abajo con el incensario; representativos de sus mismas conveniencias é intereses y responsables de nada! Sí, responsables de nada en el mundo; porque Dios les reserva para su Tribunal.

Desde Jaffa hasta Jerusalem hay en un trayecto de doce leguas, pequeños casinos á cortas distancias, donde siempre hay uno ó dos soldados puestos por el gobierno del sultan, con el fin de dar garantías y seguridad á los viajeros nacionales y extranjeros, contra toda agresion que pudieran intentar contra ellos los beduinos; y en mi país el gobierno republicano y sus otros beduinos, llevan los Obispos y los sacerdotes, hijos de la patria, á las cárceles y á los destierros; los hombres ilustres y virtuosos á las prisiones y mazmorras; los asesinan bajo pretexto de que querian fugarse, cuando no mueren en los caminos bárbara y alevosamente asesinados á manos de los esbirros asalariados por el gobierno republicano, representativo, alternativo y responsable.

La segunda observacion tiene por objeto comparar el estado de la mujer en el paganismo con la posicion de la mujer en las sociedades cristianas. ¿Qué era la mujer en la sociedad pagana? Era el ser mas desgraciado, abyecto y envilecido. No era persona, sino cosa destinada al uso y al abuso del hombre; no era su compañera, sino el instrumento que servia á sus caprichos, placeres y deleites; instrumento que él cambiaba segun las ecsijencias de sus pasiones, que repudiaba con frecuencia, que sacrificaba muchas veces y que abandonaba siempre. Era como una delicada y hermosa flor que coge un niño, y despues de haberla maltratado entre sus manos, de haber deleitado sa vista con su belleza, y de haber aspirado sus perfumes, arranca sus estámbres, despedaza sus corolas y las arroja entre el polvo y el fango de la tierra.

Hoy mismo, á pesar de los resplandores que ha irradiado el catolicismo en las naciones bárbaras, modificando mucho las costumbres paganas; hoy mismo se comprende bien cual seria la situacion de la mujer entre los gentiles, por lo que se ve en

las naciones donde no reina el cristianismo.

En todas las ciudades, pueblos y aldeas que visité en oriente, tuve á la vista algunos casos, que me sugirieron estas reflexiones con más viveza que las lecturas de la historia. Los hombres poco trabajan en aquellos pueblos; pues todas las faenas de la casa y familia, tienen que desempeñarlas las pobres mujeres, bajo la vigilancia de los maridos. Varias veces y en diferentes puntos ví la mujer, que llevaba uncántaro de agua en las manos, en la espalda un tercio de leña y sobre él su niño de pechos; mientras que el marido iba detras sin mas carga que la de la gran pipa en que iba fumando. Algunas veces presencié la misma escena, de seis mujeres agobiadas bajo enormes pesos, y los maridos en pié con la pipa en la mano, y reprendiéndolas con groseria é insultos, segun me dijo el padre que me acompañaba, que entendia la lengua de aquellos bárbaros. Recordé entónces las recuas de mulas en mi país oprimidas por grandes cargas y desfilando bajo el insulto y el látigo de los caporales. En diferentes puntos tomé informes de los padres sobre este negocio, y me dijeron

que, aquella es la costumbre del país; y esto á pesar del Evangelio que se predica ya en aquellas comarcas; á pesar de los ejemplos de las muchas familias católicas, que residen en ellas.

¿ Como seria, pues, en las edades paganas antes de la venida de N. S. Jesucristo; del establecimiento de la Iglesia y de la predicacion del Evangelio en el mundo?

Son incalculables los beneficios que la humanidad debe á la religion; pero la mujer en particular, es deudora al clero y á la Iglesia, de una suma inmensa de respeto, de gratitud y de amor; porque es el clero católico el que la ha sacado de la situacion humillante en que la tenia sumida el paganismo; es el clero el que ha borrado la marca de su degradacion; ha realzado su dignidad, ha reivindicado sus derechos y la ha colocado en una posicion elevada, noble y ventajosa, en medio de la familia y de la sociedad. Sí, fué el clero quien repitió al mundo con firmeza las palabras del Divino Maestro, diciendo á los hombres: « Ya la mujer no es mas vuestra esclava, es vuestra compañera; y por eso dejará el hombre á su padre y á su madre

y se unirá á su mujer y serán dos en una carne. »

Por eso es imperdonable la ingratitud de la mujer á la Iglesia; por eso es que son tan dignas de lástima y hasta de desprecio las mujeres, que la echan de *despreocupadas*; y, siguiendo el espíritu del siglo quieren hacerse las doctoras para enseñar á los maestros y doctores, que tienen el majisterio de la fe y de la enseñanza en la Iglesia; por eso es que hacen un papel tan degradante y tan ridículo ciertas señoritas, no muy aplicadas al catecismo, pero si á las novelas y cuentos; que en la tertulia, en el paseo, en el festin y en el baile, saben decir contra la Iglesia y el clero, cuatro lindezas que aprendieron en la novela, ó en el periódico, ó en el discurso, ó en el brindis de algun demagogo. De seguro que no faltarán necios que admiren y apláudan su talento y su instrucción; pero de seguro tambien, que ellos serán cuerdos para no tomarlas por esposas.

Las mujeres imitando el ejemplo de María Santísima y de las mujeres piadosas de Jerusalem, deben ponerse siempre al lado de los Apóstoles, y no colocarse junto á los hombres

malos é impíos, como Jesabel, Herodías, y Safira, para hacer la guerra á los hombres de Dios. Y, tengase en cuenta que no les vale la disculpa de que deben seguir las opiniones y las doctrinas de sus padres y de sus maridos; porque en puntos de fe y de doctrina relijiosa, hay una autoridad superior á la del marido y el padre: la autoridad divina de la Iglesia: esas esposas y esas hijas no son sordas para no oír las amonestaciones y los preceptos de la Iglesia, ni son ciegas para no ver el camino que llevan los Pastores.

La tercera reflección que me inspiraron las observaciones que hice en oriente, es esta: nuestro Señor Jesucristo viendo la ingratitud de los judíos á sus beneficios les dijo: «Será quitado de entre vosotros el reino de Dios, es decir la relijion, y se dará á otras gentes que hagan ó produzcan frutos dignos de ella.» Esta terrible amenaza se cumplió al pié de la letra; porque la relijion que nació en oriente, fué estendiéndose hácia el occidente y dejó en tinieblas aquellas regiones, que primero iluminara con su divina luz.

Empero, hoy se nota un movimiento que

indica el regreso de la religion á las regiones orientales; abandonando el occidente á las sombras del error en que lo han envuelto, las tendencias marcadas del mundo á volver al paganismo. Al paso que el cristianismo pierde terreno en Europa y América, por causa de la indiferencia y la persecucion de los gobiernos y de los pueblos, lo va ganando en Asia y Africa, á favor de la tolerancia de los gobiernos y protegido por el vapor, el ferrocarril y el telégrafo, que Dios hace servir á sus designios y á la propagacion de la verdad en aquellas naciones, que por tantos siglos han estado sentadas bajo las sombras de la muerte.

Lo que no pudo hacer la Europa coligada, enviando centenares de miles de soldados conducidos por emperadores y reyes durante las cruzadas, lo van haciendo lentamente los misioneros católicos, sin mas dinero que el óbolo que dá la caridad pública para la propagacion de la fe, y sin otras armas que la oracion, la Cruz y la palabra de Dios. Es de temer que la terrible sentencia de N. S. Jesucristo pronunciada contre el Oriente, le toque por turno al Occidente, á causa de su

ingratitude : « Será quitado de entre vosotros el reino de Dios, es decir la relijion, y se dará á otras gentes que hagan frutos dignos de ella. »



PARTE VII

ALTA ITALIA.

Ancona. — Trieste. — Venecia. — Plaza de san Márcos. — La basílica del mismo nombre. — Puente de los suspiros. — Los *Plomos*. — El canal grande. — Padua. — Vicencio. — Verona. — Brescia, etc.

Era una hermosa mañana del mes de mayo, cuando partió del Bósforo de Constantinopla para Ancona el grande y hermoso vapor llamado « Maximiliano » cuyo capitán era un caballero natural de Ancona, hombre culto y amable, cosa que no es comun en los capitanes de buques. En aquel vapor me embarqué, y tuve ocasion de presenciar un

acto que merecerá las maldiciones del mundo; pero que revela en el hombre que lo reprimió, el mas elevado sentimiento de virtud, decencia y educacion; ademas de probar que comprendia sus deberes, sabia cumplirlos y no entendia que la libertad consistiese, en insultar y fastidiar á los demás. Una compañía cómica italiana compuesta de diez y ocho personas entre hombres y mujeres, venia del Cairo, Alejandria y Constantinopla á donde habia ido á trabajar, ó mejor dicho á corromper, y le pareció muy propio el buque para darnos un pasatiempo. Por la noche comenzó la compañía á cantar en coro y en lengua italiana, las mas sucias canciones contra el Clero, contra el Papa; pero principalmente contra los frailes y las monjas, y á poner en las nubes á Garibaldi; y esto sin respetar sacerdotes, relijiosos y relijiosas, señoras y niños, que estaban presentes y se sentian ofendidos en su relijion, en su estado, y en su dignidad personal. Yo no sé si hubo algun reclamo; pero lo cierto es, que el capitán del buque se presentó y les dijo con noble cortesía, pero con tono de inalterable firmeza: « Señores, Vds. deben advertir que

aquí en medio del mar, no se abusa de la libertad, como se abusa en tierra; y yo no permito que se moleste á nadie, y mucho menos en lo mas sagrado que tiene el hombre.

Todos estos viajeros son católicos y yo lo soy tambien; y Vds. que debieran sérlo, porque son italianos como yo, no tienen derecho en su apostasía, á insultar á los católicos. Así, pues, Vds. no pueden cantar en el buque canciones contra la religion y sus ministros; porque yo se los prohibo y tengo medios de hacer que mis órdenes se cumplan. La compañía de garibaldinos se dejó de ruidos, y cambiando de asunto, cantó algunos trozos de « la Jerusalem libertada. » Pero en adelante no se volvió á oír en el buque, ni música, ni canto.

Al cuarto día de haber salido de Constantinopla, el buque se avistó á las cinco de la tarde en Brindis, ciudad de Italia; pero no se detuvo sino una hora mientras que sacaron la correspondencia; y á las seis continuó su ruta con direccion á Ancona. Aquella noche fué funesta por la bravura del mar, que se ajitó fuertemente, y creimos que nos amenazaba algun recio temporal; pero no sucedió

así, y á las seis de la mañana fondeó en el puerto de Ancona, hermoso y pintoresco por la estencion del golfo rodeado de colinas bien cultivadas, y en cuya base, por la ribera, se ven á largas distancias los ferrocarriles, que llegan á la ciudad y parten de ella para toda la Italia. Este hermoso y estenso círculo lo cierra la ciudad construida en la pendiente amena de un cerro, y coronada por la catedral que se levanta en la mayor altura de la montaña. Dos horas se detuvo el buque á vista de Ancona, y á las ocho del dia siguió para Trieste por un mar tranquilo, que parecia un caudaloso rio; pues en todo el dia no perdí ni un momento de vista la tierra por ambos lados. No puedo describir con la esactitud que deseo el bello y encantador panorama que durante aquel dia se ofreció á mi vista. La costa derecha no se ocultó ni un solo instante á mis ojos: bellos pueblos situados en la ribera y á distancias proporcionadas; campos bien cultivados de maiz y diversas plantaciones; viñedos y sementeras de trigo; casas blanqueadas, en la pendiente de las colinas, presentando un aspecto agradable y risueño; dehesas de ganados de cria y de

ceba, con arboledas y bosquecillos de frondoso follaje; y todo aquel cuadro de deliciosa perspectiva, estaba coronado por torres, fortalezas y castillos de la edad media, situados en la cresta de las colinas, en las mayores eminencias de la cordillera.

A las cinco de la tarde se alcanzaba á ver en lontananza à Trieste, y á las seis ancló en el puerto el *Macsimiliano*; pero no desembarcamos los viajeros hasta el siguiente dia por la mañana. Trieste, pequeña ciudad, pero uno de los puertos mas comerciantes que tiene el Austria, sobre el adriático, está situada parte en el plano de la ribera, y la otra parte en la pendiente de la cordillera, hasta una meseta alta donde está, entre tres árboles corpulentos la catedral, que es pequeña y no tiene nada particular, que llame la atención, si no es su antigüedad. Aquel punto se llama *belvedere*, y con razon; porque domina toda la ciudad y dá sobre el mar y la tierra, un golpe de vista magnífico, que se estiende hasta lejanos horizontes.

Poco distante de la ciudad está el arsenal donde construyen buques, reparan las embarcaciones deterioradas, y fabrican arma-

mentos para la marina: aquel establecimiento me pareció de los mejores en su clase, que conocí en Europa.

Como á una legua de Trieste y andando en carroza ó á caballo por la orilla del mar está la famosa casa de campo llamada *Miramar*, del archiduque Macsimiliano, emperador de Méjico. Es un pequeño, pero hermosísimo palacio levantado sobre una roca cuyas paredes baña con sus olas, cuando se ajita el mar. Tiene sus bosquecitos y jardines, todo cultivado á fuerza de arte y de trabajo, sobre un terreno desigual, árido y lleno de rocas.

Un dia me bastó para conocer á Trieste, y al siguiente por la mañana tomé pasaje en el ferrocarril y me fuí á Venecia, á donde llegué á las dos de la tarde. Como en otras ciudades esperan los cocheros en la estacion á los que viajan, para ofrecerles omnibus y coches y llevarlos á los hoteles que quieren, así tambien en Venecia, están los barqueros aguardando el ferrocarril para ofrecer sus barcos á los viajeros, y conducirlos, navegando por los canales, á los puntos que elijen para hospedarse. Tomé, pues, una grande y lujosa barca cubierta, en compañía de otras

muchas personas, y comencé á navegar por un canal con direccion á la plaza de San Márcos.

A mí, que no tengo vocacion de marino, me causaba fastidio y á veces miedo, andar por mas de una hora por aquel laberinto de canales, desembocando unos en otros; estrechos casi todos, viendo á lado y lado edificios elevadísimos, casas, palacios, cuyas puertas están al beso del agua, y á donde no se puede entrar ni salir sino teniendo la embarcacion á la puerta; y oyendo el sordo ruido de los canaletes y el grito de los que vogan, al volver alguna esquina ó encrucijada, para evitar el choque de las barcas. Al fin pasó la embarcacion el famoso puente llamado de los *suspiros*, que atraviesa un canal, y desembarcamos en la plaza de San Márcos.

Esta plaza es una de las mas bellas del mundo por la elegante magnificencia de los edificios que la rodean; y son la basílica de San Márcos, el palacio real, los palacios llamados de la procuraduría vieja y nueva, la torre del reloj, y un lado de la antigua librería. Tiene de longitud como 175 metros sobre una latitud de 60. La procuraduría vieja

se llama así, porque antes de que se erijiese la nueva, era la residencia de los procuradores de San Márcos, los cuales estaban encargados de todo lo que tenia relacion con la basílica. El estilo de aquel edificio pertenece á la época del renacimiento, y el arquitecto del primero y segundo órden, fué Pedro Lombardo, en el siglo xv, y del tercero, Guillermo Bergamasco, en 1517.

La torre es del estilo del renacimiento, y sus arquitectos, Juan Pablo y Juan Cárlos Rinaldi, en 1496. El reloj marca las horas, las fases lunares y los signos del zodiaco. Dos figuras de bronce tocan las horas en una campana, y otras cuatro figuras movibles que representan los tres reyes magos conducidos por un ángel, aparecen en las grandes solemnidades, especialmente en la fiesta de la Ascension del Señor. La procuraduría nueva del estilo clásico, tiene tres órdenes que van sostenidos por treinta y seis arcos hasta el extremo de la plaza, y que hoy es el palacio real. El campanario fué fundado en el siglo x, y en el pináculo está un ángel de bronce dorado. Tiene de alto este campanario 98 metros, y desde él se

goza una vista encantadora de la ciudad y de las lagunas; y debajo hay una claraboya adornada de estatuas y bajos relieves, elegante edificio sostenido por columnas de precio y de escogidos mármoles griegos; con unos pilares de bronce destinados antiguamente á sostener los estandartes de la república, y ahora la bandera nacional.

La basílica de San Márcos, es de orden bizantino en gran parte, y posee riquezas de todo género, famosa por históricas memorias, por la hermosura y profusion de mármoles orientales, por obras esculpidas, antiguas y de la edad media, y por bronces y mosaicos reunidos en ella desde el siglo x hasta el xviii. Es una cruz griega que imita la forma de las salas de las termas antiguas. Tiene 76 metros de largo y la fachada 51 de ancho, y entre la parte interna y la exterior, se cuentan como 500 columnas de preciosos mármoles.

La fachada es de estilo bizantino y el piso inferior tiene dos órdenes de columnas, que forman cinco grandes nichos. Encima una balaustrada detras de la cual, el segundo piso se muestra adornado de columnas que se levantan en arcadas. Termina en cúspides con

hojas, con pináculos y muchas estatuas, trabajos de escultura de los siglos xiv y xv. Está además adornada de mosaicos, de bajos relieves y de cuatro caballos de bronce dorado, que pertenecían al arco de Neron en Roma, de donde Constantino los había llevado á Bisancio. En un ángulo de la iglesia está un tronco de una gran columna de pórfido, llamada piedra del bando; porque en él se publicaban las leyes: servía al mismo oficio en la ciudad de Acre de donde la trajeron los venecianos en 1256. El átrio tiene la forma acostumbrada en las iglesias bisantinas. Está todo revestido de mosaicos antiguos, y hay muchos sepulcros de duques.

Las puertas que introducen á la iglesia están recubiertas de lastras de metal, y las dos alas de la derecha del observador, que pertenecían á la basílica de Santa Sofía en Constantinopla, están cubiertas con grandes planchas de metal, con figuras de estilo griego. El interior está repartido en cruces griegas con columnas de preciosísimos mármoles, sobre las cuales hay balcones por donde se recorren todas las naves de la iglesia: estos

balcones están revestidos de mosaícos y de variedad de relieves.

Al presbiterio se sube por cinco gradas; lo divide de la iglesia un parapetode mármol, entre el cual se levantan columnas pequeñas de estilo arquigado. Sobre el arquitrave hay catorce estatuas: San Márcos, la Virgen y los doce Apóstoles, y en las paredes laterales del coro hay seis bajos relieves en bronce, de admirable trabajo, que representan sucesos de la vida del Evangelista y Apóstol San Márcos. Sobre el altar mayor hay un ciborio sobre arcos semicirculares sostenidos por cuatro columnas de mármol griego, todas cubiertas de bajos relieves; obras del siglo xi; y sobre la cornisa de la tribuna seis pequeñas figuras de mármol,

Un altar que se halla detras del mayor, está decorado de magníficas columnas espirales de alabastro oriental, con notables figuras y bajos relieves en bronce. Me parecieron obras de perfecto estilo artístico, los tabernáculos de mármol con estatuas de santos, que rodean los flancos de la capilla. La sacristia es rica en mosaícos y en estatuas, entre las cuales me pareció que se distinguian la del Re-

dentor, los Evangelistas y algunos Profetas.

El sagrario de las reliquias es una elegante capilla erigida en 1530, sobre cuyo altar y en los nichos dispuestos en las paredes laterales se conservan los mas interesantes restos que existen de las alhajas de oro bizantinas, con muchos objetos preciosos de la edad media. Es admirable entre otros varios objetos preciosos por el trabajo, la antigüedad y la materia, una cátedra Episcopal, que se pretende ser un regalo del emperador Emilio en el siglo VII, al Patriarca, como la silla en que se sentaba San Márcos.

Volviendo á la iglesia, son admirables el púlpito todo de mosaico y sostenido por seis columnas de alabastro; la pila del agua bendita, la capilla del bautisterio, la del Santísimo Sacramento, la de san Clemente, el altar del Apóstol Santiago, la capilla de san Isidoro y los altares de la Virgen y de san Pablo. Junto á la iglesia en una pequeña plaza hay dos magestuosas columnas traídas de las islas del archipiélago griego: sobre la una está la estatua de san Teodoro patrono de los venecianos, ántes que lo fuese

san Márcos, y la otra está coronada por un leon con alas, obra del siglo xv.

El puente de los suspiros, obra del 1591 tomó tan triste nombre, del tránsito que hacian por él los condenados, conducidos de los tribunales á las prisiones y viceversa. Las prisiones están en un suntuoso edificio, cuyo aspecto tétrico y horrible corresponde bien á su destino, y dá vista aterradora sobre el canal atravesado por el puente de los suspiros; de modo que al pasarlo veian los reos las grandes ventanas ó rejas de hierro, de las cárceles en que iban á ser encerrados.

Yo entré á aquellas espantosas mazmorras, que han dado origen á tantas historias y leyendas tristes y dolorosas, y que me recordaron al instante á Silvio Pellico. Cuando volví en mí como de un sueño funesto y me ví en los *plomos de Venecia*, traté de salir pronto de aquellas horrorosas catacumbas.

Por lo demás, hay en Venecia cerca de cien iglesias, de las cuales treinta son parroquiales y estas últimas fueron las que visité. Hay tambien iglesias de los griegos cismáticos, de los protestantes y las sinagogas de los judios.

De la estacion del ferrocarril situada en un extremo de la ciudad, el viajero por medio de una góndola, se vá á recorrer el canal grande que forma la mayorarteria, que atraviesa tortuosa por medio de toda la ciudad. De él se derraman ciento cuarenta y siete canales menores, que la cruzan en todas direcciones, pasando por debajo de trescientos setenta y ocho puentes, que mantienen la comunicacion de las dos mil ciento cuarenta y nueve calles y callejuelas, y de las doscientas noventa y cuatro plazas ó campos, de que está formada aquella singular ciudad.

El canal grande es verdaderamente una vía triunfal, una escena mágica y un panorama encantador; pues concurren á hacerlo tal, innumerables y grandiosas obras de arquitectura de todos los estilos y de todos los tiempos, que se ven de uno y otro lado. Navegando por el canal grande hasta la plaza de san Márcos, conté ochenta palacios de elegante y magnífico aspecto, y que contienen profusion de riquezas antiguas.

Hay ademas museos, jardines, arsenales para la construccion de buques, y otros edificios y monumentos públicos, de los cuales

visité lo principal, aunque depaso, deteniéndome tan solo en la basílica de San Márcos; y no pudiendo permanecer por mas tiempo en Venecia, subí á la torre para ver desde su elevadísima cúspide toda la ciudad, sus lagunas y las varias islas que la rodean.

De Venecia á Padua se gasta poco mas de una hora en el ferrocarril, que pasa por el gran puente construido sobre una laguna para poner en comunicacion á Venecia con la tierra firme. Este puente iguala sin duda por la dificultad de la empresa, por su bella construccion y por los gastos que ocasionó, á las obras de los antiguos romanos. Está levantado sobre pilones que componen doscientos veinte y dos arcos. La longitud del puente es de 360 metros y tiene en la mitad una plaza de cerca de 100 metros, y á los dos extremos otras dos plazas, fuera de algunas que hay en los intermedios. Costó mas de seis millones de francos.

Hay nombres que uno oye repetir en la niñez y que desde la infancia le son simpáticos y queridos; porque son inseparables de las memorias venerables y santas de personas y de sucesos extraordinarios. El nombre de

Jerusalen no puede pronunciarse, sin que venga á la memoria el sacrosanto Nombre de nuestro Señor Jesucristo : el recuerdo de Roma está siempre unido á las santas memorias de los Apóstoles Pedro y Pablo, y á la ciudad de Padua está siempre unida la inmortal memoria de la vida y de los milagros de san Antonio. A esta ciudad, despues de Jerusalen y de Roma, deseaba yo conocer con mas anhelo que á Venecia, la perla del Adriático, que á Florencia el jardin de Italia, y á Nápoles con sus bellas colinas, con su poético golfo y con sus puntos de vista encantadora. Por esto, pues, me detengo en Padua, teatro de la vida y de los milagros de san Antonio, por cuya intercesion me ha concedido Dios muchos y grandes beneficios, y entre ellos uno, que reúne todas las condiciones que deben caracterizar un milagro.

La ciudad de Padua es de muy remota antigüedad y su fundacion se remonta hasta Antenor, hermano de Priamo rey de Troya; y Virgilio, Corvino y Aurelio Victor, están de acuerdo en este punto. Otros autores antiguos son de la misma opinion, y no faltan algunos, que sostienen que ya Padua ecsistia

anteriormente á Antenor, y que aquel principe no hizo mas que engrandecerla.

Lo cierto, segun muchos antiguos, es que Padua fué fundada antes que Roma. El nombre le viene de haber sido situada junto á unas lagunas que llevaban el nombre de « patina. » Segun el testimonio de Strabon, esta ciudad era de las mas considerables de Italia, y tenia mas de trescientos individuos del órden ecuestre, cosa de que no podia gloriarse ninguna otra ciudad de Italia. Puesta á saco y robada por Alarico, y despues por Atila en el siglo v, fué mas tarde arruinada por terremotos; y al fin fué enteramente destruida por incendios. Vuelta á reconstruir, fué de nuevo saqueada por los longobardos; y no pudo levantarse despues, de sus ruinas, sino en los tiempos de Carlomagno cuyo reinado dió á Padua libertad y reposo.

Siete puertas de buena arquitectura dan entrada á la ciudad, cuyas calles son en general estrechas y tristes, á pesar de que se están construyendo muchos y elegantes edificios, que le quitarán con el tiempo aquel aspecto melancólico, que revela todavia una se-

rie larga de siglos pasados entre desastres, desventuras y ruinas. Pocas ciudades en Italia contaban tanto número de iglesias y conventos como Padua, donde habia cuarenta y cinco conventos de religiosos y veinte y ocho monasterios espaciosos, ademas de treinta y dos iglesias parroquiales. Casi todas las iglesias de estos conventos, estaban adornadas de magníficas pinturas y de obras escojidas de arte.

La basílica de san Antonio, comunmente llamada del Santo, es considerada y con razon, por uno de los mas bellos santuarios del mundo. Fué construida sobre el plano ó diseño del arquitecto Nicolas Pisano, desde el año 1231 hasta el 1307; y tiene seis cúpulas encerradas entre dos torres de elegante y soberbia arquitectura. El interior se compone de tres naves en que hay suntuosos monumentos, que guardan las cenizas de muchos hombres ilustres. En la nave izquierda se alza la capilla de san Antonio, una de las mas ricas que se conocen: Sansovino y Falconeto son los autores de aquel hermoso diseño.

La capilla está toda enriquecida de fi-

nísimos mármoles y de bajos relieves, obras de los artistas Campana, Julio, Lombardo y Sansovino, con muchos y preciosos adornos puestos por la mano del célebre Ticiano, que es igualmente el autor de la estatua del Redentor y de otras de los santos Apóstoles. El mismo famoso artista es el autor del altar que encierra las sagradas reliquias de san Antonio de los cuatro ángeles que sostienen los candeleros y de las bellas estatuas de san Antonio, san Buenaventura y san Luis.

Postrado de rodillas tuve la dicha y el consuelo de oír la misa que celebró en el altar del gran santo, un religioso de su orden; y despues me dí á contemplar una escena, que hizo revivir mas y mas la fé de mi entendimiento, y llenó de ternura mi corazon. Era día de fiesta y la iglesia estaba llena de gente de diferentes clases, edades, condiciones y estados; y todos querian acomodarse en la capilla ó lo mas cerca posible del sepulcro sagrado. Se acercaban con gran reverencia á besar las losas, y los que padecian alguna dolencia, aplicaban el miembro ó parte adolorida á las piedras del sepulcro, y se queda-

ban por un rato sumidos en el silencio y en la oracion. ¡ Cuántos suspiros y cuántas lágrimas, tributo del dolor y de la desgracia, se reunen diariamente en aquella capilla, que guarda las cenizas de un humilde relijioso, mientras que los mausoleos de los sabios y los grandes del mundo, están abandonados por la fria indiferencia de la humanidad !

El altar mayor, la capilla del Sacramento y el coro, ofrecen diversos objetos dignos de estudio y admiracion. Bajos relieves, estatuas de los Angeles, un sepulcro de Cristo, grandes candeleros de bronce y las imágenes de escultura, representando los cuatro santos protectores de Padua: todos estos objetos están repartidos en aquellos lugares. Al lado de la catedral está la escuela de san Antonio, que se distingue por las famosas pinturas del Ticiano y de Contarino.

La iglesia de santa Justina es admirable por su arquitectura y por las obras de arte que encierra. Un monje benedictino fué el arquitecto de aquel edificio. Tiene tres naves y siete capillas por ambos lados, correspondiendo cada una con la del frente en perfecta simetría. Está la iglesia dominada

por ocho cúpulas de las cuales la mayor se alza en el centro; y entre las mas distinguidas pinturas que la adornan, se vé el martirio de santa Justina, obra de Pablo Veronés; el martirio de santa Plácida y otras célebres pinturas.

Entre las esculturas se admira la estatua de Raquel con un niño en los brazos y otro á los piés; las de Jesucristo muerto, de la Virgen y de san Juan. Las iglesias de la Anunciacion y de los Hermitaños, están llenas tambien de obras de arte, tanto en pintura como en escultura, de maestros distinguidos.

Hay en Padua gran número de iglesias que no pude visitar, y otras que solo ví de paso; pero en todas, cual mas, cual menos, hay cosas curiosas que dan materia de refleccion y de estudio al viajero.

Visité la célebre universidad de Pádua tan renombrada y tan famosa, en que ocuparon cátedras tantos hombres ilustres, y entre ellos Petrarca y Galileo. Tiene una biblioteca de cincuenta mil volúmenes: un vasto anfiteatro anatómico; un museo de historia natural y un gabinete de fisica, provisto de

instrumentos. El edificio es espacioso y bello, y las salas destinadas á la enseñanza de diversas ciencias, son grandes, cómodas y bien distribuidas. El jardin botánico pertenece á la universidad, y está plantado en una situacion deleitable, y bañado por una corriente de agua que lo atraviesa; este jardin es uno de los primeros que se plantaron en Europa. Hay varios palacios de los cuales visité uno que contiene muchos frescos; bajos relieves y estatuas, entre las cuales hay un grupo de sesenta y seis figuras, que representa la caída de los ángeles rebeldes arrojados del cielo por san Miguel; y este grupo admirable en un solo pedazo de mármol. El seminario es un grande y magnífico edificio y posee una biblioteca copiosa y escogida; de aquel establecimiento, han salido muchos hombres ilustres á la iglesia. El prado del valle situado en un extremo de la ciudad es el paseo público de los paduanos, que á la verdad es de lo mas pintoresco y hermoso que pueda desearse.

De Padua se pasa á Vicencia, ciudad muy

antigua, cuyo origen se ignora como el de su fundador. Está situada al pié de unas colinas y la catedral tiene el altar mayor edificado de mármoles preciosos, y adornado de cuadros de gran mérito. Las iglesias de santa Corona y de san Lorenzo, tienen monumentos y pinturas de insignes maestros de arte. La antigua torre llamada del reloj que se levanta en la hermosa plaza denominada « de los señores » atrae las miradas de los viajeros por su considerable elevacion; sin que esto perjudique la solidez del edificio, aunque dicha altura no guarda proporcion con el diámetro de su base. Es una ciudad bien fabricada y rica de bellos edificios. Hay varios palacios, teatros, bibliotecas y museo que no pude ver sino muy de paso. Los alrededores de la ciudad son amenísimos, y particularmente el campo de mar-te, delicioso paseo público embellecido por colinas y casas de campo, que presentan variados puntos de vista, y donde está la estacion del ferro-carril, que conduce á Padua y á Venecia. Ahí cerca hay un santuario de la Virgen. En la antigua iglesia es de admirarse el altar de Maria Santísima, enrique-

cido de mármoles y de piedras preciosas. Junto á este altar está otro adornado de magníficos cuadros; pero lo que me pareció mas precioso en aquel santuario, es un cuadro que representa á nuestro señor Jesucristo vestido de peregrino, y sentado con los pobres á la mesa que les servia san Gregorio el Grande; es obra del famoso Pablo Veronés, y considerado como su obra maestra. Ya habia visto en Roma, en el monte Celio, la mesa en que san Gregorio cuando era monje, recibia á los pobres y peregrinos y les servia personalmente de comer. Fué entónces que el señor Jesucristo bajo la apariencia de un pobre extranjero, se sentó á la mesa confundido con los otros pobres y peregrinos. Este admirable cuadro está en el comedor de un pequeño convento, que hace parte del santuario.

Hay por aquellos contornos multitud de pequeños pueblos ó burgos situados entre las ciudades considerables; de modo que se puede decir sin mentir, que toda Italia es una sola ciudad.

Verona es una antiquísima ciudad de cuatro ó cinco siglos anterior á la era cristiana.

Tito Livio atribuye su fundacion á algunos pueblos de las Galias. Está situada sobre un rio que la divide en dos partes, las cuales se ponen en comunicacion por medio de cuatro puentes levantados sobre dicho rio. Es ciudad Episcopal, y tiene mas de cincuenta iglesias, entre las que es digna de especial mencion, la catedral; bello edificio de estilo gótico, que fué fundado por Pepino, hijo de Carlomagno. Es digna de atencion por su antigüedad y por el estilo de su arquitectura.

Las iglesias de santa Anastasia, san Fermin, santa María, san Jorge y san Sebastian, están adornadas de diversos y preciosos monumentos, de columnas, de estátuas y de pinturas, que ofrecen al viajero abundante materia de estudio y meditacion. La suntuosa fachada de la iglesia de san Sebastian está adornada por cuatro columnas acanaladas, y por una griega que se supone perteneció á algun templo antiguo. Hay muchos altares en esta iglesia, enriquecidos de preciosos mármoles y adornados de hermosísimas pinturas.

Tiene Verona muchos y ricos palacios,

murallas y bastiones, y una puerta llamada «del palio» que los inteligentes dicen ser una obra prodigiosa de elegancia y de solidez; y es obra del arquitecto Sanmiguel. Entre las muchas plazas que contiene la ciudad se distinguen la plaza *Brá* á la que forma magnífico y principal ornamento, el anfiteatro llamado la *Arena*. Aquel edificio en su género no tiene otro rival que el coliseo de Roma, sobre el cual tiene la ventaja de estar mejor conservado. El origen y el fundador de este coliseo de Verona no son conocidos, pero se sabe que en el año 102 de la era cristiana, el emperador Trajano dió en él juegos y combates de fieras con el objeto de divertir y honrar á su esposa que era natural de Verona; pero se ignora si el coliseo fué construido bajo el reinado de Trajano.

En 1782 la república de Venecia consagró una fiesta al gran pontífice Pio VI, que iba á Viena, y en otra que dió Verona al emperador Francisco I, pudieron gozar de los espectáculos cómodamente sentados, cincuenta mil. Esto basta para dar una idea de la capacidad y de las proporciones gigantescas de este magestuoso monumento.

En la plaza de *los señores* se alza el palacio del consejo, edificio del siglo xv, cuya parte superior está coronada de estatuas, que representan muchos escritores notables de Verona; y en el interior contiene mas de doscientos cuadros recogidos de casas religiosas suprimidas, y otra multitud de pinturas de mérito. Contiene Verona un seminario, un liceo, un colegio para mugeres, dos academias, dos sociedades filarmónicas, una sociedad literaria, dos bibliotecas, de las cuales la mayor es la del Capitolio, que contiene mil y seiscientos manuscritos griegos y latinos; y entre ellos hay algunos cuya antigüedad remonta hasta el siglo iv; y algunos son preciosos por la belleza de sus pergaminos y de sus caracteres.

Aquella ciudad ha sido cuna de muchos hombres ilustres en diferentes ramos del saber humano, entre quienes se cuentan Cátulo, Cornelio Nepote, Vitruvio, Marco Emilio, Escalígero, Mafeo, un religioso llamado Juan, célebre arquitecto, y el famoso pintor conocido con el nombre de Pablo Veronés.

El cementerio es de los mas hermosos

que ví en Italia, y entre la multitud de sepulcros con sus inscripciones, me llamó particularmente la atencion, una tumba de mármol muy modesta y sencilla: sobre la cabeza del cadáver se formaba un nicho en que estaba una imágen de Jesucristo crucificado, y en una lápida de mármol negro, estas palabras escritas en italiano con caracteres blancos: A la sombra de tu sagrada Cruz, oh mi amado Redentor, espero confiado en tu misericordia, la resurreccion universal.

Brescia, como otras muchas ciudades de Italia, esconde su fundacion en la profunda noche de un pasado remoto.

Algunos la atribuyen á los etruscos, que la habitaron segun la opinion de Plinio; pero otros creen que se remonta á tiempos mas lejanos aun. Justino asegura que los galos se estacionaron en aquel lugar, despues de haber arrojado á los etruscos; pero otros autores pretenden que su origen es todavía mas antiguo. Mas tarde Brescia fué una metrópoli cuyas dependencias se estendian considerablemente. 535 años antes de la era cristiana, los habitantes de Brescia formaron una liga con los romanos contra Anibal; y

despues de heróicas batallas se separaron de los romanos; pero bien pronto las circunstancias políticas los volvieron á reunir bajo los estandartes del imperio. Un siglo despues Brescia obtuvo los títulos y privilegios de colonia romana, y mereció la proteccion de Pompeyo, cuyo favor le consiguió poco mas tarde los derechos de la ciudadanía romana. La iglesia bresciana asciende hasta los tiempos apostólicos en que san Anatalon predicó en ella el Evangelio, y san Claleo le sucedió en la prediccion y fué el primer Obispo de Brescia.

Al caer el imperio romano, toda la Italia, fué presa de las hordas de bárbaros que la invadieron, y á Brescia tocó la suerte de sufrir el yugo de Alárico, y despues el feroz Atila la arruinó hasta sus fundamentos. En el siglo v los godos que reaparecieron en aquellas comarcas, indujeron á los habitantes refugiados en los bosques y en las montañas, á salir y reunirse para reconstruir su ciudad.

Dos siglos de paz y de progreso para Brescia, y en seguida la guerra civil, el espíritu de partido, la envidia de los pueblos vecinos

y la desavenencia del pueblo con la nobleza, comenzaron á prepararle su ruina, que fué consumada por los franceses, que se apoderaron de ella y la sometieron á saqueo por tres dias.

Tal es la suerte que deben correr todas las naciones que se debilitan á sí mismas: que no tienen bastante talento, juicio, patriotismo y honradez, para alejar de sí todo lo que el enemigo puede explotar en su propio beneficio; todo lo que puede facilitar los caminos al conquistador. ¿No es posible que una suerte semejante se preparen las naciones hispano-americanas con sus guerras civiles, frecuentes y devastadoras?

Muchos edificios y antigüedades romanas se encuentran en Brescia, siendo uno de ellos un templo de construccion de mármol, que fué dedicado al emperador Vespasiano, setenta y dos años despues de la era cristiana. Las antigüedades é inscripciones que se han encontrado en las escavaciones practicadas, están reunidas en las salas de dicho templo. Se ve una estatua de bronce que representa la Victoria con alas, obra maestra de escultura griega. La nueva catedral, construida de pie-

dra, ha costado casi dos siglos para concluir-la. Tanto la fundacion, como la continuacion de aquella grande obra, se deben á la piedad de los habitantes, favorecidos por la liberalidad de los Obispos, en particular del cardenal Quirino. En el interior del templo, hay un magnífico mausoleo levantado á la memoria del grande obispo Nava. Junto á la nueva catedral está la vieja, digna de la atencion del viajero. Los altares están adornados con hermosas pinturas de Rosa y del Ticiano. Hay muchas iglesias en qué se admiran los trabajos artísticos, tanto en arquitectura como en estatuas y pinturas : por todas partes se ven cuadros del Ticiano, el Veronés, Tintoretto y Basano. Varios palacios que tienen sus galerías de artes; pero de los cuales no pude visitar sino dos, para que me quedara tiempo de ver, siquiera de paso, la biblioteca Quiriniana, así llamada, porque la fundó el famoso cardenal Quirino, Obispo de Brescia. Esta biblioteca encierra una multitud de objetos antiguos, gran copia de libros raros y una abundante coleccion de escritos antiguos y modernos, grabados en madera y en metal. Se guarda allí entre otros objetos de gran

mérito, una Cruz grande, de forma griega, esmaltada por los lados de piedras preciosas y de una rara belleza. Se asegura que aquella Cruz fué dada por Desiderio, último rey de los longobardos, á una de sus hijas que era abadesa en el convento de Santa Julia.

Hay dos hermosos parques públicos, y en las plazas de la ciudad y en las calles, setenta y dos fuentes públicas, sin contar las de las casas ó patios. Todas estas fuentes las alimenta un canal que, á distancia de tres millas, viene de una montaña que se llama *Mompiano*, y es obra de los antiguos romanos. Hay hospicios y lugares píos para alivio de los enfermos y desvalidos de ambos sexos; para locos y para niños huérfanos; seminario, colegio de niños y niñas. Es ciudad muy comercial y manufacturera; pues hay fábricas de artículos de hierro, de bronce y estaño, de armas de fuego y de armas blancas; muchos telares para tejer lino, algodón y lanas; y si se agrega á todo esto la abundancia de sedas que produce su territorio, se comprende que Brescia es una ciudad muy rica.

El cementerio situado fuera de la puerta de san Juan, es uno de los mas bellos edifi-

cios de este género que hay en Italia; una larga calle rodeada por dos hileras de cipreses, entre los cuales están colocados con simetría fúnebres monumentos de bella construcción, conduce á una plaza semicircular, sombreada tambien de cipreses y otros árboles. En el centro de la plaza está la capilla con hermosas esculturas de Demócrito Gandolfo, y bajo los pórticos y arcos de los lados, se ven muchos monumentos de esquisito mérito artístico.

Entre todos aquellos sepulcros habia uno modesto y sencillo, con una inscripcion coronada de una guirnalda de flores frescas, y que decia así : «Padre mio: rogad á nuestro Padre celestial que no abandone á tu hija, que queda sola, huérfana y desconsolada en este mundo.» Esta plegaria de una hija que habla á las cenizas de su padre encerradas en un sepulcro, me hizo ver mas y mas claramente la existencia de nuestro Padre, que está en los cielos; me avivó la fe en la inmortalidad del alma, en la comunión de los Santos ó sea en la comunidad de bienes espirituales, entre la Iglesia militante con la paciente y triunfante; me hizo ver en fin, la

comunicacion de las almas con su Creador.

Bérgamo, ciudad de antiquísima fundacion, cuyo origen permanece incierto, aunque se atribuye á los Arabes. De ellos pasó á los galos y sucesivamente á los romanos, á los bárbaros y á los reyes longobardos, que la erigieron en ducado. Está construida en la amena pendiente de un monte, desde el cual se domina con la vista un vastísimo y hermoso horizonte. Rodeada de murallas y de bastiones que costaron grandes sumas á los venecianos, que quisieron fortificarla, aunque ella estaba bastante fortificada por la naturaleza de su posicion. Sobre una colina cercana, llamada de San Vigilio, se ven aun, los vestigios de un castillo ó fortaleza que dominaba á Bérgamo.

Antes de subir á la ciudad, se entra en un caserio ó burgo, llamado Santo Leonardo, que tiene por sí toda la apariencia, el lujo y el movimiento de una ciudad; y es por esto que hoy se llama ciudad baja, en distincion de la alta, que es el nombre que lleva toda la ciudad. En Bérgamo es digno de singular observacion una gran fábrica destinada á la feria, que se tiene cada año en el mes de

agosto. Aquel magnífico edificio, uno de los mejores de este género que se encuentra en Italia, fué construido á mediados del siglo pasado, y se compone de 600 piezas ó tiendas distribuidas con orden y simetria; en el medio tiene una pequeña plaza en cuyo centro hay una hermosa fuente. En la época de la feria, todas las tiendas son ocupadas por los mercaderes de diferentes artículos, que concurren de toda Italia, particularmente de Lombardia y del Píamonte. Al frente de este magnífico edificio, se eleva el teatro Ricardi de vastas dimensiones.

La pendiente para subir á la ciudad propiamente dicha, es larga y fatigosa; pero en compensacion presenta á cada instante variados y deleitables puntos de vista. Bérghamo posee bellos edificios, que interesan al viajero, y entre ellos la catedral fabricada sobre el diseño del Fontana, y ademas del mérito de su arquitectura, tiene multitud de pinturas preciosas, y encierra, como el mas bello y rico tesoro, el cuerpo de san Alejandro, patrono y protector de la ciudad. La basílica de Santa María mayor fué construida en tiempo de los reyes longobardos; pero no es

solo su antigüedad la que la hace digna de atencion, sino la multitud de obras primorosas con que la han enriquecido varios genios artísticos. A poca distancia de aquella basílica está una capilla en la que se admira un monumento, grandioso mausoleo de Bartolomé Colon, famoso capitan, que despues de haber prestado servicios á muchos monarcas, obtuvo el alto encargo de capitan general de los ejércitos de Venecia. Dicha capilla es digna de visitarse con atencion; porque el pincel de muchos pintores distinguidos la ha enriquecido con bellísimos cuadros; distinguiéndose, entre ellos uno que representa la Sacra Familia. Interesan ademas en aquella capilla varios trabajos en ébano ejecutados por artistas, que fueron hijos de la ciudad. Tienen bellas pinturas las otras iglesias, y particularmente las de San Alejandro y San Bartolomé; pero una iglesia, cuyo nombre he olvidado, sobresale entre todas por la riqueza de los adornos, y de los dorados que cubren las paredes. Grande y hermoso edificio es el palacio que llaman Nuevo: en la plaza hay una estatua del Tasso, que descendia de una familia de Bérgamo.

En esta ciudad, como en casi todas las de Italia, no faltan el teatro, la sociedad filármónica, los palacios con numerosas y escojidas galerías de pinturas y estatuas y los jardines públicos; y en efecto, hay en Bérgamo dos parques públicos que son bien amenos y agradables: el uno está situado fuera de la puerta de Osio, y el otro se estiende sobre los muros de la ciudad y presenta á cada paso bellísimos puntos de vista. Es muy activo el comercio, y consiste en sedas, algodón, lanas de los numerosos rebaños que se crían en la montaña, y hierro que producen sus propias minas. Son los hijos de Bérgamo muy aficionados á la música vocal y en todos tiempos ha dado magníficos cantores y artistas de teatro.

Milan remonta á tanta antigüedad que permanece hasta ahora incierta la época precisa de su fundación. Su nombre está tambien sujeto á conjeturas y controversias; y algunos lo derivan de la palabra latina *Mediolanum*, por estar situada la ciudad en medio de dos rios. Se atribuye su fundacion á un capitan de los galos en la Italia setentrional, y 490 años antes de la era cristiana; él la en-

grandeció notablemente; pero bien pudo mediar mucho tiempo entre su fundacion y engrandecimiento, y en consecuencia la prueba no parece concluyente en favor de tal fundador.

El primer suceso conocido é importante á que está unido el nombre de Milan, es la gran victoria obtenida por Marco Claudio, contra el último rey de los galos cisalpinos. El vencedor entró triunfante en Milan, que desde aquel tiempo comenzó á ser provincia romana. Aquella ciudad fué rodeada de murallas y embellecida de suntuosos edificios por el emperador Macsimiliano Hércules; y después de las persecuciones que se levantaron contra los cristianos en Italia, Milan tuvo la fortuna de ver publicada la famosa ley de tolerancia, que obligaba á las autoridades á permitir el culto cristiano. El gran Constantino autor de aquella justa ley, dividió la Italia en dos partes y escogió á Milan para capital de la Italia septentrional, rango que no pudo conservar mucho tiempo, porrazon de los acontecimientos públicos que se sucedieron con rapidez; y á los cuales, no pudo ser indiferente por causa de su posicion geográ-

fica. Por aquella época Milan se levantó á un grado considerable de esplendor, que creció bajo el glorioso arzobispado de san Ambrosio, quien dió á la provincia un sistema regular de administracion política y civil; y á la religion católica la majestad debida, rodeándola de prestigio y de respeto, y circundándola con una auréola de veneracion y de gloria. Fué en Milan que aquel varon de celo apostólico, aquel hombre de grande energía, aquel ilustre Padre y Doctor, dió al mundo el mas brillante y ruidoso ejemplo de cómo debben portarse los Obispos, rehusando la entrada en el templo al emperador Teodosio el grande, como castigo de haber él hecho matar miles de habitantes en Tesalónica.

Por mucho tiempo los emperadores de oriente gobernaron en Milan hasta que fué, saqueada por las huestes del feroz Atila rey de los hunos; y en adelante fué presa alternativamente de los hérulos, de los godos y de los emperadores de oriente; en cuya funesta condicion estuvo hasta la época en que comenzó el gobierno de los reyes longobardos.

Cuatro siglos despues la primera dieta en Milan, nombró por rey de Italia á Oton el gran-

de que recibió la corona de manos de Valper-to de Medicis Arzobispo de Milan, en la basílica de san Ambrosio; pero la irrupcion de los bárbaros en Italia, comprendió en la suerte comun á la rica y brillante Milan, y entró de nuevo en una serie de desventuras de que apenas habia salido, cuando Federico II, Barbaroja, se apoderó de ella y la saqueó, destruyéndola hasta sus fundamentos; quedando en pié tres iglesias solamente despues de aquel desastre. A poco tiempo comenzó el dominio de la familia Torrian y sucesivamente pasó al de los vizcondes Sforza, España y Austria. Cayó despues en manos de los franceses, luego de los austriacos; ora república, ora monarquía, acabó por ver á Napoleon coronarse rey de Italia en la Catedral de San Ambrosio y de san Carlos Borromeo en Milan.

Milan está situada en medio de una llanura fértil y risueña, y rodeada en toda su estension de murallas y bastiones, que tienen poca importancia si se les mira como fortificaciones; pues puede decirse que es una ciudad abierta. Las calles son en general rectas y anchas, circunstancia no comun en las ciudades europeas; y de una limpieza que me

sorprendió, principalmente viniendo de oriente en donde las calles de las ciudades son muladares : este aseo depende, segun me pareció, del modo como están enlosadas y del sistema de acueductos ó cañerías, para recoger el agua de las lluvias. El enlosado, que puede llamarse un bello pavimento, consiste en grandes piedras de color azul en su mayor parte, y colocadas con tal union que parecen una sola. En medio de la calle y en toda su longitud, vándose hileras de piedras de granito sobre las cuales, corren facilmente y con suavidad las ruedas de las carrozas ; y en algunas calles esahileras son dobles, dos para las carrozas que ván, y dos para las que giran en sentido contrario. El comercio está sostenido por tres canales de los cuales uno gira todo el interior de la ciudad, y se llama de *la martesana* y toma sus aguas en el rio Ada : el otro mas grande tiene su origen en el Tesino, y el tercero no sé si se alimenta de las aguas de los otros dos, ó tendrá un origen extraño. Estos canales mantienen el riego de las campiñas y la comunicacion de Milan con los lagos Mayor y de Como; y por medio del Pó se comunican con el mar Adriatico. Es

muy comercial y consisten los principales ramos de su comercio en géneros que produce, como arroz, vino, quesos y muy esquisita seda. Tiene doce puertas de mas ó menos belleza y mérito artístico ; y todas tienen estatuas y relieves representando pasajes mitológicos ó históricos, ó personificando, por decirlo así, alguna virtud ó algun arte.

La relijion de Milan es la católica, apostólica romana; pero se práctica con alguna variacion en el rito, el cual se llama Ambrosiano ; porque el gran Padre y Doctor san Ambrosio, que gobernó aquella Iglesia en tiempo de Teodosio el grande, la arregló conforme á ese rito, que la Iglesia Romana, madre y maestra de todas las Iglesias, ha consentido y aprobado.

Bien merecida, justa y razonable es la fama que se dá por todas partes á la catedral de Milan.

Juan Galeazo Visconti , el 15 de marzo 1386, echó los fundamentos de aquel grandioso monumento que debia levantarse al culto de Dios, y á la gloria de la relijion. El nombre del arquitecto que dió el diseño, es desconocido; pero hay quien lo atribuye á

un cierto Enrique Arler, arquitecto tedesco. Lo que se sabe es, que desde su fundacion los mas célebres arquitectos de todas las épocas, han dirigido sucesivamente los trabajos.

Eceptuando la fachada que la comenzó *Pellegrino*, en estilo romano, todo el edificio es de arquitectura gótica. Dicha fachada está compuesta de cinco puertas grandes flanqueadas de pilastras sobresalientes, dobles á los dos lados de la puerta principal y á las dos estremidades laterales, y simples ó sencillas al lado de las otras puertas. La base de las pilastras está adornada de bajos relieves bien ejecutados, y pocos metros mas arriba se ven estatuas que descansan sobre sócalos ricamente entallados; y lo largo de las pilastras está de tal modo combinado, que el todo presenta á la vista una forma triangular: cada pilastra está coronada por una estatua.

A los dos lados del gran terrado que se ve sobre la puerta mayor, hay dos estatuas colosales que representan el antiguo y el nuevo Testamento; y en medio de la fachada se lee esta sencilla inscripcion en letras grandes de bronce: *Marie Masecuti*; inscripcion que

recuerda el voto hecho á la Virgen por el fundador Juan Galeazo Visconti. Las cinco puertas corresponden á cinco naves, y el interior del templo tiene la forma de una cruz latina. Las naves están divididas entre sí, por cincuenta y dos grandes pilastras acordonadas, y de mas de 25 metros de largo cada una ; comprendidos la base y el capitel. Los capiteles de las pilastras que forman la nave principal, tienen como seis metros de altura y están adornados por ocho estatuas sombreadas por baldaquinos, y colocadas independientemente cada una en su respectivo nicho.

Los cuatro doctores de la Iglesia y setenta estatuas mas, forman el adorno interior de la elevada cúpula ; pero la descripcion de cada una de la cosas que se encuentran en las catedrales de Europa y principalmente de Italia, seria un trabajo de muchos años y de muchos volúmenes, y mi objeto es solamente hacer la rápida relacion de un viaje. A vista, sin embargo, de tantas y tan grandes bellezas, que la religion ha inspirado al genio del hombre, me olvido de mi propósito y dejo correr por algunos instantes la pluma para que parti-

cipe á mis lectores la admiracion de mi espiritu y el gozo de mi corazon.

Junto á la gran puerta de la entrada se alzan dos columnas gigantescas de granito rosado, lisas y de un solo pedazo, las cuales sostienen un terrado sobre cuyos lados se ven dos estatuas colosales que representan á san Ambrosio y á san Carlos Borromeo, Arzobispos de Milan. Encima hay una Asuncion de la Virgen que hace un bellissimo efecto y que está pintada sobre cristal. Avanzando algunos pasos y á la izquierda, se ve la fuente bautismal en donde hay una gran pila de pórfido que perteneci6 antiguamente á las termas de Macsimino en Roma. La catedral encierra muchos sepulcros 6 mausoleos interesantes como objetos de arte y como memorias históricas; pero el que me llamó mas la atencion fué el sarcófago que guarda las cenizas de Juan Santiago de Medicis hermano del Papa Pio IV. El diseño de aquel monumento se dice ser del famoso Miguel Angel; hay en él estatuas y bajos relieves en bronce, y seis columnas de fino mármol que adornan el mausoleo, fueron llevadas de Roma por órden del Papa para el monumento funebre de su her-

mano. Otros monumentos sepulcrales hay allí de mérito, pero que no puedo describirlos porque daria á mi obra una estension demasiada.

Tiene dos sacristías: una al setentrion y la otra al mediodia, y hablaré de los principales objetos que tiene la última, porque en la setentrional no hay cosas de mayor atencion. Una gran estatua representando al Salvador atado á la columna; dos estatuas de plata de tamaño natural y enriquecidas de piedras preciosas, que representan á san Carlos y á san Ambrosio, y un gran cuadro que se atribuye al célebre Rafael, y representa la adoracion de los magos, y una estatua de san Bartolomé que le presenta en carnes vivas y llevando su propia piel á la espalda.

En la gran capilla de la izquierda hay un gigantesco candelabro de bronce en forma de árbol enriquecido de pequeñas figuras y de piedras preciosas, de un trabajo bien ejecutado y antiguo. Hay dos púlpitos de bronce dorado, apoyados á las dos pilastras que sostienen la cúpula. El altar mayor es hermoso y en una capilla subterránea muy rica, está el cuerpo de san Carlos. Sobre el altar de dicha

capilla se ve la caja magnífica de cristal de roca, montada en plata y adornada de piedras preciosas, en la que se conserva el cuerpo embalsamado de san Carlos, vestido con hábitos pontificales.

El pavimento de la catedral está enlozado con mármoles de diversos colores, y el techo por encima parece una selva de torrecillas en forma de agujas y coronadas por estatuas pequeñas, cuyo número no bajará, segundatos fidedignos, de 1,400. El campanario me pareció de mal gusto y de poco mérito; pero las campanas, principalmente la mayor, me parecieron grandes y buenas.

La basílica de san Ambrosio que está en la plaza del mismo nombre, es una de las iglesias mas antiguas de Milan; pues su fundacion se remonta al año de 387. Tomó el nombre de san Ambrosio que la fundó y quiso ser sepultado en ella. En las paredes se ven inscripciones, epitafios y pinturas del siglo XII.

Hay tres puertas de madera de ciprés muy bien trabajadas, y que son obras del siglo nono: A estas puertas se les atribuye una virtud particular y fué necesario defenderlas con

verjas de hierro, contra la multitud devota, que acabaria por destruirlas.

El interior de la iglesia está compuesto de tres naves de arquitectura gótica, y en la nave del medio se nota una antigua columna de pórfido que tiene encima una serpiente de bronce, y de que no se ha podido averiguar ni comprender el origen ni el significado alegórico, como tampoco se sabe nada con respecto á un gran sarcófago de mármol blanco que está bajo el púlpito, lleno de figuras en medio relieve, que aumentan el deseo de conocer su antigüedad y objeto, envueltos en la noche de los tiempos.

En las capillas de la nave derecha hay varios cuadros y estatuas de mérito, como son las pinturas de la Virgen, de san Juan y de san Bartolomé; la estatua de santa Marcelina hermana de san Ambrosio, y el cuadro que representa á este gran doctor recibiendo el sagrado Vático : en la última capilla, un fresco que representa á Jesucristo en medio de dos Angeles.

Es un verdadero monumento histórico el altar mayor, pues ademas de las memorias interesantes que recuerda, tiene un mérito

propio ; pues posee un palio de láminas de oro y de plata á relieve enriquecido de perlas preciosas, admirable trabajo del siglo nono. Se admira uno al ver que tan espléndidos objetos hayan podido escapar por tantos siglos á la codicia de los invasores y á la ambicion de los gobiernos ; pero no es probable que se libren de la rapacidad de los modernos predicadores de libertad y de progreso.

En este altar está el antiquísimo sepulcro de San Ambrosio, pero sus sagradas cenizas fueron trasladadas, parte á Roma, y parte á la nueva catedral de Milan donde reposan al lado de las de su sucesor san Carlos. A este mismo altar vinieron á recibir la diadema varios reyes de Italia, de manos de los Arzobispos de Milan. A esta antigua y respetable basílica, en fin, era que venia desde Roma, dejando las espectáculos y los placeres, el grande Agustin á oir la palabra elocuente y conmovedora de san Ambrosio, que tanto contribuyó á su conversion ; parece que se ven aun en los viejos enlosados de aquella venerable Iglesia, reliquias de las muchas lágrimas de maternal y amorosa ternura que derramaba santa Mónica por los errores y la

vida estraviada de su hijo; lágrimas preciosas á los ojos de Dios, que un Angel recogia para llevar al trono de su misericordia dispuesta á perdonar al pecador.

¡Cuanto pueden hacer las Madres por la felicidad eterna de sus hijos! Pero es preciso decirlo, aunque para ello se sienta dolor, que las madres en general han descuidado mucho este gran deber porque no procuran con todo esmero evitar el extravio de sus hijos con una buena educacion moral y religiosa; y cuando por desgracia se estravian, no trabajan por todos los medios posibles para atraerlos de nuevo al buen camino. Madres hay que despues de haber contribuido con su abandono y acaso con el mal ejemplo á que sus hijos sean malos, no los aconsejan, no les hacen ninguna reflexion, ni los corrijen y reprenden con aquella voz de madre que nunca es importuna y que siempre es dulce á los oidos de su hijo y tiernamente amable á su corazon; ¡Pobres madres delante de Dios; mas dignas de lástima aun, que sus propios hijos!

La iglesia de san Eustorgio es muy antigua

y debe su fundacion al santo Obispo de este nombre cuyos restos reposan en ella.

Fué restaurada en el siglo xii y cien años despues se le levantó un campanario, que fué el primero que tuvo en Milan reloj de campana. Hay en ella varios mausoleos y entre ellos el del famoso arquitecto Bramante, que concibió la primera idea de la gran cúpula de san Pedro, edificó las cuatro inmensas pilas-tras que la sostienen y levantó la celebre capilla en el lugar donde fué crucificado san Pedro. Hay un cuadro magnífico que representa los tres reyes magos, en la capilla que lleva este nombre, y una gran caja de piedra que se tiene en veneracion, porque en ella estaban, se dice, encerradas las reliquias de los tres reyes magos, que san Eustorgio habia traído de Constantinopla y que fueron veneradas en esta iglesia desde el siglo cuarto hasta el doce, en cuya época fueron trasladadas á Bolonia por el Arzobispo de aquella ciudad, que entró á Milan en seguida del emperador Barbarroja. La capilla de san Pedro mártir contiene una magnífica caja que encierra su cuerpo y sobre el altar mayor un gran pedazo de mármol blanco que representa en escultura la

Pasion de N. Señor, y está compuesto de multitud de pequeñas figuras. Hay muy buenas pinturas en dicha iglesia y en la de san Fidel admiré las estatuas de este santo y de David y Moisés.

Hay muchas Iglesias y casi todas llevan el nombre de María : visité el mayor número, admirando en todas ellas objetos varios de bellezas artísticas ; pero me detuvé bastante en la de san Nasario, que se dice ser tan antigua, que remonta su fundacion al siglo cuarto, y que fué dedicada entonces á los Santos Apóstoles. No sé de esto mas, pero sí ví una cosa que fijó mucho mi atencion , como todas aquellas cosas que están envueltas en sombras provocan tanto la admiracion y la curiosidad. La Iglesia está precedida de un grande edificio sepulcral, que le sirve como de atrio y que, segun lo escrito en las paredes, fué construido en 1518 por orden del famoso mariscal Trivulcio, quien quiso en vida preparar para sí y los suyos la última morada. El interior de esta especie de vestíbulo es de forma octógona, y la parte superior está circundada de nichos que contienen cada uno, una urna sepulcral en forma

de caja; y la que está sobre la puerta principal, tiene la siguiente inscripcion en latin, que á pesar de estar algo confusa, creo haber traducido bien. *Juan Santiago Trivulcio el grande, el cual nunca reposó, reposa.*
¡Silencio!

Hay en Milan varios palacios con sus galerías de pintura y escultura, establecimientos de educacion para la juventud de ambos sexos, teatros y hospitales; y de todo visité lo mas principal, aunque muy de paso; pero me admiró el ver en casi todos los almacenes y tiendas, el retrato de Garibaldi puesto sobre los que representaban el Corazon de Jesús, y espuestos en gran cantidad á la venta pública los detestables libros de Renan contra la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y contra los Apóstoles. A la verdad, que Milan y todo Italia no serán mas felices bajo la revolucion de estos nuevos reformadores, que lo fueron bajo el dominio de las tiranias y bajo la coyunda de los bárbaros.

Bolonia es una de las principales ciudades de los estados romanos, arrebatada hoy á la Iglesia por la revolucion. En otro tiempo se

le daba el nombre de *Felsina* y frecuentemente ha sido llamada ciudad de Tito Livio y de Plinio ; porque siendo una de las doce capitales de los Etruscos, á ellos atribuyen su fundacion aquellos dos historiadores. No conserva, sin embargo, ninguno de los antiguos edificios con escepcion de un acueducto llamado el *Mario*, que tiene apariencias de una obra romana.

Durante las guerras púnicas, Bolonia se adhirió á Anibal contra los romanos de los cuales vino á ser despues una colonia. Aficionado y entusiasta por la familia de los Antoninos, Cesar Augusto la engrandeció considerablemente al principio de la guerra contra Ario ; pero bajo el reinado de Claudio, la ciudad fué reducida por un incendio á montones de ruinas. Neron, jóven aun, que se gloriaba de descender de los Antoninos, obtuvo del emperador y del senado romano recursos para hacerla revivir : pero á la caida del imperio, Bolonia tuvo mucho que sufrir con la irrupcion de los bárbaros en Italia. Escapada de aquel azote se entregó á la república en que nacieron, como en todas las repúblicas, las ambiciones que la

dividieron, la arruinaron y entregaron su esqueleto á una sucesion de tiranías y de tiranos, hasta que en 1506 el papa Julio II arrojó de Bolonia sus últimos tiranuelos, y la ciudad y el territorio se sometieron voluntariamente á la santa Sede, á la que despues han estado siempre unidos y gozando de verdadera libertad y de honores y privilegios.

Mas no contenta Bolonia con el gobierno honroso y paternal de san Pedro, se acordó de las ranas y pidió un nuevo rey, y héla aquí bajo la mirada de Júpiter, retorciéndose con toda Italia, entre los anillos asquerosos de mil serpientes.

Está rodeada de murallas de piedra que le sirven de fortificacion, y se estienden mas de una legua en derredor. Las calles son casi todas estrechas y tortuosas, y en su mayor parte flanqueadas por los dos lados de pórticos de forma irregular, que en algunas partes producen oscuridad y aumentan la estrechez de las calles. En estas calles me acordé del Cairo y Constantinopla.

La catedral puesta bajo la invocacion de san Pedro, es un edificio de orden corintio, y sus naves son hermosas, y tiene bellos

cuadros, entre ellos el que representa la Anunciacion. La mas grande de las iglesias de Bolonia es la que se llama basilica de san Petronio; es de arquitectura gótica, y en ella fué Cárlos V coronado emperador por el papa Clemente VII. Las puertas están adornadas por unas sibilas de buen efecto; un bajo relieve que representa la transfiguracion, me pareció muy bueno.

Construida sobre un bello diseño, la iglesia de san Salvador, está adornada de preciosas pinturas de artistas de gran mérito; pero la de santo Domingo se distingue por las bellas estatuas de Miguel Angel, de Donatel, de Gombardo, y de otros estatuarios de nombre universal: alli se admiran las magníficas pinturas de Guido Reni, los cuadros de Francia y del Guercino; pero no me cansaba yo de ver y admirar una de las mas bellas obras del célebre pintor Luis Carraci, que representa á san Raymundo nadando en el mar tendido en su propia capa.

Se conservan en esta iglesia las tumbas que encierran las cenizas de personas ilustres y bienhechoras de la ciudad.

Las iglesias de la Virgen de *galiera*, de

Santiago, de santa Clara, de los padres oratorianos, de san Bartolomé, de san Pablo y de san Martin, merecen la atencion del viajero por la profusion de bellas pinturas y otros objetos artisticos.

Pero no dejaré de hacer mencion del vasto y magestuoso convento de los dominicanos, que conserva el honor y la celebridad de haber sido la morada por mucho tiempo de santo Domingo, san Raymundo y san Pedro mártir, y de muchos cardenales y muchos pontífices.

Entre los palacios preferí visitar con detencion el *podesta*, famoso por dos sucesos históricos que tuvieron lugar en él. En este palacio fué encerrado Encio, rey de Cerdeña é hijo del emperador Federico.

En 1249, aquel príncipe fué hecho prisionero por los boloneses y encerrado en este palacio donde murió, despues de una cautividad de 25 años; y en la misma sala llamada Encio del nombre de aquel desventurado príncipe, se celebró el conclave que colocó en el trono pontificio al papa Juan XXIII. Al frente de este palacio se eleva la fuente del gigante, que es una de las

mas bellas de Italia despues de la de Trevi en Roma. Fué construida en 1563 por orden de san Cárlos Borromeo, que en aquella época el santo prelado ejercia las funciones de legado del Papa en Bolonia. Está adornada de una estatua gicantesca que le da el nombre y representa Neptuno, y es una de las obras maestras del célebre Julian de Bolonia.

Los lectores saben que Bolonia es una ciudad muy célebre en los anales de las ciencias y de las artes, y saben tambien que han contribuido á darle tan justa celebridad, la influencia y la proteccion del pontificado católico. Por muchos siglos la universidad de Bolonia atrajó á sí, estudiantes de todas las naciones, cuyo número llegó hasta doce mil; y tal concurso dió lugar á que se fundaran en dicha ciudad colegios de todas las naciones; pero hoy no existe mas que el de España fundado por el cardenal Egidio Cavilo de Albornoz.

La academia de las ciencias que se conoce con el nombre de instituto, es uno de los mas bellos de este género de que puede gloriarse Italia. Fué fundado por el conde Luis Fernando Marcilio, y está adornado de mag-

nificas pinturas debidas al pincel de célebres maestros.

Las salas están provistas de gabinetes de física, de anatomía, de historia natural, y de antigüedades; y la biblioteca contiene gran número de preciosos manuscritos, entre los cuales son notables los autógrafos de su fundador Marcilio y los del naturalista Aldo-brando que forman 187 volúmenes en folio. El cardenal Próspero Lambertini era Arzobispo de Bolonia y despues Papa con el nombre de Benedicto XIV, y uno de los pontífices mas sabios que han ocupado la silla de san Pedro; este gran papa hizo donacion á Bolonia de su biblioteca particular, y de muchas máquinas y preciosos instrumentos, que mandó espresamente se llevase todo de Roma á la biblioteca de Bolonia.

Entre los impresos me llamó particularmente la atencion un ejemplar del libro de Enrique VIII contra Lutero, dedicado al Papa Leon X y con la firma autógrafa que dice *Enricus, Rex*

Aquel desgraciado rey con este famoso libro dejó al mundo un ejemplo terrible de lo que llega á ser el hombre cuando abandona

la fé y la razon, para no tener mas guia que su propio orgullo, ni mas estímulo que sus pasiones. Aquel monarca cuyo libro mereció los honores de ser comparado á las obras de los santos padres, fué el mismo que, dominado por la soberbia y la lascivia, rodó de inconsecuencia en inconsecuencia, de miseria en miseria, de abismo en abismo, hasta que acabó por proclamar el protestantismo, que tan victoriosamente habia refutado, y fundarlo como religion del Estado en la Gran Bretaña, llamada por su piedad y adhesion á la santa Sede, la isla de los Santos.

¡Ojalá que las lecciones de la historia se grabaran indeleblemente en nuestro entendimiento y en nuestro corazon, y fueran para nosotros un faro que guiara nuestros pasos por los senderos oscuros y peligrosos de la vida!

No lejos de la universidad está el antiguo noviciado de los jesuitas, que puede llamarse una academia de bellas artes; pues allí se han reunido galerías de preciosos cuadros, casi todo proveniente de las iglesias y de los conventos de la compañía que han sido distinguidos.

Necesitaria un libro para hablar solamente de las bellezas artísticas que encierra aquella casa, casi todas representando objetos místicos y sagrados. Inspirados por la religion, los primeros artistas muestran allí las sublimes concepciones de su genio creador, y las encantadoras armonías que saben producir obrando de acuerdo la fé y la razon.

Me detuve embelesado ante los cuadros que representan la asuncion de la Virgen al cielo entre nubes resplandecientes y rodeada de Angeles ; el de María, madre de Misericordia recibiendo bajo su amparo los pecadores ; santa Isabel que contempla al Bautista en su sueño infantil, y parece que quiere descubrir en su faz inocente la grandeza de su mision y la gloria inmortal de sus futuros destinos : y el de santa Cecilia que es una obra maestra del célebre Rafael, y que es imposible dar al lector una idea de su mérito y perfeccion.

El paganismo y su hija la moderna filosofia encerrados en sus ideas de egoismo, de placer y de materia han dado á las artes un arácter estéril como la muerte y repelente y

horroroso como la nada; y si algo hay en ellas de simpático y de grande, es debido al reflejo de algun pensamiento de inmortalidad que penetró las sombras para modificar aquellas obras con algunos rasgos de interés y de grandeza.

La religion al contrario, con sus doctrinas de caridad, con su espíritu de sacrificio y con sus pensamientos de una vida futura, ha dado á las artes un carácter de elevacion, de grandeza y de simpatía, que las coloca en un órden superior á las miserias de este mundo, y las presenta rodeadas de esperanzas y de consuelos que les dan una expresion sublime de belleza, de encanto y de amor.

Bolonia tiene la gloria de haber dado á la iglesia ocho pontífices, y entre ellos, Onorio II, Lucio II, Inocencio IX, Gregorio XIII y Benedicto XIV.

Se dice que el dictador Sila trazó el primer recinto de esta ciudad, pero otros atribuyen su fundacion á los habitantes de Fierola. La opinion mas probable, es, que fué fundada por los etruscos, á quienes la quitaron los romanos para hacer de ella uno de sus principales municipios. Las frecuentes

invasiones de los bárbaros en Italia, la hicieron sufrir mucho, y despues pasó de tiranía en tiranía hasta que quedó reducida á un estado el mas miserable.

Carlomagno la reconstruyó, y despues de haberla libertado de sus opresores y dádole la paz, estableció en ella un gobierno consular, que la rigió con sabias disposiciones. Levantada de sus ruinas fué rodeada de murallas, y adornóse pronto de templos y de palacios levantados sobre el modelo de los de Roma; y por cuatro siglos gozó de paz y de progreso á la sombra de su gobierno.

En el siglo XIII cambió la forma de gobierno, y comenzaron para Florencia nuevas vicisitudes políticas de la mitad del siglo XIV en adelante, hasta que el poder vino á manos de Cosme de Médicis que, aunque joven tenia el genio de gobernar. Dirigió el naciente estado con notable habilidad, engrandeció su territorio y fijó en su familia el poder soberano á pesar de varias conjuraciones que se tramaron contra su vida.

Los servicios que aquel príncipe prestó al catolicismo lo hicieron digno del honroso título de gran duque que el papa san Pio V le

concedió como una prueba de reconocimiento. En efecto : Cosme de Médicis preparó armadas contra los turcos y fundó la orden de los caballeros de san Estéban que hicieron ruido por sus hazañas en el mundo católico. Con las grandes riquezas de su casa, aquel príncipe embelleció la ciudad de edificios suntuosos; promovió el desarrollo de las ciencias y de las artes, á las cuales dió siempre generosa proteccion.

Cayó Florencia en manos de los partidos; y los guelfos y gibelinos se disputaban con furor la víctima, y comenzó como era natural el reinado de las espoliaciones, de los incendios, de las violencias y de la muerte. Odios, conjuraciones, guerras, y males se sucedieron, hasta que el emperador de Alemania puso el poder en manos de don Carlos de España, el cual pasando á ser rey de las dos Sicilias á consecuencia del tratado de Viena, las potencias europeas dieron el granducado de Toscana á la casa de Lorena.

El lector no llevará á mal que me detenga en estas breves observaciones históricas, cuando se trata de Italia tan justamente llamada el jardín de Europa, como se llama con

no menos justicia á Florencia el jardin de Italia.

A poca distancia de los Apeninos, en una fértil y amena llanura, se alza Florencia alegre y risueña como una novia adornada en el dia de sus desposorios. Multitud de casas de campo de graciosas formas, realzan y embellecen las suaves pendientes de las colinas que en derredor forman su corona. En dos partes desiguales está dividida la ciudad por el rio Arnó, y se comunican por varios puentes, algunos de hierro, y otros de calicanto; y está defendida por murallas y por dos castillos, el de san Juan Bautista y el de san Jorge, que se alza en la parte mas alta de la ciudad. Es Florencia la capital del gran ducado de Toscana, hoy provisoria capital del famoso reino de Italia; y la habitacion ordinaria del soberano es el palacio Pit, que tiene este nombre de su primer propietario.

Las calles de Florencia son en general anchas; bien enlosadas y de una limpieza que no es comun en Europa, y principalmente en las ciudades de Italia. Causa sorpresa la primera vez que se observan los antiguos palacios de Florencia, por su aspecto imponente.

te, su solidez y el modo particular de su construcción; pues parecen fortalezas destinadas á la defensa durante las guerras civiles, que despedazaron la ciudad, y en las cuales los palacios frecuentemente eran convertidos en castillos ó fortalezas donde se reunían á veces todos los nobles de un barrio, para resistir al enemigo comun.

La catedral ó sea santa María de la Flor, está en el rango de las primeras, no solo de Italia, sino tambien de Europa. En 1294 se confió la construcción de este magnífico templo al arquitecto Arnolfo de Lapo; y del decreto que le confiaba tal misión, se deduce que el nombre primitivo de la Iglesia era el de santa Reparada, y que fué mas tarde que, cambiando el nombre, le dieron el de santa María de la Flor, que tiene hoy. Los trabajos de construcción duraron mas de 150 años y se ocuparon en ellos sucesivamente varios arquitectos de conocida celebridad. Por los años de 1437, Felipe Brunelesco principió la construcción de la maravillosa cúpula de aquella catedral, que fué terminada en 1461 pocos años despues de la muerte de su arquitecto.

Las paredes de la iglesia por fuera están incrustadas de mármoles rosados, verdes, blancos y negros, que hacen un bello efecto, principalmente al resplandor del sol de la mañana y de la tarde. Tiene siete puertas, dos en cada lado y tres en la fachada: todas son muy notables por los trabajos artísticos que las adornan; pero lo que hay mas admirable y maravilloso en aquel suntuoso edificio es la cúpula, tanto mas admirable, cuanto que está elevada sin armazon de ninguna clase, y sostenida por las reglas del arte de su misma construccion. La catedral contiene bellos trabajos de pintura y ademas algunas tumbas dignas de atencion, como la de Brunelesco, arquitecto de la cúpula y su retrato en mármol; la pila bautismal y otras varias tumbas.

Al frente de la catedral y muy cerca está la iglesia de san Juan Bautista, edificio de origen muy antiguo y que fué en un tiempo, segun dicen, un templo de Marte. En 1295 la corporacion de mercaderes de Florencia la hizo incrustar de mármoles por fuera, y encargó de dicha reparacion á Arnolfo de Lapo, el famoso arquitecto de la catedral. Esta Igle-

sia que tambien se llama el Bautisterio, está adornada de tres puertas de bronce de rara magnificencia: la que se abre al sur es de Andrés Pisano, y las otras dos son obra de un artista que las hizo á la edad de cuarenta y cuatro años, que se llamaba Lorenzo Ghiberti, y que fué preferido á todos los artistas italianos en el concurso que se abrió para tal objeto. Dichas puertas representan por orden y como si fuera en cera y no en bronce, multitud de pasages del antiguo y del nuevo Testamento, y están ejecutadas con trabajos tan admirables y maravillosos, que Miguel Angel al verlas dicen que dijo, que eran dignas de cerrar el Paraiso. Al lado de la puerta principal hay dos columnas de pórfido, que fueron dadas por los habitantes de Pisa á los de Florencia, como recompensa de servicios prestados en tiempo de guerra.

El pavimento de la Iglesia es compuesto de mosaicos en mármoles blancos, negros y rosados de muy graciosas formas, y diez y seis columnas de granito adornan el interior y sostienen un terrado el cual y las paredes están recubiertas con mosaicos de preciosos trabajos. Hay un mausoleo levantado á la

memoria del papa Juan XIII, que á fin de terminar las disensiones que devoraban la Iglesia, abdicó el sumo pontificado y se retiró á llevar una vida privada en Florencia en 1449. Sobre una gran plataforma de mármol se alza la estatua de aquel papa, en bronce, con mitra y vestiduras pontificales. Este admirable monumento es obra del famoso Donatelo al que se deben tambien las dos estatuas de la Esperanza y de la Caridad, que se muestran sobre el pedestal. Los enemigos del clero, es decir, los predicadores de libertad y de progresos ¿serian capaces de hacer por el bien de los pueblos sus ahijados, algo parecido á lo que hizo aquel papa por el bien de la Iglesia? En 1658 fueron construidas las fuentes bautismales, que consisten en una gran taza ó pila de mármol con bajos relieves, que representan algunos hechos de san Juan Bautista.

Al lado de la catedral se alza la magnífica torre cuadrada, cuya primera piedra puso en su base el Obispo de Florencia don Francisco Salviati, el 18 de julio de 1334. El campanario tiene 258 piés de altura y la puerta está incrustada de mármoles de diversos colores

tan perfectamente unidos que parecen una sola piedra. La parte inferior está embellecida de estatuas y de bajos relieves, obra de los artistas mas distinguidos de aquella época; y la superior, donde están las campanas, presenta una gran ventana en cada uno de los cuatro lados, sobre las cuales hay un terrado con balaustrada de mármol en derredor. Desde la cúspide de aquella elevada torre se goza una vista encantadora de Florencia y sus campiñas en un horizonte estenso, como se goza la de Venecia y el mar desde la torre de san Marcos y la de Milan y sus deliciosas comarcas, desde las alturas de su admirable catedral. Dos estatuas en dos nichos que están al lado de la catedral, representan á Arnolfo de Lapo y á Brunelesco, arquitectos del templo y de la cúpula, y mas adelante del mismo lado hay una gran piedra con una inscripcion que dice así : *Piedra del Dante*, que indica el lugar donde algunas veces reposaba el gran poeta, para admirar la atrevida obra de Brunelesco, esto es, la cúpula de santa María de la Flor.

La Iglesia de la Anunciacion es un magnífico templo fundado por los siervos de María

y construido con los diseños de Brunelesco. Lo interior del edificio está lleno de mármoles y de estucos dorados, y la cúpula es de forma redonda y de agradable efecto por la harmonia y elegancia de sus proporciones. El arquitecto de la cúpula fué Volterra, y la iglesia es tenuta por una de las mas célebres de Florencia.

El vestíbulo que introduce en la iglesia es riquísimo de pinturas al fresco, que representan diversas cosas: mujeres y niños de rodillas ante un fraile que les muestra una reliquia de san Felipe Nerí: un niño que resucita al tocar el vestido del mismo santo: el mismo que cubre con su capa á un leproso: la Natividad de la Virgen, el Nacimiento del Niño, los tres reyes, la visita á santa Isabel, la Asuncion gloriosa de María santísima, y otra multitud de admirables pinturas de que no pude tomar nota.

Bella y rica es la capilla de la derecha que fué edificada á espensas de don Pedro de Médicis; en honor de una imágen de la Virgen venerada en su tiempo como muy milagrosa, obra de un cierto Bartolomé, desconocido, quien encontrándose en gran difi-

cultad de dar al rostro de la Virgen una espresion divina, el artista se durmió bajo la impresion de sus sentimientos de pesar, y cuando despertó vió al lado su obra concluida de un modo superior á sus pensamientos y á las concepciones de su genio. El pavimento de esta capilla está formado de pórfido y de granito egipcio, y en un oratorio contiguo cuyas paredes están llenas de jaspe, de ágatas y de otras piedras preciosas, hay un crucifijo de gran belleza, obra del artista Antonio de san Gallo.

En aquella iglesia hay ademas un hermoso cuadro al fresco que representa el juicio final, y otro la crucificacion del Señor; pero no supe el nombre de sus autores. La capilla construida á espensas y con el diseño de Juan de Bolonia para que le sirviere de sepulcro, es hermosa; y la tumba del grande artista está adornada de un crucifijo y bajos relieves hechos por él mismo en bronce. Por allí cerca, está espuesto á la admiracion del viajero el famosa cuadro conocido con el nombre de la Virgen del Saco, así llamada, segun se dice; porque el célebre autor que es Andrés del Sarto, la hizo por el mezquino valor de un

saco de harina en tiempo de escasez; y hoy no se sabe lo que aquella pintura puede valer, pues se tiene por la obra maestra de tan famoso artista; y para dar alguna idea del mérito del cuadro basta decir, que el Ticiano y Miguel Angel no podían apartar los ojos de aquella imágen. En la capilla de san Lucas están los restos del famoso escultor Benvenuto Celini y de Andrés del Sarto. Sí, el pintor de la Virgen del Saco, era bien digno de ser sepultado en la capilla de San Lucas, que pintó á María santísima, con su pluma en el Evangelio y con el pincel en sus lienzos inmortales.

La iglesia de Santa Cruz fué comenzada en 1294 y restaurada y modificada mas tarde con los diseños de Vasari, á quien se debe el modelo de todas las capillas. Yo no vacilo en llamar á aquella iglesia, panteon de Florencia; por la multitud de monumentos sepulcrales que contiene, que no me es posible enumerarlos todos, porque haría demasiado largo este libro; y me veo obligado á no mencionar mas que los principales, escogiendo aquellos nombres que pueden ser mas conocidos de los lectores. La tumba de Miguel

Angel es un monumento compuesto de tres estatuas de mármol que representan la pintura, la escultura y la arquitectura en cuyas artes, todos saben, que Miguel Angel era un gran genio. No sé los autores de dichas estatuas, aunque todas me parecieron de muy perfecta ejecucion; pero se comprende que serian diferentes artistas y que cada uno pensó en la perfeccion de su propia obra, sin atender mucho á la uniformidad que debió haber entre las tres, como dirigidas á un mismo objeto. Esto me pareció, pero debe saber el lector que yo no soy artista y que no me he comprometido mas que á referir las cosas principales que he visto en mi viaje, las impresiones recibidas á vista de los objetos y de los lugares, y el juicio que he formado de todas esas cosas, ya sea consideradas aisladamente, ya en conjunto, ó ya tambien comparándolas entre sí con otros paises y otras cosas. No se olvide esta manifestacion que doy como una regla aplicable á todas y á cada una de las páginas de mi libro.

Un monumento está levantado en honor del Dante, aunque creo que sus cenizas reposan en Ravena. En 1829 con solemne pompa

consagraron á la memoria del inmortal poeta aquel monumento, en que se le representa sentado en actitud de profunda meditacion: á un lado está la poesia llorando, y al otro Italia que le presenta este verso de la divina comedia: « Honrad al altísimo Poeta. » Sobre la tumba esta la imágen de Jesucristo presentado al pueblo por Pilato, como sobre la de Miguel Angel está la del mismo Señor llevando la Cruz en la espalda. Otro monumento en que se representa á Italia llorando sobre una urna cineraria, encierra los restos de Victor Alfierí, ilustre autor trágico, y en el mausoleo de Maquiávelo hay una figura sentada que representa la política teniendo en la mano derecha el retrato del mismo Maquiávelo, y en la izquierda una balanza en la cual está de un lado un rótulo de papel y en el otro una espada: encima están escritas estas palabras en latin: « No hay elogio igual á tan grande hombre. » El monumento de Galileo en que está el busto de aquel sabio entre las estatuas que representan la astronomía y la geometría, me pareció sencillo, pero de mucho mérito. Finalmente, hay en las diversas capillas de la

iglesia de santa Cruz otros varios monumentos dignos de atencion, que no me detengo á mencionar; pero no puedo pasar en silencio dos magníficos mausoleos de mármol en relieve que están juntos incrustados en la pared de una capilla: en la parte superior hay dos nichos en que están representados Aaron con vestiduras pontificales y Moisés con las tablas de la Ley, y en círculo están las virtudes de la virginidad, la prudencia y la humildad; pero no conozco los autores del monumento ni los nombres de las personas á cuya memoria fueron consagrados.

La iglesia de San Lorenzo es una basílica colegiata cuya fundacion se remonta al año 390. Despues de haber sido varias veces restaurada, la destruyó un incendio en 1425. Dos años despues, Cosme de Médicis la reedificó: el interior consiste en tres naves divididas entre sí por catorce columnas, y tiene catorce capillas adornadas de multitud de pinturas de maestros distinguidos. A la izquierda del altar mayor está la sacristia antigua, hecha en forma de templete con diseño de Brunellesco, y contiene estatuas y bajos relieves de Donatelo y un mausoleo adornado de fes-

tones y figuras, obra del mismo artista, y que encierra las cenizas de Juan de Médicis.

Miguel Angel; por orden del papa Leon X, diseñó la sacristia nueva llamada la capilla de las tumbas, y la obra se concluyó bajo el pontificado de Clemente VII que la destinó para sepultar la familia de los Médicis á que pertenecía el mismo papa. En efecto, se ven allí dos tumbas construidas por Miguel Angel, que es tambien el autor de las estatuas que representan á Juliano hermano de Leon X, y á Lorenzo, padre de Alejandro, primer duque de Florencia. Ademas están representados por Miguel Angel: el dia, la noche, la aurora y el crepúsculo y coronando el grupo, la Virgen con el Niño.

Detras del coro se alza la capilla llamada ducal, que es una obra admirable y la mas suntuosa en su género que hay en Italia. Fué edificada en 1604 en el reinado de Fernando I, segun la idea de Juan de Médicis su hermano, y bajo la direccion del arquitecto Mateo Pigeto. Tiene cerca de 180 piés de elevacion sobre 86 de anchura y está toda llena ó revestida de granito, de jaspe y de otras piedras de precio, y contiene los mauzoleos de los seis

primeros gran duques de Toscana: la estatua en bronce dorado de Cosme II y la de Fernando I. Las armas de todas las ciudades de Toscana son trabajos admirables ejecutados en piedras preciosas, y la capilla fué pintada por el caballero Benvenuto. La pompa regia y el lujo que reinan en aquel monumento ó pequeña iglesia, corresponden á la suma empleada en su construccion, que asciende á 12,000,000 de francos.

Santa María Magdalena, pues, es una Iglesia digna de atencion por las riquezas artisticas que encierra.

El altar mayor incrustado de mármoles raros y preciosos, está adornado por doce columnas de jaspe y los bajos relieves y los capiteles son de bronce dorado.

Bajo aquel altar reposan los restos de santa María Magdalena de Pacis y el monumento está rodeado de bajos relieves en bronce que representan las principales acciones de la Santa; pero lo que mas me admiró fueron cuatro estatuas que representan las cuatro virtudes en que se distinguió mas aquella ilustre penitente: la piedad, la penitencia, la religion y la amabilidad ó mansedumbre;

esta tiene por atributo un cordero y una paloma; pero la religion que está cubierta con un velo, es admirable y encantadora por la ligereza del velo cuya transparencia deja ver una imágen divina rodeada de los resplandores de la verdad y del amor.

La iglesia de san Miguel es notable por una multitud de estatuas de bronce y mármol que representan Apóstoles, Evangelistas y otros santos, y se me dijo que todas las corporaciones de Florencia contribuyeron con dinero á la creacion de aquellas estatuas, y confiaron la ejecucion de tan monumentales obras á los mejores artistas de su época; pero no supe el objeto particular, si lo hubo, para hacerlas por cuenta de corporaciones públicas.

La iglesia del Espíritu santo es compuesta de tres naves sostenidas por hermosas columnas de piedra gris de un solo pedazo, y tiene treinta y ocho capillas, casi todas adornadas de pinturas de mucho mérito. Haré mencion de las que me parecieron mejor, colocadas en diferentes partes: Jesucristo arrojando los mercaderes del templo; san Agustin y santa Mónica; los desposorios de

la Virgen; san Nicolás revisitando tres niños la adoracion de los reyes; la resurreccion, y san Agustin en la ribera del mar con el Angel que le adivina los pensamientos y lo humilla ante el adorable misterio de la Santísima Trinidad.

Hay otras muchas iglesias de las cuales visité de paso algunas, y encontré las mismas bellezas artísticas; porque al lado de la religion están siempre las creencias y las artes. Empero, no me es posible hacer una relacion de esas iglesias ni de los muchos palacios llenos de galerías preciosas de pintura y escultura ni de los jardines, paseos públicos, establecimientos de educacion científica y artistica, hospitales y demás edificios públicos; porque aunque casi todos los visité, el espacio de mi obra no me permite sino muy breves relaciones.

Pocas horas se necesitan para pasar de Florencia á Pisa por el ferro-carril y al través de hermosas campiñas que riegan las aguas del Arno. Pisa fué muy famosa en un tiempo, pues era una de las doce florecientes ciudades de la Etruria, y con respecto á la antigüedad de su fundacion, es fuera de duda como

aseguran Dionisio de Halicarnaso, Tito Livio y Strabon que fué fundada por una colonia de griegos que vino despues del sitio de Troya, de Pisa de Grecia, situada en las riberas del Alfeo en el Peloponeso.

Aliada con Roma desde el año 560 se ganó de tal modo el afecto de los romanos, que pocos años despues era una de las mas considerables colonias del imperio y obtuvo de Augusto un título honorífico. Fué muy predilecta de los emperadores Adriano y Antonino que la enriquecieron de arcos triunfales, templos, teatros y otros monumentos de los que no queda mas que alguna ruina como testimonio de la fragilidad de las obras del poder humano. Debió su antiguo esplendor á la situacion marítima que ocupaba en la desembocadura del Arno, que con el trascurso de los tiempos y las crecientes, varió aquel rio de curso y hoy está distante de la ciudad. A la caida del imperio romano, Pisa fué víctima de los bárbaros, de los godos y de los longobardos sucesivamente. Alternando entre dias de gloria y de infortunio, entre épocas de prosperidad y de decadencia, Pisa vino atravesando los siglos

hasta que fué vendida á Juan Galeazo, vizconde duque de Milan, y cayó despues bajo el dominio de Florencia. Hoy no conserva de su pasada grandeza, mas que las memorias históricas que sirven de leccion á los pueblos y enseñan al mundo la miseria de las cosas humanas.

En una llanura, fértil y extensa, está Pisa construida sobre el Arno á tres leguas de su desembocadura en el mar. Cerca de dos leguas y media de extension tienen los muros que la rodean, y está defendida por dos castillos, el uno de construccion moderna, que se alza al occidente, y el otro antiguo que está situado en la parte meridional. Dividida por el Arno, cuyo ancho lecho está flanqueado por hermosas calles ; y el rio se pasa por tres puentes de los cuales uno es construido de mármol blanco. Las calles son bien empedradas, anchas y muy cómodas para caminar por ellas, y una está adornada da pórticos.

La catedral es una de las mas bellas de Italia, y fué principiada en el año de 1064 sobre las ruinas de un templo de Adriano, y duró su construccion 44 años. La arquitec-

tura que es una mezcla de griego y árabe se atribuye á Bruschelto que se cree era natural de Grecia. La parte exterior está incrustada de mármoles, y la fachada tiene por adornos cinco estatuas y cincuenta y ocho columnas de mármol dispuestas en cinco órdenes, que forman cuatro galerías abiertas y sobrepuestas las unas á las otras. Éntrase al templo por tres puertas de bronce trabajadas segun los diseños de Juan de Boloña, y que representan los principales misterios de la redencion y varios hechos de la vida de la Santísima Virgen. Dividido el interior en cinco naves sostenidas, la mayor por veinte y cuatro columnas de granito, y las otras por columnas hermosas, pero de menor dimension. Están esparcidas en abundancia en aquella magnífica iglesia, los ornatos, la pintura y la escultura y la vuelta de la nave principal muy rica. En cada lado hay seis altares de mármol hechos por los modelos de Miguel Angel, y adornados de bellísimas pinturas.

El altar mayor separado del presbiterio por una balaustrada de mármol con piedras preciosas y adornada con dos estatuas, es-

tá enteramente cubierto de hermosas piedras y embellecido por columnas de pórfido, candelabros de bronce y un crucifijo que dicen ser una obra de mucho mérito.

Frente á la fachada de la catedral se alza la iglesia de san Juan Bautista, llamada el bautisterio porque contiene la fuente bautismal. El edificio es de forma redonda ó circular y está enteramente cubierto de mármoles por dentro y fuera. Compónese el exterior de tres órdenes enriquecidos de numerosas columnas que sostienen una gran cúpula cubierta de plomo. Cuatro puertas esculpidas y bellas dan entrada á la iglesia que tiene altares de hermosos mármoles y un púlpito esculpido, obra de Nicolás Pisano, que muestra hasta qué grado de perfeccion habia llevado la escultura aquel artista en sus tiempos. Dicese que treinta y dos familias de Pisa suministraron los fondos para hacer la iglesia de san Juan, cuya construccion se principió en el año 1153

El campanario ó famosa torre de Pisa fué principiada en 1174 bajo la direccion del arquitecto Bonanno natural de Pisa. Esta torre es admirable por la belleza de sus mármoles.

por la singularidad de su forma y sobre todo por su inclinacion, que es tanta, que no se persuade uno como pueda sostenerse sobre sus fundamentos. La parte exterior está compuesta de siete galerías y de doscientas siete columnas admirables por su escultura variada y antigua que separan y sostienen al mismo tiempo dichas galerías. Una escalera interior de mármol con cerca de doscientas gradas y seguida de otra escalera espiral, conduce á la estremidad superior de la torre desde donde se goza una vista deliciosa y sorprendente sobre la ciudad, las campiñas y el Arno.

Es tal la inclinacion de la torre, que una cuerda que se hiciese bajar perpendicular desde la cima, tocara al suelo distante de la base mas de 15 piés. Dicen unos que la causa de aquella inclinacion fué el haberse hundido el terreno de una parte, pero otros, y me parece lo mas racional, dicen que aquella forma entró en el plan del arquitecto. Seis ó siete grandes campanas están colgando de su cima, y desde lo alto de aquella torre hacia Galileo esperiencias y observaciones sobre física, cuando enseñaba matemáticas en Pisa.

Ademas de la catedral hay varias iglesias, y las que pude ver me parecieron buenas y sobre todo ricas de mármoles y de objetos artísticos.

Santa Maria de la Espina, construida sobre el Arno, se distingue por su arquitectura gótica, y pasa por uno de los edificios mas perfectos de este género que hay en Italia.

San Estevan de los caballeros es notable por la multitud de pinturas de artistas distinguidos, y las banderas que la adornan fueron tomadas á los turcos por los caballeros del órden de san Estevan á quienes estaba reservada dicha iglesia.

San Nicolás parece tener la superioridad sobre los demas templos de Pisa por la abundancia y riqueza de los mármoles que la embellecen, y sus hermosas pinturas, su campanario, obra de arquitectura elegante de Nicolás de Pisa, son objetos que el viajero admira con placer.

Pero sin duda una de las cosas mas notables que hay en Pisa es el cementerio. Construido en 1298 sobre el diseño de Juan Pisano, se alza á poca distancia de la catedral. Este vasto recinto tiene cerca de 450 piés de

largo sobre 140 de ancho, y el interior está compuesto de sesenta y dos arcos de estilo gótico, sostenidos de sesenta y seis gruesas pilastras, que reposan sobre sólidas bases. Las pilastras están separadas por otras menores y por pequeñas columnas que descansan tambien sobre los mismos fundamentos. Las paredes están adornadas con escelentes pinturas de los artistas del tiempo de su construccion, y en las galerías están distribuidos mas de seiscientos fragmentos de escultura antigua y moderna. En la aria del medio del campo santo, que está dividido en tres partes, echaron la tierra de Jerusalem que fué traída á Pisa en 1228 por treinta galeras de la república.

La opinion comun de aquel pueblo afirma que, aquella tierra tiene la propiedad de reducir á polvo en veinte y cuatro horas los cáveres sepultados en ella.

Hay varias plazas de las cuales la mas notable es la de la catedral por los edificios que la rodean. La de los caballeros de san Estevan está embellecida por una fuente y por la estatua de Cosme I de Médicis. Tambien hay varios palacios que no pude

visitar sino de fuera, pero si visité brevemente el de la universidad que es una de las mas antiguas y célebres de Italia, y que fué restablecida en el siglo xvi por Cosme I. Posee una buena biblioteca, un gabinete de física y jardin botánico.

En breve tiempo se pasa por el camino de hierro de Pisa á Liorna, ciudad situada en un puerto del Mediterráneo, y distante 16 léguas de Florencia. Era un antiguo puerto romano, pero no se conservan vestigios de su antigüedad.

En 1392, Liorna no era mas que un caserio descubierto por todos lados, la república pisana lo rodeó de murallas, preparando así una rival que mas tarde debia eclipsar enteramente el brillo de Pisa.

En aquella ciudad recordé á mi patria y me trasporté con el pensamiento á nuestras ciudades del Tolima, para contemplar la ciudad de Mariquita destruida por la fundacion de Honda, como la fundacion de Liorna causó la ruina de la opulenta Pisa.

Fué realmente á la época de la decadencia de Pisa y la destruccion de su puerto, que Liorna tomó otro aspecto y vino á ser una

ciudad opulenta, debiendo su prosperidad á los Médicis que la fortificaron y le dieron tantos privilegios, que llamaron á ella los comerciantes de todas las naciones. Sus calles son rectas y bien enlosadas y la principal por su longitud, anchura y elegancia es la que conduce del puerto á la puerta de Pisa. Al lado de esta calle está la plaza de Armas, grande, regular y bien construida, y la parte setentrional de la ciudad está atravesada como Venecia, por varios canales que conducen los barcos con mercancías y demas objetos hasta las puertas de los almacenes y tiendas, por lo cual llaman á aquel barrio, la nueva Venecia.

Liorna tiene como doce iglesias inclusive la catedral, que no son de gran mérito á mi juicio, principalmente si se comparan con las demas de las ciudades de Italia. Tampoco abunda en objetos de bellas artes, tanto como las otras ciudades; pero hay una estatua en mármol que representa á Fernando I, fundador de la nueva ciudad, y me pareció de mal gusto; pero las cuatro estatuas accesorias en bronce que representan cuatro esclavos africanos de diversas edades y desnudos, me

parecieron admirables por la espresion del sufrimiento y el dolor.

Hay en Liorna iglesias de ritos griego y armenio y una sinagoga de los judíos, que es tenuta por una de las mejores que poseen en Italia. Tiene hospital bueno y cementerio que no tiene nada de particular; pero en un cementerio de protestantes, que se llama cementerio de los ingleses, hay una multitud de tumbas de mármol blanco cuyas inscripciones inspiran curiosidad y compasion. Como esta ciudad es puerto franco, naturalmente encierra un gran depósito de mercancías, y es un centro comercial muy activo de todas las naciones con Italia.

Mis lectores podrian observar, ¿por qué he sido mas minucioso en la relacion de las ciudades que conocí en Italia, que en la de los lugares que visité en Palestina? La razon es muy clara y sencilla.

En Palestina no han quedado mas que los grandes y venerables recuerdos de la vida y de la muerte del Hombre Dios, y las sagradas memorias de su misericordia y de su justicia; y en Jerusalem, la sede régia de David y de Salomon, en la ciudad *llena de*

pueblo, Señora de las gentes y reina de las provincias, sopló la ira del Señor y cayeron escombros amontonados sobre escombros para que los viajeros no pudieran encontrar jamás ni siquiera el polvo de sus grandezas.

No se ven allá palacios ni monumentos públicos, ni galerías de artes, ni fuentes con estatuas, ni jardines, y tan solo contempla el viajero campiñas áridas y solitarias, grutas oscuras y rocas sepulcrales, yerbas pegadas á las viejas murallas y colgando de sus tallos, é inclinadas sobre las ruinas algunas flores sin gracia, sin perfume, y sin mas hermosura que el encanto de su tristeza. De entre esas ruinas se alzan los lamentos del Profeta para contar al mundo la serie de desdichas que vinieron en reemplazo de la felicidad de Sion.

Sí, no hay mas que humillacion y servidumbre en donde campearon victoriosos los estandartes de Israel, y desaparecieron para siempre la grandeza y la gloria del pueblo de Jacob.

Solamente el pobre hombre Renan encontró en Jerusalem motivos de diversion y pa-

satiempo para sí y los suyos ; porque invocó la sombra para él tan amable y simpática del traidor Judas, se sentó en el sillón de los escribas y de los fariseos en medio del sanedrín para acusar á Jesucristo ; y despues de burlarse con Herodes de lo que respeta y ama la humanidad, pronunció su sentencia confirmando la de Poncio Pilato.

Las lenguas del cenáculo salieron de Jerusalem á pregonar el Evangelio y la civilizacion por todo el mundo, y los resplandores del dia de Pentecostés disiparon las tinieblas que cubrian la faz de la tierra.

El espíritu fecundo y creador del cristianismo vino con los Apóstoles de oriente á occidente á cambiar la faz de las naciones y á inspirar un gusto noble y delicado á las ciencias y á las artes en Europa. Y es digno de notarse que las artes en todos sus ramos han florecido mas allí donde han alcanzado mas las influencias de la cátedra apostólica, y por eso ninguna nacion puede con verdad disputar á Italia la palma en esa materia.

Hay un hecho en que debe fijarse la atencion tanto mas cuanto que él manifiesta con claridad la injusticia con que los enemigos

de la Iglesia acusan al clero no solamente de no proteger las ciencias y las artes, sino de ser un obstáculo para su desarrollo y progreso.

En la profusion asombrosa de obras en todo género de artes en que abunda Italia, no es fácil encontrar templos, galerías de pintura y escultura, academias de música, poesía, y obras de beneficencia pública en que no figure el clero con alabanza y gratitud de los pueblos. Aquí una lápida de mármol en que está escrito el nombre de un cardenal que protegió con su renta y su patrimonio la construcción de una de esas catedrales que arrebatan la admiración del viajero : allí el de un obispo que, ilustrando al pueblo con su ministerio pastoral, escribió obras que se leen y se citan por los literatos y por los sabios, y acabó por regalar su biblioteca á una universidad : allá un párroco que funda escuelas públicas para la educación de los pobres, y hospitales para los enfermos del pueblo : y mas allá se encuentra un sacerdote fundador de cofradías para recoger los huérfanos, visitar y socorrer los enfermos y sepultar los muertos.

Adviértase, que esto que sucede en Italia es la historia general de las naciones católicas; porque á la doctrina de N. S. Jesucristo predicada por el clero católico con la palabra y con las obras, debe la humanidad sus consuelos y sus socorros y el mundo su civilizacion.

Con satisfaccion y alegría me traslado por un momento á mi pátria: ¿qué hay en ella de importancia con respecto á la instruccion y al alivio de los pueblos que no sea la obra del clero? Universidades, colegios, seminarios, hospitales y hasta escuelas son la obra del clero ó cuando algunas no lo sean exclusivamente han sido favorecidas por él, con su influjo, su dinero y su proteccion.

Todos los hombres que figuran en mi país han recibido directa ó indirectamente su educacion de la Iglesia y seria muy larga la lista de los que la deben inmediatamente á los sacrificios y á la proteccion de curas y otros sacerdotes.

Vuelvo á Italia.

En casi todos los museos de artes, tanto públicos como particulares, se encuentran obras escelentes del clero, principalmente

de los religiosos ; porque los que manejan el incensario saben tambien manejar con habilidad el buril, el pincel, la pluma y la lira ; así es que dejan el breviario para tomar los instrumentos de las ciencias y de las artes, y salen del coro de cantar las alabanzas del Señor, y se ponen á dirigir comò arquitectos la construccion de un templo, á modelar una estatua, á pintar un cuadro ó á componer un poema en dulcísimos versos escritos en la melodiosa lengua del Taso.

Esta es una verdad histórica, pero ignorada del mundo en general y conocida tan solamente por poquísimos viajeros que tienen interés en hacer observaciones de este género, y la razon es clara ; porque los pobres religiosos que no tienen la vanidad de la fama, ni hacen de las artes una profesion lucrativa, no andan como los otros artistas recomendando su nombre á los periódicos para ser conocidos del público, adquirir crédito de artistas y vender á buen precio sus obras.

Los frailes no son artistas por fama y por negocio, y trabajan ocultamente para adornar sus conventos y sus iglesias, y es muy

difícil sorprenderlos trabajando en las artes.

Me haria interminable si pretendiese referir todas las historias verdaderas que hay en Italia con respecto al impulso dado por el clero á las artes, y me contento tan solo con recordar el nombre de un religioso dominicano de santa María de la Minerva en Roma. Llamábase Juan de Fiesole, y por sobrenombre el pintor Angélico; porque era admirable en este arte, con especialidad para pintar imágenes de la Virgen.

Para el lector no es desconocido el nombre de Miguel Angel y puede comprender lo que vale un elogio de aquel gran genio sobre cualquiera obra artística. Pues bien: Miguel Angel considerando el cuadro de la Anunciaci6n de la Virgen, pintado por el religioso, dijo con admiracion y entusiasmo estas palabras: « Yo creo que este padre sube al cielo á contemplar aquel bienaventurado rostro, y despues viene acá abajo á pintarlo entre nosotros. »

Dicen que aquel religioso siempre hacia oracion antes de pintar, y que se ponía de rodillas para pintar las imágenes de Jesús y

de Maria, y bañaba los lienzos con sus lágrimas.

A la misma órden de santo Domingo perteneció el cardenal Frangipane, religioso y gran teólogo, famoso jurisconsulto y escelente predicador que compuso, segun la opinion unánime, la sequencia de los muertos, igno sublime é inmortal que comienza *Dies ire dies ila*, y que ha merecido siempre la admiracion del mundo.

Sabido es, que la mayor parte de las inscripciones en prosa y verso que se encuentran en las losas sepulcrales de las catacumbas y de otros cementerios antiguos de Roma, y que tanto han ausiliado el estudio de las antigüedades, fueron escritas por una mano sacerdotal, por la mano de san Dámaso papa y mártir.

Entre tanto : ¿Qué han hecho los enemigos de la Iglesia, los calumniadores del clero ? Han hecho mucho : han predicado libertad á los pueblos, y en vez de libertad los pueblos han visto y experimentado infames dictaduras y odiosas tiranías : han predicado la igualdad en los pueblos, y los pueblos han visto y experimentado el exclusivismo del poder en unos

pocos, y la igualdad en la opresion y en la miseria públicas: han predicado la fraternidad, y los pueblos en su miseria y en su dolor, volvieron sus ojos á los hermanos predicadores, y se habian convertido en verdugos; y solo encontraron socorro y consuelo en la Iglesia que enseña y practica por medio del clero la única fraternidad verdadera universal, espresada, no en largas y retumbantes constituciones, sino en una fórmula corta, clara y llena de dulzura divina: « Padre Nuestro que estás en los cielos. » ¿Qué han hecho en fin, esas escuelas y esos partidos, que se han levantado hoy para civilizar los pueblos contra el oscurantismo de la Iglesia y redimirlos de la esclavitud del clero?

Han hecho mucho tanto en Europa como en América; porque han trabajado por quitar al pueblo el suave yugo de Jesucristo para someterlo al despotismo bárbaro y feroz de sus propias pasiones; y así, al ruido de las palabras han sucedido los estruendos del cañon y á este, el golpe del martillo demoledor destruyendo templos, altares, conventos, hospitales, casas de educacion y beneficencia pública; y los pueblos se van de nuevo preci-

pitando en los abismos de la barbarie de donde los sacara el Clero, sin tener siquiera el consuelo de ver los primeros rayos de esa civilizacion y progreso prometidos por los nuevos predicadores.

He aquí el Clero y la revolucion frente por frente, y cada cual con sus obras ; y apelo al testimonio de los mismos pueblos como comprobante de esta verdad. Un dia mas de jornada por el ferro-carril y pasando por Nunciatela y Civitavequia, estoy de regreso en Roma.



PARTE VIII

VIAJE A ASIS Y A LORETO

Foligno. — Asis. — Relaciones de la Niñez de San Francisco. — Su Sepulcro. — Iglesias y pinturas. — Jardin y Celda del canto. — Santa Clara. — Un Claustro lleno de huesos humanos. — Campañas de la Umbria. — Ancona y su catedral. — Loreto. — La basílica. — Historia de la traslacion de la Santa Casa. Culto de la Virgen en aquel santuario. — Puertas de la Iglesia. — La santa Casa de Nazaret. — Objetos que se dice eran de la Santa Familia. — Mi consagracion á María.

Dos meses despues de mi regreso de Jerusalem emprendí un nuevo viaje con el objeto de visitar los santuarios de Asis y de Loreto, tan dignos de ser venerados por los fieles.

El 17 de Agosto de 1867 á las seis de la mañana tomé pasaje en el ferrocarril acompañado de un jóven bastro del valle del Cauca, que habia ido á conocer á Roma, y á quien

convidé para ir á Loreto. A pesar de que el calor era fuerte por ser la fuerza del verano, y en el ferrocarril es insoportable, con todo yo gozaba mucho á vista del variado espectáculo que instante por instante se ofrecia á mi vista. Rios, arroyuelos, bosques, valles, colinas y montañas, se presentaban á mi vista, ora en grupos, ora dispersos, segun las diversas posiciones en que me encontraba sucesivamente, por los movimientos rectos ú oblicuos del tren, sujeto á las vueltas del camino.

Las once de la mañana serian cuando el tren se detuvo en la estacion de Foliño para tomar y dejar pasajeros y continuar su viaje á Florencia. En Foliño que no tiene cosa digna de mencion, sino la catedral, pequeña pero bonita y con buenas obras de arte, permanecí hasta las cuatro de la tarde, hora en que me fuí para Asis, que dista menos de una legua, y que, mas pequeño aun que Foliño, tiene una situacion bellisima sobre una colina medio esplanada en la pendiente de un cerro. Desde allí se goza de una vista estensa y encantadora; porque se domina una gran llanura circundada de cordilleras y de colinas

mas ó menos altas y de formas caprichosas; y se ven multitud de ciudades pequeñas con sus cruceros de caminos, sus alamedas de árboles, sus jardines, sus bosques, sus torrentes y sus iglesias. Al frente se ve sobre la montaña opuesta, la ciudad de Monte Policiano donde nació el papa Pio II.

Voy á recorrer brevemente á Asis, que debe su celebridad á la cuna y al sepulcro de San Francisco, cuyos monumentos llaman la atención del mundo, y son visitados frecuentemente por multitud de peregrinos de todas clases, que llevan el tributo de su fe y de su amor á aquellos santuarios de la virtud y de la santidad. Pero antes, debo manifestar á las personas que lean este libro, que yo me complazco en averiguar las memorias históricas de los países y tengo sumo respeto por sus tradiciones principalmente por aquellas que se refieren á sucesos relacionados con la fe y la religión de los pueblos.

He aquí, pues, la tradición unánime y constante de Asis con respecto al nacimiento de san Francisco. Un rico de Asis llamado Pedro Benardoni y comerciante á Paris, era el padre de san Francisco, y el nombre de la

madre no lo conserva la memoria del pueblo. Cuando aquella dichosa madre estaba para dar á luz á aquel admirable niño, sufría extraordinariamente : era difícil el parto y no dejaba esperanzas de sobrevivir la paciente.

Agotados todos los recursos humanos, que podia proporcionar la pocision ventajosa de Benadoni, las circunstancias empeoraban y la situacion se presentaba cada vez mas grave. Un desconocido apareció entónces y tomando parte en la agitacion gèneral, como si estuviese bien informado del suceso, dijo : que aquella señora daria pronto y felizmente á luz su hijo, si la llevaban á la pesebrera. Al instante supo la familia la estraña receta del hombre desconocido, y Benardoni, ya fuera porque el caso era desesperado, ó ya porque el hombre en la desgracia vuelve sus ojos al cielo y simpatiza con las cosas misteriosas, no vaciló en aplicar el remedio, á pesar de lo estravagante que parecia.

En efecto, tan pronto como la enferma fué puesta sobre la paja de la caballeriza, nació el niño y quedó la madre sana y contenta.

Solicitaron por el médico desconocido para darle una recompensa, y él dijo que la

única que admitia era que el niño fuese prontamente bautizado, y que se le admitiese á él por padrino. Hecho esto como él lo pidió no volvieron á ver mas al médico, ni se pudo saber quien fuese, de donde vino ni para donde se fuera. Sin afirmar ni negar la verdad de tan curiosa relacion, la presento á los lectores, como me la refirieron varios religiosos en Asis, y muchas personas de la ciudad y de sus contornos.

La casa de Benardoni está convertida en iglesia ; pero se conservan las paredes, de una pequeña cárcel defendida por una reja de herro, donde san Francisco era frecuentemente arrestado por su padre, en castigo de que gastaba cuanto podia conseguir de la familia, y aun hurtaba muchas cosas de la casa para dar limosna á los pobres.

Cuentan que su padre lo mandó una vez á la ciudad de Foliño, que está cerca á llevar unas piezas de género, y fué en efecto ; pero vendió una yegua en que iba y los géneros, y repartió el dinero á los pobres, á los ciegos y á los enfermos ; porque el amor de Dios y la caridad con el prójimo no cabian en aquel tierno corazon. Se conserva la misma puerta

por donde sacaron la madre para llevarla á la pesebrera, que está cerca y bien conservada por los cuidados de los relijiosos y de otras muchas personas; y tambien la antigua iglesia donde fué bautizado san Francisco.

Cansado el padre con el genio vivo de Francisco y con los gastos que le hacia para dar limosna, despues de castigarlo mucho, lo entregó desnudo al obispo de la ciudad, quien lo cubrió con su propia capa; y desde entónces san Francisco dejó la casa de sus padres y se metió en una hermita que estaba al pié de la montaña donde fundó su órden, y que es el famoso santuario llamado la Porciúncula, enriquecido por la santa Sede con tesoros de indulgencias, visitado frecuentemente por muchos peregrinos y donde se celebra cada año, el 4 de octubre, la gran fiesta á que concurren millares de personas de toda Italia y de diferentes naciones.

Una grande y hermosa Iglesia con buenas pinturas cubre el santuario y al lado está perfectamente conservada la casa donde vivió el Santo y donde hizo tanta penitencia.

Está la puerta por donde san Francisco

entraba y salía á su pequeña casa ó sea á su primer convento, y la estrecha y oscura pieza que habitaba, la cual tiene una ventana que dá á un pequeño patio en donde hay un rosal en que se arrojaba el Santo y despedazaba su cuerpo para apaciguar los estímulos de la carne.

Desde entonces aquel rosal se mantiene frondoso y fresco sin necesidad de cultivo, ni de riego, ni de renovar la simiente; los tallos viejos se secan y pronto son reemplazados por fértiles retoños cuyas varas no tienen espinas, y florecen en todas las estaciones: sus rosas son grandes, bellas y de esquisita fragancia, y yo conservo algunas, aunque ya secas, como dulce y sagrado recuerdo.

A un lado de la ciudad, en un lugar infame por ser allí donde decapitaban los criminales condenados al último suplicio, mandó san Francisco que fuese sepultado su cuerpo, y su orden se cumplió.

El que nació en un pesebre como su Divino maestro y llevó en su cuerpo las llagas del Redentor; el que hizo de su propia vida una copia de la vida de Jesús, y lo imitó en todas sus virtudes, principalmente en la hu-

27.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE LAS GENERALES
Bogotá

mildad, en la pureza, en la caridad y en la pobreza, lo imitó tambien en la muerte, siendo sepultado en un sitio donde ajusticiaban los malhechores.

En el siglo XIII levantaron allí un templo en honor del santo que hoy está abandonado, pero que es digno de toda atencion; porque puede considerarse como la cuna de las artes, en la época de su renacimiento en Italia.

Pertenece á la primera época de la arquitectura gótica, y sirve de modelo para la construccion de las iglesias de la órden de san Francisco.

Está adornado por cuadros de los primeros artistas de aquella época y todas las paredes están pintadas al fresco de paisájes admirables, en particular de la vida y muerte de aquel gran santo; en algunos puntos están ya borrados á pesar del esmero con que cuidan aquel tesoro de inestimable precio; pues la academia de pintura de Roma estima aquellas pinturas, como modelos de arte.

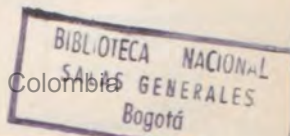
Eran los primeros hijos de san Francisco que desahogaban los afectos de su ternura

filial, pintando en la pared, quizá por falta de lienzos, la vida y la muerte de su amado padre. Sí, era ese clero á quien se le acusa de no haber hecho nada por las artes, y se le acusa con un descaro igual apenas á la ignorancia y mala fé de sus calumniadores.

Contigua á esta iglesia y mas baja hay otra mas pequeña y nueva; y de esta se baja á la subterránea donde está el sepulcro de san Francisco, en el sitio mismo donde fueron hallados sus restos, despues de mucho tiempo de trabajar haciendo escavaciones.

Se dice que estando los religiosos afligidos de trabajar y de hacer gastos buscando el cuerpo, y sin poder encontrar vestigios que indicaran siquiera el sepulcro, el padre general de la órden fué á Roma á solicitar del papa que era religioso franciscano, oraciones y limosnas para continuar los trabajos y que el papa, como ilustrado por una luz superior le dijo: «sigan trabajando por el mismo punto, que encontrarán ahí el cuerpo de nuestro padre.

La profecía se cumplió, y poco tiempo despues, encontraron el sepulero y el cuerpo enjuto; y allí mismo edificaron un santuario



magnífico, alumbrado por lámparas constantemente y con un precioso altar de mármol en que dije misa.

Siempre hay multitud de peregrinos, incluyendo muchos personajes distinguidos, rodeando aquella tumba que encierra los restos de un pobre religioso que vivió una vida humilde y oscura, sufrió la burla y los desprecios del mundo, y al cabo de siglos, el lugar infame en que fué sepultado, se ha convertido en un campo de gloria y de honor donde los grandes y poderosos del mundo se postran confundidos con la multitud, para venerar su memoria, orar ante su sepulcro, ofrecer su tributo de oraciones y lágrimas, y besar la losa que cubre sus cenizas.

Solamente la virtud constituye en el mundo la verdadera grandeza, y rodea la memoria del justo de duradera fama; porque las demás grandezas son abatidas por la muerte, y su memoria, mas ó menos tarde, perece en el olvido.

Aquellas tres iglesias están edificadas en un terreno inclinado, la una sobre la otra; y comunicadas entre sí por escaleras interiores, de modo que puede uno visitarlas sin

necesidad de salir afuera, subiendo del subterráneo donde está el sepulcro á la superior, ó descendiendo de esta á la inferior.

Al lado de estos famosos monumentos hay un convento antiguo que tiene un cuadrado de claustros solitarios é inhabitados; están llenos aquellos ruinosos y sombríos claustros de montones de huesos humanos, hacinados contra las paredes; y en partes se elevan desde el suelo hasta el techo, como pirámides levantadas por la mano de la muerte, con los despojos de la humanidad. Sobre aquellas ruinas de la soberbia y de la vanidad del hombre, se veían algunos esqueletos enteros y enjutos, y cubiertos aun con los girones de la mortaja.

A vista de aquel espectáculo medité con horror en la resurreccion de la carne, y recordé la vision del profeta Ezequiel, cuando contemplando un campo cubierto de huesos humanos, oyó la voz del Señor que le dijo: «hijo del hombre, ¿creeis que esos huesos pueden volver á tener vida? habla á esos huesos y haz que vivan; y el profeta entonces obediente á la voz de Dios les dijo: huesos áridos oid la palabra de Dios: *ossa*

arida audite verbum Dei. Y aquellos huesos obedeciendo al mandato de Dios, comunicado por la voz del Profeta, comenzaron al instante á moverse, á unirse entre sí, y á vestirse de nervios, de carne y de piel.

Pensé en la rapidez con que pasa la existencia del hombre, en las vanidades de su vida y en el triste y miserable fin de sus grandezas, y dije secretamente en mi corazón: pobre y frágil florecilla del campo, orgullosa porque se siente acariciar por el aire de la mañana, marchita por el sol del mediodia y seca por el aliento de la tarde; no recibirá su cáliz el rocío de esta noche, y el sol de mañana la encontrará deshojada entre el polvo al pié de la yerba que la produjo.

No hay mas grandeza ni mas honor, ni mas gloria verdaderas para el hombre en el mundo que las que se fundan en el conocimiento de Dios, en la observancia de sus preceptos y en la práctica de su amor.

¿Qué son esas grandezas que se levantan sobre pedestales de oro y se sostienen por la adulacion, la fuerza, la injusticia y la opresion del pobre desvalido.

Son nada mas que un fantasma de grande-

za, montada en una pequeñez indigna y despreciable.

San Francisco de Asis, cubierto con un hábito oscuro y repugnante al lujo del mundo, fué mas sabio, mas grande y mas poderoso que todos los poderosos, los grandes y los sabios del mundo; porque los sabios que no lo son, como los santos, segun la ciencia de la Cruz, emplean inutilmente sus trabajos y su vigiliass, pronunciando arengas, escribiendo obras, levantando monumentos y atesorando dinero, poder y fama, para ser tenidos por el mundo como grandes y sabios, porque solo en un dia, en un instante y en una corta frase, serán sabios, cuando viendo el dia del juicio la glorificacion de los justos, ellos esclamarán con un gemido precursor de dolores eternos : « luego erramos el camino de la verdad. »

El religioso que nos conducia á mí y á otros peregrinos, se habia salido con ellos del claustro y yo sin advertirlo me quedé solo absorto en mis reflexiones.

No sé si por casualidad, ó movidos por algun ratoncillo ó lo que es mas probable falseados por la corriente de viento que entraba

por la única puerta que habia, y estaba entreabierta; pero lo cierto es, que unos huesos rodaron de una de las pilas que quedaban á mi espalda; y al sentir el ruido y volver repentinamente la vista y ver que aquellos huesos carcomidos se movian, un estremecimiento de horror se apoderó de mí, involuntariamente dí un grito espantoso y los ecos de mi voz sordamente repetidos por aquellos rincones pavorosos y solitarios, aumentaron en mí el terror y eché á correr como un loco hasta que salí á un gran patio ó huerto, desierto tambien; pero donde la providencia me deparó un porton cerrado, pero sin llave y salí á la calle. Lleno de tristeza y de horror me alejé de aquel sitio, y por muchos dias no se apartó de mí el pensamiento de la muerte.

• No saldré de Asis sin visitar con los lectores de este libro la Iglesia y el sepulcro de la noble virgen santa Clara, natural de esta ciudad y contemporánea de san Francisco, bajo cuya direccion y reglas fundó lo órden que lleva su nombre. El convento ó monasterio está en el mismo punto donde la fundó la Santa, pero refaccionado y mas grande, co-

mo es natural. El cuerpo de la Santa se conserva intacto y está tendido en un hermoso nicho ó lecho cubierto por una cortina que se corre para dejarlo ver. Visto por entre un cancel de herro á distancia de seis ú ocho pasos, aquel sagrado cuerpo no parece un cadáver, sino una mujer que duerme tranquilo y delicioso sueño. De estatura esbelta, parece que los siglos y la muerte han respetado tantas virtudes y han dejado en aquel bendito cuerpo formas que revelan la belleza corporal de aquella inocente vírgen, que preparó su carne contra la corrupcion del sepulcro, con el perfume de la inocencia, con el bálsamo de la penitencia y con el aroma de todas las virtudes.

La monja que me hizo ver el cuerpo de santa Clara, era del Brasil, y al saber el nombre de mi patria y yo el de la suya, experimentamos una alegría mutua, como la de encontrarse dos hermanos. Ella me dió alguna reliquia y me hizo conducir á la Iglesia que está contigua donde se halla el sepulcro, porque el cuerpo está dentro del convento, y yo hablaba con la religiosa en el locutorio. En el centro de la Iglesia, que es nueva y le-

vantada sobre las ruinas de la antigua, está la tumba de la santa fundadora á cuya fosa ó cripta, entré con placer y veneracion y recogí polvo del lecho mismo que ocupaba el santo cuerpo; y parecióme que aquella bóveda resonaba con dulces armonías y que las cenizas echaban olor de suavidad.

Cuando los sarracenos sitiaron la ciudad de Asis, se afanaban por escalar el monasterio de santa Clara y profanarlo; pero la Santa, tomando en sus manos un vaso en que estaba encerrada la sacrosanta Eucaristia, se puso de pié en la puerta é hizo á Dios esta oracion: « No entregues, Señor, á las bestias las almas que te confiesan, y guarda á tus siervas, que redimiste con tu preciosa Sangre. » Al instante oyó la voz de Dios que contestó á su plegaria con estas palabras: « *Ego vos semper custodiam* (Yo siempre os custodiaré). »

Pronto una parte de los sarracenos emprendieron la fuga abandonando la ciudad; y los que habian subido ya sobre los muros, perdieron de repente la vista y cayeron precipitadamente. Yo estuve en esa puerta en que las vírgenes consagradas á Dios, tenian

por centinela de su casa al celestial Esposo, y en que una alma pura y atribulada elevó su plegaria al Señor, y Dios escuchó con benignidad la voz de su oracion.

¡ Qué felicidad para el hombre la de poder en todas partes y á todas horas conversar familiarmente con su Criador, hacerlo confidente de las penas secretas de su vida, mostrarle las heridas que padece su alma y pedirle consuelo en su dolor! Buscad y hallareis, pedid y se os dará, llamad á las puertas y se os abrirán; tal es la promesa hecha por nuestro Señor Jesucristo á los que oran; y la oracion es una arma tan poderosa, que cuando es humilde y constante llega hasta escalar el cielo y vencer á Dios en su mismo trono. Por eso esa arma se nos ha dado á todos y todos podemos manejarla en nuestra defensa y provecho: el monarca en su trono, el grande en su palacio; el magistrado en su tribunal; el rico junto á sus tesoros; el soldado en la batalla; el marino entre las tormentas; el pobre en su cabaña; el prisionero en su cárcel; el enfermo en su lecho de dolor y el moribundo en los brazos de la muerte porque no hay lugar donde no esté Dios, y

en todas partes tiene el oído atento á escuchar benignamente la voz de la oracion.

Esto en cuanto á la oracion en general, que comprende las súplicas de los justos y de los pecadores; y, ¿qué diré de las oraciones de los buenos en particular? Es tanto lo que valen en la presencia del Señor las oraciones de las almas que viven en su santo temor y amor, que muchísimas veces el impío se convierte por los ruegos del justo, el pecador recibe el perdón por las súplicas de los buenos, y Dios libra á los pueblos de los azotes de su justicia, por amor de los escogidos. Si intentara confirmar estas verdades con ejemplos tomados de la historia, tendria que dedicar un libro á este objeto solamente.

Volemos con el pensamiento por sobre las montañas de Sion y vamos á sentarnos á las orillas del mar Muerto á contemplar por un momento sus negras y dormidas ondas: cuatro grandes ciudades perecieron allí reducidas á cenizas por la justicia de Dios, sin que siquiera se conozcan sus ruinas; y, sin embargo, si hubieran encerrado entre sus muros cierto número de justos, Dios habria roto el arco de su justicia tendido ya sobre aquellas

ciudades nefandas, y con una lágrima de compasion habria apagado el fuego de su ira. Si la virtuosa Judid no hubiera morado en Betulia, habria sucumbido la ciudad bajo la espada de Olofernes; y el pueblo hebreo habria sido víctima de las perfidias de Aman, sin la inocente Ester en la corte de Asuero. Si san Leon el Grande no hubiera salido de las murallas de la ciudad eterna, visitaríamos en Roma, en vez de grandezas cristianas, ruinas marcadas con los cascos del caballo de Atila. Y, ¿qué habria sido de la ciudad de Asis, sin las oraciones de santa Clara? La barbarie musulmana habria fijado sus reales allí, y los discípulos del coran habrian hecho conocer el poder de su cimitarra.

No hay pueblo que no encierre en su seno personas buenas, piadosas y devotas, pero los pueblos, por desgracia, no conocen ni saben apreciar ese tesoro; y antes bien, esas personas tan dignas de respeto y de amor, son el blanco de la burla y la murmuracion de los que con su vida libre y relajada, provocan la justicia divina y hacen venir sobre las poblaciones calamidades y desastres. A esas almas que no se avergüenzan de prac-

ticar la relijion y obrar bien, se las califica de hipócritas, santurronas y beatas; y lo mas triste es, que tales infamias tienen eco en otras gentes, que no parecen malas y que ellas mismas se tienen por buenas, porque son indiferentes.

¿Qué moralidad se debe sacar de lo espuesto?

La necesidad que todos tenemos de orar á Dios constantemente por nosotros mismos y por los demas, y la utilidad y conveniencia de tributar á los buenos respeto, veneracion y amor, ya que no imitamos sus virtudes, avergonzarnos siquiera de la esterilidad de nuestra vida para el bien, en presencia de sus ejemplos y de sus obras.

Despues de haber visitado á Asis, continué mi viaje hácia Ancona por un camino que ofrecia á mi vista perspectivas variadas y pintorescas: á uno y otro lado veia con frecuencia poblaciones mas ó menos grandes sobre colinas, en la pendiente de las montañas y en las llanuras; puentes sobre pequeños rios y túneles para pasar el tren por debajo de los cerros; campiñas bien cultivadas de viñas, trigo, hortalizas y maiz, que se cul-

tiva mucho en Italia con el nombre de *gran-turco*, pero las cañas no levantan mas que como una vara, y echan la masorca pequeña y en forma de piña en la raiz; el grano es muy menudo que lo muelen en molinos como trigo, y de la harina hacen unas tortas con dulce muy agradables; habia muchas plantaciones de tabaco que dicen ser de buena calidad.

En todas aquellas poblaciones de la Umbria y de las Marcas, que eran las mejores provincias de los estados de la Santa Sede, hoy usurpadas por la revolucion, noté mucho descontento del nuevo rey y suspiraban por el gobierno paternal del Sumo Pontífice. Me causó tristeza ver á muchísimas personas en diferentes partes, que lloraban al ver la moneda romana con el busto del papa y llamada *papetos*, y que no circulaba por orden del gobierno; pues habia sido reemplazada por las monedas italianas llamadas liras con la estampa de Victor-Manuel. Sufrí con esto, por que yo toda la moneda que llevaba era del papa, pues no sabia aquella circunstancia, y en cada moneda tenia que perder la tercera parte de su valor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES

Llegué á Ancona que ya habia contemplado con placer desde su bello golfo, cuando venia de Jerusalem, y me di á pasear por la ciudad, de cuya hermosa situacion ya he hablado. En la parte mas alta de la ciudad y sobre un cerro que tiene una esplanada grande en su cima, y que dá vista magnífica sobre la ciudad y el mar, está la catedral pequeña, pero antigua y con algunos monumentos de buen gusto.

Es de hermosa arquitectura y está embellecida de mármoles y de columnas interiormente, y la cúpula se tiene por una de las mas antiguas de Italia. Hay tres mausoleos interesantes, entre ellos el de Ginuelli que está beatificado, y hermosas pinturas de insignes maestros adornan las paredes de la iglesia, que posee muchas reliquias de santos. Hay una capilla subterránea, rica de bellos mármoles y de cuadros y pinturas cuya vista no cansa, y sobre todo se venera en aquella catedral una imágen de la Virgen, de admirable mérito segun los artistas, y que inspira á los devotos un tierno y amoroso encanto.

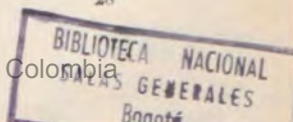
Dicen que Napoleon primero la visitó y ve-

neró mas de una vez y que tuvo deseos de llevarla consigo. Monseñor Lorenzo Barili, hoy cardenal, llevó á Bogotá algunas copias, parecidas es verdad, pero muy inferiores al original que en su magnífico santuario embelesa la vista y arrebatá el corazon con la espresion inefable de su amor. Además de la catedral hay otras diez ó doce iglesias, que no pude visitarlas todas, y las que ví me gustaron por sus bellas obras de arte.

Monumentos públicos que me llamaran la atencion, no ví mas que un arco triunfal de mármol blanco levantado en antiguos tiempos en honor de Trajano, que conserva aun la inscripcion dedicatoria; y otro monumento alzado á la memoria del papa Benedicto XIV, que fué benefactor de aquella ciudad.

Como dije ya, Ancona está fabricada en la pendiente de una colina que se avanza en el golfo Adriático y hace que la ciudad tome la forma de un anfiteatro.

En una hora poco mas ó menos se traslada uno de Ancona á Loreto, pasando un túnel bastante largo y temible; porque en las entradas se ve el agua que mana de las peñas y teme uno por esta razon que esté flojo el



terreno. Pasé muchos túneles ó zocabones mas largos; pero en ninguno tuve tanto miedo como en este. Al frente de la ciudad se detiene el ferrocarril, y es preciso subir á pié ó en coche á la cumbre de una colina donde está edificado Loreto.

No llevarán á mal mis lectores el que les refiera brevemente lo que hay auténtico con respecto á la traslacion de la santa casa de la Virgen, de Nazaret á Loreto : es como sigue. A fines del siglo xiii desapareció de la ciudad de Nazaret de Galilea la santa casa de la Virgen donde se verificó el gran misterio de la Encarnacion, y al mismo tiempo se vió aparecer sobre una colina de la ciudad de Tersatto en la Dalmacia. Conociendo los habitantes de dicha ciudad y comarcas, por celeste ilustracion y por algunos milagros, que aquel edificio era la casa de la Virgen, el conde Nicolas Frangipani que gobernaba la Dalmacia, de acuerdo con los principales ciudadanos, organizó una comision compuesta de escogidos sujetos para que fuesen á Nazaret á informarse mejor del suceso.

Fué la comision en efecto á Nazaret, y confrontando las medidas que llevaba con el si-

tio que antes ocupaba la casa, y haciendo las demas observaciones del caso, resultó á no dejar la menor duda, que la casa aparecida en Tersato, era la que habia desaparecido de Nazaret. La comision á su regreso, hizo la relacion auténtica y formal, que se depositó en el archivo público, de donde en época posterior, los habitantes de Tersato tomaron copia autorizada, y la mandaron al pontífice Leon X.

A los tres años y meses, la casa desapareció de Dalmacia y se vió en la costa del Adriático en Italia ; y poco tiempo despues se trasladó al punto que ocupa hoy, que es la colina Lauretana en el Piceno. Al instante se establecieron las mejores relaciones comerciales entre los habitantes de la Dalmacia y los del Piceno, y estos escogieron diez y seis ciudadanos de lo mas respetables por su probidad y saber, y los mandaron en comision primero á Dalmacia y despues á Palestina. Desempeñaron su comision con la escrupulosidad é inteligencia debidas, y despues de hechas todas las averiguaciones, primero en Tersato y despues en Nazaret, volvieron con una noticia feliz y trayendo un resultado in-

dubitable de ser aquella la Santa Casa de Nazaret.

Presentaron su informe de un modo solemne y lo firmaron unánimes los diez y seis, que se guardó en el archivo de Recanati hasta el pontificado de Juan XXII, en cuyo tiempo fué presa del incendio que devoró aquella ciudad; pero se conservaron copias exactas de aquel acto, esparcidas entre las familias mas ilustres de aquella ciudad.

Apenas comenzó á propagarse maravillosamente en occidente el culto de la Santa Casa, á fines del siglo xv y en el xvi, cuando comenzó tambien la guerra mas encarnizada de parte de los impíos contra aquel sacratísimo santuario de la relijion.

Principalmente los luteranos y calvinistas no omitieron medio para desacreditar la Santa Casa, ni dejaron en el diccionario de las necedades y de las infamias, sarcasmo que no arrojaron contra aquella modesta y pobre habitacion de la mas humilde, de la mas pura y de la mas santa de todas las criaturas, donde Dios, se hizo hombre por su amor al hombre. Unos la llamaban *el grande idolo de Loreto*; y otros la apellidaban.

imposturas de los papistas, y otras necesidades y desatinos que los herejes é impíos guardan en la soberbia de su entendimiento y en los oscuros senos de su corazon depravado.

Aumentándose cada dia mas los sarcasmos y la mordaz censura de los herejes contra el santuario, el papa Clemente VII, que queria adornarlo y enriquecerlo, para estar mas seguro de la autenticidad del sagrado monumento, resolvió mandar por su cuenta una tercera comision de toda su confianza, y escujo al efecto tres de sus camareros secretos, distinguidos por su erudicion eclesiástica y por la probidad de su vida, quienes, habiendo recibido las instrucciones del pontífice, fueron á Tersato y examinaron la tradicion constante de aquel pueblo, tomaron medidas del lugar que por mas de tres años acupó allí la casa; y continuaron su viaje á Galilea y entraron á Nazaret.

Oyeron la relacion de los habitantes y principalmente la tradicion de los cristianos, tomaron las medidas, observaron la topografía del lugar, el estilo de construccion del país y trajeron piedras de las que se emplea-

ban en la fabricación de los edificios. Regresaron á Loreto donde verificaron el confronto de medidas, de estilo de arquitectura, de piedra de construccion, é hicieron cuidadosamente la aplicacion de todas sus observaciones ; y presentaron al sumo pontífice por resultado de su comision, el ser la casa de Loreto, la misma que desapareció de Nazaret de Galilea y vino peregrinando por la Dalmacia, á fijarse en un golfo del Adriático en la costa de Italia.

De los trabajos verificados en tres épocas distintas y del modo mas solemne resulta la autenticidad de la sagrada casa que se venera en Loreto ; y además está sostenida por la tradicion viva, unánime y constante del oriente y del occidente, y por pueblos que tendrian interés en negarla, como Galilea y Dalmacia, y principalmente las ciudades de Nazaret y de Tersato. Hablaré, pues, de la ciudad y de la santa casa, y ántes diré : que unos atribuyen el nombre de Loreto á que aquel territorio era de una señora llamada Laura, y otros dicen que el nombre viene de que antiguamente aquel sitio estaba cubierto por bosques de laurel. Yo no sé mas de esto.

Edificada en la cumbre de una colina formada por una rama de los Apeninos, Loreto es una ciudad moderna, hermosa por su posicion y memorable por su santuario. Dista como tres cuartos de legua del mar y tiene sobre el golfo una bella vista, y por la parte opuesta una magnífica y deliciosa campiña bien cultivada, amena y risueña con sus casas de campo, sus alamedas, sus bosquecitos, sus viñedos, sus jardines y sus pequeñas colinas donde alguna vez me deleité con la dulce voz de un pastorcillo, que cantaba mientras pacian sus ovejas en la suave pendiente de una pradera. Mas, como todos los placeres de la vida están mezclados de alguna amargura, para que el hombre no se enamore demasiado de este mundo, á la ternura de aquella cancion sucedió en mi alma la pena de ver allí el famoso campo de Castelfidardo donde las tropas del papa fueron ha poco tiempo, traicionadas del modo mas vil é inicuo y donde murieron gloriosamente muchos zuavos, lidiando con heroismo por su pontífice y por su rey.

Fuertes muros defienden la ciudad á los cuales agregó algunos torreones el papa

Sixto V; para preservarla de alguna sorpresa por parte de los turcos, los cuales, bajo Mahomet II y bajo su nieto Selim, habian hecho sus diversas escursiones á las costas vecinas, con la esperanza de hacer rico botin. En las ciudades pequeñas donde hay algun santuario venerable, la mayor parte del comercio está reducido á objetos de devocion; así es que, en Loreto casi no hay tienda donde no se vendan medallas, coronas, rosarios, flores artificiales y otros objetos de piedad, y aquel comercio que parece insignificante, le produce á la poblacion cerca de 150,000 francos al año.

La santa casa, segun la antigua y piadosa tradicion, fué trasportada por los Angeles de Nazaret á Dalmacia, y de Dalmacia al lugar donde está hoy; pero despues de haber cambiado varias veces de sitio en la floresta que circunda á Loreto. Ella está colocada en el centro de una hermosa y magnífica basílica, construida al estilo y al gusto modernos, y que se alza á la estremidad de la principal calle de la ciudad.

En el altozano ó entrada de la basílica, se muestra con majestad una estatua de bronce

que representa al gran pontífice Sixto V, sentado y bendiciendo al pueblo; y en la fachada la estatua, tambien de bronce de la Virgen con el Niño, con bajos relieves del mismo metal.

Tres grandes puertas de bronce conducen á las tres espaciosas naves del templo. Aquellas tres puertas son de un trabajo maravilloso y parecen del mismo artista que hizo las del bautisterio de Florencia; pero se me dijo que estas son obra de Miguel Angel: ¡Qué grande y sublime se presenta el espíritu del hombre inspirado por la religion, y qué fuente tan inagotable de magníficas y variadas bellezas han abierto á su genio, los libros santos!

Aquellas puertas son como libros inmortales en que está compendiada en tiernos y sublimes cuadros, la historia dolorosa de la humanidad.

Adan oyendo la formidable sentencia de Dios, parece que atiende al desmayo de Eva, que cae envuelta en su copiosa cabellera, y luego vuelve su frente varonil, la inclina con dolor y parece que mueve su pié trémulo y vacilante para salir del paraíso.

Mas adelante Eva duerme á la sombra de una higuera, mientras que Adan encorbado sobre una tierra ingrata, como él con su Criador, la remueve con trabajo, la riega con su sudor y le pide con sus lágrimas algun sustento.

Adan entre el cadáver ensangrentado de su hijo Abel, y su esposa que agonizaba de dolor, apenas podia buscar con una mirada y un suspiro á Cain que se escondia, por entre el ramaje de una palmera, en el sombrío seno de una selva lejana. ¿Quién habrá en el mundo que sea capaz de comprender el dolor de aquella mirada y la amargura de aquel suspiro?

Sin duda que el padre comun del género humano acabaria de comprender entonces la grandeza y las consecuencias de su pecado, y secretamente inmolaria su corazon como una víctima espiatoria en las aras de la clemencia infinita de Dios, y su arrepentimiento y su dolor serian el fuego de aquel sacrificio.

Siguen por orden los cuadros del antiguo Testamento: ora el arca de Noé flotando sobre las aguas del diluvio, ora los patriarcas

bajo sus tiendas de campaña apacentando sus rebaños; ya el cordero, los manojos de trigo y las parras con sus racimos de uvas, símbolos del sublime sacrificio de misericordia y de amor ofrecido sobre los altares por la salud del mundo.

En las otras puertas están los pasajes del nuevo Testamento ejecutados con admirable exactitud, y que inspiran en el alma del cristiano los mas tiernos sentimientos de fe y de piedad.

A la izquierda, al entrar, está el bautisterio cuya pila es tambien de bronce, grande, llena de labores y de pasajes de san Juan Bautista y el que representa el bautismo de Jesucristo. Es la mas magnífica fuente bautismal que he visto, y se me dijo que es obra del mismo artista de las puertas; y en efecto todas aquellas obras son del mismo trabajo y parecen dirigidas por un mismo pensamiento y ejecutadas por una misma mano.

No olviden mis lectores, que todos esos genios que han llenado la Italia de grandezas y maravillas artísticas, fueron católicos, favorecidos por el Clero y estimulados y protegidos por los pontífices romanos. ¿Qué

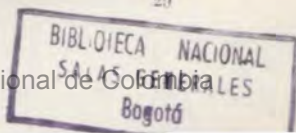
han hecho en competencia las escuelas enemigas de la Iglesia? Han esparcido ruinas por todo el mundo y han aplicado el martillo demoledor á los monumentos admirables de todo género, levantados por los esfuerzos del Clero y la Iglesia, inspirados por la idea fecunda y creadora del catolicismo. Respondan de esta verdad histórica todos los países en donde han dominado esas escuelas, cuyo tema son la libertad [y el progreso, cuya espresion natural es la revolucion, y sus obras finales el esterminio de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo bueno.

Es tiempo ya de entrar en aquella suntuosa basílica y recorrer sus tres espaciosas naves, en cuyo pavimento lucen las losas de precioso mármol. Aquellas naves forman una cruz conforme al órden bisantino, y están sostenidas por arcadas que se apoyan en columnas del órden corintio. Avanzando hácia el centro y bajo la cúpula, está la Santa Casa, cubierta exteriormente de mármoles de Carrara, que forman un pequeño templo primorosamente ordenado. Es la Santa Casa un edificio de 36 piés de largo sobre 17 de ancho y de un alto proporcionado.

Las paredes que en el exterior, como he dicho, están cubiertas de mármol, se ven interiormente en su estado original, y parecen construidas de piedra labrada de un color rojo oscuro. No tenia mas que una sola puerta la santa morada de la purísima Virgen, y el papa Leon X ó Clemente VII la hizo tapar, y mandó que se abriesen dos á cada lado, de modo que hoy tiene cuatro abiertas á la numerosa concurrencia de peregrinos que visitan el santuario. La primitiva puerta tenia algo mas de dos varas de altura, y la misma tienen las modernas cuyas alas son de bronce con relieves que representan algunas escenas de la sacrosanta vida del Redentor.

La pared del sur tiene una ventana cuadrada y cubierta con rejas de bronce dorado que cruzan sus varillas. Los restos de pinturas que se ven aun, están ennegrecidos, seguramente por el humo de las velas y de las lámparas que arden constantemente en aquel sagrado lugar.

San Luis rey de Francia cuando quedó libre de la cautividad de los sarracenos, se detuvo algun tiempo en el litoral de Pales-



tina, construyendo fortificaciones para estar mas á cubierto de las agresiones de los bárbaros ; y en efecto, se ven en Jaffá todavía grandes restos de aquellas murallas construidas por el gran rey.

El 25 de marzo de 1251, dia de la Anunciacion de María, el santo rey estaba en Nazaret para visitar el lugar donde se cumplió el altísimo misterio de la Encarnacion, y para ofrecer á María Santísima el tributo de su gratitud y de su amor, por haberlo librado de las manos de los infieles.

El 24 el santo rey ayunó y se vistió de cilicio é hizo cantar vísperas ; y el 25 oyó misa y recibió la santa comunión en la misma pieza ó aposento donde la Virgen vió al arcángel, oyó su voz de parte de Dios, y contestó : *hé aqui la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.*

San Luis en agradecimiento á la Virgen por su libertad, hizo pintar en la pared occidental de la santa estancia ó cuarto de Nazaret, la imágen de nuestra Señora y delante la suya propia, vestido de manto real y en actitud de dar gracias, teniendo en su mano derecha las cadenas de su prision, y en la

izquierda una vara en lugar de su cetro. Esta pintura fué bien reconocida en la pared de la casa de Loreto en 1625, en que se tomaron copias y se escribió mucho sobre el asunto; pero hoy ha desaparecido enteramente, menos la de san Luis de la que queda un pequeño fragmento visible á los ojos del observador.

El pavimento está enlosado con cuadrados de mármol negro y rojo, y el techo cerrado por una bóveda que tiene una claraboya por donde penetra la luz al través de una reja. Rodeada de ángeles de plata, ocupa el centro del rico altar, una imagen negra de cedro con el niño en los brazos, que tiene como una vara de alto, y está cubierta de oro y de riquísimas joyas.

Se dice que la imagen vino en la casa y se atribuye por la opinion antigua y sostenida á san Lucas; aunque no se tiene noticia de que el evangelista fuera tambien escultor.

Lámparas de plata en mas ó menos número, segun las festividades, alumbran siempre aquel santuario donde resuenan sin cesar la voz de la plegaria y el gemido de la oracion.

A los lados en las paredes, hay dos alacenas en que se dice fueron encontrados una taza de barro y dos platos de madera, uno mas grande que el otro, y se atribuyen á san José; cosa que no dudo por la antigüedad que revelan y por lo mal labrados que están; pues el arte de pulir la madera no debia estar muy avanzado en tiempo del santo Patriarca; y san Justino mártir que se remonta á los tiempos apostólicos dice: que el santísimo José, aquel hombre admirable por sus virtudes y de extraordinaria grandeza delante de Dios, se empleaba en hacer arados para los bueyes.

Aquellos objetos, que yo me glorio en creer que eran del uso de la santa familia, se tienen en gran veneracion, se dan á besar á los fieles y se les permite que toquen en ellos, otros que á su imitacion se hacen de barro cocido, y se venden á los peregrinos. Mas de una vez los besé con toda la ternura de mi alma, y hubiera querido depositar algunas lágrimas que atestiguaran el amor de mi corazon, en aquellos platos que yo creo labrados por José y lavados muchas veces por las purísimas manos de María.

Paréceme oír la risa de muchos al leer este pasaje de mi libro. Pero, ¿qué hacer? estamos en un siglo en que la ilustracion y el talento se hacen consistir en dudar de todo; comenzando por ser despreocupados, como dicen, acaban por no creer ni la existencia de Dios, ni la divinidad de Jesucristo. ¡ Pobres gentes! Serian sabios el dia que llegasen á convencerse de su propia ignorancia adornada con el ropaje de la ciencia en el orgullo de su razon.

Yo no escribo para buscar fama de talento en la opinion de nadie, y mucho menos de los charlatanes en que abunda este siglo. El mayor título de mi gloria consiste en creer y confesar públicamente lo que cree y enseña la Iglesia y en las cosas que Ella no me manda creer y que yo soy libre para aceptarlas ó negarlas, como son los objetos de que he hablado, yo me complazco en creerlo que se funda en algo razonable, lo que se apoya en la tradicion de muchos siglos, lo que es objeto de fe y veneracion de los pueblos, y lo que tiene poesía, ternura y encantos para el corazon.

Yo, creyendo no pierdo nada, pero du-

dando pierdo la quietud de mi alma, la paz de mi corazon, la fortaleza que da la fe y los dulces consuelos de la esperanza. ¡Pobres de los incrédulos devorando siempre la sequedad y aridez de su vida, encerrados en una existencia infecunda y esteril !

Dicen que debajo del altar mayor hay otro antiguo que vino en la casa, y que en él celebró la santa misa san Pedro, cuando despues de la Ascension del Señor los Apóstoles convirtieron todos aquellos sagrados sitios en santuarios para ofrecer los divinos misterios ; pero yo no ví ese altar.

Está rodeada por fuera la santa casa de un altar ó grada de una cuarta de alto y media vara de ancho, enlosada con piedras de mármol.

Los peregrinos antes de entrar dan la vuelta andando de rodillas en derredor de la casa y es de admirar que con las rodillas han gastado aquellos mármoles, y están las piedras hechas un canal.

Yo estuve dos dias en Loreto y puedo decir con verdad que los pasé en la Iglesia ; y no hubo momento que no estuviera la grada llena de una fila de personas que andaban

arrodilladas una en pos de otra murmurando alguna oracion.

Me dijeron los canónigos de la basílica, que ningun dia faltaba aquella concurrencia de cristianos de toda nacion, haciendo lo que yo presenciaba en aquellos momentos con placer y admiracion.

Yo estaba conmovido y sentí que asomaban á mis ojos algunas lágrimas al ver que no acababa de pasar nunca aquella fila de pobres, de enfermos, de afligidos y de personas llorosas y oprimidas por el mundo, que rodeaban en actitud suplicante, la modesta morada en que habitara la mas pobre, la mas humilde, la mas aflijida, la de corazon mas puro y la mas misericordiosa de todas las criaturas.

Aquella multitud que el mundo despreciaria y que yo miraba con respeto, era sin duda una parte de los herederos del reino de los cielos á quienes Jesucristo prometió la bienaventuranza en el sermón de la Montaña.

Por eso no debemos despreciar ni aun ver con indiferencia á nadie y mucho menos á las personas virtuosas y buenas; porque, ¿quién sabe si vendrá un dia en que esas

personas serán veneradas sobre los altares, y nosotros mismos invocaríamos su nombre y doblaríamos la rodilla ante su sepulcro si viviéramos en esos tiempos?

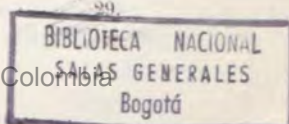
San Felipe Neri y san Felix de Cantalicio fueron despreciados y burlados por los romanos de un tiempo no lejano, en el puente de san Angelo sobre el Tiber; y los romanos de hoy se postran reverentes ante el sepulcro y tributan culto á las cenizas de aquellos sacerdotes, que sus antepasados despreciaron. ¿Qué habrían dicho las damas romanas de los tiempos de Augusto y de Tiberio, si se hubiera presentado ante ellas la pobre y humilde doncella de Nazaret? ¿Qué harían hoy las damas de todo el mundo, locas por el lujo y las vanidades, si se presentara entre ellas la misma Virgen de Galilea con las apariencias de una desconocida y bajo la forma de una jóven comun, que renunciaba al mundo por buscar en la soledad y en la virtud los encantos de su vida? ¿Qué calificativos, qué murmuracion, qué burlas y desprecios amontonarian sobre ella! Y, sin embargo, ¿quién es María?.....

Véase, pues, que la grandeza, la felicidad

y la gloria, no están en el poder, en la nobleza, en las riquezas, en los placeres, en el lujo y en las demas vanidades del mundo. Están, sí, la gloria, la felicidad y la grandeza en el cumplimiento del deber, en la amistad de Dios, y en la práctica constante de la virtud.

Nadie hubo jamás en el mundo tan pobre, tan atribulado, tan perseguido y despreciado como la jóven hebrea de Nazaret. Y, ¿qué grandeza, despues de la de Dios, puede compararse con la grandeza de María? ¿Qué serafin de los que rodean el trono del Altísimo no se inclina ante la reina de los ángeles? Y, debajo del sol, ¿qué frente no se humilla y qué rodilla no se ha doblado alguna vez delante de su imágen? ¿Qué ojos no han depuesto su odio para mirar con ternura aquel rostro lleno de misteriosa simpatía, aquel semblante bañado siempre de inefable dulzura, aquella gravedad ó sonrisa que seducen y encantan y aquella mirada que siempre inspira esperanza y amor?

Como dije ya, la santa casa está cubierta exteriormente de mármoles de Carrara, y adornada de columnas corintias y de multitud



de relieves diseñados por el famoso Lansovino y ejecutados bajo su direccion, representando diversos pasajes de la vida de la Santísima Virgen.

Adornan además el sagrado monumento muchos nichos que contienen estatuas de Apóstoles, de las siete sibilas del paganismo que hablaron de una mujer extraordinaria que apareceria en la plenitud de los tiempos; y las estatuas de varios profetas principalmente de los cuatro que con particularidad profetizaron la futura grandeza y la sublime gloria de María.

Estos cuatro profetas están representados tambien por cuatro grandes estatuas de mármol, que adornan el pedestal de la columna que sostiene la imagen en bronce de la inmaculada Concepcion en la plaza de España en Roma.

Dios dijo á la serpiente ó al demonio, por boca de Moisés: « pondré enemistad eterna entre tú y la mujer, y ella quebrantará tu cabeza, es decir, destruirá tu poder. » David cantando las grandezas de María, inspirado por Dios, dijo: « El Altísimo edificó su tabernáculo. Isaías con su mirada penetrante esclama:

recida por la divina luz, descubrió al través de los siglos, la maternidad y la virginidad unidas en María, y, como si hablara de un objeto presente, dijo: « Hé aquí una Virgen que concebirá y parirá á su Hijo. »

Ezequiel profetizando la concepcion immaculada juntamente con la virginidad perpetua de la Madre de Dios, dijo: « Esta puerta está cerrada. » Es decir, cerrada á todo pecado y por consiguiente al mundo y al infierno.

Las estátuas de estos cuatro profetas, están en la casa de Nazaret, en Loreto.

En la parte posterior hay un sublime pasaje que representa á los Angeles llevando por los aires la santa casita en que encarnó *el Verbo*, y vivieron José y María con el divino Redentor del género humano.

Los Sumos Pontífices han enriquecido con tesoros de indulgencias el santuario de Loreto, y muchos de ellos han ido personalmente en peregrinacion á visitarlo. En pocas partes he visto un culto tan solemne como en aquel santuario.

Todos los dias se cantan misa y vísperas; y las graves armonías del órgano, las voces

de los cantores, el rumor de las plegarias de los peregrinos y los gemidos de la oracion, forman un concierto de suaves y misteriosas melodías, que se eleva al cielo por entre la nube de incienso que se dilata perfumando las bóvedas del templo.

Los papas para honrar el santuario de la Madre de Dios, elevaron la Iglesia á la dignidad de basílica; erigieron en ella silla episcopal; le señalaron por protector un cardenal de los que residen en Roma, y le asignaron un gran cuerpo de canónigos para la celebracion de los oficios divinos, que tienen facultades extraordinarias en el tribunal de la penitencia, y privilegio para llevar el vestido episcopal, durante el tiempo que están en la Iglesia y ejercen en ella su ministerio.

A pesar de la modestia y de la humildad profundas de la Virgen, el Espiritusanto la obligó, por decirlo así, á que profetizara su propia gloria y su grandeza; cuando en la santificacion del Bautista, al pronunciar María el sublime cántico magnífica, dijo: « Por qué miró el Señor la humildad de su esclava he aquí que desde ahora todas las generaciones me llamarán feliz y bienaventurada:

porque el que es omnipotente me ha hecho grande.*

Permite, ¡oh Virgen de las vírgenes! que antes de separarme de esta Santa Casa en que moraste en tu vida, y donde te glorifican hoy los siglos y las naciones, yo te presente el obsequio de la fe, del amor y de los sentimientos con que me uno para siempre á tí. Madre de misericordia, no puedes ser indiferente al dolor y á la desgracia de sus hijos: llámalos con ternura y todos ellos vendrán con placer y gratitud al seno de tu amor. ¿Abandonas al impío y al pecador en tus caminos de tristeza y de muerte? Vuelve los ojos hácia ellos, míralos una vez como sabes mirar, y todos se convertirán. ¿No has dicho que el Omnipotente te hizo grande? Pues aprovecha esa grandeza, para apiadarte de la pequeñez y de la miseria. Inclina benigna tus oídos al acento de mi plegaria, y guarden tu amoroso pecho los votos de mi corazón.

Ninguna profecía ha tenido mas esacto cumplimiento que la tuya, ¡oh María! porque el universo te ama y te bendice.

El oriente y el occidente, el setentrional y el mediodia forman un concierto de a la

banza y de gloria á tu nombre, y los Angeles en el cielo responden á este coro de la tierra con las melodías eternas de sus divinos cánticos. ¿ Oyes una voz débil, semejante al sollozo de los que sufren, y al suspiro de los atribulados, que se mezcla en esos conciertos? Pues ya la conoces, Madre mia; porque mi lengua se secaria en mi boca si alguna vez dejara de bendecir tu nombre, de publicar tu gloria y de cantar tu amor.

Por el mismo camino que llevé á Loreto regresé á Roma observando, siempre pintoresco y variado, el mismo panorama; porque lo veia en diferente posicion y bajo diversas formas.

PARTE IX

CONTORNOS DE ROMA.

Salida por la puerta de san Lorenzo. — Las aguas sulfúreas. — Ruinas de las casas y jardines de los antiguos Romanos. — Tívoli. — Santa Sinforosa y sus hijos. — Palestrina. — Sus lagos. — Frascati. — Gruta ferrata. — Albano. — Castelgandolfo. — Jenensano. — Historia de la traslacion de la Virgen. — Remi y su Santo Cristo. — Lagos. — Monte Cabi. — Vista desde su cima. — La imágen de la Virgen en una roca.

Por un camino que corresponde en varios puntos á la antigua via Tiburtina, se traslada uno en diligencia de Roma á Tívoli.

Saliendo de Roma por la puerta de san Lorenzo, se camina como una milla y se encuentra la basílica del mismo nombre, á cuyo lado está el cementerio público principal.

Despues de cuatro millas mas, se pasa el

puede que está sobre un pequeño río llamado el *Teverone*, y seis millas mas aun, se andan por la via Tiburtina de los antiguos romanos hasta que se encuentran muy cerca de Tívoli las aguas sulfúreas que exhalan á mucha distancia un olor insufrible á azufre, y que son muy frecuentados sus baños por las personas, que sufren de los huesos y de la piel.

A poca distancia despues de pasar el puente de la sulfatara, se ven á la izquierda los restos de un sepulcro que se pretende ser el de Márco Pláucio Lucano.

Mas adelante se ve el magnífico monumento erijido á la familia Pláucio, la cual en tiempo de la república y bajo los emperadores, gozaba de mucha consideracion en Roma.

Dicho sepulcro está construido de una piedra muy buena para edificar, que hay en Tívoli, que se llama « Irmentina, » y el monumento tiene forma redonda con una gran corniza en el medio : se parece mucho á la célebre tumba de Cecilia Metello, que está á la orilla de la via Apia, adelante de las catacumbas de san Sebastian.

Al comenzar á subir á Tívoli, que está sobre una colina en la pendiente de una cordillera, se encuentra la villa Adriana, fundada por el emperador de este nombre.

Aquel príncipe despues de haber visitado todas las provincias de su imperio, concibió la idea de reunir en aquella casa de campo, todos los objetos que mas le habian agradado en sus largos viajes. Hoy no hay sino ruinas, pero es un hecho histórico, que nada faltaba allí de todo cuanto podia lisonjear las pasiones y deleitar los sentidos.

La fundacion de la ciudad de Tívoli se remonta á una época muy remota de los tiempos que ya pasaron; porque fué fundada cuatrocientos sesenta y dos años primero que Roma.

Era Tívoli el lugar de recreo de los emperadores y de la nobleza romana, y por eso lo engrandecieron tanto, que en muchas léguas de Roma, no se encuentra ningun sitio con tantos restos de magnificencia y de poder.

De los restos antiguos el que mas me llamó la atencion fué el templo de Vesta. La arquitectura de aquel edificio, hace comprender que perteneció á una época en que el arte de

edificar habia alcanzado un alto grado de perfeccion.

Aquel magnifico templo es de forma circular; tiene mas de treinta y siete piés de circunferencia, y estaba rodeado de diez y ocho columnas de travertino, recubiertas de estuco y acanaladas, de órden corintio; pero hoy no se ven mas que unas pocas. Tienen diez y ocho piés de elevacion sin comprender los capiteles y forman un bellissimo pórtico que aumenta la elegancia y magnificencia del edificio, y tiene dos ventanas como el templo de la misma Vesta en Roma.

Lo que da mas belleza á este templo es su situacion sobre la cumbre de una roca, al lado de un valle pintoresco y al frente de la cascada cercana de un rio.

A la izquierda del templo se alza otro que se dice era dedicado á la sibila de Tívoli; tan famosa por sus augurios y tan consultada de los romanos en su tiempo. Es fabricado de travertino, forma un cuadrado largo y tiene por adorno en la fachada, cuatro columnas de estilo jónico. Este templo fué convertido en templo cristiano y hoy es la iglesia de san Jorge.

Todos esos magníficos templos en que el demonio engañaba al mundo pagano por medio de los oráculos y de las sibilas, son hoy monumentos consagrados á la gloria de los santos, que practicaron la fe y las virtudes del cristianismo, y han enseñado la verdad á las naciones.

Así confunde Dios los proyectos del mundo y del demonio, y los obliga á que le rindan vasallaje y á que glorifiquen su nombre, con sus propias obras levantadas para insultarlo.

Tívoli y principalmente el templo de Vesta estaban espuestos constantemente á las inundaciones del Anieno, y aquel peligro permanente hizo concebir la idea de variar el curso del rio, grandioso proyecto; porque se trataba nada menos que de perforar una rama del monte Cotilo.

El ingeniero *Folchi*, acometió tal empresa encargado por el gobierno pontificio, y la llevó á cima en poco tiempo.

Aquella obra recuerda el genio emprendedor de los antiguos romanos, y dará una página gloriosa á la memoria del papa Gregorio XVI.

Aquel rio forma al lado de Tívoli una hermosa cascada, que sin dejar de tener esa belleza aterradora que caracteriza á semejantes espectáculos, no sorprende á los que están acostumbrados á las magnificencias de la naturaleza y á vivir en presencia de la magestad inimitable de sus obras.

La cascada de Tívoli tiene fama en Europa y yo comprendo muy bien que llene de entusiasmo y admiracion á los europeos; pero su vista no puede producir los mismos efectos en americanos, que tienen el hábito de ver los magníficos vuelos de los torrentes en las montañas, y mucho menos en los que han contemplado las cascadas del Tequendama en Bogotá, y del Guadalupe en el porce de Antioquía.

Las aguas del Anieno despues de formar la cascada van á precipitarse por un canal estrecho en un abismo, que se llama la gruta de Neptuno, donde han hecho horribles cavernas, rocas y arcos.

Todos aquellos sitios pueden recorrerse por estrechos senderos, que conducen á diferentes puntos de vista desde donde se ven bajo variadas formas los espectáculos.

Este lugar tiene por nombre « gruta de Neptuno, » y de ella se pasa por una senda á la gruta de las sirenas, sitio igualmente delicioso é imponente desde donde se ven caer con gran ruido las aguas del Teverone.

Esta gruta no es, ciertamente menos singular que la de Neptuno, tanto por la variedad de los accidentes de la luz producidos por la caída de las aguas, como por las rocas que la rodean.

Lo que mas me gustó fueron las pequeñas cascadas, que consisten en torrentes de las aguas del Anieno que, despues de poner en movimiento las fábricas de cobre, de hierro y de otros metales, van á precipitarse de una altura de mas de 100 piés: son cuatro y la mayor es la mas interesante; pero todas tienen un aspecto de magnífica belleza.

Hay una iglesia dedicada á san Antonio junto á las ruinas de una casa de campo que se dice ser la de Horacio, y cerca está la iglesia que se llama Nuestra Señora de Juintilio; porque está construida en el arca que ocupaba la villa de Juintilio Varo.

A la distancia de media milla se pasa un arroyuelo, llamado la angustia, por un

punto antiguo bien conservado; y un poco mas adelante, se pasa el Aniano por un puente de madera.

Se conservan los restos de la famosa via tiburtina, tan frecuentada por la antigua grandeza romana, y cuyas piedras, testigos de la marcha pomposa de tanta magnificencia apenas sienten hoy los pasos acelerados del peregrino y del viajero; Así pasan las grandezas del mundo, que con tanto afán buscamos, y que tan neciamente somos engañados por ellas!

La villa de Mecenas debia ser muy notable tanto por sus vastas proporciones, como por su magnificencia, si hemos de juzgar de ella por sus escombros.

Como atravesaba el antiguo camino, fué preciso construir como una especie de túnel, para que pasase por debajo de la villa, la via tiburtina. Aun se ven algunos restos de aquella soberbia galería, que recibe la luz por la parte superior, y cuya construccion es de género atrevido y sorprendente.

Permanece todavia un grande edificio cuadrado, que tiene medias columnas de orden dórico, y arcos que forman la entrada de un

pórtico bajo el cual hay una cascada pequeña cuyo murmullo es el único ruido que altera el profundo silencio de aquel sitio en que duermen eterno sueño el poder, la grandeza y las vanidades del mundo. No distante de allí estaba la célebre casa de Horacio tan suavemente cantada de aquel poeta en sus versos, y de la que se ven algunos restos de su pavimento en mosaicos.

¿Cómo salir de Tívoli sin hacer recuerdos de una mujer inmortal, en cuya presencia nada son y nada valen los hechos de valor de aquellas heroínas de Esparta y de Roma; á cuyo elogio consagran las historias tan bellas páginas?

Era en Tívoli que vivía una madre cristiana, que con una grandeza de alma sin ejemplo en los anales históricos, y con un heroísmo superior á todas las alabanzas de la lengua humana, animaba con su presencia y con su palabra á sus siete hijos para que sufrieran los tormentos del martirio y dieran su vida por la fe y por el amor de Jesucristo. Su marido Setulio había sido también mártir de Cristo; y era esposa de un mártir y madre de siete mártires, y mártir ella también,

tenia por nombre Sinforosa, y la Iglesia le da el honroso título de « la madre de los siete macabeos. »

Los habitantes de Tívoli levantaron un templo en honor de santa Sinforosa patrona de la ciudad, y le tributan culto á ella y á sus hijos: queman incienso en sus altares; veneran y aman su memorial é invocan sus nombres, como los de potencias benéficas y protectoras; mientras que miran con indiferencia y hasta con desprecio, todas esas ruinas de que he hablado y que solo existen para recordar los nombres de tantas personas mundanas, entregadas á las vanidades, á los placeres, á la depravacion y á la soberbia de la vida.

Aquí podria yo hacer una multitud de reflexiones filosóficas y cristianas, que dejo á los lectores; y solo pregunto: ¿Quién es mas grande?

El emperador Adriano conocido de pocas personas en el mundo, y cuyas cenizas se perdieron en el castillo de san Angelo en Roma, ó Sinforosa y sus hijos, que fueron sus víctimas, cuyos restos se veneran por toda clase de personas en altares conocidos, y

cuyo culto está esparcido por todo el mundo en la Iglesia universal. Luego la verdadera grandeza, aun en este mundo, consiste en vivir bien y morir santamente: luego son unos miserables estúpidos todos aquellos que se burlan de la historia de los santos, y juzgan en ellos como pequeñez, lo que constituye precisamente la grandeza de su vida.

La grandeza consiste en dejar en el mundo un nombre inmortal; pero un nombre que sea conocido por toda clase de personas, en todas partes; en los palacios y en las chozas mas infelices; que ese nombre sea amado y bendecido y que el sabio y el ignorante, el rico y el pobre, el poderoso y el débil, lo llamen en su ayuda como á una fuerza protectora. Esto es lo que á mí me parece grande, y esta es la grandeza de los santos.

A doce millas de Tívoli y á veinte y cuatro de Roma está la ciudad de Palestrina, muy antigua y célebre en la historia romana, y donde hay buenas pinturas desde el tiempo en que era obispo de dicha ciudad el famoso Juan María del Monte, que despues fué papa con el nombre de Julio II.

A ocho millas de Palestrina está un pe-

queño pueblo llamado « Colomna » en donde tiene nacimiento la gran fuente de agua que va á la plaza de santa Maria de los Angeles en Roma, que se llama el agua feliz y de que ya hablé antes. Junto á este pueblo hay un lago que ocupa una página importante en la historia romana; y á poca distancia se ve otro llamado Castillon, pero á este último no fuí.

A seis millas de Colomna y á doce de Roma está Frascati, pequeña y hermosa ciudad con su catedral dedicada á san Pedro, y con una muy bonita plaza, cuyo centro está adornado por una fuente copiosa y bella.

Entre las casas de campo que hay en los alrededores de Roma, la mas suntuosa es, sin duda, la villa Aldobrandini, llamada Belvedere, por su deliciosa situacion sobre Frascati. Fué edificada bajo el pontificado de Clemente VIII, por su sobrino el cardenal Aldobrandini, con los diseños del famoso arquitecto Jacobo de la Puerta.

Bellísimos senderos ó callejuelas conducen á una gran fuente de donde se sube á un terrado, en que se eleva el palacio adornado de bellos mármoles y de pinturas ejecutadas por el caballero de Arpino.

Mas arriba, despues de pasar una iglesia de capuchinos, se encuentra la «Rufinela» casa de campodigna de ser visitada del viajero, por su situacion, como por los ornamentos que la embellecen.

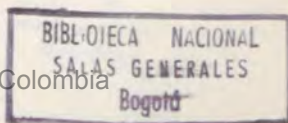
Desde lo alto de aquel palacio se ven multitud de pueblos hasta Roma y hasta el mar, diseminados en la llanura.

Hay otras villas con sus casinos, sus palacios, sus bosques, alamedas de árboles, jardines y fuentes; todo dispuesto con orden, elegancia y gusto.

Dos millas adelante de Frascati, está Gruta Ferrata, pequeño caserío donde hay la Iglesia llamada de santa María, en que es digno de atencion un cuadro del Dominiquino y la Iglesia pertenece á los monjes griegos del orden de san Basilio.

A dos millas de Gruta Ferrata, se presenta Marino, pequeña ciudad, que vista de lejos, produce un efecto bellissimo; porque se ve una estensa fila de casas levantadas á lo largo en la cima de una colina

Muchos romanos se van á pasar el otoño á Marino, por gozar de su bella situacion y de sus aires saludables.



En la Iglesia de san Bernabé, en Marino, hay sobre el altar mayor, un admirable cuadro del Guercino, que representa el martirio de san Bartolomé.

Dejando á Marino y á tres millas poco mas ó menos, está Castelgandolfo, pequeña reunion de casas de labradores; pero de una situacion tan graciosa y risueña, y el aire tan puro y suave, se entiende comparado con el de Roma, que los papas levantaron allí un palacio con sus jardines para pasar allá una parte de la estacion del verano.

Antes de entrar al caserío, se encuentra la casa de campo de la familia Barberini, en que hay restos todavia de la casa ó palacio del emperador Domiciano; y Castelgandolfo, está rodeado por la parte oriental de un hermoso lago circundado de montañas, que tiene un aspecto pintoresco y que fué en su origen, segun parece, el cráter de un volcan.

No puede haber escena mas grande y conmovedora, que la de ver al papa, cuando sale por las tardes en Castelgandolfo, rodeado de todas aquellas pobres gentes que lo alaban, que lo veneran y lo aman; y á quie-

nes él bendice, da consejos, enseña la doctrina y reparte limosna.

Aquellos pobres campesinos viven ufanos, y con razon, y no cambiarían su pueblo por ninguna ciudad; porque cada año les viene una época en que su caserío se convierte en capital del orbe católico, y su condicion de labradores se cambia en la de cortesanos del pontífice.

Una vez me tocó ver aquel cuadro enter necedor, que me inspiró serías reflexiones y dejó grabados en mi memoria y en mi cora zon, dulces é indelebles recuerdos.

De Castelvandolfo se toma un bello cami no llano y sombreado por ambos lados de ár boles, por entre los cuales se ven por la parte oriental las aguas mansas del lago, y de la opuesta, los casinos de las villas, y las casas esparcidas en la llanura.

A una milla de distancia se encuentra Al bano, bonita ciudad, aunque no es grande. Puede decirse que todos los pueblos de que he hecho mencion desde Tivoli, pero princi palmente Frascati y Albano, son castillos, palacios y casas de la nobleza romana, á don de salen las familias á pasar la estacion del verano y tambien la de otoño.

En Albano hay varias villas hermosas, tres ó cuatro iglesias de las cuales la mejor es la catedral; porque Albano, lo mismo que Frascati, son ciudades episcopales y sus obispos son dos cardenales, que residen en Roma, y desde allá gobiernan sus diócesis por medio de sus vicarios.

De Albano fué obispo san Buenaventura, aquel doctor de la iglesia tan famoso por su santidad, su vasto y profundo saber y su tierna y ejemplar devocion á María Santísima.

JENENSANO. — Lo que hay en esta ciudad de raro é interesante es la siguiente historia auténtica, de la aparicion milagrosa de una imágen de la Virgen.

Daré á los lectores de mi libro la snstencia de tan maravilloso suceso, que está probado, como el de la traslacion de la Santa Casa de Loreto, con todas las pruebas y documentos, que constituyen la autenticidad de un hecho.

Despues de la traslacion de la Casa Santa de Nazaret á Italia, el poder de la media luna invadió toda la Albania, sometiéndola á los estragos y profanaciones de una conquista, y

enarbolando en aquel país el estandarte de Mahoma, en vez de la cruz de Jesucristo. En la ciudad de Escutaro de aquel país, se veneraba una imagen de María Santísima, que reunia en su santuario un culto permanente con las oraciones, lágrimas y plegarias de mil y mil devotos, que sin cesar imploraban su maternal socorro en las desgracias y tribulaciones de su vida. A una familia devotísima que oraba en presencia de la sagrada imagen, la Santísima Virgen le reveló que aquel templo seria profanado por los turcos; y que ella se trasladaria á otro punto.

Por aquel tiempo vivia en Jenensano una virgen consagrada á Dios, que vestia el manto terciario del instituto de san Agustin, y de una gran fama por sus virtudes. Aquella piadosísima mujer tuvo revelacion, que de Escutaro en Albania, una imagen de la Virgen Madre de Dios, iria á Jenensano, y que procediese inmediatamente á edificarle un santuario. Al instante vendió todo lo que tenia y dió principio á la obra junto al convento de san Agustin en Jenensano. El mundo la abrumó de burlas y de escarnios, tanto por la revelacion que habia tenido, como por la lo-

cura de ponerse á hacer un templo, sin tener siquiera lo necesario para mantenerse.

Uno de los grandes privilegios de la virtud es el de poder sufrir las befas del mundo, sin alterarse, y mirarlo siempre con todo el desprecio que él merece.

A todas las amargas sátiras que de todas partes recibia, Petra ó Petronila, que así se llamaba, con toda paciencia respondia: Yo comienzo la iglesia y cuando venga la gran Señora, ella la acabará.

Celebrábase en aquel tiempo en Jenensano una fiesta pomposa y muy concurrida el 25 de abril de cada año, para dar gracias á Dios por la nueva cosecha; y precisamente aquel dia 25 de abril de 1467, á la luz del pleno dia, en presencia de numerosa concurrencia reunida para la fiesta, y á vista de centenares de testigos de todos rangos, edades, sexos y profesiones, vióse la prodigiosa imágen en la pared del nuevo santuario, y las campanas repicaban por sí solas.

Es verdaderamente tierno y edificante el culto que dan en aquel santuario á la prodigiosa imágen de la Virgen María, bajo el nombre de « Ntra. Sra. del buen Consejo. »

Príncipes, princesas y otras mil personas de todas naciones, han hecho viaje de peregrinacion á visitarla; y han terminado y enriquecido su santuario con ricos regalos, para que se cumpliese el pronóstico de la devota Petronila, de que la Virgen concluiría el templo, que ella por su mandato habia comenzado.

La Italia se conmovió con la aparicion de aquella imágen, dicen los escritores de aquel tiempo; y esparcida la noticia de tal suceso, multitud de los habitantes de Albania vinieron á Jenensano á visitarla, y declararon todos solemnemente, ser la misma que ellos veneraban en su país, y que de repente habia desaparecido de en medio de ellos.

El papa Pablo II se admiraba y se conmovia á vista de los milagros obrados en aquel santuario, con multitud de enfermos abandonados por los médicos; y que al ir á orar ante la santa imágen en su santuario, eran curados y volvian á sus casas pregonando el poder y la misericordia de María.

Sixto IV despues de dar una bula que atestigua su devocion profunda á Nuestra Señora del buen Consejo, quiso dejar al mundo un

ejemplo luminoso de su piedad hácia la santa Virgen, levantando un monumento duradero á las glorias de María; y edificó á su honor y á su culto, la magnífica basílica de Santa María del Pueblo en Roma.

San Pio V amaba tan tiernamente á María Santísima del buen Consejo, que constantemente la invocaba y la hizo su celestial consejera en su pontificado.

En 1630, el pontífice Urbano VIII, fué con un cortejo de cardenales, prelados y príncipes romanos, al santuario de Nuestra Señora del buen Consejo, á visitarla y á suplicarla alejase el azote de la peste, que esterminaba á Italia, y librase á Roma, que aun no habia sido invadida por el contagio.

Después de celebrar la santa misa, el gran pontífice se postró ante la imágen, y en su presencia derramó copiosas lágrimas á vista de un concurso numeroso.

Inocencio XI quiso coronarla con una diadema de oro, como señal de gratitud por los milagros que diariamente obraba; y la funcion tuvo lugar con magnífica pompa el 15 de noviembre de 1682.

Clemente XI, nacido en Rimini, pero des-

cendiente de una noble familia de Albania, tuvo gran devocion á la santa imágen y la inspiró á sus sobrinos, quienes adornaron el sagrado altar de María, con columnas de verde antiguo de órden compuesto, y de esquisita elegancia.

En el otoño de 1829, el eminentísimo cardenal Mauro Capelari, despues papa Gregorio XVI, celebraba con tierna devocion la santa misa en el altar de Nuestra Señora del buen Consejo y ante su sagrada imágen.

De todo lo que dejo referido y mucho mas que omito, hay constancia en documentos fehacientes en los archivos eclesiásticos y civiles de Jansano. Y, ¿habrá quien tenga la desgracia de no creer en María Santísima, y no tener esperanza en su proteccion y en su misericordia?

El templo no es grande, pero bien dispuesto y ordenado, con bella tribuna, con elegante coro y con tres naves y una sacristia enlosada de mármol; con canceles de hierro dorado, con columnas acanaladas de finísima piedra de parangon, con altares incrustados de rica piedra de alabastro y de pórfido, con otras columnas de verde antiguo, con bella

torre piramidal, con nichos de metal dorado de excelente diseño, con tesoro de ornamentos sagrados y con buenas pinturas de pinceles maestros.

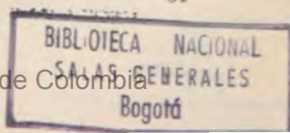
No puedo dejar de referir al lector una historia curiosa y horrible al mismo tiempo con relacion á un famoso crucifijo que se venera en una capilla de la nave izquierda, al frente de la sagrada imagen de Nuestra Señora del buen Consejo. En el pontificado de Pablo III, á consecuencia de una disposicion del gobierno, el príncipe Ascanio Colonna aprovechando aquella circunstancia para engrandecer los dominios de su baronesado, concitó su gente á una rebelion; pero infeliz en su empresa, fué derrotado por las tropas del papa y se refugió á un pueblo que está sobre la cordillera. Esto pasaba en 1540, y el ejército pontificio se acampó en guarnicion en Pensano; pero no bastando las habitaciones para acuartelar la gente, fué preciso ocupar el convento de San Agustin, á cuyo lado está el santuario de la Virgen del buen Consejo. Diéronse varios soldados que hacian entinela, al vino y al juego, y uno de ellos que perdía, comenzó á proferir blasfe-

mias las mas escecrales, sin que valiesen á contenerlo las reflexiones de sus compañeros.

Aquel desgraciado, lleno de furor infernal entró á la capilla, y sacando de la vaina una espada, dió tres golpes con ella al Santo Crucifijo; y al instante saltaron de las tres cortadas tres fuentes de vivísima sangre. La espada, como rechazando tan sacrílega obra, se plegó retorcida en los tres puntos que hirieron el cuerpo del Señor.

El reo fué encarcelado, pero el pueblo enfurecido lo sacó de la prision y lo despedazó en la calle. Dicen que la espada se conserva en la iglesia, pero yo no la ví; pero me postré reverente ante el antiguo y venerable santo Cristo, objeto de la historia.

Las ciudades y pueblos de que vengo hablando desde Tivoli hasta Jensano, están colocados como en larguísima fila al pié de una cordillera, como Bogotá y los pueblos que la siguen hácia el puente del comun; pero la cordillera es menos alta que la de Monserrate, aunque como esta tiene sus partes bajas, que en Antioquía llaman quiebras, y sus picos elevados. La cumbre mas



alta que por allí tiene es el monte Cabí en cuya cima estaba el templo de Júpiter, á donde iban por la via Opia desde el Capitolio, los antiguos romanos á ofrecer sacrificios al padre de los dioses, por los triunfos adquiridos por las lecciones del imperio.

Voy con el lector al monte Cabí. Saliendo de Jensano ó de Albano se toma un sendero por un terreno suavemente inclinado, que atraviesa una estensa selva de hermosos y tupidos castaños, hasta que se llega al pié de la montaña y se comienza á subir, faldeando y haciendo eses, por un camino estrecho pero firme abierto en las peñas.

Un poco mas arriba de la mitad de la cuesta, está un pequeño pueblo cuyas casas entalladas en el peñasco ó montadas sobre los testeros de las rocas, presentan el aspecto mas triste y repelente; y sin embargo, aquellos habitantes dicen que su pueblo es el mas bello pueblo del mundo, y viven tan contentos y felices como los que habitan las playas del Arno en Florencia ó los campos Eliseos en las riveras de Sena; Bendito sea Dios, que ha grabado en el corazon del hombre el noble sentimiento de la patria, y el amor que lo une

irresistiblemente al país y al pueblo donde nace ! Aquel pueblo se llama Roca del Papa, y en una encimada, como hecha á propósito entre los picos del peñasco, está la iglesia, pequeña pero bonita, con pinturas de buen gusto y con el cuerpo bien conservado de San Lionso , soldado cristiano del tiempo de los emperadores, y mártir de Cristo.

Se continua subiendo por una senda empinada y difícil, hasta salir á un gran valle inclinado que se llama el campo de Anibal porque allí dice que se acampó con sus ejércitos aquel gran Capitan, que no vacilo en poner en el rango de los primeros guerreros del mundo. ¿ Cuál te parece que sea el primer capitan del mundo ? preguntó una vez Escipion á Aníbal. Alejandro, respondió : ¿ Y despues ? Pirro : ¿ Y despues ? Yo, dijo Anibal. ¡ Qué tal si no te hubiera vencido en Cartago, añadió Escipion. ! Si no me hubieras vencido en Cartago replicó Anibal, me habria puesto primero que Alejandro. Yo adhiero á esta opinion con respecto á los guerreros antiguos, como creo que Simon Bolivar es uno de los primeros capitanes del mundo en los tiempos modernos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES

Del campo de Anibal donde no ví mas viviente que unas manadas de cabras sin pastor, se sigue el ascenso por un camino mas pendiente aun que hasta allí ; y por entre un bosquecillo de árboles tan tristes, como es siempre la vejetacion en los puntos muy frios. De repente se corona la altura y se encuentra uno en la grande y hermosa planicie que domina el cerro y en cuyo centro está el convento de Pasionistas, órden fundada por San Pablo de la Cruz, y que corresponde al nombre que lleva ; porque los relijiosos viven de limosna, hacen una vida penitente y edifican al mundo con sus ejemplos.

Al lado del convento está la iglesia, que apenas es una capilla grande ; y entre las pinturas buenas que ví, fijó mucho mi atencion un cuadro que representaba muy al vivo un mar en tempestad, cuyas olas amontonándose unas sobre otras, iban á romperse al pié de una cruz elevada en la orilla.

Una hermosa figura humana se veia lidiar entre aquellas ondas, con los brazos estendidos, como anhelando prenderse del pedestal de la cruz para salvarse del naufragio. Parecióme que aquel cuadro representaba una

alma haciendo esfuerzos por abrazarse de la Santa Cruz, único puerto de refugio que tiene el mar de esta vida en sus continuas borrascas : único faro luminoso que señala la costa, que consuela el navegante de Cristo y disipa con su luz la espantosa oscuridad que levanta en derredor del justo las tormentas del mundo.

Parece que no debiera ser sorprendido por ningún punto de vista quien ha contemplado desde las alturas de Monserrate y Guadalupe, la hermosa Bogotá tendida al pié de la cordillera oriental ; rodeada de su vasta y fértil llanura bien cultivada ; llena de pueblos y de pintorescas colinas y de graciosos valles que avanzando de la planicie hácia la cordillera como á cortarla, forman bellísimos ángulos, que el inteligente y activo habitante de las márgenes del Funza, convierte en agradables y bellas quintas, con sus huertos ricos de mieses y de frutos, con sus dehesas de ganados y con todos los atractivos y comodidades que merece el hombre honrado y laborioso.

Sí, la vista de la llanura atravesada por su río de inmóviles aguas ; cruzada por bonitos

callejones siempre ocupados por las recuas de los traficantes ; con sus lagunas argentinas bajo la faz del sol, y cuya superficie tranquila ó suavemente agitada está siempre llena de multitud de diversas aves acuáticas, y en cuyas orillas se ven como centinelas mil corzas y pacen la yerba fresca diversos animales y toman el agua en el verano.

Y, ¿ qué diré de la vista de Medellin desde el alto de Santa Elena ó de otros puntos ? La linda Medellin ocupando el centro del mas risueño vallecito del mundo ; rodeada de dos altas cordilleras que forman su guirnalda y en cuyas pampas hay peñas que reflejan la luz del sol como grandes láminas de plata, ó están sombreadas por inmensos pabellones de verdor desplegados por la mano de la naturaleza y tejidos con toda la riqueza y la pompa de su vegetacion : quebradas y torrentes bajan por ambos lados de aquellas montañas anunciando á los ojos su marcha con el clamor alegre de sus aguas ; y, regando en sus márgenes, risueñas praderas, van á llevar su tributo al rio que se desliza á lo largo del valle por entre cañaverales y dejando ver de trecho en trecho el blanco cauce de sus aguas.

Sus márgenes engalanadas con la caña de azúcar, el maíz y mil y mil plantas alimenticias que aquella tierra fecunda produce en abundancia auxiliada por la robusta mano del antioqueño que la trabaja sin cesar.

Las muchas y graciosas colinas adornadas con bosquecillos de arrayán; sus caminos flanqueados por matorrales de cañas silvestres, de árboles de diferentes especies, y de sauces y cipreses entretegidos de rosal, bosques de naranjos y de limoneros, por entre cuyo verde follage se ven blanquear las bellísimas casas de campo, como collar de blancas perlas, entre cofre de malaquita; grandes alfombras de jazmin verdes como esmeraldas y fragantes con el perfume de su propia flor, y árboles elevados y frondosos á cuya sombra murmura la fuente y en sus copas no falta nunca el toche y el turpial ostentando la belleza de su plumaje, y deleitando á la feliz familia con la dulzura de sus cantos.

Todo esto y mil cosas mas, que exigen un libro, hacen de Medellin, prescindiendo del amor patrio, uno de los mas bellos y deliciosos puntos que yo he visto jamás.

Empero, Roma y sus campiñas contempladas desde el monte Cabí, tienen otro género de belleza magníficamente solemne y triste.

Al pié de la montaña se ven los lagos de Nemi y de Castelo dormidos en sus oscuros y silenciosos lechos; el sol de la mañana y de la tarde no ilumina su superficie, y ninguna ave viajera viene, por un momento siquiera, á posarse sobre sus aguas solitarias.

Al lado, sus bosques de castaños de pálido y amarillento color, y las vilas con sus altas casas que presentan en lo exterior á la vista no acostumbrada el aspecto repelente de sepulcros; fuentes que levantan en alto las aguas que reciben grandes tazas de mármol y en cuyo centro nadan los pescados, y por encima flotan las hojas que reúne el viento del otoño, cuando despoja los árboles; estatuas de mármol á veces mutiladas por el tiempo y la vejez, que se elevan sobre las fuentes ó en columnas aisladas, y que en su actitud meditabunda y triste parece que quisieran referir al viajero la historia de muchas generaciones, y revelarle secretos de inmenso dolor, guardados en su pecho.

Mas adelante varios pueblos que han envejecido sin salir de su pequeñez, esparcidos en la árida llanura; rodeados de sepulcros y viejos monumentos, y que dan vista á largas filas de arcos, que sostienen las ruinas de antiguos acueductos.

¿ Qué mas? Allá en el confin del horizonte se divisa en lontananza la ciudad mas famosa del mundo bajo todos conceptos, y con el auxilio de un lente, se ven sus escombros, sus ruinas colosales y sus palacios; sus torres y sus campanarios, sus gigantescas columnas y sus obeliscos, y la basílica de san Pedro con su inmensa cúpula, que lo domina todo, y coronada por la Cruz, que se esconde entre las nubes como pendon de paz entre Dios y el hombre, y como única escala por donde el mundo puede subir al Cielo.

Bogotá y Medellin con sus campos respectivos presentan la imágen de la juventud risueña con sus alegrías y sus esperanzas; y Roma con sus campiñas, ofrece la imágen de la vejez inclinada sobre la tumba con sus cansados ojos vueltos al pasado para reunir en su memoria y en su corazon todos los recuerdos de una larga y dolorosa existencia.

Es tiempo ya que yo descienda del monte Cabi para volver á Jensano de donde partí; pero es preciso que me detenga algunos momentos en el camino, para que los lectores participen de una escena cuyo recuerdo despierta en mi corazon los mas vivos sentimientos de ternura y de encanto.

Al comenzar á subir la cuesta y antes de llegar al pueblo *Roca del Papa*, hay una hermita en la misma orilla del camino, abierta en la roca, como un nicho, y cuya puerta es un arco labrado en la misma peña. En aquel nicho, y sostenida en una columna, está una hermosísima imagen de la Virgen con el Niño, que parece dormido junto á su pecho.

El origen de aquel santuario en aquella soledad, fué un milagro hecho por la santa Virgen en favor de un pobre labrador, que habiendo rodado por aquellas rocas, invocó el dulcísimo nombre de Maria, y se salvó no solo de la muerte, que humanamente hablando era inevitable, sino tambien de golpes y de heridas.

Aquella gruta es un poético altar, porque los viajeros que suben al monte Cabi man-

tienen aquel suelo regado de verdes hojas cogidas allí mismo en la floresta, como si quisiesen tender un tapiz de esmeralda á los piés de aquella graciosa divinidad de los campos.

Ramilletes de flores y guirnaldas de frescas ramas, están pendientes de la peña al lado de la Virgen; y yo tambien formé como pude una corona de ramos de laurel y se la presenté como á vencedora del mundo y del infierno, y reina del universo.

Siempre está la Virgen María rodeada de poesías y de delicias, é inspirando ternura y amor; pero jamás la ví tan risueña, tan bella y tan seductora del corazon; como en aquella roca silenciosa en medio de la soledad de los bosques, y recibiendo el culto solemne de la naturaleza, formado por el canto de las aves, en sus variadas melodías; por el suave murmullo del arroyuelo, por la tierna vibracion producida por el roce de las espigas, por el fragor del torrente rodeado en los peñascos; por el golpe lejano del hacha del carbonero; por el ruido del viento en la salva; por la plegaria del caminante, y por la oracion que murmura al presentar su corona de flores el devoto viajero.

Todas las tardes baja una persona del pueblo á encender una lámpara de barro que está al lado de la imágen para que la alumbré por la noche.

¡Ah! quien pudiera sentir y pintar los efectos producidos por la vista de aquel cuadro alumbrado por el pálido resplandor de una lámpara solitaria, en el silencio de un bosque, en la oscuridad de la noche, en el fondo de una gruta y en la soledad de un peñasco.

De Jensano se toma un buen camino ancho y sombreado de bosques, y se vá rodeando el lago de Nemi, hasta que, á dos millas, se encuentra el pueblo de este nombre, situado al pié de la montaña á las orillas del mismo lago, é incrustado en unas peñas, como el de Roca del Papa.

Es tristísimo, y no tiene otra cosa notable que un convento de franciscanos con una bonita iglesia, en la que se venera un gran crucifijo de madera de la estatura de un hombre, que es una de las mejores estatuas de su género, que he visto, y que tiene fama en Italia; y es conocido con el nombre del Santo Cristo de Nemi.

Este Cristo tiene tambien su historia que refieren unánimes todos los pueblos vecinos, y que está escrita con caracteres casi borrados en la pared de la iglesia.

Hace mas de tres siglos que un religioso de aquel convento, hombre de mucha virtud y buen escultor, se puso á trabajar un crucifijo lo mejor que pudiera; y habiendo hecho todas las piezas con gran maestría, le faltaba la cabeza y el rostro.

Meditaba el buen religioso para muchos dias, cómo haria el rostro y la cabeza de modo que correspondieran á las partes, y completaran la perfeccion del todo.

Triste, al comprender con su genio la grandeza de su obra, sin poder darla la última mano, cerró la puerta de su celda y se fué por el bosque á la ribera del lago, absorto en su meditacion en la pasion de Jesucristo, y pidiéndole fervorosamente le inspirara cómo debia hacer la parte que le faltaba de su adorable cuerpo.

Por la noche volvió al convento y al abrir la puerta de su celda, vió á la luz de la antorcha que llevaba en la mano, la cabeza con el rostro puesta al lado de las otras piezas y

de una perfeccion superior á la que él habia concebido.

No tuvo que hacer mas que colocar las piezas, y quedó una obra maestra. Yo he olvidado el nombre del relijioso y la fecha precisa en que tuvo lugar el suceso.

Poco distante de Albano está Civitalavina, pequeño pueblo donde antes estaba la ciudad de Lanuvio, patria del emperador Antonino Pio. Mas adelante, por la via que conduce de Roma á Nápoles, se encuentra Veletri, ciudad considerable, capital de los antiguos volscos y cuna del emperador Octavio Augusto.

Como casi todas las ciudades antiguas, sus calles son angostas y tortuosas; pero su posicion sobre una colina le dá una fisonomía pintoresca que agrada mucho, vista de lejos.

Veletri es una de las pocas ciudades de importancia, que le han quedado al Papa, despues de la usurpacion.

El lector comprenderá que no hago mencion de multitud de pequeños pueblos, ya porque no tienen cosas de mayor importancia, y ya tambien, porque seria tarea in-

terminable. Hablaré, sin embargo, de dos puntos que están ya en el reino de Nápoles, pero que tienen su grande importancia histórica. El uno es la pequeña ciudad de Aquino, célebre por haber sido la cuna de Juvenal, y mas aun, por ser la patria de santo Tomás de Aquino, llamado el Angélico doctor, uno de los hombres mas universalmente sabios que han brillado en el mundo, y que era un pobre religioso de Santo Domingo. El otro es san German á cuyo lado se alza una montaña sobre la cual y en una bella posicion; está el famoso convento de monte Casino. Fundado por san Benedicto en el año 529, aquella abadía es una de las mas antiguas y famosas y llegó á conquistarse una fama universal y bien merecida. En los siglos xi y xii florecieron allí las ciencias inclusive la medicina; y la escuela de Salerno que habia llegado á un alto grado de celebridad, salió del monte Casino. En la iglesia se ve la tumba del santo fundador y varios otros monumentos sepulcrales antiguos, pero no de muy buen gusto artístico á mi parecer.

Entre varios letreros que ví en las paredes del convento, escritos con lapiz y con carbon,

me fijé mucho y con dolor en uno que copiaba las palabras que el señor Jesucristo dijo á Marta en la aldea de Betania, cuando fué á quejarse de que su hermana la dejaba sola en las faenas de la casa, por estar conversando con el Salvador, bañando sus divinos piés con las lágrimas de su amor y enjugándolos con las trenzas de su propia cabellera. El Señor la dijo : « Marta, María ha elegido la mejor parte. » Estaba firmado. — Ernesto RENAN.

Sí, aquel mismo desgraciado Renan que ha recorrido los caminos de Galilea por donde andaba Jesús ; que se ha detenido en la ciudad santa á escuchar los gemidos que aun repite el monte Calvario ; que ha fijado sus miradas en el monte Olivete de cuya cima subió Jesus al Cielo y á donde descenderá otra vez á juzgar el mundo ; aquel desgraciado, repito, siempre tiene en sus labios palabras de Jesús ; y el Salvador le dirá á cada momento : no me insultes ni me blasfemes mas ; pronuncia mi nombre y mis palabras con fé y con amor ; como dijo al traidor Judas en el huerto de las Olivas : « Amigo, ¿ á qué has venido á darme ese beso de paz ? »

La órden de los Benedictinos seria grande y famosa aunque de su fecundo seno no hubieran salido mas hombres eminentes que el monje Graciano, autor de la coleccion de derecho canónico, conocida con el título de *el decreto de Graciano*; y el célebre monje Hildebrando, despues papa san Gregorio VII.

Cuando los bárbaros del norte, caian como langostas desoladoras sobre el antiguo continente, ¿qué habria sido de la civilizacion del mundo sin las órdenes religiosas de benedictinos?

¿Quién de los que hoy predicán ilustracion y libertad, insultando y deprimiendo al clero podria ni con mucho, igualar al celo, paciencia, laboriosidad y amor á las ciencias y á las artes, que distingén á aquellos monjes?

¿Quién podria hacer lo que hacian ellos antes de descubrirse la imprenta, dejar los instrumentos con que labraban la tierra, para tomar la pluma y trasladar, copiando inmensos volúmenes de un pergamino á otro?

Por todas partes están la historia y los

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES
Bogotá

monumentos desmintiendo la charla de nuestros tiempos; pero difícilmente se corrige la ignorancia, cuando le dá la locura por llamarse ciencia; y la osadia y la mala fé no pueden volver al camino recto; porque les falta un principio de conversion, que es la vergüenza.

Hace pocos meses que, en un congreso en Florencia, se decian como de costumbre, horrores contra el clero, y un diputado liberal hombre de inteligencia y de recto juicio; no pudiendo sufrir la calumnia y el ultraje que sus compañeros hacian á la verdad y á la justicia, tomó la palabra y dijo: señores, rechazemos el dominio de las pasiones, y no permitamos que el espíritu de partido nos haga declinar de la senda de la justicia.

La historia mas sabia y mas elocuente que nosotros, nos está diciendo que al Clero católico debe la Italia el grado de civilizacion que posee, y sin ese Clero nuestra nacion no tendria la gloria de ir con sus monumentos y sus artes, al frente de las naciones. Un rumor de aprobacion se propagó en general, dentro y fuera de la barra.

Esta gran verdad que dijo el diputado de Florencia respecto de Italia, es comun á todas las naciones civilizadas, y todo hombre puede decir lo mismo de su patria.



BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES
Bogotá

PARTE X

OTRA VEZ ROMA

La semana santa. — La bendicion del Papa. — El lavatorio y la Cena. — El miserere. — Reunion de la gente en la plaza. — Procesion de Corpus. — Procesion de Santa Ana. — De San Roque. — Iluminaciones de la ciudad. — La Cúpula de San Pedro iluminada. — Fuegos artificiales. — Vista de la Cúpula desde la Trinidad de los montes. — Vista del Pincio durante los fuegos.

Los lectores que no han visitado á Roma, y muchos de los que la conocen pero muy de paso, no tendrán á mal el que les dé una idea siquiera, de las principales funciones religiosas que se celebran en aquella famosa ciudad, centro de las magnificencias cristianas. El Papa pontifica solemnemente tres dias cada año en la basilica de san Pedro, que son:

el dia de Navidad, el dia de la resurreccion del Señor, y el dia de san Pedro.

En otros dias tan solamente asiste á la misa, que celebra un cardenal; pero siempre entra á la basílica sentado en alto en la silla ó estatoria, que la llevan doce hombres, seis á cada lado, y que se llaman sediaros.

Estos hombres visten cuando ejercen aquella funcion, un uniforme encarnado, son de estatura igual y de la mas plena confianza.

Los canónigos de san Pedro que son muchos, conforme á la importancia de la catedral, están con el coro de cantores esperando en la puerta mayor; y cuando el santo Padre entra, el coro entona un himno que resonando en las inmensas bóvedas de la basílica se dilata á lo léjos con armonía solemne, y produce en los corazones una dulce y profunda emocion.

Dos filas de soldados doblan la rodilla, y haciendo un ruido armónico al presentar sus lucientes, abren espaciosa calle al paso triunfal del Vicario de Jesucristo, cuya procesion va precedida por los canónigos y el coro que canta, seguido por los cardenales, y cerrada por el pontífice que, con capa magna y tiara,

dá la bendicion con paternal amor á la gran multitud que en ambos lados la implora y se arrodilla para recibirla.

Cuando llega al frente de la capilla lateral en donde está siempre colocado el Santísimo, bajan con lentitud la silla, y el Papa se posttra á orar brevemente ante la majestad del Dios infinito, que se ha humillado hasta el extremo de vivir prisionero en una cárcel, por amor de los hombres.

Continúa la procesion lenta y solemne, y cuando llega al altar de la confesion de san Pedro, se hace lo mismo que antes he dicho; y de ahí si el Papa pontifica, pasa á sentarse en un solio preparado al lado del altar donde se hace la ceremonia de la audiencia de los cardenales; lo revisten con los ornamentos pontificales; le ponen la mitra en lugar de la tiara; y vá á sentarse en el trono que queda bajo la cátedra de san Pedro, y donde dice la mayor parte de la misa.

Si solamente asiste y no pontifica, entonces despues de orar ante el Sepulcro de san Pedro, se va directamente al trono á recibir la obediencia que consiste en que, los cardenales se levantan de sus asientos y van por

órden uno á uno, á besar un canto de la capa pontificia, hacen una profunda reverencia al pontífice, y vuelven por el mismo órden y majestad á ocupar sus puestos respectivos.

Al Papa lo rodean en el trono todos los prelados, que están inmediatamente á su servicio; los ceremonieros, los Obispos asistentes al solio y varios príncipes romanos que tienen aquel honroso privilegio; y mas distantes por ambos lados, están los cardenales en una especie de escaños largos y paralelos y forrados de tapiz verde.

Mas léjos hay tribunas ó palcos para los embajadores, reyes, príncipes, generales, y personajes distinguidos, que van á Roma para asistir á las funciones del Papa.

Cinco veces al año dá la bendicion el Santo Padre á la ciudad de Roma y á todo el Orbe cristiano: el 15 de diciembre, el Jueves santo y el domingo de Pascua de resurreccion, en san Pedro; el dia dia de la Ascension del Señor, en san Juan de Letran y el dia del Tránsito de la Virgen, en santa Maria Mayor.

Millones de personas católicas y no católicas de diferentes partes del mundo, que se

han hallado alguna vez en tan conmovedora escena, están de acuerdo en que, no es posible presenciar un espectáculo mas imponente, solemne y magnífico que aquellas bendiciones

Describiendo una, quedan descritas todas: elijo para el efecto la basílica vaticana, por las mayores dimensiones de la plaza, y escojo el Jueves santo, por ser la época que reúne en Roma mayor número de viajeros; ya por ser mas benigna en ella la estacion del invierno, y ya tambien por las funciones de Semana Santa.

Desde antes de amanecer el dia del Jueves Santo, todas las calles de Roma que conducen al puente de san Angelo, se ven llenas de toda clase de personas, principalmente de extranjeros que se dirigen á san Pedro, con el fin de colocarse lo mejor posible para ver las funciones.

Concluidos con toda la solemnidad deseable los oficios de la mañana, el santo Padre hace la procesion del Santísimo, y lo coloca en el monumento que está preparado en la grande y magnífica capilla, donde los canónigos de la basílica celebran los divinos oficios.

Mientras que se hace el depósito del Sacramento, la inmensa multitud que cubre por todas partes las espaciosas naves, empieza á moverse en diferentes direcciones y con un rumor solemne, muy semejante al ruido lejano de una selva agitada por los vientos.

El que haya visto salir las abejas de una colmena, cuando se les inquieta en su nido, ya tiene una idea bastante clara de la gente que sale de san Pedro y se va diseminando en aquella gran plaza, que podrá contener cien mil personas, contando las que se sitúan en los balcones y ventanas que dan á la plaza, y los que ocupan encima y debajo el columnado que la rodea.

Las doce tribus de Israelacampadas al pié de la montaña santa, no fijarían con mas uniformidad y atencion sus ojos en las alturas del monte para ver el relámpago y oir el trueno del Sinaí, que aquella muchedumbre de gentes reunidas en la plaza del Vaticano para ver brillar en las alturas del templo la majestad del Papa y oir su voz, como una trompa sonora, que anuncia al mundo las bendiciones de Dios en el dia de su amor y de sus misericordias.

En el coro de san Pedro como en las otras basílicas, hay en la fachada un grande arco que forma la espaciosa puerta que dá á la plaza; de modo que desde aquella altura el papa lo vé todo, y es bien visto de todos los espectadores cualquiera que sea el puutoque ocupen.

Desde aquel balcon es, que el Vicario de Jesucristo bendice á la ciudad y al mundo, y presenta á la contemplacion del universo, un espectáculo incomparable de admiracion y de ternura.

Suben al pontífice en la silla gestatoria, que colocan sobre una mesa preparada al efecto, y cubierta con una tela de damasco; y desde allí contempla enternecido el buen Pastor, una gran porcion de su rebaño rendida á sus piés en actitud de pedirle algo que necesita, y que solo él puede darle; mas allá vé la ciudad regada con las lágrimas y la sangre de tantos confesores y mártires; y por encima de todo esto descubre las campiñas romanas en que tambien hay muchas personas preparadas aquel dia para recibir su bendicion; y en lejanos puntos vé las azuladas cumbres ó las crestas plateadas por la nieve, de las cordilleras que limitan el horizonte.

Pero no es solamente aquel campo que domina con su vista el objeto de su amor y de sus bendiciones; mas allá están los pueblos, los reinos, las naciones y el mundo, que esperan tambien aquella palabra de vida y aquella bendicion que abre el cielo y hace descender una lluvia de consuelos y de alegría sobre la faz árida y seca de este mundo.

Seguramente en aquellos momentos el Papa lleva su inteligencia y su corazon á todas las regiones del Orbe; porque el Señor, de quien es la tierra y toda su plenitud, le ha dado por herencia á su Hijo, y en Él, á su Vicario, todas las gentes, y les ha señalado por límite de su posesion, los términos de la tierra. *Domini est terra et plenitudo ejus. Dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terræ.*

Parece increíble que aquella gran multitud apiñada, como las espigas en un trigal, y á quien no dispersa ni el sol, ni la lluvia, ni la fatiga, ni el hambre, puede estar tan silenciosa, que no se oye ni el mas leve ruido, ni cosa alguna que altere la quietud y la calma de tantos espíritus absortos en la mas profunda contemplacion.

Las miradas ansiosas de todos se dirigen á un objeto único, y se reúnen en un solo punto, en las alturas del templo.

Sentado en la silla con capa magna preciosa, y con la tiara que, alguna vez deja brillar sus piedras al reflejo de algun rayo del sol en aquella elevacion, bajo aquel arco colosal, que deja ver atrás la oscuridad augusta que las altas bóvedas producen al tender sus sombras solemnes sobre el Santuario: el Papa parece una aparicion sobrenatural, que se asoma misteriosamente por las alturas del sagrado templo, para hablar á las criaturas en nombre de su Criador, y para hacer de parte de Dios, alguna notificacion al mundo.

Un ceremoniero presenta delante del pontífice un bellissimo ritual abierto, y el Papa con voz solemne y perceptible á todos, hasta en los mas retirados ángulos de la plaza comienza á cantar el *Confiteor Deo*, y sigue con una oracion deprecatoria á María Santísima y á los santos Apóstoles Pedro y Pablo de cuyas autoridades está investido, y cuyo ministerio ejerce; despues canta el *miserereatur vestri* y la oracion *indulgentiam*, la cual concluida se pone de pié, y levan-

tando los brazos, junta las manos en alto y con voz clara, dulce y conmovedora, dice en latin estas palabras : « Bendiga á vosotros el Dios omnipotente, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, y su bendicion descienda sobre vosotros y permanezca siempre. »

Al pronunciar las palabras dá tres bendiciones que forman una Cruz, y el eco de la última palabra, se pierde entre el clamor universal de vivas alabanzas y aplausos, que de todas partes se alzan en honor del pontífice.

No hay brazo que no se mueva para levantar en alto un pañuelo blanco y agitarlo en el aire como bandera triunfal; no hay manos que no rozen sus palmas para significar aprobacion; no hay pecho que no lance algun grito de alabanza ; no hay lengua que no murmure alguna palabra de amor ; ni hay corazon que no palpite á impulsos de la emocion.

Es imposible describir los efectos que produce en el ánimo el cambio repentino de mas profundo silencio, en una algazara indefinible de gritos y de voces de variados sonidos. El armonioso concierto de las bandas

de música; el sonido del tambor militar; el ruido marcial de los batallones que desfilan; el repique de las campanas, las aclamaciones del pueblo, el murmullo de las conversaciones, el ruido de las carrozas rodando por los enlosados y el relinche de los caballos. A esto se agrega la agitacion unánime y general de aquella selva de cabezas humanas que se mueven á un mismo tiempo; pero con serenidad y lentitud por falta de espacio; y presentan la imágen de una campiña en que arbustos, yerbas, flores, espigas, cañas, tallos y pajas, todo se mueve simultáneamente al pasar el viento.

Yo he visto esta funcion mas de una vez, en cada una de las tres basílicas, colocándome en diversos puntos de vista, para experimentar de diferentes modos sus efectos: pero aun no estaba contento, y deseaba verla desde un punto elevado; y conseguí subir una vez al columnado de san Pedro donde quedaba en alto casi al frente del Papa, y dominando toda la plaza. Todavía no quedaron con esto satisfechos mis deseos, como no se satisfacen con nada de este mundo los deseos del corazon humano; y pensé en verla situán-

dome al lado del pontífice; y lo conseguí en san Juan de Letran, por medio de un prelado de la corte, amigo mio.

Era un dia de la Ascension del Señor, y la campiña romana estaba engalanada con todas las galas de la estacion, cubierta con un gran manto de variados matices, sobre un fondo de verdor, y coronada con las glorias de la primavera.

A distancia y al frente, se veian las oscuras pampas de la cordillera de Albano coronadas por el monte Cabí con su convento solitario; y mas al norte las cumbres del Monte Genis blanqueando todavía sus inmensos yermos de nieve, que no habia podido liquidar aun el sol de la primavera.

Las ruinas y los escombros de la grandeza pagana, estaban dispersos en el campo, y la luz del sol en vez de darles aspecto de alegría, ayudaba mas bien á manifestar su fúnebre tristeza.

El sol era brillante, el dia claro, el horizonte despejado, la concurrencia numerosa, todo inspiraba animacion y vida; pero no faltaba aquella melancolía que, aun en medio de los contentos acompaña siempre á la vida.

Yo estaba á tres ó cuatro pasos de distancia del Papa, y lo veía de frente, sin distraer ni un instante mis ojos de su semblante, y recogí una á una sus miradas á la campiña, sus suspiros, sus palabras, sus cortas pausas en el canto, por la fatiga de su noble pecho, quebrantado por la edad y por los pesares.

Dió la bendición como la describí en san Pedro, y soy testigo presencial de que al sentarse en la silla, rompieron el silencio las bandas militares y las aclamaciones del pueblo; el Papa cerró los ojos mientras que pasaban las vanidades del mundo; una sombra de melancolía apareció en su rostro de ordinario tan amable y risueño; oí salir varios sollozos de su pecho, y su corazón tan fecundo en ternura y en delicados sentimientos, envió lágrimas á sus ojos, que él enjugó disimuladamente, no con pañuelo, sino con la mano.

La memoria del triunfo del Redentor subiéndolo al cielo; la melancolía que inspiraba la vista de los campos cubiertos de ruinas; la solemnidad de la función de suyo tan tierna y la fisonomía triste y llorosa del Papa,

se reunieron en mi alma con los recuerdos de mi patria, y no salí de la basílica, sin pagar un tributo á la sensibilidad de mi corazón con una lágrima.

Vuelvo á san Pedro para asistir á la función del lavatorio de los piés, que hace el papa personalmente á doce sacerdotes en memoria de los doce Apóstoles á quienes el Señor lavó los piés el jueves, víspera de su pasión y muerte en Jerusalem.

Después de dar la bendición á la ciudad y al Orbe, el Papa vuelve á la basílica donde lo esperan ya preparados para el efecto los que hacen las veces de los Apóstoles; y que están sentados en una banca puesta sobre una grada un poco alta; de manera que pueden ser vistos por los concurrentes, casi de todas partes.

Están vestidos uniformemente, cada uno con una túnica talar de paño blanco en forma de sotana, y en la cabeza un gorro blanco, redondo y alto, ancho en la cabeza, y mas delgado hácia el extremo superior.

El Papa ocupa un trono preparado provisionalmente para el objeto, y no toma para esta función ningun ornamento sagrado,

sino que la hace con su vestido que lleva de ordinario, es decir, sotana blanca y faja del mismo color con borlas de oro, ceñida á la cintura, y museta ó camauro de terciopelo encarnado guarnecida de blancas pieles de armiño, y solideo en la cabeza, blanco tambien.

La funcion se hace en una de las grandes capillas laterales de la izquierda, no distante del altar de la confesion.

Cuando llega la hora, ponen un delantal al Papa, que se lo atan atrás con cintas, y dos ó tres prelados de su servicio, llevan la gran taza de plata con agua y un paño grande para secar los piés. El Santo Padre se inclina ante cada uno, hace la ceremonia de lavarle el pié, y realmente lo besa. Luego dá á cada uno un manojito de flores.

Mientras que esto se hace abajo, se está preparando en un salon alto y espacioso, que queda junto á las capillas Paulina y Sixtina, la cena, que llamaré comida, porque es á medio dia. Una larga mesa con doce cubiertos y doce jarras preciosas llenas de flores, y pan y vino.

Concluida la funcion de lavar los piés, los

Apóstoles, suben conducidos por un maestro de ceremonia, y ocupa cada uno en la mesa el puesto que se les señalá. Al cabo de un cuarto de hora ó algo mas, sube el Papa quien les sirve en persona la comida, en memoria de la caridad y humildad profundas con que el Hijo de Dios sirvió en este mismo dia á sus Apóstoles.

Individuos de la Prelatura doméstica del Papa y varios Obispos, toman los platos de mano de los sirvientes, y los presentan al pontífice, quien los sirve á los Apóstoles y les pone vino en las copas.

Despues de servirles dos ó tres platos, el santo Padre se retira y los Apóstoles continuan lenta y tranquilamente su comida; y algunos tienen al lado una cesta ó canasta donde deposita cada uno sus sobras de pan, pastas tortas, dulces y frutas, y se lleva una buena provision á su casa. Esta es una costumbre permitida, y dichos sacerdotes son siempre pobres.

Se llevan tambien el vestido y una onza de oro que se les dá á cada uno por órden del Papa. La funcion de lavar los piés y esta de la cena son tan concurridas, que á veces mu-

chas personas salen maltratadas y con los vestidos rotos por la gran multitud que se estrecha y comprime por verlas.

Yo estuve dos años en la época de semana santa en Roma, y una en Jerusalem, y en la última de las de Roma estaba nombrado para hacer de Apóstol, no porque yo lo solicitara, como no lo pedí en Jerusalem, sino porque se escogen sacerdotes de diferentes naciones y entonces no habia de los de mi patria mas que yo en Roma.

No tuve, sin embargo, la dicha y el consuelo de ser actor en aquella magnífica escena que conmemora los rasgos mas admirables de la Divina Caridad : porque en la semana santa acababa de levantarme de una de las dos enfermedades gravísimas que sufrí en Roma; y convaleciente, contra la voluntad del médico, con cinco cáusticos abiertos en mi cuerpo, me fui á ver la funcion desde lejos.

De pié y recostado á una columna de la basílica, oprimido por la concurrencia, sofocado por el calor, sentia desfallecer mis fuerzas y ceder el puesto á la mas grande debilidad, cuando uno de los cáusticos se convirtió en manantial de sangre; me tomó un

desmayo y un caritativo sacerdote me ayudó con su apoyo á salir á la plaza donde subí en una carroza que me condujo á mi posada.

El *miserere* tan afamado, y con razon, que se canta los miércoles, jueves y viernes santo en la capilla sistina, no es superior, en mi concepto, al que en los mismos dias se canta abajo en la basilica, en el coro de los canónigos de san Pedro. Ambos los he oido mas de una vez, y no he notado mas diferencia, que la solemnidad que da al primero la asistencia del papa, de los cardenales y de los obispos; pero en cambio, tiene el segundo la circunstancia favorable de la mayor estension del local, que proporciona á la concurrencia la ventaja de poder asistir con desahogo y comodidad.

Los dias dos, tres, cuatro y cinco de noviembre, se celebra en la capilla sistina la misa solemne por los fieles difuntos, por los sumos pontífices, por los cardenales y por los obispos en este mismo órden; y es admirable en estas solemnidades, el canto del himno titulado *dies ire, diés illa*, ó sea la secuencia de los muertos.

El papa asiste por lo comun á todas estas funciones en que celebran la santa misa, por su turno, los cardenales.

En Roma no hay procesiones públicas, ni se sacan pasos en la semana santa; pero en todas las basílicas y en las iglesias parroquiales se celebran los oficios correspondientes á cada dia, con la mayor pompa y solemnidad.

La santísima funcion de cuarenta horas es permanente durante todo el año.

En el adviento, que comienza el año cristiano, el santo padre hace la procesion con el adorable Sacramento de la capilla sistina á la Paulina donde lo coloca; y de allí continuan las cuarenta horas por órden en las basílicas mayores, en las de segundo órden, en las iglesias parroquiales y en los demas templos de la ciudad.

Ordinariamente en Roma se hacen procesiones con imágenes y reliquias por las calles, y solamente hablaré de las principales. La víspera de la festividad de santa Ana conducen su imagen solemnemente de la iglesia de los santos doce apóstoles que está al pié del Quirinal, á una iglesia que está si-

tuada al lado del Vaticano junto á la puerta Angélica, y que es de una cofradia de la santa.

Allí permanece toda la octava y al fin la vuelven por la noche y en silencio á la iglesia de los santos apóstoles. Esta procesion es muy notable y digna de verse; porque atraviesa toda la ciudad, como de Egipto á san Victorino en Bogotá, ó como de la iglesia del colegio á la de san Benito, en Medellin. Roma se queda despoblada aquella tarde, porque toda la gente se situa á los flancos del larguísimo camino que hace en triunfo la mas feliz de las mujeres y la mas grande y augusta de las madres, despues de su Hija. Principalmente el puente de san Angelo es digno de verse aquella tarde, por la belleza del punto y la facilidad que ofrece para este género de funciones.

La imágen es de madera, grande, antigua y muy perfecta: está sentada en una silla sobre las andas, y á su lado la Virgen María de pié, niña aun, leyendo en un libro, bellísima con los encantos de la inocencia y rodeada de delicias como la esposa de los cantares.

El dia de san Roque sale de la iglesia parroquial de este nombre, que está á la orilla del Tibro, una procesion muy solemne y concurrida en que se lleva un brazo del santo entre otro brazo de plata, y que por lo regular lo lleva un Obispo.

Hay en Roma mucha devocion á san Roque abogado contra las pestes.

El 16 de julio hacen procesiones con la vírgen del Carmen en varias iglesias dedicadas al culto de la gran Madre de Dios, bajo la advocacion del Carmen.

Tambien la hacen con la vírgen de los Dolores en su festividad de setiembre. Es digna de todo elogio y de la imitacion de todas las naciones, la fe y la piedad del pueblo romano á María Santísima; pues ademas del culto que se le dá en todos los templos, no hay plaza ni paseo público, ni jardin, ni calle escusada, en donde no se encuentre alguna imágen de la Vírgen en alguna columna ó monumento levantado para aquel fin.

En las esquinas de las calles principales, hay en la pared un nicho en que está algun cuadro ó pequeña estatua de María, con una lámpara al lado que se enciende por la noche;

y por lo general en el fondo de cada tienda se ve la Virgen al resplandor de una luz que arde á su lado.

Pero entre las funciones religiosas de Roma ocupa el primer lugar la fiesta del Corpus Cristi, por la magnificencia con que se solemniza.

Haré una descripcion aunque breve é imperfecta de tan admirable fiesta, para que el lector tenga alguna idea siquiera; pues hay cosas que es preciso verlas, y verlas mas de una vez, para comprender su grandeza, apreciar debidamente su mérito y sentir las impresiones que ellas inspiran, y los afectos que despiertan en el alma.

El dia de Corpus por la mañana se ven pobladas de gente todas las calles que conducen á san Pedro, como los dias de la bendicion del papa.

A las nueve del dia se reunen en los salones que están entre las capillas Sistina y Paulina, todos los cardenales y los obispos que se encuentran en Roma ese dia.

Se revisten allí de capa blanca y mitra del mismo color, y con un gran cirio encendido en una mano y en la otra un pequeño libro

ó cuaderno de himnos y salmos, comienzan á descender en dos filas por las anchas y lustrosas escalas de mármol, alternando uno con otro y en clara voz los cánticos sagrados, hasta que bajan á los suntuosos pórticos que ponen en comunicacion la basílica y las capillas pontificias con el soberbio columnado que rodea la plaza.

Al principiar aquellos espaciosos pórticos, se encuentra ya la multitud espectadora colocada en ambos lados, cediendo el centro á la marcha majestuosa de la iglesia, que avanza con paso lento y solemne como anunciando al mundo el paseo triunfal de Jesucristo.

Los pórticos están adornados con colgaduras preciosas pendientes de los grandes arcos y columnas por el lado de la plaza, y en la opuesta pared del palacio, están suspendidos varios cuadros ó lienzos en tapiz antiguos, de un extraordinario mérito y que representan pasajes del antiguo y nuevo Testamento.

Aquellos lienzos cuya vista no cansa fueron diseñados por Rafael, regalados por el rey de Francia Francisco I al papa Leon X

y conservados con sumo esmero por el pontífice como una prueba de su gusto y de su amor por las artes; así es, que no se exhiben sino el día del Corpus.

Entre tan admirables cuadros figuran el famoso juicio de Salomon con las dos mujeres que se disputaban un niño sosteniendo cada cual, sin ninguna prueba, que era su propio hijo.

La casta suzana acusada en Babilonia por dos viejos y defendida por el profeta Daniel. Estar en la corte de los Asirios abogando por la causa de su pueblo.

Jesucristo cenando con sus discípulos é instituyendo la sacrosanta Eucaristia, y los apóstoles predicando el Evangelio á las naciones y obligando al mundo, sin mas arma que la palabra, á que doblase la rodilla é inclinase su soberbia frente ante la cruz.

Donde terminan los pórticos empieza el soberbio columnado que encierra la plaza en un gran círculo interrumpido solamente por el átrio ó altosano de la basílica, y por la calle que da entrada á la plaza; pero en estos dos puntos se imita el columnado por andamios de madera altos y cubiertos con tol-

dos y que forman espaciosa calle para la procesion; y ambos están adornados con colgaduras, con festones, con arcos de laurel y el suelo regado de hojas y de flores.

Asisten á la procesion y van en ella todos los seminarios, las escuelas pias, las órdenes religiosas de hombres, los canónigos de las basílicas mayores y menores, los párrocos de la ciudad, los prelados y demás individuos que están al servicio inmediato del pontífice, los obispos, los cardenales, el papa que va en las andas con capa magna preciosa y sentado de modo, que parece puesto de rodillas, con su blanca cabeza descubierta é inclinada ante la custodia que tiene delante y que encierra el adorable sacramento. Van tambien los príncipes asistentes al solio, el gobernador y los senadores romanos, el general del ejército con su estado mayor, la guardia palatina y los regimientos de zuavos y de la guardia suiza.

Yo he visto aquella funcion tres veces y siempre magnifica sobre todo elogio; pero en el Corpus del año 67 en que se reunieron en Roma con motivo del centenario de san Pedro mas de quinientos obispos, era cosa

admirable ver aquellas filas de obispos con las diferentes fisonomías de sus razas, con los diversos trajes de sus respectivos ritos, con el acento de sus varios idiomas, y todos con un pensamiento solo, con una sola fe.

Es tan respetable, tan augusta y tan numerosa aquella procesion, que cuando los primeros han entrado en la basilica, el papa no ha salido aun de los pórticos.

Cuando el santo padre llega con el santísimo, se coloca la custodia en el altar de la confesion de san Pedro, se cantan algunos himnos, se inciensa el sacramento, se canta la oracion respectiva, se cubre, el papa da la bendicion al inmenso pueblo congregado y se termina con esto la funcion.

Al siguiente dia se empiezan las mismas funciones en todas las basílicas é iglesias parroquiales, de suerte que por ocho dias no faltan procesiones con el santísimo por las calles, y todas con gran solemnidad.

Las iluminaciones de Roma tienen fama y es en verdad bien merecida; porque si en otras partes pueden presentar mejores cosas en la materia, en ninguna como en Roma se puede ofrecer á la vista del observador la

magnífica cúpula de san Pedro iluminada.

En el año las principales iluminaciones tienen lugar el doce de abril y la víspera de san Pedro.

El dia doce de abril reúne la coincidencia de dos sucesos memorables que el pueblo romano celebra con alegría; el primero es la vuelta ó entrada á Roma del sumo pontífice, despues de su destierro en Gaeta, y el otro la salvacion milagrosa del papa y su compañía, quando habiendo caido con ellos un piso ó balcon del convento de santa Inés, el papa salió de entre las ruinas sin haber sufrido ni la mas leve lesion, y de su séquito solamente algunos pocos padecieron daño de ninguna gravedad.

Todos los años el papa va por la tarde á la basílica de santa Inés el doce de abril; y al regresar, entrada la noche, encuentra ya la ciudad iluminada, y la cruza de un extremo al otro para ir del Quirinal al Vaticano, por la via que se llama Papal; y algunas veces recorre la calle del Corso desde el foro Trajano hasta la plaza del pueblo, y vuelve por la via Ripeta á tomar el puente de san Angelo para ir á san Pedro. Esta iluminacion que cuesta

una gran suma de fuertes, la hacen á su costa las autoridades y el pueblo romano sin gravar en nada al gobierno é sea al tesoro pontificio.

La iluminacion consiste en poner en todos los balcones de la ciudad, faroles de diferentes colores, que dan por consiguiente una luz ó resplandor diverso. Iluminar las fachadas de todas las iglesias, las torres, los obeliscos, columnas, monumentos, las fuentes que se alzan en las plazas, y hacer en estas jardines artificiales é iluminarlos maravillosamente.

Se hacen tambien arcos triunfales con grandes inscripciones iluminadas, que se pueden leer desde lejos y que hacen relacion á los combates y á las victorias, á los sufrimientos y á la gloria del pontificado católico, figurando siempre en esas inscripciones el nombre de Pio IX.

El papa pasa aquella noche por debajo de aquellos arcos.

Se colocan en varios puntos, principalmente en el puente de san Angelo, estátuas ó alegorías que simbolizan la religion triunfando de sus enemigos: las cuatro partes de

la tierra llevando su tributo de obediencia y amor á la cátedra de san Pedro ; algun pontífice bendiciendo al pueblo, ó el príncipe de los apóstoles con las llaves del cielo en una mano, y con la otra recibiendo el óbolo que no pide, y que voluntariamente y movidas por un solo pensamiento le ofrecen todas las naciones.

Pero lo que es grande y admirable, lo que no tiene competencia, en su clase, en Europa ni en todo el mundo, es ver la cúpula de san Pedro colocándose el espectador en un punto distante y elevado, como en el Pincio ó en la Trinidad de los montes.

Al través de las sombras de la noche dilatadas por todas partes en el vasto horizonte, se vé la cúpula inflamada como una inmensa montaña encendida en los aires. La gran Cruz que la domina esmaltada de blancas luces, resplandece como el lávaro de Constantino anunciando al mundo los inmortales triunfos de la iglesia.

Es la cruz de Cristo, la cruz de Pedro, que se eleva majestuosa y brillante sobre todos los monumentos, los palacios y las grandezas de la tierra para servir de faro á las na-

ciones, para iluminar á todo hombre que viene al mundo, y cuya luz se estiende y penetra hasta en los últimos ángulos de la tierra; para que nadie se sienta, sino por su gusto, en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

La víspera del día de san Pedro, la iluminación de la cúpula es como la anterior; pero la de la ciudad no es tan general, artística y bella, como la del 12 de abril; la de san Pedro se hace con fondos suministrados por el gobierno.

El domingo de Resurreccion y el día de san Pedro, tienen lugar los fuegos artificiales por la noche, conocidos con el nombre de la *girandola*.

Se hacen en el Pincio con admirable arte y con tan esquisito gusto que con la incontable multitud de luces forman una ciudad, un castillo, ó un templo, en que se ven figuras alegóricas de la religión y se leen con letras formadas por las mismas luces, textos de la Sagrada Escritura alusivos á san Pedro y á la Iglesia y siempre el nombre de Pio IX.

Con las mismas luces imitan perfectamente, puertas, ventanas, columnas, relojes,

el sol, la luna, las estrellas, y fuentes que en vez de agua arrojan chorros de chispas.

Pero lo mas bello á mi vista, son los cohetes ó voladores que, elevados á una inmensa altura estallan y arrojan una infinidad de grandes llamas ó luces de todos los colores imaginables, que se esparcen y descenden lentamente iluminando la atmósfera, como si del jardin del cielo dejaran caer una lluvia de flores sobre la tierra.

Es imposible describir el espectáculo que ofrece la gran plaza del Pueblo, rodeada de series de palcos unos sobre otros y todos llenos de espectadores; y su espacioso centro en que no hay un palmo de tierra que no esté ocupado por la gente.

A la oscuridad de la noche se agregan las sombras proyectadas sobre la plaza por los templos y altos edificios que la circundan, por los elevados sáuces y cipreses de los huertos vecinos y por los árboles que poblan la pendiente del Pincio.

En aquella oscura planicie la multitud agrupada apenas se vé moverse á favor de los resplandores que bajan de la altura del monte, y todos en silencio y con los ojos elevados á

la cumbre de la montaña, me representaban á lo vivo la imagen de la humanidad congregada en el valle de Josafat, viendo descender del cielo al Hijo del hombre á juzgar el mundo.

He dado á mis lectores una idea como la prometí de las principales funciones religiosas que se hacen en Roma ; porque ninguno de mis compatriotas que han visitado á aquella célebre ciudad, se ha ocupado de este asunto que yo pongo de grande interés, para los pueblos católicos especialmente.

No hablo de los seminarios, colegios, escuelas, bibliotecas, museos científicos, hospitales y demas establecimientos de beneficencia, en que resplandecen la sabiduría y la caridad de la Iglesia; porque este grande y variado asunto exige un trabajo separado, que no podria ni compendiarse siquiera en una relacion de viaje.

PARTE XI

DE ROMA A ABEJORRAL

Salida de Roma. — Mis compañeros. — Florencia. — Turin. — Jura. — Paso del ferrocarril por los Alpes la primera vez. — Una noche de diligencia en aquella elevada montaña. — San Miguel. — París. — El Palacio real — Franjas que le ponen en todas partes al viajero. — La exposicion y las opiniones que formé de ella. — El paso del mar. — La Martinica. — Santamarta. — Navegacion de los caños y de Magdalena. — Nare y su Montaña. — San Carlos. — Marinilla. — La Ceja del Tambo. — Mi llegada á Abejorral. — Conclusion.

El 20 de Agosto de 1868 á las seis de la mañana, partí de Roma con direccion á Paris y al puerto de san Nazario donde debia embarcarme el 8 de setiembre para regresar á mi país, y al seno de mi familia.

Acompañado con los ilustrísimos señores obispos doctores Vicente Arvelaez y José Romero, y con un hermano del señor Arve-

laez, tomamos el ferro-carril que conduce de Roma á Florencia, pasando por Fuliño. Penoso fué aquel dia de viaje por el gran calor, pues era la plenitud del estio cuya estacion es muy fuerte en Italia.

Empero, las penas físicas por vehementes que sean, siempre son muy inferiores á las penas morales, y yo tenia la tristeza de separarme de una ciudad que amaba, porque sus monumentos, sus recuerdos y sus reliquias armonizan perfectamente con las ideas de mi alma, y con los sentimientos de mi corazón.

Dejaba á algunos prelados y á otros amigos que me dispensaron consideraciones á pesar de mis circunstancias poco felices; dejaba al santo Padre que me trató con benevolencia paternal y á quien no pensaba volver á ver en este mundo; dejaba la casa en que viví dos años y cuya familia me sirvió con tanto interés y caridad, que espero reciba la recompensa que yo no alcanzo á darle del Dios misericordioso que no deja sin premio el vaso de agua que se dá en su nombre y por su amor.

No sin mucha pena salí de la pieza en que

sufrió dos enfermedades que me condujeron á los umbrales del sepulcro ; de aquella pieza cuyas paredes fueron los únicos testigos en este mundo, de tantos desvelos, de tantos dolores físicos y morales, y de tantos suspiros secretos que mi corazón elevaba á Dios, único consuelo verdadero para el hombre en las situaciones desventuradas de la vida.

Advierto al lector que esta parte será corta en mi libro ; porque trata de sitios de que yo he hablado. De Roma á Fuliño se echan seis horas en el ferro-caril, como dije en el viaje á Loreto ; y allí, en Fuliño, se dividen los dos caminos que conducen, el uno á Ancona, y el otro á Florencia.

Tomamos el último á través de campiñas tan hermosas y variadas, como son general los campos de Italia ; pero que en aquella época estaban agostados por el verano. Muchísimos pueblos se encuentran recorriendo aquel camino ; y los mas notables, son : Fuliño, Espoleto, Trevi, Monte Policiano, Peruyo, Areso y otros ; y todos menos el primero están situados sobre colinas.

Esta costumbre de edificar pueblos sobre cerros es muy comun en Italia ; y aunque ig-

noro la razon de esto, supongo que sea la de evitar la humedad de la llanura en invierno, y buscar el aire puro y fresco de las alturas en verano.

Dos dias nos detuvimos en Florencia hospedados en el hotel de Roma que está en la bellissima plaza de santa María Novella á poca distancia del Arno.

Aquellos dias los empleamos en visitar algunas iglesias, palacios, museos de artes, y otros sitios de encantadora belleza en que abunda Florencia; pero que yo los habia visitado antes con detenimiento y de que he hablado en la sesta parte que trata de mi regreso de Jerusalem á Roma.

Sin embargo, aprovecho esta circunstancia para hacer mencion de un sitio memorable, que por una distraccion no coloqué en su respectivo lugar cuando hablé de los templos y monumentos de Florencia.

Es el sepulcro que contiene los sagrados restos de san Antonino, relijioso dominicano, Arzobispo de Florencia y varon de gran fama y distincion en los anales de la Iglesia por su santidad y doctrina. Está en la iglesia de san Martin bajo un precioso altar de mármol y de

alabastro y encerradas las santas reliquias en una caja rica y guarnecida de piedras preciosas.

Salimos de Florencia para Turin y al dejar la llanura está la ciudad de Pistoya, famosa por el conciliábulo que tuvo lugar en ella y que tomó su nombre. Allí empieza á ser penoso el viaje del dia ; porque es preciso pasar una gran multitud de túneles que atraviesan una montaña para salir á la llanura opuesta donde está Bolonia.

El paso de esos túneles ó socabones es muy fastidioso y pesado por la oscuridad, el gran ruido del tren, la escasez de aire y el humo del carbon que es insufrible.

De las dos á las tres de la tarde pasamos por Bolonia en donde no nos detuvimos sino unos pocos minutos para tomar y dejar gente como hace el ferro-carril en todas las estaciones particularmente en las de los pueblos y ciudades.

Continuamos pasando por frente de muchos pueblos, siendo los principales las ciudades de Módena, Parma y Placencia ; y entrada la noche tocamos en Alejandría de la Paja, y en Asti que están cerca de Turin, y

á las diez de la noche entramos á esta capital y nos alojamos en el hotel llamado de Bologna que queda junto á la estacion del camino de hierro.

Uno ó dos dias estuvimos en Turin, y visitamos algunas iglesias y monumentos públicos: el cementerio que es grande y hermoso: recorrimos las calles de la ciudad que son bellísimas y cómodas por su aseo, anchura y rectitud: buscamos magníficos puntos de vista y últimamente nos sentamos en las márgenes del Pó, en cuyas aguas navegaban los barqueros cantando con melodía los cantos de la patria en la dulce lengua de Silvio Pellico.

De estos pueblos hablé en la primera parte de este libro, y me creo escusado de repetir lo que ya está dicho: y solo añadiré que, yo viviendo en Europa sacerdote, viviría en Roma secular, viviría en Turin. Creo que ya otra vez habia espresado esta idea ú otra semejante.

De Turin salimos á las seis de la mañana para Suza que dista dos horas poco mas ó menos, á tomar allí la diligencia para pasar los Alpes, pero tuvimos que permanecer el

dia en aquel punto ; pues la partida no tuvo lugar hasta una hora muy avanzada de la noche.

Aquel día fué divertido para mí, pues por la tarde hizo el ferro-carril su primer paso por los Alpes, partiendo de san Miguel, en Francia para ir á Suza en la Cerdeña.

Como á las cuatro de la tarde, toda la gente de la pequeña pero antigua ciudad, comenzó á subir y nosotros con ella, y á colocarnos en grupos sobre los riscos y grandes piedras que daban libre vista hácia las encumbradas crestas, donde á poco se vió la columna de humo que despedía el ferro carril bajando, como un fantasma del otro mundo, por aquellas elevadas pampas.

Jamás admiré tanto, como aquella vez, el genio comunicado por Dios al hombre, ni me creí capaz de igualar al heroismo de las personas que pasaron aquella tarde la inmensa cordillera en el ferro-carril.

Era cosa de ver la actitud seria y justamente ufana del yanke que concibió el gran pensamiento y lo llevó á efecto. De pié al frente de su gigantesca obra, miraba con majestad á todas partes, convencido de que su genio

vencia la naturaleza y dominaba el mundo.

Por la noche tomamos la diligencia para hacer el ascenso y descender de aquella colosal montaña; y á pesar de la lentitud con que anda aquella fila de carruajes tirados cada uno por diez ó doce mulas, yo habria gozado mucho con la magnificencia de los espectáculos, á no ser por la estrechez del local conductor en que literalmente no cabíamos.

Yo estaba sentado, ó mejor dicho suspendido entre una señora y un enorme viejo que le pareció muy cómodo recostarse á mi, y dormir tranquilo sobre mi hombro. Yo que no me atrevia á hacer lo mismo al lado opuesto, y que pesando mucho menos que mi rival, no podia inclinarlo á la parte contraria, no me quedó mas recurso en mi crítica situacion, que buscar la firmeza que pude para mis piés, ladearme, y meterle resignado el brazo á aquel gran fardo que la adversidad y flaqueza del prójimo puso sobre mi hombro.

Parecia yo una de esas columnas que en Egipto y en Roma se ven aisladas sosteniendo una ruina.

Antes de coronar la cima se ofreció á mi vista una aurora de varios colores que reflejaba su diversa luz en los inmensos horizontes que cobijaba un cielo despejado y azul y que servia de diadema á la luna, que se presentó poco despues sobre uno de los mas elevados cerros de la montaña.

Hay bellezas que espantan, y en ese número está la vista de los Alpes en una noche clara.

La luna comenzó á platear las desnudas rocas de aquella cordillera, que brillaban como grandes espejos puestos á media luz, y á proyectar las sombras de los picos en profundas concavidades donde parecian gigantes espectros, que hablaban en medio del silencio de aquella solédad, tomando por voz el ruido de los torrentes.

El espectáculo fué de corta duracion, porque pronto amaneció, y cuando acabamos de coronar la altura era ya de dia.

Pasamos las estensas planicies de la cordillera, y empezamos el descenso hasta llegar á un pequeño pueblo situado á la orilla de un riachuelo donde almorzamos y se hizo el registro de aduanas, ó sea de equipages.

Continuamos bajando por la márgen del río, que presenta cuadros pintorescos, porque ya forma valles y luego se precipita entre peñascos, regando á uno y otro lado pueblos y campos cultivados.

Como á las dos de la tarde llegamos á san Miguel, donde se hace una estacion larga para comer y tomar el camino de hierro hasta Paris. Seguimos la tarde y toda la noche hasta el siguiente dia á las ocho de la mañana que llegamos á dicha ciudad.

Dos noches y mas de un dia de diligencia y de ferro-carril continuos, equivalen á una enfermedad y dejan al viajero en estado de convalecencia por algunos dias. El señor obispo Arvelaez, su hermano y yo, nos trasladamos en el hotel del Palacio real, y el señor obispo Romero, tomó hospedaje en otra parte.

Bueno es que el lector sepa, por si algun dia quiere viajar, que en Europa no paga uno la buena vida que pasa, sino los puntos donde pasa buena ó mala vida.

Por ejemplo, si el viajero se situa en Paris en el Palacio real, en los bulevares ó en los Campos Eliseos; si en Roma toma habi-

tacion en el Corso ó en la plaza de España; en Nápoles, en la plaza Real ó en en la calle de Toledo, y en Florencia en la plaza de la Independencia, lo pasará mas ó menos bien; pero de seguro que el dueño de hotel cobrará por la poesía de los nombres y se hará pagar bien la romántica posicion de su casa. Al contrario, en otros puntos de prosáico nombre, lo pasará igualmente bien ó mal, pagando menos.

Esto lo digo con propia experiencia.

Pues bien, como venia diciendo nos hospedamos en el hotel del Palacio real en unos cuartos así así, y tan altos que para subir á ellos era preciso ascender por una escalera mas cómoda y clara, es verdad, pero poco menos larga que la que conduce á la cima de la pirámide mayor de Egipto.

Estas piezas y una comida regular con el vino en cuenta separada, costaban á razon de quince francos ó sean tres fuertes á cada persona al dia. Pero en fin, estábamos en el hotel Real, y era necesario llevar vida semi-real.

Diez ó doce dias permanecimos en Paris y los empleamos, como era justo, en ver la es

posicion; admirable ciertamente, pero que á mí no me pareció mas que una alta y elocuente manifestacion del progreso material del mundo. Como no me es posible hacer descripciones parciales de la esposicion, me li-
mito á esponer el conjunto y las reflexiones que se me ocurrieron á vista de ella, despues de haberla observado con alguna detencion.

Una extraordinaria aglomeracion de inventos y de máquinas para hacerlo todo empleando poco tiempo y poquísimos brazos; una profusion asombrosa de objetos de lujo tanto para las personas como para las habitaciones, y un arsenal de variados armamentos de guerra, hé aquí la esposicion. Pero habia una cosa mas: en las puertas de entrada y salida, se veian bibliotecas que contenian todo género de libros contra la moral y la religion, y que se repartian gratis á toda clase de personas, hombres, mujeres y niños.

Ahora bien: el número de los que viven del trabajo personal, es incomparablemente mayor al de los que viven á favor de sus propios capitales ó rentas, ó en otros términos: el número de los ricos es muy inferior al de los pobres que viven del trabajo material; y si

por una parte se les quita ó se les reduce el trabajo de sus brazos reemplazados por las máquinas ; si por otra, el lujo roe como una cangrena las entrañas de la sociedad, invadiendo con sus tentaciones hasta la morada del pobre, cuya familia se ha pervertido con la lectura de los malos libros, que no le cuestan nada, y que por consiguiente se hallan en las manos hasta de los mas indigentes ; ¿ qué recursos le quedan á las masas del pueblo en tan angustiosa situacion ? Acosadas por el progreso material, seducidas por la tentacion del lujo, desesperadas por la miseria y corrompidas por la impiedad, esas masas tienen en la esposicion su único recurso, el puñal, la carabina y el cañon.

Ese gran progreso material, al mismo tiempo que se deprimen la moral y la religion, es lo que ha declarado al mundo en campaña ; mantiene los gobiernos en permanente agitacion con millones de soldados con el arma al brazo y con el oido atento al murmullo de los pueblos, espantoso como el rugido del leon, aterrador como el estruendo de lejana tempestad que se acerca.

Menos libertad y menos progresos mate-

34.

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES

riales, con mas instruccion moral y relijiosa en los pueblos, darian por resultado la fe y las virtudes cristianas, únicos elementos que constituyen el bienestar de los pueblos y pueden salvar la sociedad.

Diré por conclusion de este asunto, que en la esposicion ví en abundancia cosas maravillosas, pero que el conjunto me impresionó tristemente y formé muy diferentes opiniones de las que he oido espresar á otros con relacion á ella.

Dos ó tres veces fuí con el señor obispo Arvelaez á la esposicion, y despues yo continué yendo solo, porque él se ocupó de otros negocios, como compras de ornamentos episcopales.

Llegó el siete de setiembre y habiendo arreglado cuentas en el hotel, de cuya liquidacion resultó mi quiebra, marchamos en el ferro-carril con direccion al puerto de san Nazario, á donde llegamos por la noche.

El ocho por la mañana mi primera diligencia fué la de oir misa; pues era fiesta de precepto, festividad de María Santísima y dia de angustia para mí por lo mucho que sufro en el mar.

Despues de haber oido misa me fuí á bordo á tomar posesion del puesto que me señalaban, que fué un camarote de segunda clase, pues no me bastaron los fondos para tomarlo de primera.

Ha de saber el lector que yo, en todas mis correrías he viajado con la comodidad que permitian mis circunstancias, procurando el no ser gravoso á nadie; y solamente al concluir mi viaje tuve que hacer la travesía del Atlántico en puesto de segunda por falta de fondos.

Es imposible pintar lo que sufrí en esta parte de mi viaje; porque el camarote era una caverna profunda cuya única ventanilla no podia abrirse por estar al nivel de las aguas, y por consiguiente no habia aire para respirar.

Era la primera vez que me embarcaba así; pues si bien es cierto que en los ferro-carriles viajé muchas veces en segunda en que se va casi con la misma comodidad y decencia que en primera, pero pagando mucho menos: si en los hoteles me situaba en los que consultaban la decencia al mismo tiempo que la economia, tambien lo es, que en el mar siem-

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES

pre viajé en primera; pero el viaje de Roma á san Nazario con la detencion en el hotel del Palacio real, alteraron sustancialmente mi situacion fiscal, y tuve que embarcarme en segunda.

Por fortuna el viaje fué feliz y el hermoso vapor *Emperatriz Eugenia* cruzaba sin dificultad las ondas al través de la inmensidad del Océano.

Un dia de purgatorio y casi de infierno pasamos en la Martinica oyendo la cancion salvaje de mil negras que, al son desapacible de un tambor bárbaramente tocado por un negro, acarreaban carbon durante el dia y la noche para proveer las bodegas.

Aquella situacion desesperante se suavizaba un tanto con la idea de estar en tierra y con la vista bellisima de las ciudades de Martinica ó Fort-de-France, y de san Pedro, situadas en la ribera del mar, rodeadas de bosques de mangos, de tamarindos y de palmeras y coronadas por hermosas colinas.

Despues de quince dias de respirar la atmósfera maleada de un camarote debajo del mar, mis pulmones se dilataron y llené dulcemente mi pecho con los aires que parecia

iban á encontrarme del seno de mi patria.

Tres dias despues, á las cinco de la mañana, ví á la luz de la aurora las cordilleras de Santa Marta; y renunció la idea de describir lo que siente el corazon, cuando despues de mas de tres años de ausencia en que se han experimentado dolorosas situaciones y se ha cruzado mas de una vez el Mediterráneo, el Adriático y el Atlántico, se vuelven á ver las costas de la patria.

Como á las nueve de aquel venturoso dia, desembarcamos en Santa Marta, y los dos señores obispos, el uno que acababa de ser y el otro que era actualmente obispo de aquella famosa ciudad, asiento de la primera silla episcopal que hubo en la República, fueron conducidos desde la playa á la catedral bajo palio y en medio del pueblo católico que recibió á sus pastores con alegría y entusiasmo.

Mucho consuelan y animan aquellos actos, que son una prueba elocuente de que, á pesar de los esfuerzos hechos para descatonizar el país, frecuentemente se ven manifestaciones solemnes acreditando que el sentimiento re-

lijioso está vivo y enérgico en el corazon de los pueblos.

Despues de dar gracias á Dios en la catedral por todos los beneficios que sin cesar nos dispensa con mano misericordiosa, fuimos á una casa que un hermano del señor obispo Romero y el señor vicario general de Santa Marta, habian preparado para recibir á los ilustres señores obispos, y donde descansamos ese dia y el siguiente bien atendidos, y fueron visitados los señores obispos por varios sugetos notables de la ciudad.

Al tercer dia tuve la pena de separarme del ilustre señor obispo Romero que se quedó en Santa Marta, y partimos antes de amanecer en el *Tairona* para atravesar la « barra » y tomar el caño mayor que lleva á Barranquilla.

Cuando costeábamos el golfo de Santa Marta, la aurora empezaba á resplandecer sobre los cerros que por aquella parte rodean el mar; la mañana era hermosa y fresca; soplabla la brisa olorosa con el aroma de las selvas; el cielo azulado dibujaba su imagen risueña en las tranquilas olas y la alegría reinaba en mi corazon.

Poco duraron aquellos momentos de ventura, como duran poco las felicidades del mundo; porque no tardó el sol en levantarse en el horizonte, derramando sus rayos de fuego sobre nosotros; el enjambre de mosquitos en cubrir el aire, y el pequeño vapor en entrar en aquel caño tortuoso estrellándose á uno y otro lado contra las orillas, despedazando con la cubierta el ramage del monte, que en partes se unia sobre el canal, y abriéndose trabajosamente una huella por entre el agua fangosa, cuyas exhalaciones producen una horrible hediondez.

A las siete ú ocho de la noche llegamos á Barranquilla donde permanecimos un dia, en la casa del señor Marqués, quien con su familia nos dieron todas las pruebas de la mas fina y generosa atencion. Este excelente sugeto con su digno hijo José Trinidad, habian viajado con nosotros desde Paris hasta dicha ciudad.

Continuamos subiendo el rio en un vapor nuevo y cómodo llamado el *Confianza* hasta llegar á Nare; y ya he dicho que la navegacion del *Magdalena* es penosa, sin dejar de ser agradable y pintoresca.

En Nare encontramos al señor José M. Ramirez, cuñado del señor obispo Arvelaez, y antiguo amigo mio, que ordinariamente reside en Islitas encargado de la bodega, como estaba antes en la de Remolino. Este buen amigo proporcionó las bestias necesarias para marchar sin demora, y nos acompañó, dejando en su lugar á otro cuñado del señor Arvelaez, el jóven Lubin Ramirez tan bueno como lo es en general la gente de Marinilla.

En este viaje de Santa Marta á Nare conocí personalmente al doctor Eustorgio Palgar, que regresaba de los Estados Unidos de América al país; conversé mucho con él sobre diversos puntos y me fueron gratos su talento, sus maneras cultas y su instruccion.

En las jornadas de Mare á Marinilla no ocurrió cosa digna de referirse, sino un aguacero que nos cayó antes de llegar á San Carlos.

Un pequeño arroyo que pasa junto al pueblo tuvimos que devaarlo, y juzgo que si nos hemos demorado mas en llegar á él, no habríamos podido por el momento pasarlo; y la plaza que tuvimos que atravesar por la diagonal era literalmente un lago.

La ropa que teníamos puesta destilaba agua como un filtro, y el equipage en que pudiera ser que hubiera algo seco, no sé si llegaría esa noche ; pero sí sé que el señor obispo y yo llegamos enfermos.

En un gran salon frente el uno del otro yacíamos cada cual en su lecho de dolor, y el señor José Fernando Duque nos proporcionó vestidos, nos hizo oportunos medicamentos y nos asistió con tanta atencion y esmero, como lo habria hecho la mas fervorosa y compasiva hermana de la caridad.

A favor de tan buenos oficios nos restablecimos un tanto y pudimos continuar nuestro viaje al dia siguiente, á pasar la noche en el alto de « Calderas » y al otro dia como á las dos de la tarde llegamos á Marinilla, en medio de aquel pueblo cordial y entusiasta que, en gran número habia salido con el señor vicario capitular Dr. Valerio A. Jimenez, á recibir al ilustrísimo señor Arvelaez ; lo mismo habia hecho el pueblo del Peñol con su muy digno párroco el señor don Juan María Hoyos.

Yo me detuve un dia en Marinilla donde fui bien atendido por la amable y buena fami

lia del señor obispo, con quien tenia antigua amistad, y luego continué solo y muy indispuesto de salud hasta la Ceja del Tambo, donde me esperaba mi amigo el señor Tomás Bernal, de cuya noble y virtuosa familia he recibido siempre las mas finas y cordiales atenciones.

Era el dia 14 de octubre de 1867, cuando despues de una ausencia de tres años, dos meses y algunos dias, Dios me concedió volver á entrar á las cuatro de la tarde en el pueblo de mi nacimiento y verme en medio de mis hermanos, de mis parientes y de las personas amigas de mi niñez y de mi juventud.

Empero, Dios mezcla siempre una gota de amargura en la copa de las alegrías de esta vida, para que no nos enamoremos demasiado del mundo, ni preferamos la morada de la tierra á la mansion del cielo.

Desde algunos años antes de su muerte mis padres sabian mi proyecto de viajar á los lugares santos; y aquel dia faltaba á mi corazon la alegría que me habria producido su contento, si hubieran sobrevivido hasta verme regresar de Jerusalem.

CONCLUSION

Dios oyó benigneamente la constante plegaria que yo elevaba al trono de su misericordia desde los primeros dias de mi vida, y me concedió la gracia de hacer mi peregrinacion á los lugares santos de Roma y de Jerusalem. Esta gracia la contaré siempre entre los innumerables beneficios que he recibido de sus divinas manos, y á los cuales debo corresponder con toda la gratitud y el amor de mi corazon.

Muchos santos en todos los siglos desearon sin poderlo conseguir jamás, visitar á Belen, orar en el monte calvario y besar el sepulcro adorable del Redentor; y yo que, atendidas mi situacion personal y las circuns-

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES

tancias que me rodeaban en aquella época, parecia la persona menos llamada á llevar á cabo tan gloriosa empresa; yo, repito, por una gracia especial de Dios, tuve la dicha de hacer mi humilde oracion y celebrar el santo sacrificio en los mismos lugares en que nació, murió y fué sepultado mi Redentor. Yo recorrí los caminos cuyo suelo pisara con sus divinos piés el Hombre Dios, y me detuve á contemplar los sitios en donde su misericordia se complacia en atender á la desgracia, en enjugar las lágrimas del dolor y en contestar á los gemidos del arrepentimiento, con los dulces acentos del perdon.

Soy yo, si no me equivoco, el primer sacerdote de mi país, que ha tenido esta dicha, y soy por consiguiente el primero en los deberes de corresponder á mi vocacion sacerdotal, en hacer estensiva á los demás la gracia de Dios que he recibido, en defender á toda costa la causa de Jesucristo hasta hacer el sacrificio de mi vida por su nombre y por su amor.

Estas reflexiones me han hecho vencer la repugnancia que desde un principio tuve á publicar mis viajes, y he resuelto al fin dar á

luz este libro para que, los católicos que no pueden visitar los lugares santos, tengan una idea, aunque imperfecta, de los sentimientos y afectos que experimentan los corazones que tienen fe, á vista de los sitios que fueron testigos de los milagros del Redentor, y el teatro de sus tormentos y de su muerte.

¡Cuántos millares de personas que no pueden recorrer las distancias que separan á Jerusalem de mi país, tendrán con este libro un camino, por decirlo así, espiritual para trasladarse fácilmente con el pensamiento á los santos lugares, visitar á Jesús en el pesebre, oír en diversos puntos las enseñanzas de su divino amor, experimentar los efectos de su caridad infinita, orar con El en el huerto de Getsemaní, seguirle por la via dolorosa al monte Calvario y meditar sobre su sepulcro!

Con esta publicacion no busco ni fama ni dinero, y al hacerla me propongo tan solo cumplir las dos primeras obras de misericordia, enseñando alguna cosa buena á los que no la sepan, y haciendo reflexiones cristianas á los que puedan necesitarlas. Es un pobre tributo que el reconocimiento y el amor

de mi corazón dedican á Dios por sus beneficios, especialmente por haberme protegido en mi peregrinacion á la tierra santa: es un pequeño monumento que mi alma agradecida consagra al bien de mis prójimos y á la gloria de Jesucristo y de su divina madre; y es, en fin, un humilde don que mi mano lleva al pesebre de Belen en reconocimiento de la divinidad de Jesús, un suspiro que mi pecho exhala en el Calvario viendo los tormentos del hombre Dios, y una lágrima que mis ojos derraman á vista de la soledad y de los dolores de María.

Yo bien sé que este monumento es el mas pequeño y pobre de los que ha levantado y puede levantar con la pluma, á tan elevado y santo objeto, la mano del hombre.

Empero, tambien sé que los ojos de Dios no se deslumbran con la grandeza, como los ojos de los hombres; y que los resplandores del oro que brilla en los tabernáculos del Señor, no le impiden ver la florecilla que una mano agradecida pone al pié de su divino altar.

Mi único deseo es, que los que lean este libro adquieran sentimientos relijiosos, si por su desgracia no los tienen, y que los aviven y

confirmen mas y mas, si por su dicha los poseen en su corazon.

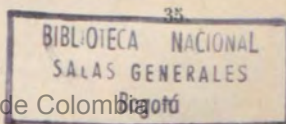
Mi única ambicion es, que los católicos no escuchen otra voz en materia de relijion que la de la iglesia de Jesucristo, que habla desde la eminencia sublime de la cátedra de de san Pedro, elevada junto al sepulcro de los apóstoles donde se respira el perfume de su sangre derramada en el martirio.

La recompensa y la gloria que busco en esta obra, como en todas las de mi vida, y que pido de lo íntimo de mi corazon á mi Señor Jesucristo en virtud de su misericordia y de sus méritos infinitos, es que todos los hombres se salven, que todas las almas conozcan á Dios, que todos los corazones le amen, que todas las lenguas lo bendigan, y que, en medio de las prosperidades y del esplendor de este mundo, glorifiquemos á Jesucristo, como lo glorificó su padre en el Tabor y en el seno de las desgracias de esta vida nos conformamos con la voluntad de Dios, y aceptemos el cáliz de la tribulacion para darle gloria á Dios como lo hizo Jesucristo para glorificar al Padre en el huerto de las Olivas, y sobre el monte Calvario.

BIBLIOTECA NACIONAL
SALAS GENERALES
Bogotá

INDICE

- PARTE I. — DE ABEJORRAL Á ROMA. — Mi partida. —
Permanencia en Medellín. — Remolino y su mon-
taña. — Nare. — Navegacion del Magdalena. — Car-
tagena. — Colon. — Jamaica. — Santhomas. — Tra-
vesia del Atlántico. — Southampton. — El canal
de la Mancha. — El Havre. — Paris. — Los Al-
pes. — Turin. — El palacio real. — Alejandria —
Génova. — Civita-Vechia. — Llegada á Roma. . . 15
- II. — ROMA. — El pueblo romano. — Situacion
topográfica. — Las siete colinas. — Tres calles prin-

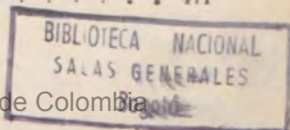


cipales. — Montes Mario y Vaticano. — San Onofre.	
— El Tasso. — Martirio de san Pedro. — San Ale-	
jo, san Pio V y santo Domingo. — El Pincio. —	
El Anfiteatro. — Palacio de los Césares. — Prisio-	
nes mamertinas. — Basílica de san Pedro. —	
San Juan de Letran. — Santa Cruz. — Santa María	
la Mayor. — San Pablo. — Plazas. — Fuentes. —	
Palacios. — Las Catacumbas.	57

PARTE III. — DE ROMA Á JERUSALEN. — Nápoles. — El	
Vesubio. — Pompeya. — Fusoles. — Los lagos	
Averno y Fúsaro. — Catedral de san Genaro. —	
Santo Tomás de Aquino. — El palacio real. — Hos-	
pitales. — Alejandría. — Cementerios. — Desem-	
barque en Jaffa. — Jaffa. — Rambla. — Llanura	
y cordillera de la Judea. — Vista de Jerusalem. . .	129

— IV. — JERUSALEN. — Torre de David. — Convento	
de san Salvador. — Calle de la Amargura. — Casa	
de la Flagelacion. — Sueño. — Encuentro de la Vir-	
gen con su divino Hijo. — Monte Sion. — Huerto de	
Getsemaní. — Monte Olivete. — Templo de Salomon.	
El torrente Cedron. — Monte Calvario. — El santo	
Sepulcro. — Funciones de semana Santa en la igle-	
sia del Santo Sepulcro. — Una meditacion sobre Je-	
rusalen al silencio de la noche y la claridad de la	
luna.	216

PARTE V.— BELEN. — Belen. — San Juan. — El huerto de Salomon. — Betania. — El Jordan.	
— VI. — TURQUÍA. — Jaffa. — Las hermitas del bajá Egipto. — Alejandría. — El Cairo. — Viaje por las riberas del Nilo. — Huellas de la huida de la santa Familia. — El mar Muerto. — Recuerdos de la Pentápolis. — Los lugares santísimos.. . . .	305
— VII. — ALTA ITALIA. — Ancona. — Trieste. — Venecia. — Plaza de san Marcos. — La basílica del mismo nombre. — Puente de los suspiros. — Los <i>Plomos</i> . — El canal grande. — Padua. — Vicencio. — Verona. — Brescia, etc..	371
— VIII. VIAJE Á ASIS Y Á LORETO. — Fuliño. — Asis. — Relaciones de la niñez de san Francisco. — Su sepulcro. — Iglesias y pinturas. — Jardín y celda del Santo. — Santa Clara. — Un cláustro lleno de huesos humanos. — Campiñas de la Umbria. Ancona y su catedral. — Loreto. — La basílica. — Historia de la traslacion de la santa casa. — Culto de la Virgen en aquel santuario. — Puertas de la Iglesia. — La santa casa de Nazaret. — Objetos que se dice eran de la Santa Familia. — Mi consagracion á María.	471



PARTE IX. — CONTORNOS DE ROMA. — Salida por la puerta de san Lorenzo. — Las aguas sulfúreas. — Ruinas de las casas y jardines de los antiguos romanos. — Tívoli. — Santa Sinforosa y sus hijos. — Palestina. — Sus lagos. — Frascati. — Gruta Ferrata. — Albano. — Castelgandolfo. — Jerenzano. — Historia de la traslacion de la Virgen. — Remi y su santo Cristo. — Lagos. — Monte Cabi. — Vista desde su cima. — La imágen de la Virgen en una roca. . . 551

X. OTRA VEZ ROMA. — La semana Santa. — La bendicion del Papa. — El lavatorio y la cena. — El miserere. — Reunion de la gente en la plaza. — Procesion de Corpus. — Procesion de santa Ana. — De san Roque. — Iluminaciones de la ciudad. — La Cúpula de san Pedro iluminada. — Fuegos artificiales. — Vista de la cúpula desde la Trinidad de los Montes. — Vista del Pincio durante los fuegos. . . 561

XI. — DE ROMA Á ABEJORRAL. — Salida de Roma. — Mis compañeros. — Florencia. — Turin. — Jura. — Paso del ferro-carril por los Alpes la primera vez. — Una noche de diligencia en aquella elevada montaña. — San Miguel. — Paris. — El palacio real. — Franjas que le ponen en todas partes al viajero. — La exposicion y las opiniones que formé de ella. — El paso del Mar. — La Martinica. — Santamarta. —

Navegacion de los caños y del Magdalena. — Nare y su montaña. — San Carlos. — Marinilla. — La Ceja del Tambo. — Mi llegada á Abejorral. — Con- clusion.	593
--	-----

FIN DEL INDICE.

IMPRESA DE PAUL DUPONT, calle J.-J. Rousseau, 45

"Biblioteca Pineda."

Estante L. - Forno 16.

No hay señal de haber
sido arrancada hoja alguna
de este volumen. 2 de Oct.
de 1919-

Anselmo Pineda D.

A. P. M.

